MANUEL JOSÉ QUINTANA Y EL ESPÍRITU

DE LA ESPAÑA LIBERAL. CON TEXTOS DESCONOCIDOS.

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN

ÍNDICE.

Prólogo (p. 2.)

PRIMERA PARTE: EL ESTADO DE LA CUESTIÓN QUINTANA (p.17)

Algunos testimonios de época sobre Quintana (p. 18)

Cueto, Alcalá Galiano, Pirala, y Sánchez Moguel, frente a Quintana (p.23)

Juan Valera y Quintana (p. 38)

Menéndez Pelayo y Quintana (p. 41)

Azorín y Quintana (p. 59)

Algunos tratamientos modernos de Quintana: Vila Selma, Pageaux, Leopoldo de Luis (p. 61)

Anotaciones al libro de Dérozier (p. 67)

Los Apéndices de Dérozier (p. 110)

Dérozier y los Escritores políticos españoles (p. 115)

La edición de Poesías de Narciso Alonso Cortés (p. 122)

Las Poesías de Quintana editadas por Dérozier (p. 126)

La Selección poética de Rogelio Reyes (p. 145)

Breve recapitulación (p. 149)

NOTAS (p. 154)

Las Obras inéditas de Quintana (p. 154)

Las Cartas a Lord Holland (p. 181)

Las Vidas de españoles célebres (p. 197)

El Epistolario inédito de 1833 (p. 230)

Las ideas literarias de Quintana (p. 234)

NOTAS (p. 247)

SEGUNDA PARTE: LOS EPÍTOMES DESCONOCIDOS. TEXTOS (p. 247)

Los epítomes desconocidos de Quintana. Textos (p. 248)

NOTAS (p. 377)

Bibliografía utilizada (p. 377)

PRÓLOGO.

Este libro que el lector tiene en sus manos completa la labor desarrollada en otros tres dedicados al tema romántico, a los que habré forzosamente de referirme con frecuencia, puesto que los argumentos e hipótesis interpretativas se interpenetran en todos ellos.[1] Por ello quiero pedir excusas por la constante autocita, que no indica sino que los cuatro libros mencionados responden a un mismo sistema de pensamiento, y a que están todos imbricados en una red de conceptos que trataré de resumir aquí, confiando en que el lector me preste su paciencia y atención.

El tema que se dilucida en estos cuatro libros es el origen y características propias y peculiares del romanticismo español. En fin, la autocita no es aquí tanto cuestión de pedantería como de acortar camino y evitar incidir en lo ya visto.

A lo largo de este trabajo trataré de desaparecer detrás de las palabras de Quintana. La exposición constituirá en un resumen del estado de la cuestión, de modo evolutivo, comentando de modo personal cada una de las aportaciones que significan los diversos libros y ediciones que se resumen, y el aparato -escaso para la importancia del autor- que la crítica ha construido acerca de ellos. El objetivo es que se ponga de manifiesto por sí sólo el pensamiento de nuestro escritor, tanto como el tratamiento que ha merecido a la crítica, exponiendo al mismo tiempo nuestros propios conceptos al respecto.

No pretendo realizar aquí una labor como la desarrollada en mi libro sobre Lista. El resumen del estado de la cuestión en la Primera Parte de este libro, sólo quiere ser un acompañamiento de la Segunda, que es la fundamental por el valor propio de los textos de Quintana, que no se sabían suyos. El resumen inicial del estado del tema quiere perfilar la auténtica dimensión de la figura humana, política y literaria de Manuel José Quintana, y da pie para mis propios comentarios personales.

El esquema del libro es el siguiente: en la Primera Parte y en primer lugar un repaso a la evolución del pensamiento crítico acerca de Quintana, explicando las dificultades y motivos por los que fue tardíamente asimilada su obra, hasta las aportaciones -de primer orden en lo relativo a Dérozier sobre todo- de la crítica actual; en segundo lugar, al final de esta Primera Parte, nos enfrentaremos con la obra del propio Quintana, desde sus escritos poéticos a través de las diversas ediciones, hasta textos de más difícil acceso como las Obras inéditas, epistolario etc., pasando luego a un repaso de las Vidas de españoles célebres como preámbulo de los epítomes desconocidos.

Como he indicado, creo que el posible valor de este libro deriva obviamente de la pluma del propio Quintana, y de los epítomes -que no se sabía hubiera escrito- que recojo con comentario en notas -a manera de guía y sugerencia de lectura- para no interferir la belleza del texto mismo.

De todas formas, como el lector podrá comprobar pronto, de la evolución del pensamiento crítico acerca de Quintana, contenido en la citada Primera Parte, se pueden extraer interesantes conclusiones ideológicas acerca de la valoración histórica de nuestro autor y de los motivos de la misma. Y al llegar a la Segunda Parte, podrá enfrentarse con los textos del propio Quintana, autor cuya verdadera importancia y valor está aún por descubrir, como iremos viendo a lo largo de este libro.

Quintana fue uno de los autores de nuestro siglo XIX que más profundamente captó que lo que ha atraído siempre a todos los enamorados de nuestro país, ya desde el mismo Quijote, son los valores del pueblo español. A este pueblo, y a esta nación -con el proyecto propio de pueblo y nación que poseía- dedicó enteramente su vida, y por ende su pluma. Sin comprender esta idea no entenderemos nunca a Manuel José Quintana, porque aquí radica su grandeza ética y humana.

Debo destacar aquí, en este sentido, el olvido profundamente injusto en que yace la obra de este singular personaje liberal, Manuel José Quintana. Efectivamente desde la edición española del estudio de Dérozier, Quintana y el nacimiento del liberalismo en España,[2] al margen de la selección de poemas editada por Reyes Cano, si consultamos los catálogos de la Modern Language Association, encontramos solamente un título

explícitamente dedicado a nuestro autor, y sólo otros tres que rozan el tema tangencialmente.[3]

Hay, eso sí, numerosas referencias en mis tres libros citados a Quintana, cuya figura siempre me ha fascinado por los motivos que indicaré luego.

Historiadores e hispanistas parecen haber relegado últimamente al personaje que fue Quintana al desván de los olvidos en la memoria del tiempo. Naturalmente que existe la edición de sus poesías por Narciso Alonso Cortés, con un estudio preliminar en el que se diseñan sintéticamente los numerosos problemas intelectuales que suscita nuestro personaje.[4] Y la magnífica edición de las Poesías completas realizada por Dérozier.[5] Posteriormente la selección divulgativa realizada por Reyes Cano -a quien se debe un interesante esfuerzo, también como magisterio, para la comprensión de la etapa entre el XVIII y el XIX español.-[6]

Existe una edición moderna de sus Obras completas, que no lo son en absoluto, editadas en la BAE en 1946.[7] Y antes de ello hay que remitirse a las Obras inéditas (1872) con prólogo de Cañete.[8] Y a la edición muy bella tipográficamente hablando pero, al decir de Dérozier, de escaso valor filológico, en tres volúmenes, de 1897-1898.[9] Habría que añadir los poemas contenidos en la colección de poetas del XVIII de Cueto en la BAE.

En cuanto a estudios críticos sobre nuestro autor, que sean verdaderamente destacables, aparte del de Dérozier, sólo podemos remitirnos al de Enrique Piñeyro, que es de 1892.[10] Dérozier lo estima excelente, y afirma[11] que manejó el ejemplar de Antonio Rodríguez Moñino. Hice una gestión con María Brey, a la que tanto debieron los hispanistas, y me dijo amablemente que el ejemplar no se encuentra ya en su biblioteca, por lo que deduce D. Antonio lo regaló a Dérozier. Este libro no se encuentra en la Biblioteca Nacional, y no me ha sido posible localizarlo pese a mis numerosas gestiones al respecto.

Naturalmente que en este breve repaso bibliográfico sólo he destacado los textos importantes, dejando a un lado aportaciones menores de inferior interés.

Hay por tanto una enorme desproporción entre la dimensión humana, literaria y política de la figura de Quintana y la pobre atención que -con excepción del libro de

Dérozier, semillero de intensas sugerencias, con algunas limitaciones que señalaré- ha despertado entre los estudiosos.

Dicho esto, hay que indicar seguidamente que Quintana me parece un autor de primera importancia, tanto por su labor política, como por sus trabajos literarios e históricos, además de su faceta creadora de poeta y dramaturgo.

Hay que incardinar a este autor, difícilmente catalogable y situable, dentro de lo que he denominado el alba del romanticismo español, que lo define perfectamente. Quintana forma parte de los orígenes de nuestro liberalismo y por tanto -consecuentemente- de los orígenes también de nuestro romanticismo.

Antes de comenzar mi estudio sobre Quintana, quiero advertir que en él -como en el dedicado a Lista etc., y por los motivos metodológicos que señalé en ese libro precisamente-, practicaré la crítica de identificación que propugnaba Poulet, si bien actualizando la crítica temática hacia posiciones de interpretación ideológica más recientes. Quiero decir con ello que el lector no debe conocer mi pensamiento respecto a los asuntos que nos ocupan, porque mi opinión en este sentido es irrelevante. Trataré de identificarme con el sentimiento político y literario de Quintana, y mirar la realidad de aquel momento a través de sus ojos, tratando de empatizar con su visión de la vida y de las cosas. Como criterio de objetividad aportaré documentación incontestable para una correcta comprensión de los diferentes aspectos.

En lo que respecta ahora al mejor estudio sobre la obra de Quintana, el libro de Dérozier, creo que hay que prolongarlo, porque estudia fundamentalmente la etapa de las Cortes de Cádiz, y sólo llega -con ligeros apuntes- al trienio. No es mi intención hacerlo aquí, y sólo trato de sembrar la sugerencia que alguien podría recoger.

Por otro lado, si Dérozier nos dio una composición cabal de la ideología de Quintana, y editó rigurosamente sus poesías, aún hay que indagar en el espíritu de este autor, que me parece fundamentalmente regeneracionista y que se anticipa en muchas de sus preocupaciones a las de la generación del 98. Quintana posee un acendrado amor a España. Pero a una España moderna y nueva, la España liberal que soñaba. Una España que tuvo que contemporizar demasiado con el poder real y los poderes fácticos de uno y otro signo, a lo largo de todo el proceloso siglo XIX.

Con Quintana surge la visión de la España Moderna, y todo un proyecto político profundamente renovador, que se acabaría imponiendo con el tiempo, después de muchas fintas y refintas, tanteos y retrocesos. Desde este punto de vista a Quintana -y con él a otros muchos intelectuales: Flórez Estrada, Martínez Marina, Argüelles, Juan Nicasio Gallego etc.- le cabe la suerte de diseñar el futuro político de nuestra nación, basándose en valores de progreso, huyendo del enfrentamiento traumático, buscando una transición pacífica.

Si la Historia hubiera hecho caso del proyecto Quintana, cabe suponer, haciendo un poco de futurología, lo que hubiera ocurrido. Por un lado,[12] Quintana está en contra de la descolonización, como se ve en los textos de sus discursos en Cortes recogidos por El Español -periódico que he podido estudiar con detenimiento-. Quintana -que no Blanco, quien defiende una autonomía federativa, contra lo que se ha creído hasta ahora-[13] está a favor de la independencia americana y en contra de toda forma de colonialismo. La actitud de Quintana, como se demuestra por su mencionada intervención en Cortes, es mucho más progresista que la de Blanco, frente a lo que incorrectamente han supuesto en este sentido algunos críticos -Dérozier ataca injustamente a Quintana en varias ocasiones al respecto; y Moreno Alonso, a quien corrijo amistosamente, también se manifiesta más a favor de Blanco.-[14]

Pues bien, los liberales españoles dieron pruebas enormes de magnanimidad filantrópica para con los americanos, admitiendo una representación de éstos en las Cortes de Cádiz muy superior a la que proponía la Constitución de Bayona -los franceses sólo estaban interesados en las Américas por motivos económicos- y aceptaron en Cortes determinados asuntos relacionados con los derechos humanos de los indios, lo que suponía para nuestro país -admirable generosidad- un gran perjuicio económico, cuando la nación se encontraba esquilmada y empobrecida por la guerra. Es muy probable que de haber triunfado la línea ideológica que propugnaba Quintana, se hubiera exportado el sistema liberal y democrático a los países de la América española. España, a no ser por Fernando VII en 1814, hubiera recuperado su atraso respecto a la modernidad de las ideas, hubiera sido una nación distinta, sin los traumas políticos que la sacudieron a lo largo del XIX. Pero también la América española, en vez de estar sujeta a sucesivos

gobiernos dictatoriales, se hubiera convertido igualmente en un conjunto de países democráticos y modernos, acordes con el sentimiento que inspiraba a los liberales españoles -Quintana, Argüelles, Alcalá Galiano, Gallego, Flórez Estrada-.

Por todo ello, suponiendo hipótesis que la realidad histórica destruyó irremisiblemente, la figura de Fernando VII es tan deleznable. Impidió nada menos que un cambio en la configuración de fuerzas internacionales, que hubiera llevado a todos los países de habla hispana -España e Hispanoamérica- a tener un protagonismo superior, que le fue robado por la política anglosajona.

Soy consciente de que todo esto son simplemente hipótesis de futuribles. Pero no deja de ser importante señalar ese posible futuro, truncado por el abominable Fernando. Un futuro que estaba siendo diseñado por ese poderoso e influyente grupo de intelectuales liberales españoles, mucho más progresistas que los franceses y afrancesados. Un grupo de intelectuales que tenían una idea muy clara de lo que tenía que ser España y América. De haber triunfado esa idea, nada hubiera sido igual en nuestro casi fenecido siglo XX.

Toda esta hipótesis irrealizable -que es más bien ensueño liberal- sólo la traigo aquí para señalar la relevancia y profundidad de las concepciones de Quintana, lo que pone de manifiesto la importancia del proyecto político que defendía, y que diseñó en numerosas proclamas -unas más libres e independientes que otras- y en las páginas de ese espléndido periódico aún por estudiar que es el Semanario patriótico, entre otros muchos lugares.

En fin, sólo quiero insistir en que los liberales españoles de 1812 tuvieron en su mano, con Quintana a la cabeza, la posibilidad de cambiar el mapa actual del mundo. Hubieran propugnado una independencia paulatina de las colonias, a las que habrían exportado su sistema de pensamiento democrático. Todos los países hispanohablantes hubieran estado unidos por lazos políticos y de ideología común, y la separación de las colonias no se hubiera realizado traumáticamente. España hubiera mantenido su influencia ideológica a través de la nueva América Española.

Ahora puede comprenderse, en todo este grandioso proyecto, por qué el tema americano preocupaba tan intensamente a Quintana, dentro de su perspectiva de

magnanimidad filantrópica y revolucionaria. Si el proyecto de Quintana -y otros liberales- hubiera triunfado, España hubiera dejado de estar anclada en el sistema coercitivo de su barroco, y hubiera sido antes -y sin tantos traumas- un país moderno, en pacífica transición, en pacífica revolución -que era la que Quintana amaba.-

En este punto quiero señalar el esfuerzo que he hecho en mis libros dedicados al romanticismo, para acabar con el complejo de inferioridad español, cuyas causas se encuentran en la crisis del 98, aunque haya reflejos anteriores desde la conciencia de decadencia del XVII, a la inferioridad ante lo francés en el XVIII, pasando por la amargura crítica de Larra, hasta llegar al hipercriticismo de exiliado de Américo Castro y Juan Goytisolo.

En lo que atañe a nuestra materia creo que, directa o indirectamente, la historiografía actual sobre nuestro romanticismo ha heredado el compendio de tópicos y acusaciones vertidas en La realidad histórica de España por Américo Castro, cuyos estudios cervantinos me parecen en cambio admirables.[15] Estoy mucho más de acuerdo con el nacionalismo progresista de Claudio Sánchez de Albornoz en España, un enigma histórico,[16] quien se refiere a la perniciosa influencia ejercida por las hipótesis -intuitivas y acientíficas- de Castro, que han conducido a una segunda leyenda negra.

Pienso que ha llegado la hora de que los intelectuales españoles nos sacudamos el complejo de inferioridad, y afirmemos -en la relatividad tolerante de todo estudio inteligente- que España nunca ha sido diferente, y que no ha llegado tarde y mal a la modernidad. Reaccionarios los ha habido, hay y habrá siempre en todos los países por igual, con momentos de dominio variables según las circunstancias propias de cada lugar. No podemos considerar a España una nación secularmente atrasada desde el punto de vista ideológico, pues ello, además de conducirnos a una visión paralizante y negativa de nuestro pasado, es desmentido por la fuerza misma de los datos.

Pensar que el romanticismo llega tarde y mal a España viene rebatido por la existencia misma de la figura de autores como Quintana, Gallego, Flórez Estrada, Argüelles y un largo etcétera liberal. La modernidad que se nos ha querido negar, conmocionó a España, como al resto de las naciones occidentales, en el XVIII, el XIX y el XX. Lo que ocurrió es que nuestro romanticismo no tuvo tiempo ni ocasión para

circunloquios líricos como en otros países, pues se gestó en la lucha, primero en la revolución liberal de 1808 -en la que también participaron, con otra intención, patriotas integristas-, después con el enfrentamiento al dominio tiránico de Fernando VII con el exilio anejo.

El romanticismo español tiene en este sentido una enorme carga ideológica, un espesor de pensamiento y de rebeldía política. Nuestro romanticismo fue diferente porque las circunstancias de nuestro país así lo exigían. La figura del tirano tenía para los primeros dramaturgos románticos españoles una encarnación muy próxima, más relevante que la del enamorado.

Por otro lado, otro rasgo diferenciador de nuestro romanticismo viene dado por las influencias culturales que fundamentalmente operaron sobre él. En este sentido fueron primordiales las vías abiertas por los estudios de Alberto Lista, para la comprensión de los valores idealistas y románticos que latían en nuestro teatro áureo. Incluso Ochoa y Durán descubren estos aspectos a través del vate sevillano, cuya importancia para la literatura española he procurado dejar clara en mi libro a él dedicado.

Es por tanto hora de romper los tópicos sobre nuestro romanticismo, y recuperar nuestro pasado tal y como fue, en su auténtica grandeza y en su auténtica miseria. Característica del intelectual y del pueblo español, desde la conciencia de decadencia del XVII, a la crisis del 98, al pensamiento del exilio republicano y posterior, es la de un exceso de autocrítica, que contrasta con el chauvinismo con que otros países enfocan su propio pasado. Esta capacidad de autocrítica es muy valiosa en sí misma como testimonio de rebeldía ante la oficialidad, pero no puede conducir a un falseamiento de nuestro pasado, o a la estéril parálisis ideológica que niega la verdad de nuestra Historia.

En la España del XIX no sólo hubo reaccionarios y exilados políticos, y los liberales en torno a los que se sustenta la figura de Quintana lo demuestran. Precisamente creo que un estudio de ese liberalismo romántico del XIX español puede contribuir a una comprensión más justa de nuestro pasado. Y la revolución romántica liberal surge en España, literaria y políticamente, desde la Guerra de la Independencia.

España fue siempre Europa desde el XVIII, con algunos factores de freno

posteriores en la época de Fernando VII, comparables a otros que sufrieron países como Francia -cuna de la revolución democrática-, o la Europa de Metternich -que por cierto fue la que sofocó nuestra revolución en 1823-. Y si España antes no fue Europa es porque, en el XVI y XVII era ella la que imponía imperialmente su ley y su cultura en el mundo entero, como ente autónomo y expansivo, influyendo en vez de ser influída. Juzgar a España en su pasado barroco desde los criterios de una visión moderna y postrevolucionaria conduce a un falseamiento de base. Cada país debe ser estudiado de acuerdo con la época y circunstancias en que vive so pena de caer en anacronismos. Lo cual no impide un objetivo catálogo de los errores cometidos en épocas de intolerancia.

Pronto comprobaremos que el personaje Quintana es símbolo que nos permite adentrarnos en todo un cosmos de ideas que tienen mucho que ver con la modernidad de nuestro país, que él cimenta. Quintana nos lleva a adentrarnos en el corazón del problema de España, de una España que se estaba debatiendo entre tradición y modernidad, hasta encontrar su propio camino.

En fin, Quintana es símbolo importante de toda una época y de toda una actitud, la de los liberales progresistas españoles, que tempranamente se ocuparon de construir una España nueva, en medio de grandes dificultades. De su valor y de su hombría de bien trataré en estas páginas, en las que aplicaré las teorías sobre el romanticismo que he mantenido en mis tres libros anteriores sobre este movimiento.

A través del estudio de la figura de Quintana, entraremos en lo que he llamado la otra cara de la literatura española, el otro lado del espejo, nuestra otra verdad histórica, la que la Historia conservadora ha rehuído.[17]

Si comparamos a Quintana con otros autores que han merecido mejor suerte por parte de la crítica y los estudiosos posteriores, encontraremos una vez más rastro de la injusticia que se ha hecho con su figura, salvando a Piñeyro y Dérozier.

Blanco White, por ejemplo, tan defendido por muchos críticos, es en realidad un hombre anclado en el pasado, obsesionado por problemas religiosos, convertido de modo más o menos consciente en un simple agente de la ideología británica, con una visión ácida e injusta de los liberales españoles a los que sin embargo podía unirles tantas cosas.[18]

En fin, no deja de parecerme apasionante el tema del liberalismo romántico español. Liberalismo y romanticismo los veo unidos desde la Guerra de la Independencia, y ésta la considero una auténtica revolución liberal, en el sentido moderno. He repetido todas estas ideas constantemente en mis tres libros anteriores, tratando de hacerme oír. Lo haré de nuevo aquí, insertando nuevas pruebas de mis asertos, a propósito de Quintana.

Dérozier tuvo el gran acierto, entre otros, de situar correctamente el tema: Quintana debe ser asociado indisolublemente al liberalismo español de época. Pero creo aún hay que indagar al respecto.

Me parece interesante remitir a esta frase de Dérozier, que se contiene en su libro Escritores políticos españoles, cuyo marco ideológico en cambio está lejano al mío. Dice Dérozier en este libro -y la idea aparece también, de otro modo menos contundente, en su trabajo sobre Quintana-:

> "En primer lugar, era impensable la posibilidad de disociar los dos fenómenos: el histórico y el literario. Una cultura impregnada de historia, condicionada sin cesar por el acontecimiento -y condicionándolo a su vez-, no podía ser amputada de su contexto."[19]

¿Por qué he hecho por mi parte tanto hincapié en cuestiones ideológicas en mis libros, cuando mi metodología está lejos de la que defiende el marxismo?[20] Creo que las ideas son lo que verdaderamente mueve a los pueblos. Es verdad que la economía es importante, pero no que la ideología sea una superestructura como decía Marx. Las ideas generan precisamente un enfoque macroeconómico. La economía es subsidiaria de estas ideas, si bien contribuye definitivamente a su difusión y consolidación. El universo de las ideas opera así con elementos peligrosos, porque pueden cambiar el mundo. Las ideas no son inofensivas, sino germen de toda una estructura de pensamiento que, conforme se difunde y hace común a una mayoría de seres humanos, se convierte en nuevo modo de vida, nueva forma de entender las relaciones sociales y económicas en una colectividad. La gran difusión que hoy tienen las ideas, a través de los mass-media,

hace suponer que las formas de pensamiento que alcancen éxito en su proyección social, serán inusualmente mayoritarias y extensas, mucho más que en otras épocas de la historia humana.

Por todo ello, una vez más, he intentado centrar la figura de Quintana en el ámbito que le pertenece: una forma ideológica, la de su liberalismo revolucionario, de la que se deduce toda una actividad literaria como consecuencia evidente.

En este libro, debo advertirlo, no es mi objeto -me hubiera gustado- hacer un estudio detenido y sistemático de Quintana. Ese trabajo está por hacer. La obra de Dérozier es admirable, un auténtico semillero de sugerencias, y parte de una documentación que constituye prueba contrastable -tiene una deuda explícita con las sugerencias de María Brey y Antonio Rodríguez Moñino, en su trabajo en la biblioteca de las Cortes, por ejemplo-. Pero en ocasiones su libro es un poco desordenado, como si le hubiera desbordado la figura de su personaje, y tuviera que ir hilando las numerosas fichas recogidas, que a veces echan en falta un mayor sistema. De todas formas debe advertirse que el trabajo de este crítico francés es monumental y admirable. Ha aprovechado del positivismo la fuerza incontestable de los datos y la documentación objetiva, pero situándola en un discurso de pensamiento moderno, aportando interpretaciones muy valiosas de una época que estaba necesitada de estudio. En este sentido son impagables los esfuerzos críticos realizados por Dérozier sobre Quintana y Marrast sobre Espronceda, por ejemplo.[21]

Pero si de algo debemos acusarnos los estudiosos del romanticismo español -y aquí incluyo de Dérozier- es que podemos haber incurrido en el error de ahogarlo en un mar profuso de datos eruditos. Hace falta realizar con el romanticismo español la labor que la otra crítica francesa ha hecho con su romanticismo. Rodear a nuestro romanticismo de una visión lírica, a través de la crítica. El romanticismo español está necesitado de su leyenda, la que tiene por ejemplo el francés o el inglés. Sería materia para otro libro, y no lo voy a intentar aquí, ni siquiera mínimamente.

Mi objetivo ahora es -en una Primera Parte- glosar y comentar algunas ideas de los críticos que han estudiado a Quintana, sin afán de exhaustividad ninguna, sino simplemente con la finalidad de manifestar mi propia visión acerca de este personaje,

cuya importancia se pone de relieve por sí sola, y también acompañar las ideas del mismo autor en los textos que nos legó. Pero mi intención es sobre todo -en la Segunda Parte-, comentar y presentar los epítomes desconocidos de Quintana a que me refería en la correspondencia inédita de nuestro autor, que publiqué en El alba del romanticismo español.

En fin, creo que hay que continuar la labor de Dérozier, respecto a la etapa de Quintana posterior al trienio, para lo que sería útil recurrir también a la correspondencia inédita que publiqué en El alba..., y que comentaré luego.

Veo a Quintana como un hombre que ofreció su vida y su pluma por un ideal político, y es en la expresión -también literaria- de este ideal donde hay que buscar su aportación literaria y humana. Creo que hay que valorar mucho más alto a este personaje admirable, injustamente olvidado, que -como dijera Menéndez Pelayo, tan lejano de su ideología- era hombre de una sola pieza. Pronto dilucidaremos si nos encontramos ante un autor neoclásico o protorromántico, y nos enfrentaremos a otras muchas cuestiones que se derivan de la excepcional riqueza de su pensamiento.

Finalmente, quiero advertir al lector, que este libro que tiene en sus manos pretende cerrar una etapa desde el punto de vista de la metodología utilizada, tal y como la expuse en mi libro sobre Lista, lo que he llamado, haciendo uso del privilegio del neologismo audaz, como ideocrítica o crítica ideológica. Naturalmente que ello es un simple desiderátum, y la realidad suele imponer, también en el terreno de la investigación, sus propias leyes. Pero quiero hacer señalar que al menos mi intención es cambiar profundamente de sesgo en sucesivos trabajos interpretativos. Aunque evidentemente el tiempo tiene siempre la palabra, la última palabra, y la que ni siquiera podremos nunca llegar a decir. Creo en todo caso que tal vez me ha llegado la hora de volver a la forma, al estilo, a la atmósfera intangible, a la impresión, al temperamento también del autor, todo lo que de más poético tiene la crítica literaria en sí misma.

PRIMERA PARTE: EL ESTADO DE LA CUESTION QUINTANA.

ALGUNOS TESTIMONIOS DE EPOCA SOBRE QUINTANA.

En un breve repaso nos referiremos a estos testimonios de época, que no tienen excesivo interés, aparte del mencionado artículo en La Iberia que significó de revulsivo para que el poeta fuera coronado y sus méritos reconocidos en la vejez por las jóvenes generaciones liberales. Volveremos sobre este tema a propósito de las Obras inéditas del autor.

En su Galería de la literatura española (1846),[22] Ferrer del Río realiza un retrato del senecto poeta aún vivo. Se abre con un elogio del reinado de Carlos III al que no se cita expresamente.[23]

Ferrer recorre la bibliografía poética de Quintana desde su poema a Floridablanca hasta las poesías patrióticas.[24]

> "Es para nosotros imposible continuar el bosquejo de la vida de Quintana sin considerarle como poeta. No abunda en sus odas ese mentido oropel que encubre la ausencia de pensamientos, ese falso colorido propio a disimular la incorrección del dibujo, ese catálogo de palabras selectas y de grato sonido, que alhagan la fantasía y dejan el corazón intacto: su estilo desnudo de prestada pompa, adquiere realce en la pureza de las formas, en la magnitud del asunto, en el raudo vuelo de su inspiración sublime, en la nobleza de las imágenes, en la intensidad del sentimiento. Impetuoso y entusiasta como Tirteo, grande a lo Herrera, su voz vibra en medio de una nación decadente y como galvanizada en la agonía: su afán es infundirla aliento para que recobre salud robusta y viril existencia (...)"[25]

Es, como puede verse, el texto de un poeta romántico sobre otro poeta romántico. Las páginas de Ferrer son en este caso admirables y su valoración de la poesía de

Quintana viene a acertar en el calificativo justo, poniendo de manifiesto sus características esenciales. Y también se enciende su amor patrio en estas líneas:

> "Revuelve el poeta sus ojos en rededor de la tierra, y viéndola agitada por sacudir el yugo de la servidumbre, le indigna el letárgico sueño del león de España, y pugna por irritar su coraje, y restituirle su indómita pujanza, a fin de que no acuda el postrero a la ínclita empresa. Es la virtud el espíritu que le anima cuando acomete, el fuego patrio la fuerza que le conforta en la lucha, de libertad el estandarte que tremola al viento."[26]

Después de glosar cómo resucita el símbolo de Pelayo a propósito de la lucha por la independencia, indica:

> "Quintana y Beranger han cumplido igual misión en sus respectivos países, luchando infatigables contra la tiranía y dirigiéndose a sus compatriotas en estilo adecuado a su carácter, sus inclinaciones y costumbres. (...) Quintana supo amoldarse a la índole peculiar de los españoles, y modulando su lira notas acordes con sus gustos, logró hacinar combustibles que se inflamaran al fugaz contacto de leve chispa. España, nación austera y grave, necesita un poeta belicoso, cuya entonación airada y fiera esté en armonía con el fragoroso hervir de sus torrentes y con el rugido de los vientos en las cavidades de sus rocas: (...) necesita (...) odas de nervioso empuje y de iracundo arranque como las de Quintana."[27]

Compara las jornadas del julio francés, cantadas por Beranger, y los poemas de Quintana a la libertad.

> "Brilla inmarcesible la gloria de Beranger y de Quintana: el pueblo ha sido la musa de ambos: uno y otro han purgado en los calabozos como un

> crimen su acendrado patriotismo; y después del triunfo han enmudecido los dos convirtiéndose de poetas en historiadores."

Ferrer se refiere a diversos poemas de Quintana, y también a sus tragedias, señalando que se han perdido Roger de Flor, Blanca de Borbón y El Príncipe de Viana, que debían ser mejores que las que conocemos de él, por más maduras.[28]

Menciona el tema de América, tan importante en Quintana.[29] Y en este punto realiza una reconvención a nuestro autor:

> "Si figuran siempre los ejércitos como mensajeros y precursores de cuantos tesoros prodiga el saber humano, en países privados de sus saludables beneficios; cuando ve el historiador algunos centenares de hombres que en alas de arrojo sin límites y de intrepidez fabulosa, se lanzan a un territorio de extensión inmensa, y lo exploran y conquistan a un mismo tiempo, y cuentan los días empleados en sus inauditas aventuras por el número de proezas, debe guiar su pluma otra elevación de miras, girando sus pensamientos en órbita no tan estrecha como la elegida por el Señor Quintana. Obcecado este por sus simpatías hacia los indios, expone una doctrina cuya realización hubiera sido tan perniciosa a la civilización de que se proclama abogado, como fue para la humanidad de fatales consecuencias la monomanía de su héroe Fr. Bartolomé de las Casas, sembrando la discordia entre los españoles, dando pábulo a la resistencia de la muchedumbre indiana, entorpeciendo la conquista, dilatando sus horrores y condenando a los hijos de Africa a perpetua esclavitud en aquellas regiones, por librar a sus naturales de un mal estar pasajero."[30]

Estas líneas nos sugieren el contexto para comprender los escritos de Quintana sobre la descolonización, que me parecen de una modernidad asombrosa para su época y su país.

En cuanto a las Vidas:

> "Feliz y laborioso el señor Quintana en reunir datos, narra con estilo elegante, describe con verdad y ligereza, sabe dar brillo al interés del asunto; y cuando se desprende de sus preocupaciones, o no necesita ajustar los hechos a las máximas de su escuela, como se advierte en la vida de Don Alvaro de Luna, merece el título de historiador apreciable, el elocuente prosista, buen crítico y gran poeta."[31]

* * *

Los textos recogidos como preámbulo a las Poesías de Quintana en el volumen tercero de Poetas líricos del siglo XVIII por Cueto, merecen menos atención.[32]

Entre ellos se encuentra una Noticia biográfica de Nemesio Fernández Cuesta, publicada inicialmente en El Museo Universal en 1857. Su único interés reside en que pone de manifiesto la importancia de las Cartas a Lord Holland, "que son un precioso monumento de gusto y de corrección literaria, así como de imparcialidad, de severidad y de verdad históricas". Puede verse que incluso desde el ala conservadora de la intelectualidad española, se había asimilado ya el mensaje liberal de Quintana.

Se contiene en el citado volumen de Cueto, una carta de Bartolomé José Gallardo en la que se indica que Quintana no nació en Cabeza del Buey sino en Madrid, y otros detalles biográficos, junto a un Apunte autógrafo de Gallardo en donde este mismo autor realiza más precisiones al respecto, pero en muy breves líneas.

Por otro lado el artículo de Quintana sobre La mogigata sólo tiene interés como curiosidad literaria, porque es totalmente insustancial.

Las Poesías de Quintana que se contienen en el volumen de Cueto, son sólo las que no se encuentran editadas en el tomo XIX de la misma colección de la BAE, y se

trata de poemas de circunstancias. En realidad la visión que de Quintana nos aporta la recopilación de Cueto, es por ello muy pobre.

CUETO, ALCALA GALIANO, PIRALA Y SANCHEZ MOGUEL FRENTE A QUINTANA.

Leopoldo Augusto de Cueto dedicó su discurso de ingreso en la Real Academia Española a la obra de Quintana, a quien sustituyó en ese puesto.[33]

La visión crítica de Cueto es representativa de la consideración que la obra de Quintana mereció a la crítica conservadora, que controlaba los estamentos de análisis y difusión de la literatura anterior. Cueto acepta a Quintana, pero manifiesta numerosos reparos, sobre todo de signo ideológico. Aunque Quintana había sido asimilado ya en esta época por los estamentos de poder cultural, ya que su liberalismo era inofensivo en ese momento, Cueto le hace bastantes reconvenciones, sobre todo en lo referente a temas de índole religiosa y política.

Cueto inicia su Discurso refiriéndose a la Colección de Poesías Selectas Castellanas y la Musa Epica:

> "Quintana introduce en la crítica, como en todo cuanto escribe, las prendas más bellas de la elocuencia: el colorido y la emoción. Pero el sentido filosófico tenía en su mente menos fuerza y alcance que el vuelo de la imaginación y la vivacidad de los afectos; y su crítica, si bien elegante y animada, encierra el gusto en un círculo bastante estrecho, se paga con exceso de los hechizos de la forma, desdeña la poesía popular, y no explica suficientemente las vicisitudes del gusto literario, ni toma en cuenta las íntimas relaciones que le enlazan en todo tiempo con las ideas y las costumbres de los pueblos."[34]

En primer lugar: cuando un crítico de la época menciona la belleza de elocución, echémonos a temblar, porque buscan la forma inofensiva y meramente estética en el autor. Algo semejante se encuentra en la crítica de Lista.

En segundo lugar: Cueto es injusto al decir que Quintana "desdeña la poesía popular". Como el mismo Menéndez Pelayo -cuya inteligencia crítica es admirable- afirmará, Quintana es pionero en descubrir las bellezas del romancero. Lo veremos al tratar del Apéndice del libro de Dérozier,[35] donde se recogen los prólogos de Quintana a la Colección... antológica de Ramón Fernández. El tema es de primera importancia, por cuanto refleja que Quintana se adelanta a las reseñas del propio Lista del Romancero de Durán, y lógicamente a las ediciones de romances de éste. Hay un acuerdo general, incluso entre la crítica conservadora como la de Lista, en ensalzar los valores literarios del romancero. Pero Quintana fue pionero en ello. No hay por tanto tal desprecio de la poesía popular, y no comprendo la afirmación de Cueto que surge, si no de la ignorancia, sí de no tener presente estos textos de nuestro poeta.

Cueto continúa:

> "Las Vidas de españoles célebres honran sin duda el corazón y el entendimiento de Quintana. Son uno de sus más brillantes lauros, porque demuestran la noble tendencia, ingénita en su espíritu, a vivificar la memoria de los claros varones de nuestra nación y a regenerar el animoso temple de los españoles, que con rubor y lástima veía desfallecer y aniquilarse a impulso de las desgracias públicas."[36]

Como buen conservador, Cueto tiene siempre presente la cuestión del orden político, que considera altera el liberalismo. Por otro lado, lo que la crítica conservadora aprecia en las Vidas de Quintana es solamente su aspecto de exaltación patriótica, dejando al margen, por evidentes motivos, el sesgo liberal que hay en ellas, por ejemplo en lo relativo a la figura de Las Casas. La Vida de Las Casas le parece a la crítica sociológica, por ejemplo a Dérozier, insuficientemente progresista, pero pronto comprobaremos que para la época lo era mucho.

Más adelante Cueto sigue:

> "(...) y movido por la potente palanca del entusiasmo, intentó, no sin

> fruto, levantar y robustecer el decaído aliento nacional, presentando, en cuadros biográficos correctos y elegantes, la imagen fascinadora de hidalgos hechos, de hazañas peregrinas, de espléndidas virtudes."[37]

Cueto se centra por tanto en la posible ejemplaridad moral de las Vidas, pero la ética que subyace a las mismas -lo comprobaremos pronto- es una ética laicista y no religiosa. Tal vez por ello, Cueto añade en seguida:

> "Pero estas biografías, tan brillantes por el lenguaje, tan conmovedoras por el calor de los sentimientos y la animación de las imágenes, tan dignas de aplauso por la noble intención que la inspira, no llenan, sin embargo, todas las condiciones que la crítica elevada y severa requiere para las composiciones histórica. No se ve con claridad completa, ni a veces con exactitud suficiente, el campo de ideas, de costumbres, de preocupaciones, de móviles legítimos y de intereses morales en que obran, sienten y piensan los grandes hombres que retrata."[38]

La afirmación es profundamente injusta y el repaso de las Vidas, que haré después, lo confirmará por sí sólo.

Cueto nos descubre después los verdaderos motivos de su animadversión encubierta hacia Quintana:

> "Habíase educado Quintana con las máximas y principios de la filosofía francesa del siglo XVIII, y nutrido su espíritu con las paradojas y seductoras apariencias de la escuela escéptica, solía ver los hechos de los tiempos pasados al través del prisma engañoso de las pasiones artificiales y fugitivas que eran el alma de aquella infeliz filosofía."[39]

Tenemos por tanto que nuestro autor es el genuino representante del laicismo enciclopedista y del filosofismo francés del XVIII, según se deduce de lo afirmado por

Cueto. La idea es importante. Y Cueto tenía razón en este aspecto, pero en realidad lo que a él le parece defecto en Quintana, para un lector moderno forma parte del atractivo original de este autor.

Dice Cueto luego:

> "(...) (Quintana) se apiada de los indios con vehemencia deliberada, tan absoluta y tan exclusiva, que casi no ve en los conquistadores españoles más que sañudos y codiciosos aventureros."[40]

Interesante: lo que a Cueto le parece excesivo a Dérozier le parecerá mucho más tarde, insuficiente. A Quintana hay que comprenderlo en el entorno de la época, y desde este punto de vista los juicios de Cueto son de bastante valor.

Cueto sigue haciendo luego un canto imperialista a la colonización española. Frente a su pensamiento, el de Quintana, siendo anterior, es mucho más moderno y crítico, aunque nuestro autor también sea consciente de los valores que poseía la hazaña de la conquista española de América.

A Cueto las Cartas a Lord Holland le parecen de "carácter tan ardiente, tan agresivo, tan implacable (...)"[41] Una vez más es profundamente injusto con Quintana, quien en este texto creo realiza uno de los análisis más lúcidos del período entre 1808-1823 de la Historia de España, además constituyendo un texto de gran valor intrahistórico al que los historiadores lamentablemente acuden poco hoy día.

> "Este fuego del alma, esta voluntad resuelta y un tanto irreflexiva, este arrebato del pensamiento: he ahí el encanto principal de las producciones de Quintana. En él preponderan siempre, ofuscando las demás cualidades, la llama del poeta, y el ímpetu del ardiente patricio."[42]

Interesante. Aunque por ser progresista Quintana le parece irreflexivo -nueva injusticia-, Cueto considera a nuestro autor apasionado y arrebatado. La idea es importante. Es cierto que hay mala fe en la afirmación, pues lo que se quiere demostrar

es que los juicios intelectuales de Quintana están tergiversados y estropeados por el subjetivismo emocional y pasional de su temperamento de poeta. Ello es injusto porque nuestro autor se documentó ampliamente y procura ser cuidadosamente objetivo en sus Vidas. Cueto trata de desvalorizarle como historiador, llamándole poeta, porque le escuecen las conclusiones a que llega Quintana.

Pero además esta idea de Cueto es importante indirectamente, por otro motivo, según creo. Cueto era especialista en la poesía del XVIII que conocía bien, y recordemos su recopilación vigente aún hoy día.[43] Y aunque incluye los poemas de circunstancias de Quintana de la última época en ella, como si fuera un autor del XVIII, aquí vemos que lo considera arrebatado e impetuoso. Es decir, comprobamos que desde muy temprano se tiene un concepto de Quintana que, si bien no explícitamente, lo acerca al pasionalismo romántico. Y esta consideración implícita se encuentra en un especialista de la poesía del XVIII. Veremos que Menéndez y Pelayo estará en contra de esta idea, pero la cuestión es importante: cómo situar a un poeta de tan original númen, que se encuentra a caballo entre dos épocas y si bien formado en el XVIII penetra en las aspiraciones pasionales del XIX romántico. Adelantado del romanticismo español, le he llamado.[44]

Por otro lado la exposición de Cueto sigue siendo representativa del concepto que los conservadores tenían de Quintana, a quien no tenían más remedio de aceptar pero con reservas. Así, cuando elogia la tragedia Pelayo, lo hace solamente por sus valores patrióticos, olvidando a posta sus ataques contra el tirano, que es lo que hizo de esta obra baluarte del pueblo español en diversas épocas:

> "Aquí asoman, Señores, en esta calificación de ciudadanos los conatos que de tan buen grado manifiesta Quintana a confundir las tendencias de libertad política con los instintos de independencia nacional."[45]

Cueto, deturpando consciente o inconscientemente el mensaje de Quintana, piensa que los guerreros de Pelayo no buscaban la libertad política sino la independencia de la patria. Pero veremos que Quintana y los liberales de su grupo, unen en seguida la idea de la revolución a la de independencia. El pensamiento de Cueto por el contrario,

coincide con el de los serviles, que se esforzaron por separar ambos conceptos, y por oponer todo tipo de trabas a la convocatoria de Cortes que Quintana alentará con éxito.

Para Cueto la "verdadera gloria" de Quintana es su poesía lírica.[46] Se refiere al pobre estado de la poesía española de la época. Elogia a Maléndez Valdés, a quien admira Quintana, aunque a pesar de ello dice: "pero éste no fue, ni pudo ser modelo de su grandilocuencia, guía de su atrevido rumbo poético, y mucho menos despertador de su numen altivo y vigoroso."[47]

Y más adelante:

> "Quintana no recibió el impulso de sus arrebatadas inspiraciones sino del fondo de su propia alma, donde ardían impulsos de temple subido y varonil."[48]

Vemos que, sin decirlo expresamente, Cueto considera como poeta apasionado a nuestro autor, lo que le haría -deduzco- asimilable al romanticismo en cierto modo.

Considera Cueto que Quintana se inspira en "la imagen de la libertad política".[49] Y elogia el poema A Juan Padilla.

En el texto de Cueto hay un largo y farrogoso exordio acerca de lo que considera grandes temas de la poesía: la religión, el amor, Dios etc, que refleja una vez más las coordenadas de su pensamiento. Así, aplicando estas teorías apriorísticas, se refiere a nuestro autor:

Dios estaba en el fondo de su corazón (?), dice Cueto, pero sólo lo menciona una vez,[50] debido al "duro sacudimiento" de las circunstancias de su época que marchitó la sensibilidad para este tema.

Para quien haya leído la obra de Quintana queda de manifiesto que el tema religioso -añado por mi parte- está completamente ausente, salvo algunas referencias anticlericales. Si bien por el testamento de este autor sabemos de su muerte en el seno de la Iglesia, el tema no fue santo de su devoción.

El otro gran tema que considera Cueto debe darse en la poesía, el del amor a la mujer, tampoco le inspira -dice-. Su musa, añade, es la libertad.[51]

Cueto continúa diciendo que le inspira a Quintana "el amor a la humanidad",[52] como en el poema a la expedición de la vacuna a América, el poema A la invención de la imprenta etc., ensalza las conquistas del entendimiento humano.[53]

Así pues, sin mencionarlo, Cueto es consciente de que Quintana representa el pensamiento laicista y enciclopédico en la España de la época, sobre la que ejerció una notable influencia. Así pues hay que olvidarse de la idea de una España atrasada desde el punto de vista ideológico, en la confluencia del XVIII y XIX, añado por mi parte aún.

Cuando se refiere a la acusación que Quintana hace en su poema a la Iglesia católica, Cueto tiene que rizar el rizo para salvar las apariencias:

> "El monstruo inmundo y feo es la superstición, sin duda alguna; pero ¿cómo pudo atreverse el poeta a pintar la superstición enseñoreándose de la veneranda Iglesia católica? Señores, casi no es posible indignarse contra este sacrílego desvarío. Su acerbo tono, su agresiva violencia os están diciendo que el fanatismo político anublaba en aquellos tiempos la razón de Quintana."[54]

Aunque añade Cueto que estos ataques a la religión se debieron a crisis pasajeras de los tiempos.

Indica por otro lado que su horror al despotismo le lleva a calumniar épocas pasadas como la de Felipe II en El Panteón del Escorial: "El odio no es nunca inspirador de la justicia (...)"[55]

Cueto acepta que aunque Quintana no es adecuado para el tema del amor, el monólogo de Ariadna "no sólo expresa con efusión los martirios de la pasión menospreciada, sino que atina con la sensibilidad delicada y verdadera de un corazón tierno y lacerado."[56]

Después, en lo que respecta a otros temas de índole ideológica, Cueto se manifiesta como colonialista y reaccionario. Sólo cuando toca la poesía patriótica de Quintana lo enjuicia elogiosamente sin reservas:[57] "¡Qué generoso ardimiento! ¡qué inspiración de fuego!"[58] Pero tendremos ocasión de ver que el concepto que Quintana

tenía de patria era muy distinto del que poseía el crítico que comento.

Así concluye Cueto su valoración de nuestro escritor:

> "Quintana, si no sabe sostener siempre la unidad limpia y tersa del lenguaje, es, por su temple, su elevación y su nobleza, digno alumno y rival de la musa antigua. No ha producido con sus obras ese rumor fugitivo que tomamos por gloria, y que a veces no es más que el eco de nuestras pasiones y de nuestros entusiasmos de un momento. Ha grabado su alma en su poesía, y ha dejado estampado en ella el sello de la inmortalidad. Su nombre vivirá mientras viva el habla castellana, mientras alienten corazones españoles que sepan palpitar el recuerdo de la gloria y de la grandeza de la patria."[59]

Es decir, acorde con la crítica conservadora, ensalza la forma pasando de puntillas sobre los aspectos revolucionarios del fondo. De éste sólo toma, sesgando su intención, el tema patriótico, con un sentido muy distinto del que poseía nuestro autor, que quería una España nueva.

* * *

El Discurso de contestación del Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano,[60] posee un tono más abierto.

Señala Galiano que Quintana,

> "(...) en su larga vida más haya sido consejero o maestro que actor en las terribles lides en que han contendido por la dominación opuestas doctrinas y encontrados intereses de ellas nacidos."[61]

Para Galiano no se debe considerar a nuestro autor como hombre político. En todo caso, añade, al llegar a la Real Academia hay que dejar en la puerta todo lo que no sea la calidad de cultivadores de la lengua patria.[62] Parece que o bien se da una de cal en el discurso de Cueto y otra de arena en el de Galiano, o bien éste no comparte la concepción del primero, que pone reparos ideológicos a la obra de Quintana.

> "Porque si Quintana es grande, y sin duda alguna lo es, debe su grandeza a ser el poeta de la filosofía del siglo próximo pasado, su cantor, su panegirista, y (si me es permitida una voz nueva) su aplicador en gran manera a la nación de que era hijo, y de que vino a ser ornamento."[63]

De este modo Alcalá Galiano sitúa correctamente a Quintana en sus adecuadas coordenadas ideológicas. Lo compara luego con Beranger, aunque haya diferencias ed estilo, pero a ambos, dice, les mueven más las consideraciones políticas que las literarias.[64]

Alcalá Galiano elogia sin tapujos la actividad política y poética de Quintana, e indica que aunque poeta de una sola cuerda -la expresión hará escuela, la veremos en Menéndez Pelayo también- es capaz de conmover.

Alaba en este sentido la bella composición al mar, que compuso yendo a visitar las playas de Cádiz.[65] Nada dice de Dios en este poema, no obstante, que revienta en su pecho como un volcán.

Notemos que una vez más, al ensalzar el apasionamiento de nuestro autor, se le sitúa implícitamente en la órbita del primer romanticismo, sin que se haya nadie decidido a decirlo expresamente.

Considera Galiano que Quintana como poeta patriótico y filosófico no tiene rival.[66] Y elogia el Pelayo por la "magnificencia de sus conceptos, y en la pompa y energía de su estilo."[67]

Las Vidas, con sus méritos, por forma "carecen de vida" -otra expresión que hará escuela-. Más valor tienen las Cartas a Lord Holland.[68]

Como crítico en la Introducción a la colección de poesías, considera que posee

juicios atinados sobre nuestros romances -también Menéndez Pelayo tomará esta idea, desarrollándola y profundizando en ella-:

> "hay un juicio sobre nuestros romances atinadísimo, agudísimo, y notable además, porque, sobreponiéndose hasta cierto punto a los preceptos de su fe antigua, divisa y empieza a sentir y a seguir las doctrinas de otra fe nueva."[69]

Esta interesante apreciación de Alcalá Galiano es una referencia implícita al posible romanticismo que apunta en la obra de Quintana.

* * *

Pasemos ahora a los Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Antonio Pirala el día 19 de junio de 1892,[70]

El texto de Pirala no posee el valor que los dos antes señalados de Cueto y Galiano. Menciona la reciente edición de Obras inéditas publicadas por indicación de Cañete, recienetemnte muerto.

Como historiador que habla a historiadores, Pirala se refiere sobre todo a las Vidas de españoles célebres, equivocando las fechas de edición del segundo tomo, que considera se edita en 1833, cuando lo hizo en 1830, aunque en 1833 se reeditan los dos volúmenes -segundo y tercero; el primero apareció en 1807.- Así pues Pirala parte de un error, siquiera justificable, en cuanto a las consideraciones bibliográficas, que nos está indicando su texto no pertenece aun especialista en el tema.

Pirala se refiere al modelo de Plutarco sobre este libro. Pero en realidad la referencia ya la da el propio Quintana en el prólogo a las Vidas, añado por mi parte.

Indica que nuestro autor evita en sus Vidas el elogio inmerecido. Y frente a Alcalá Galiano, quien cree que sus Vidas carecen de vida -ya dije que la frase haría

escuela- estima: "pero ¿en cuál de las vidas que traza deja de haber bellísimos y animados cuadros, llenos de verdadera vida?"[71]

Se refiere también a los elogios de Menéndez Pelayo, que estudiaré luego. Y añade que "En los Estados Unidos se agotaron siete ediciones de las Vidas de españoles célebres, antes que en España una."[72] Quintana era muy estimado en el Nuevo Mundo. Evidentemente, añado por mi parte, el pensamiento liberal de Quintana tenía que caer en tierra abonada en un país construído sobre ideas liberales.

Pasa revista a algunas de las Vidas, pero con extrema superficialidad. Si bien son interesantes sus juicios como historiador en el sentido en que afirma Quintana en la vida del Cid bebió en las mejores fuentes. En esta vida "demuestra más temor en lo que afirma, que responsabilidad en lo que omite."[73] Le parece que omite cosas importantes, pero para evitarlo había que conocer bien la época.

En fin, Pirala hace una recreación de las Vidas sin aportar nada al respecto, aunque elogia a Quintana como historiador. Y hace un apunte sobre un tema que fue debatido en los círculos liberales, sobre Las Casas:

> "Es notable que la filantropía del Padre Casas no se extendiera a los negros, cuya introducción en el Nuevo Mundo, como esclavos para aliviar a los indios admitía, de lo cual se arrepintió después."[74]

En la Contestación del Excmo. Sr. D. Antonio Sánchez Moguel,[75] se indica que Quintana fue apasionadamente considerado, hombre polémico: "Poeta eminente, el mayor, a no dudarlo, de los nuestros en su época."[76]

Me llama la atención este hecho, que encontraremos corroborado en Menéndez Pelayo. Si Quintana era tan sobrevalorado a finales del XIX, ¿por qué el injusto olvido en que ha caído hoy día? La respuesta es evidente: porque hoy, a finales del siglo XX, hemos perdido la noción de patria, y los valores nacionalistas -por el momento- se han perdido en algunos países desarrollados.

Para Moguel, Quintana escribió las Vidas con el fin de adoctrinar los corazones en el culto a la justicia y el enaltecimiento de la patria.[77] Se deduce de ello, añado, un fin

didáctico y moral, a la vez que patriótico, en estas obras.

> "En sus mismos trabajos propiamente históricos, las Vidas de españoles célebres, lo que más le importa no es, ciertamente, la investigación y crítica de los hechos, esto es, la verdadera labor científica de la Historia, sino la parte literaria y el fin docente, el encanto de la narración y las enseñanzas morales."[78]

Las últimas Vidas, sigue diciendo, como la de Balboa, dan más de lo que ofrecen al principio,:

> "(...) pues en ellas no hallamos solamente la prosa histórica más animada y robusta y elocuente de la época, y las anheladas enseñanzas morales, sino también mayor diligencia en el estudio de las fuentes, erudición más abudante y escogida, y sentido crítico menos abstracto y por consiguiente, más en armonía con la naturaleza propia de la Historia."[79]

Pero creo, frente a las afirmaciones de Sánchez Moguel, que Quintana no pretende un fin didáctico en el mismo sentido en que lo considera este historiador. El didactismo de las Vidas propugna, creo, una valoración de nuestro pasado histórico, para que tomemos ejemplo en los grandes hombres que cimentaron nuestra Historia y construyeron nuestra patria. Pero una patria liberal, una patria que viviera en libertad, una nación moderna. Una vez más: la crítica conservadora, que controlaba los resortes del constructo crítico a finales del XIX español, quiere hacernos ver un Quintana patriótico y moralista. Nada de ello es cierto desde el punto de vista en que lo consideran así. El patriotismo de Quintana no es el reaccionario sino el liberal y moderno. El moralismo de Quintana no es el clerical sino el laicista y moderno. En este sentido el pensamiento de Quintana es profundamente actual, y merecería mejor suerte.

Sánchez Moguel recoge finalmente que Cienfuegos consideró a nuestro autor "escritor entregado todo a la ilusión de la filantropía más exaltada" y "defensor valiente

de todas aquellas virtudes en que consisten la dignidad y la elevación humana." Las frases son textuales de Cienfuegos.[80]

JUAN VALERA Y QUINTANA.

Habría que referirse en primer lugar al testimonio de Juan Valera, en su libro Notas biográficas y críticas, que cito por la edición de Obras completas (1961).[81] Valera hace un excelente resumen del tema, tanto de la biografía, como de la bibliografía de y sobre Quintana, con anotaciones acerca de su poesía y su obra en prosa. Le considera en efecto poeta, escritor político -y no deja de citar las Cartas a Lord Holland, cuya importancia no se le escapa-, historiador -si bien le censura ser "menos investigador de documentos de lo que se estila y se requiere"- y juicioso crítico literario.

Veamos lo que opina Valera de Quintana:

> "Su poderoso estro, la grandilocuencia y brío de su dicción y el buen gusto y la severa crítica de que su inspiración lírica iba siempre precedida o acompañada (...)"[82]

Y añade tras referirse a su coronación:

> "Pero más que de las prendas, en cierto modo técnicas, de que hemos hablado, nacieron su grandeza y su gloria del entusiasmo generoso y fecundo que encendió en su corazón el amor de la libertad, de la patria y del progreso del humano linaje."

Y después:

> "Aunque ya lo hemos dicho, no podemos menos de repetir aquí que ese entusiasmo puso en la lira de Quintana cuerdas inauditas, o, si se quiere, jamás oídas desde los tiempos de la antigua Grecia. Los que acusan a sus cantos de monotonía, los que dicen que el profundo sentimiento de la

> Naturaleza le faltaba y que le conmovía poco la contemplación del Universo visible y menos aún los amorosos afectos que Dios y sus predilectas criaturas infunden en las almas, tal vez no carecen de razón para esta censura; pero bien podemos contestarles que, aunque no fueran más que dos las cuerdas de la lira de Quintana, poseían novedad sublime, y los tonos vibrantes que arrancaba de ellas el plectro del poeta estaban dotados de inmortal y maravillosa resonancia."[83]

Para después:

> "Bien puede alegarse, además, que aun suponiendo que el alma de Quintana fue capaz de inspirarle en otros diferentes y altos objetos y sentir pasiones y emociones muy otras que las del patriotismo y del liberalismo, la agitadísima época en que vivió y la parte tan activa y tan principal que durante su mocedad tomó en los más trascendentales y grandes sucesos políticos no le dejaron vagar ni reposo para consagrarse a la contemplación de la hermosura de los Cielos y de la Tierra, para tener arrobos místicos, y menos aún para abrir las puertas de su corazón a devaneos y amores petrarquistas."[84]

Indica que:

> "Quintana, en prosa como en verso, fue siempre, y no pudo menos de ser, dados su carácter y el ambiente que respiraba, el político, el liberal, el progresista y el patriota."[85]

Se refiere finalmente a que las odas de Quintana, además de las patrióticas,

> "(...) prestan poderoso vigor al estro ideas y sentimientos quizá venidos de tierras extrañas, quizá nacidos y difundidos a la vez por toda Europa

> en el último tercio del siglo XVIII, si bien más propios de Francia, de donde parecían como importados, porque allí tomaron forma popular y más celebrada en los escritos, y porque allí se transformaron en hechos terribles a par que grandiosos."[86]

De todos modos, si bien las palabras de Valera son mesuradas y equilibradas, pasando como de puntillas por el tema de las fuentes revolucionarias del pensamiento de Quintana, al que apenas alude, recala sobre todo en el aspecto de la poesía patriótica de nuestro autor, insistiendo igualmente en la importancia de su pensamiento liberal. Pero Valera no comprende por ejemplo el sentimiento panteísta de Quintana en Al mar, que no menciona -al revés, le acusa de no ocuparse de la Naturaleza en su poesía-. E insiste excesivamente, como he dicho antes, en el tono patriótico de su poesía. Pero este texto significa un apunte interesante, que atisba y sugiere lo que la crítica posterior desarrollaría más ampliamente.

MENENDEZ PELAYO Y QUINTANA.

Menéndez y Pelayo se refirió negativamente a Quintana en su Historia de los Heterodoxos,[87] pero más tarde se dio cuenta de su injusticia y se arrepintió.

Vayamos a su posterior valoración de Quintana, contenida en la Historia de las Ideas Estéticas en España.[88]

En el capítulo III se incluye Quintana considerado como crítico, según reza el índice. En ese apartado Menéndez y Pelayo señala que:

> "Sánchez Barbero, Cienfuegos, Quintana y otros escritores del mismo grupo literario colaboran en las ediciones de Blair, traducido por D. José Luis Munárriz, el cual apenas hizo más que poner su nombre en ellas."[89]

Sobre esta traducción consúltese lo dicho en mi libro sobre Lista.

Critica Menéndez y Pelayo la irrepresentable tragedia El Duque de Viseo de Quintana, y las de Cienfuegos, elogiadas en la época, lo que encolerizaba a Moratín.[90] Incluye una carta de éste contra la escuela de Salamanca.[91] Pero aquí añade Don Marcelino: "Estas diatribas tienen un interés meramente histórico, y no pueden hacer bajar un punto a Quintana de la primacía que obtiene entre nuestros líricos modernos."[92] Se refiere a lo injusta de la acusación de Moratín contra Quintana de ser enemigo de nuestros poetas clásicos, pues los coleccionó con amor.[93]

Y afirma que frente a Cienfuegos:

> "Todo lo contrario acaece con Quintana: llegó a tiempo: fue el poeta de las ideas del siglo XVIII, y por eso enmudeció dentro del XIX. Para encontrar en nuestra historia lírico igual o mayor, es menester remontarse al siglo XVI, y no detenerse sino ante Fray Luis de León. Pocos hombres han mostrado tanto como Quintana igualdad en su vida, en sus ideas, en

> sus propósitos y en sus discursos. Era un hombre todo de una pieza, así en lo político como en lo literario. De aquí proceden su imperfección y su grandeza. Tiene todos los errores y también todas las nobles aspiraciones de su siglo. Su larga vida le permitió conocer otras ideas y otros sistemas, pero jamás hicieron mella en su dura naturaleza. Él mismo debía creerse anticuado, y por eso enmudeció como poeta desde 1829, como crítico y como historiador desde 1830. Y acertó en este retraimiento, que le dio en vida toda la consideración que se debe a los muertos gloriosos y a los vestigios imponentes de las construcciones de otra edad."[94]

Resulta difícil mejor caracterización de Quintana que la realizada por Don Marcelino: "hombre todo de una pieza, así en lo político como en lo literario." En una sola línea ha definido a nuestro autor mejor que ningún tratado.

Es admirable la labor de Don Marcelino. Incluso se tiene la sensación, leyendo su obra, que pese a su mentalidad conservadora, admiraba profundamente a los escritores más heterodoxos y más libres desde el punto de vista humano y político. Cómo si no explicar el espléndido estudio y edición que dedicó, si bien en tirada muy limitada, al mismísimo José Marchena, que tan distante debía estar de su pensamiento e inquietudes.[95] La obra de Don Marcelino es de una inteligencia crítica, de una belleza de estilo literario, de una profundidad de juicios y de un talante humano, totalmente admirables, más allá de las meras distinciones ideológicas que son salvables en personas con determinado nivel intelectual.

Añade luego:

> "Quintana se mantuvo siempre fiel, no sólo a su educación filosófica, no sólo a todos sus errores históricos y preocupaciones políticas, de las cuales nunca quiso apartarse ni una tilde, sino a la poética que había aprendido en su infancia, y que no era otra que la poética clásica, tal como se entendía e interpretaba en Francia y en España a fines del siglo XVIII."[96]

Indica que su clasicismo no es el de Horacio, sino el verdadero, el civil. Se dirige no al lector solitario "sino a masas de pueblo congregadas."

Esta afirmación sugerida por el genial crítico santanderino, me parece de enorme importancia y supone comprender correctamente el sentido total que tiene la obra de Quintana. Nos encontramos ante un autor que escribe para la masa, con una visión moderna y democrática de la función literaria. Su poesía es declamatoria y retórica -sin embargo nunca vacua, sino cargada de ideología- porque se escribe para ser recitada ante masas, al menos hipotéticamente, por más que admita también una lectura individual. Su teatro está escrito para ser representado ante muchedumbres enfebrecidas por las ideas de libertad que en él se inculcan. Hasta su labor como periodista y como escritor de proclamas y manifiestos, nos presentan el lado público de este escritor, de concepción claramente democrática de la literatura. Quizás, me parece, el hecho de que poesía haya sido olvidada hoy día, se deba precisamente a que ha variado el tipo de recepción ante este arte, y la obra lírica de Quintana no se creó para la lectura individual y solitaria, sino para el contagio emocional de las muchedumbres, del pueblo al que quería imbuir las ideas de libertad. Algo semejante a las lecturas de poemas que, ya en el siglo XX, harían Pablo Neruda o Rafael Alberti, en estadios atiborrados de público anhelante de ver reflejados en sus palabras, los sentimientos que ya poseían.

En cuanto al posible romanticismo de Quintana, al que ya me he referido, Menéndez Pelayo afirma:

> "No hay en los versos de Quintana, como hay en los de Cienfuegos, gérmenes de poesía romántica: a lo mero pueden encontrarse en la fantasía del Panteón del Escorial, que bajo ciertos aspectos es de una belleza extraordinaria."[97]

Notemos que aquí está la fuente del pensamiento que luego desarrollaría, llevándole la contraria, el maestro Azorín respecto al romanticismo de este poema, como veremos en seguida. Pero en general, la consideración que Menéndez Pelayo posee de

Quintana como poeta no romántico se debe, creo, al criterio de estricto enfrentamiento y separación entre neoclasicismo y romanticismo que se cultivaba en la época, y que los estudiosos posteriores han contribuído a poner en duda, y remito por ejemplo a las teorías de Sebold que tan ampliamente he comentado en mis libros sobre el romanticismo.[98]

Menéndez y Pelayo pasa luego a enjuiciar a Quintana como crítico,[99] y en este sentido el texto que sigue es el contenido en sus Estudios de crítica literaria que analizaré en seguida.

Antes de ello, quiero mencionar brevemente la alusión que hace en esta Historia de las Ideas Estéticas el crítico santanderino, a la polémica entre Blanco y Quintana.[100] Así, se refiere a que en 1804 Reinoso publica el poema La inocencia perdida, premiado en la Academia de Letras Humanas el 8 de diciembre de 1799 en competencia con otro de Lista al que ganó -remito nuevamente a mi libro sobre el tema-. Este poema de Reinoso era una miniatura del grandioso cuadro de Milton.[101] Quintana, al dar cuenta del poema en Variedades,[102] elogia su forma y dicción, pero no el fondo, por el escaso arte con que ve representada la escena de la seducción de la serpiente en comparación con el lírico inglés. Blanco impugna estas palabras en Carta a los editores del "Variedades", que para Menéndez Pelayo posee interés literario; allí cuestiona la autoridad de Boileau y le llama jansenista.[103]

La polémica citada tiene un interés meramente documental, me parece, de cómo Lista, Reinoso, Arjona y Blanco se apoyaban unos a otros en esta primera época de amistad entrañable entre ellos, que -en el caso de Lista y Blanco- se prolongaría hasta muchos años después.

* * *

En los Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, que citaré por la

Edición Nacional de las Obras completas de Menéndez y Pelayo,[104] existe un epígrafe dedicado a Quintana considerado como poeta lírico, que recoge una conferencia pronunciada en el Ateneo en 1887, dentro de la serie de conferencias la España del Siglo XIX.

Allí afirma el crítico santanderino, que sólo se va o ocupar de Quintana poeta, no del historiador, político, liberal etc.[105]

Sus dos tragedias le parecen imitaciones de Alfieri, en la que no se ve más rostro que el del poeta.[106]

Destaca la pasión patriótica del Pelayo, que considera de escaso valor dramático pero que si la consideramos como una oda patriótica más posee mayor mérito.

Le parece que como historiador es de segundo orden.[107] Le acusa de falta de lo que llama imaginación retrospectiva, que es la que resucita las épocas pasadas. Pero por mi parte creo ello se debe al intento de Quintana de representar los hechos y las ideas con toda objetividad; de todos modos, como señalaron otros estudiosos como Pirala, hay vida intensa latiendo en las Vidas de españoles célebres y cuadros de profundo colorismo, frente a lo que estima Alcalá Galiano según vimos.

Para Menéndez y Pelayo, Quintana fue:

> "(...) hombre de escasa imaginación plástica, poeta nada dramático, mucho más lírico que épico, poeta inflexible y de una sola cuerda,[108] y además sectario de una escuela, enamorado de un ideal que no transigía ni daba cuartel a los ideales pasados, discípulo de la escuela ideológica del siglo XVIII en filosofía, en moral, en política, y encariñado, por tanto, con cierta construcción a priori de la sociedad, con cierta concepción abstracta e invariable del hombre, sin atención a tiempos ni a lugares, desdeñando o relegando a segundo término toda la variedad inmensa y pintoresca de la vida, todos los múltiples hilos que van tejiendo la riquísima trama de la historia."[109]

En fin, según podemos comprobar por la crítica conservadora de la época -

Cueto, Valera, Menéndez Pelayo- Quintana tuvo muchas dificultades, por su ideología progresista, y porque su poesía poseía una enorme carga ideológica, para ser considerado en su justo término.

De todos modos, el crítico santanderino da una de cal y otra de arena, por lo que añade:

> "Pero Quintana era al cabo hombre de grandísimas facultades intelectuales, y en ciertos casos llegó a hacerse saludable violencia, mostrando dotes, no sólo de imparcial y rectísimo juez, sino de narrador animado y elegante, de verdadero discípulo de Plutarco."[110]

A Menéndez Pelayo le gusta Quintana cuando se aproxima más a su pensamiento, lo cual es un apriorismo injustificable, si bien comprensible.

Para el crítico santanderino existe un "progreso visible" antre los tres volúmenes de las Vidas. El volumen de 1807 está constituído por vidas en su mayoría "descoloridas y monótonas"; las del Cid y Guzmán son ejemplo de la erudición raquítica de principios de siglo, aunque la del Gran Capitán tiene más calor, sin ser sólida. En el primer volumen de 1807 sólo la vida de Roger de Lauria le gusta a Don Marcelino, porque en ella el autor inflama su fantasía.

Este juicio no me parece justo, como veremos al comentar las Vidas en el epígrafe correspondiente.

Más extensas y documentadas le parecen las Vidas de 1830 y 1833, con estilo más puro, libre el lenguaje de los galicismos del primer volumen, más profundamente estudiado el héroe y la época:

> "(...) nadie dejará de contar entre las mejores lecturas de este siglo la de las vidas de D. Alvaro de Luna, Vasco Núñez, Francisco Pizarro y Fray Bartolomé de las Casas. Nunca hay que buscar en el autor imparcialidad absoluta: se lo vedaban sus rencores políticos;[111] pero aun en éstos habían traído los años cierto apaciguamiento. Por otra parte, Quintana no

> era erudito de profesión ni se entregaba con total desinterés a la ardua labor crítica que desentraña, compulsa y pesa los testimonios; pero era estudioso y honrado, y en estas últimas Vidas dio a conocer hechos y documentos nuevos, y trajo la luz a muchos puntos dudosos: lo cual pocos le agradecieron ni celebraron, sin duda porque no exponía sus descubrimientos en la forma áspera e indigesta de las monografías académicas; sino que escribía libros populares, juntando en ellos la utilidad con el deleite."[112]

Este juicio de Menéndez Pelayo me parece importante, porque para considerar objetivamente la labor de Quintana como historiador hay que tener en cuenta el estado de los estudios en su época. También señalaremos luego la gran cantidad de documentos inéditos y nuevo que le sirven de fuente. Pero, frente a los textos intragables de su enemigo Capmany, lo que pretende es la divulgación, no la erudición farragosa. Una vez más: nos encontramos ante un hombre enfrentado a la multitud, un hombre que habla y escribe para la muchedumbre democrática, para el pueblo por cuya libertad dio su vida entera. Quintana quiere divulgar e instruir de modo agradable y atractivo, pero con profundidad de conceptos y de conocimientos. En este sentido sus textos son de una modernidad increíble, que la crítica no ha puesto suficientemente de manifiesto.

Indica Menéndez y Pelayo sabiamente que "el conocimiento de las ideas que un poeta profesa sobre el arte literario, es conocimiento preliminar e indispensable para comprender la poética que en sus propias obras practica."[113] Es lo que René Wellek y Austin Warren denominarán luego crítica interna, y que he procurado practicar en mis trabajos sobre Paz y Benet, por ejemplo.[114]

Señala Don Marcelino que Quintana como crítico está escasamente representado en las Obras completas de Rivadeneyra. Fueron muchos más sus estudios juveniles, que allí no están recogidos: en los tomos 14, 16 y 18 de la Colección de poetas castellanos de Ramón Fernández (Estala), que contienen sus prólogos a la Conquista de la Bética de Juan de la Cueva, a los Romanceros y Cancioneros españoles, a Francisco de Rioja y otros poetas andaluces. Y sugiere recorrer despacio el periódico Variedades de Ciencias,

Literatura y Artes, que comenzó a publicar desde 1803 hasta 1805.[115]

La idea de Menéndez Pelayo la acoge, sin citar origen, Dérozier en el Apéndice o volumen segundo de la edición francesa de su Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne. En este Apéndice Dérozier recoge estos textos, como veremos en el apartado correspondiente, tanto los prólogos de la Colección de poetas castellanos como los artículos de Variedades -y también, como añadido, los del Semario Patriótico-. El Apéndice citado es de gran interés para los estudiosos de Quintana, y es una pena que la edición de Turner al español no lo incluya. Si bien hay que anotar que diversas proclamas y manifiestos que Dérozier atribuye a Quintana son de dudosa autoría, según señaló Berazaluce y según estudié de otro modo en mi libro sobre la descolonización.[116]

De todos modos Menéndez y Pelayo corrige luego sus asertos cuando indica:

> "La crítica de Quintana es la flor de la crítica de su tiempo; pero no sale de él, no anuncia nada nuevo. Tiene la ventaja que tiene siempre la crítica de artistas, es decir, el no ser escolástica, el no proceder secamente y por fórmulas, el entrar en los secretos de composición y de estilo, el reflejar una impresión personal y fresca."[117]

Es interesante este aserto sobre lo que en la época se llamaba crítica de artista, que ha legado textos tan valiosos por ejemplo, como los de Salinas y Dámaso Alonso en España, o en Francia los de Bachelard, Poulet o Richard, cuya importancia sigue aún vigente.

Lo que Menéndez Pelayo le achaca a Quintana es que en esta época aún no había roto las ligaduras de la Retórica. En efecto, añado, hay que tener en cuenta que con Campoamor y Núñez de Arce, también por supuesto con Bécquer, se estaba generando una actitud de animadversión hacia el retoricismo romántico, que se consideraba desfasado ya en la época del crítico santanderino.

Hay otro aspecto importante en que éste incide, al señalar que Quintana fue el primer colector de romances y el primero que llamó la atención sobre este género olvidado de nuestra poesía.[118] Aunque no conoció los romances primitivos y viejos.

Desde luego, indica, haría falta más tarde la clasificación de Jacobo Grimm en Silva de romances viejos (Viena, 1815), y los trabajos al respecto de Wolf y Hoffmann. Pero, señala, no podemos exigirle lo que luego se hizo. Él, además, sólo vio uno de los últimos romanceros, el Romancero General (Madrid, 1604), y también un sólo cancionero, el Cancionero General de Castillo en la edición mutilada de Amberes de 1573.

Menéndez y Pelayo corrige aquí, de modo importante, la opinión de Cueto a la que ya aludimos, sobre el pretendido desprecio de Quintana hacia la poesía popular. El crítico santanderino escribe sobre un tema que conoce bien, y señala las fuentes de Quintana, que le parecen incompletas. Pero, con todo, efectivamente el impacto de la crítica de Quintana me parece fue importante, y tuvo relación con las ediciones posteriores de Durán del Romancero General, y las críticas de Lista en la prensa de la época. Con ello además, mostraba el sentimiento romántico avant la lettre, en favor de los romances que estos poetas cultivarían hasta llegar a la perfección de los Romances históricos de Rivas de 1831.

Por eso quizás, Don Marcelino afirma: "Con todas las lagunas que pueden notarse en su crítica, Quintana no dejaba de ser el humanista más ilustrado de su tiempo."[119] Y comenta que su colección de poesías castellanas -que hoy parece raquítica- fue un avance respecto a la de Fernández -constituida por reimpresiones sin plan alguno- o el Parnaso Español -que es un fárrago.-[120]

Son suyas las tres introducciones que preceden a las tres partes de esta colección: Poesías de los siglos XVI y XVII (tres tomos), Poesía del siglo XVIII (un tomo), Musa Épica (dos tomos), editadas entre 1830 y 1833. En ellas, nos dice Don Marcelino, hay moderación en las censuras, templanza discreta en los elogios, y como poeta que es, se entusiasma por las cosas bellas.[121]

Comprende y juzga bien, nos sigue diciendo el crítico que seguimos, a los líricos grandilocuentes como Herrera, y a poetas nerviosos y fuertes como Quevedo, y algo a los brillantes y pintorescos como Valbuena y Góngora. Pero siente poco el lirismo suave y reposado de Fray Luis o la grave melancolía de Manrique; tampoco comprende a Lope.[122] Más atrasada y tímida es la crítica de teatros que realiza.[123]

Indica que fue uno de los primeros en pronunciar en Las Reglas del Drama

(1821)[124] el nombre de la escuela romántica. Pero aquí debo añadir que Lista en sus artículos de El Censor por las mismas fechas (1821) emplea el mismo término.[125] No obstante cuando nombra a esta escuela, nos sigue diciendo Menéndez y Pelayo, no es para adoptar sus principios, sino para vacilar un poco en la cuestión de las unidades; posee un cierto eclecticismo al respecto.

Para Menéndez y Pelayo, Quintana no escribió nada importante después de 1808.[126] Es un cantor inspirado de la filantropía, de lo que llama -no sin cierta sorna- el crítico santanderino panfilismo, cantor de la libertad política abstracta -¿era realmente abstracta? me atrevo a señalar; tan abstracta no debía serlo a juzgar por los inconvenientes personales que le supuso al autor-, de las ideas de Condorcet y Turgot.

Quintana sería entonces el poeta del año 89. No transigió con el romanticismo ni en la teoría ni en la práctica. Con esto obviamente estoy en desacuerdo, lo que ocurre es que una cosa era el romanticismo español, peculiar y nacional, como todos los romanticismos, y otra el francés, alemán o inglés. Creo que Menéndez Pelayo se fija demasiado en Las reglas del drama, cuando Quintana es un autor mucho más polimórfico y rico.

Cree el crítico santanderino que Quintana no cantó ni aceptó las ideas propias de nuestro tiempo: "Toda su vida fue liberal en política y clásico en literatura: no fue nunca demócrata ni romántico, ni mucho menos naturalista."[127]

Pedirle a Quintana que sea naturalista, cuando no había llegado el 1882, era pedir imposibles anacrónicos. Decir que no fue demócrata es una inexactitud cuanto menos. Y decir que no fue romántico, una consecuencia de los prejuicios de la época de Don Marcelino respecto a neoclasicismo y romanticismo, semejanzas y diferencias.

Quiero insistir por tanto en que los romanticismos son totalmente nacionalistas. De ello escribí en mi El alba del romanticismo español y espero continuar algún día indagando en las características propias y definitorias del romanticismo español. Si no las llegamos a determinar podemos caer en el error en que ha incurrido la crítica española del XIX durante tanto tiempo, considerando a nuestro romanticismo como movimiento de escaso valor literario. Ello es un aserto injusto, máxime si se tiene en cuenta que España era el país romántico por excelencia. Hay todavía mucha ignorancia

acumulada y muchos tópicos reiterados miméticamente acerca de una época que es necesario enjuiciar con ojos nuevos.

Por otra parte, desde el punto de vista según el cual Quintana era profundamente liberal, tenía que ser, como consecuencia, también romántico -o al menos protorromántico o adelantado del romanticismo en su alba-, porque en España el romanticismo se sigue necesariamente de la gesta heroica de nuestra Guerra de la Independencia, que me parece una revolución romántica a la par que liberal -al menos entre un sector, el más atractivo, del bando patriótico.-

Por eso estoy más de acuerdo -aunque Menéndez Pelayo es tímido y se queda corto en la afirmación- cuando indica que la sola virtud de su estro es ser "el heraldo y el nuncio del nuevo sol que se levanta en el horizonte." Utilizando esta misma metáfora respecto al alba romántica que he estudiado en otro libro, yo diría que hay mucha luz de ese alba que ya se perfila en la figura de Quintana. Lo que ocurre es que, como veremos en seguida, el sino tremendo de nuestro autor es ser un poeta que no tiene tiempo ni ocasión para la estética ni el lirismo. Vivió una vida sacrificada, inmolada al servicio de la nación, por mera y pura filantropía. En este sentido -y en otros muchos- es hombre de grandeza admirable, ante el que hay que descubrirse. Espero solamente que este modesto intento crítico que el lector tiene en sus manos, aporte un diminuto grano de arena más para una comprensión más cabal de la importancia de este gran hombre que fue Manuel José Quintana, al cual sólo unos pocos autores -Dérozier por ejemplo, salvando los errores de juicio respecto a la cuestión americana, como estudiaremos- han tratado con la justicia y acierto que se merece.

Dice Don Marcelino que Quintana no debe su estro a Francia sino a Meléndez Valdés y Cienfuegos -y a través de éste a Ossián y Young-. De Cienfuegos tomó "el ardiente amor a la libertad y el progreso", y la factura del endecasílabo.[128] "Pero lo que en Meléndez y en Cienfuegos es soneto, no siempre feliz, aparece en Quintana en estado de madurez perfecta y de obra cumplida."[129]

Indica que si hay poesía en el mundo fácil de abarcar con una mirada, es la de Quintana. La suya es poesía lírica, "Y ante todo la poesía lírica de Quintana es atea, no porque niegue a Dios, sino porque Dios está ausente de ella. La oda de Quintana es un

templo sin Dios."[130] Quiero destacar en este sentido la importancia del tema religioso en la crítica conservadora de Cueto y Menéndez Pelayo, que están distantes de una comprensión cabal de Quintana en este sentido.

Quintana se identifica en la poesía patriótica con el espíritu colectivo, ahogando su propio individual sentir.[131] En este aspecto sí es importante la afirmación de Menéndez y Pelayo.

Pero luego señala que por esta falta de fe, se deduce la sequedad y dureza de su alma,[132] lo cual me parece un juicio extremadamente injusto.

Estima Don Marcelino que Quintana no se ocupa de la naturaleza. Su soberbia oda Al mar "tan potente en las cadencias, tan llena en los sonidos"[133]:

> "(...) lo que allí se canta no es el mar, ni la impresión que el mar produce en el poeta, sino la audacia del hombre que se atrevió a surcarle; es decir: el progreso manifestado por la navegación, o, lo que es lo mismo, una nueva variante del tema de la oda A la vacuna y de la oda A la imprenta."[134]

También es absolutamente injusto este juicio del ilustre polígrafo. El sentimiento panteísta de este poema está fuera de duda para cualquier lector con un concepto moderno y abierto de la existencia. Tendremos ocasión de comprobarlo cuando analicemos el poema.

Menéndez y Pelayo sigue manifestando su incomprensión hacia el temperamento poético de Quintana cuando le acusa de poseer una frialdad marmórea en todo lo que no sean sentimientos de amor a la civilización y a la patria.[135] Es un poeta de la civilización, nos dice, un creyente de la iglesia de Franklin y Cabanis, de los derechos del hombre etc.[136] Precisamente, quiero añadir, lo que a Menéndez Pelayo le parece negativo de nuestro autor es lo que lo hace más atractivo para un lector modrno.

De este modo, Don Marcelino continúa con sus diatribas: "Arrebatado Quintana por este fanatismo político tan intolerante, tan sañudo y tan adverso al recto criterio histórico (...)"[137] Cuando me parece que la intolerancia es, en este aspecto, la del crítico

que lo enjuicia.

Le califica de poeta clásico por oposición a romántico,[138] de lógico y oratorio más que lírico, en cuanto a los procedimientos de su composición.

Indica que se rumoreaba componía sus odas antes en prosa para versificarlas después, y le considera "poeta muy rico de ideas y a veces de pasión, pero pobrísimo de imágenes."[139] Esta afirmación está indicando, añado, que nos encontramos ante un poeta denso, de fuerte carga ideológica, más que ante un temperamento lírico.

Considera que las odas de Quintana empiezan todas con una sentencia universal y abstracta, pomposa. Parte siempre de una sentencia abstracta, una comprobación histórica.[140]

Y que los versos de la epístola a Jovellanos contienen un fragmento casi literal,[141] que la oda a la muerte de Rousseau por el mendigo poeta Lefranc de Pompignan.[142] La elegía a la Duquesa de Frías, calca una estrofa de los Soliloquios del Emperador Marco Aurelio, filósofo estoico. Y el epitalamio de la Reina Cristina (1830) toma como modelo el epitalamio de Claudiano en honor de la hija de Stilicón.[143] Por mi parte añadiré que de ser ello cierto, nos está hablando de la riqueza de lecturas de nuestro autor.

Quintana imitaría a Cienfuegos, y a él le imitó su condiscípulo Juan Nicasio Gallego, y luego diversos poetas hispanoamericanos como Olmedo y Heredia.

Pero el propio Menéndez Pelayo, que debía de escribir deprisa, se contradice líneas más adelante. Antes consideraba que era lógico y oratorio más que lírico.[144] Ahora estima que como poeta lírico no tiene más rival que Fray Luis, que le supera en reposada y serena belleza e intensidad de sentimiento, y está libre de su énfasis declamatorio.[145] Dice que es para unos el primer lírico clásico y para otros el segundo. Más bajo que Schiller y Goethe, pero a la altura de Chénier y Roberto Burns, y mayor que Alfieri y Monti. Por mi parte creo que estos hit parade son un tanto ingenuos, y sus asertos inverificables.

> "Faltóle a Quintana flexibilidad de ingenio; tuvo indudablemente escasez de recursos, se movió en esfera poco vasta, y se repitió mucho, a pesar de

> haber escrito tan poco; pero en esto poco rivalizó con los más grandes maestros, y fue, a su manera, poeta verdaderamente clásico; es decir: magistral y digno de servir perpetuamente de modelo a todo el que quiera expresar en lengua castellana, con solemnidad y pompa, sentimientos elevados y magnánimos. Salvó sus poesías con escaso número de ideas, con escaso número de imágenes, y hasta con escaso número de palabras. (...)"[146]

Nuevamente la injusticia de los sertos de Menéndez y Pelayo. No comprende que la reiteración de los sentimientos liberales y filantrópicos de Quintana, busca la consecución de un fin práctico y real: el cambio efectivo de la sociedad para la que escribe y para la que vive. No podemos considerar a nuestro autor con los criterios esteticistas de la literatura descomprometida, salvo que no queramos comprender nada de su vida y obra.

Menéndez Pelayo termina diciendo que Quintana, pasada una época de su vida, apenas aprendió nada, "de aquí su esterilidad, su silencio, y aquella posición de retraimiento en que se colocó respecto de la literatura romántica."[147] Sería un cantor exclusivamente lírico -insiste en la contradicción que nates señalé- y poeta de una sola cuerda -repitiendo aquí el injusto tópico antes identificado.-

No hay, creo, tal esterilidad en el último Quintana. Por una parte nuestro autor se quemó hasta el final en los días de Cádiz y en los sucesos posteriores -prisión, destierro etc.- Su trabajo termina hacia 1833, con el tercer volumen de las Vidas. En esta época sabe que ya ha pasado su momento, como el de todos los liberales de 1812. Hubiera sido anacrónico intentar apuntarse al nuevo tren político. Por otro lado quiero adivinar todo un sentimiento de poderoso desencanto acerca de la política posterior a 1812, por parte de un hombre que entregó su inteligencia y su vida enteras a una causa que consideraba justa, y a quien no gustaba probablemente el sesgo que iban tomando los acontecimientos. Tal vez llegó a preguntarse si merecía la pena haber entregado su vida a aquel ideal, para después soportar la descomposición política, el hervidero de intrigas, la todopoderosa influencia de las sociedades secretas, la ingobernabilidad del país con un

rey del que no se podía fiar y que no fiaba en nadie. Esta es, creo, la auténtica razón de lo que Menéndez Pelayo considera inflexibilidad y esterilidad. Pero Quintana seguía vivo, intensamente vivo, si bien retirado al oscuro ostracismo en el que él mismo eligió vivir, cansado y desengañado de los negocios públicos y de la cosa literaria. Y fueron los mismos poetas liberales, los que tuvieron que acudir a buscarle para coronarle, al final de sus días, en que se encontraba olvidado -voluntariamente olvidado- y pobre.

AZORIN Y QUINTANA.

Azorín, con peculiar hipersensibilidad crítica, sí percibió los elementos románticos avant la lettre que se encuentran en Quintana. Así en Leyendo a los poetas (1945) escribe:[148]

> "De Meléndez Valdés procede -repitámoslo- toda la poesía moderna española. De Meléndez ha nacido Quintana. Y Quintana abre en España el siglo XIX. Quintana no es romántico; pero Quintana hace ya alborear espléndidamente el romanticismo. ¿Qué más romanticismo puede darse que El panteón de El Escorial? El espíritu romántico, el espíritu de un Víctor Hugo, por ejemplo, está íntegro, en ese poema tan conocido. Ya el 'color' apunta, se manifiesta, en esas estrofas; pero no es lo original, lo nuevo, el color, lo que trae Quintana al arte el El panteón de El Escorial; lo original es lo que, desde el punto de vista político, le ha reprochado al poeta la crítica conservadora: lo nuevo es un modo de tratar la tradición, las instituciones, los hombres del pasado. Y este dominio sobre el pasado -en vez de ser dominado el artista por el pasado-; ese plasmar y manejar el pasado a su talante, sometiéndolo a la inteligencia, haciendo depender de la inteligencia todo lo más grande, lo más intangible (un Felipe II, por ejemplo, en el caso de Quintana); ese señorear de la inteligencia sobre el pasado, repito, es uno de los rasgos más populares del romanticismo. Quintana nos lo ofrece en su obra. Sin Meléndez Valdés -su maestro-, Quintana no habría sido del mismo modo que es. Y sin Quintana, tal vez el romanticismo español no hubiera sido tan vigoroso, o no hubiera tenido el carácter liberal que tiene -a diferencia del romanticismo francés-, o habría carecido de algún otro elemento, de algún otro rasgo que un examen atento nos haría ver."

Azorín roza la verdad. Apunta una serie de interpretaciones nuevas y arriesgadas. Aunque hace depender excesivamente a Quintana de Meléndez -termina incitando a la lectura del estudio importantísimo, nos dice, de Pedro Salinas sobre este autor-, sugiere que el romanticismo español fue el que fue por la huella previa de Quintana, y descubre el alborear del mismo en su El panteón de El Escorial.

Azorín tampoco recala en Al mar, pero el paso que ha dado para la comprensión crítica de Quintana en estas dos breves páginas llenas de sugerencias, es un paso de gigante. Repitamos nuestra admiración por la percepción crítica tan fina que tiene Azorín, al que hay aún que redescubrir.

ALGUNOS TRATAMIENTOS MODERNOS DE QUINTANA: VILA SELMA, PAGEAUX, LEOPOLDO DE LUIS.

Dedicaré escasa atención a dos libros referentes a nuestro autor.

Uno de ellos es el de José Vila Selma,[149] que se trata de una exposición didáctica y sistemática, un tanto elemental también, del estado de la cuestión Quintana en 1961. Si bien puede pensarse que es un libro al que falta mayor riqueza de contenido, también es cierto que fue pionero en el redescubrimiento de un autor olvidado. Y hay que situarlo, evidentemente, en la perspectiva de la España del año 1961, cuando todavía no habían aparecido los revolucionarios trabajos de Dérozier.

Algún atisbo del libro citado hubiera merecido también una mayor profundidación, en el sentido en que estoy indicando contínuamente. Véase por ejemplo esta sugerencia que queda perdida en una línea: "Las Poesías de 1788 son, realmente, fugaz testimonio de un posible Manuel José Quintana romántico."[150] Pero esta afirmación aislada debería ir acompañada de todo un constructo crítico que explicara los motivos de la misma.

De todos modos quiero insistir en que bastante era publicar en 1961 un texto sobre Quintana.

* * *

De 1963 es el artículo de Pageaux,[151] que cae en el error -desde mi punto de vista claro está- de considerar a Quintana como poeta prerromántico y con características propias del pensamiento ilustrado más crítico heredado de la cultura francesa.

El artículo de Pageaux es descriptivo en cuanto a los contenidos de los principales poemas, y aporta a veces un estudio de variantes en las diversas versiones de los poemas, insistiendo en las fuentes clásicas y sobre todo francesas.

Cuando analiza el poema Al mar,[152] insiste -sorprendentemente desde mi opinión- en el clasicismo de su vocabulario, y señala como fuentes Herrera, Lope y Góngora, sin darse cuenta de la novedad importantísima del espíritu que late en su planteamiento, que considero romántico. Pageaux no relaciona a Quintana con el romanticismo anticipado que venía de Europa en estas fechas y que él asimila de modo muy personal.

Pageaux insiste en la unidad de elaboración a través de las diversas ediciones de poesía, en 1802, 1808 y 1813.

Considera que la poesía de Quintana es a la vez lírica y épica, con una unidad temática que deriva de la poesía española clásica de Manrique a Luzán, o las lecturas de autores del XVIII reelaborados.[153] En este punto el trabajo de Pageaux está excesivamente lastrado por la pretendida determinación de fuentes, lo que le hace ser tópico, y sobre todo ciego para los valores de modernidad y originalidad de nuestro autor.

Indica que "la culture française constitue aussi un élément de continuité dans la genèse poétique de Quintana" (...) que sería "un 'ilustrado' dans toute l'acception du terme". Su patriotismo "prenait sa source dans une critique philosophique du XVIIIe siècle (...) Le patriotisme de Quintana n'a aucun rapport avec un romantisme anticipé."[154] A lo largo de este trabajo intentaré ir desmontando sucesivamente todos estos asertos, que constituyen exponente del pensamiento crítico más tópico sobre Quintana.

Dice Pageaux que "On a d'abord voulut considérer Quintana comme un poète de 'transition' et même comme une romantique avant la lettre",[155] pero Pageaux considera totalmente errónea esta opinión, que cree no tiene en cuenta la cronología de las obras ni la biografía del poeta, puesto que además se centra en los poemas posteriores a 1820, que son los menos relevantes del autor.[156] Sin embargo, debo advertir que mi consideración personal de Quintana como poeta protorromántico o avanzado del romanticismo, surge de todo un planteamiento de base mucho más amplio y profundo que el que descarta Pageaux al final de su artículo.

Para Pageaux, Quintana no crea un mundo poético como Meléndez Valdés, y añade:

"Quintana ne nous apparaît peut-être pas comme un grand poète. Pourtant, nous lui reconnaissons une indéniable originalité. Tant par l'utilisation des thèmes que par le vigueur de son expression, il reste un des meilleures écrivains de la fin du XVIIIe siècle espagnol."[157]

* * *

Habría que hacer referencia a la antología de M. E. Martínez Quinteiro, que realiza la edición y los comentarios. Este libro es de 1972 y también anterior a Dérozier.[158] El título, Quintana revolucionario, ofrece menos de lo que luego da, pero incluye la Memoria del proceso y prisión (1814) si bien acompañado luego de diversos comentarios de texto que lo convierten en obra de divulgación escolar. Como gesto tiene también su interés, siendo un librito breve.

* * *

Del año 1972, concordando con la difusión del libro de Dérozier en Francia, son los dos artículos de Leopoldo de Luis, crítico siempre sensitivo, que interpreta dos poemas de Quintana comprendidos por un temperamento de poeta.[159]

Especialmente interesante es el artículo de Leopoldo de Luis dedicado a la oda Al panteón del Escorial, donde realiza una admirable interpretación del poema de Quintana, elucidado a través del paralelo que se establece con las referencias históricas. Leopoldo de Luis descubre las claves históricas necesarias para comprender este texto. Y al final añade una serie de anotaciones sobre métrica y sobre aspectos estilísticos. Para él Quintana es un poeta prerromántico, aunque subraya su carácter de autor de transición:

> "Aguas de ría que aún no son mar, que han dejado de ser corrientes fluviales, son esas zonas de transición en los movimientos literarios. Quintana estuvo más cerca del clasicismo dieciochesco que del romanticismo decimonónico. No obsta para que fuese un hombre muy del diecinueve en política: auténtico liberal, y el liberalismo afluye desde el caudal ideológico del XVIII, pero son las Cortes de Cádiz quienes le dan lecho. Vida y obra; aún más: obra y conducta personal, marchan parejas en don Manuel José quien, sobre todo, es un poeta político: un poeta que nutrió la poesía de su materia ideológica."[160]

Y añade un poco más adelante que la adjetivación tremenda y otros rasgos, "denotan el prerromanticismo de este poeta primordialmente clásico."[161] Sobre este aspecto ya he manifestado y manifestaré mi opinión contraria. Notemos sin embargo que de Luis reconoce el sesgo romántico de las fuentes inmediatas del tema a que se refiere el poema, años antes en Schiller, y luego después en Víctor Hugo.

En el artículo dedicado a la Oda a la imprenta, comentario en el segundo centenario del poeta, estudia la métrica y las imágenes que nuestro poeta usa en este texto, e indica que:

> "En el fondo, hay una conmovedora ingenuidad en esta actitud de filántropo progresista. No se entrega a poderes sobrenaturales, sino a la razón y a la inteligencia, mas una ideación abstracta planea en torno con proyección mítica."[162]

Quintana, nos dice Leopoldo de Luis, se ocupa del sueño abstracto de la felicidad utópica, y de la afirmación de la igualdad entre los hombres ("los hombres todos su igualdad sintieron"), hija de la revolución francesa. Gutenberg aparece como bienhechor del mundo. Indica Leopoldo de Luis,[163] que:

"Por otra parte, esta devoción de Quintana por la imprenta se corresponde perfectamente con su actitud política. Fue -es bien sabido- un entusiasta de la Constitución de Cádiz que, doce años después de escribirse este poema, recogió entre sus dogmas el de la libertad de imprenta. Bien consecuentes, pues, el poeta y el político.

La comprensión de la poesía que Quintana tuvo y pusoen práctica, ampara un amplio mensaje de

defensa del progreso, al servicio de la Humanidad armonizada socialmente. Para él los grandes inventos, con sus gigantescos avances, deben ser objetos de la poesía (...)"[164]

De todos modos los dos artículos mencionados de Leopoldo de Luis, publicados durante la dictadura franquista, tienen una docble lectura posiblemente, en relación con las circunstancias coetáneas en que se escribieron.

* * *

Tanto los trabajos de Leopoldo de Luis como los de Rogelio Reyes, surgen a partir del interés que despierta en nuestro país la edición francesa del libro de Dérozier sobre Quintana. Pero después de la antología de Rogelio Reyes, a que aludiré en seguida, nuestro autor cae en el olvido bibliográfico. Basta con revisar los repertorios de la MLA. En 1983 hay apenas dos someras referencias indirectas a su obra.[165]

Mis libros Los liberales románticos españoles ante la descolonización americana (1992) y El alba del romanticismo español. Con inéditos recopilados de Lista, Quintana y Gallego (1993), están plagados de referencias a Quintana. En el segundo se contiene epistolario inédito.

ANOTACIONES AL LIBRO DE DEROZIER.

Obviamente no es mi propósito en este epígrafe resumir o contrastar el libro de Dérozier, Quintana y el nacimiento del liberalismo en España. Ya he indicado que se trata de un trabajo excelente, lleno de sugerencias tanto para el investigador literario como para el historiador. Dérozier trata de incardinar al autor en su momento histórico y social, y al mismo tiempo constatar que en la época que nos interesa, romanticismo y liberalismo se dan indisolublemente unidos, hasta el punto de que creo es imposible comprender el romanticismo español -y Quintana es un adelantado del mismo- sin un cabal entendimiento del movimiento liberal, que como ya he repetido surge de la revolución popular que fue la Guerra de la Independencia, al menos entre el estamento más culto e influyente, el de los cerebros dirigentes, que evolucionan desde las ideas ilustradas pasadas por el tamiz de los philosophes franceses.

El único defecto que se puede achacar al libro de Dérozier, además de no proseguir su estudio sobre Quintana más allá de la época del trienio, es que es difícil en ocasiones localizar ideas y temas en él, porque parece escrito con un cierto desorden, al hilo de lo que las fichas que tomaba le iban diciendo, si bien lógicamente hay una estructuración en partes y capítulos. De todos modos ello es excusable, por las dimensiones del estudio en concreto, capaz de desbordar a cualquier crítico.

No cabe duda sin embargo, como antes decía, que la labor que ha desarrollado Dérozier es de una primerísima importancia, y todos los estudiosos de la época debemos estarle profundamente agradecidos por su dedicación e inteligencia.

Dérozier, lo veremos enseguida, apunta tímidamente algunas conclusiones acerca de nuestro romanticismo, aunque luego en las siguientes páginas recula y da marcha atrás. Yo he ido un poco más lejos, llegando a conclusiones semejantes por otra vía, pero atreviéndome -puede ser virtud o defecto- a llevarlas más allá, hasta sus últimas consecuencias. Tendré ocasión de referirme a ello más adelante.

* * *

Dérozier se lamenta justamente en su libro de que la obra de Quintana es casi desconocida, no así el personaje.[166] De hecho me parece lamentable que la edición que el profesor Dérozier preparaba y anunciaba sobre el teatro de Quintana, no haya sido dada aún a luz.

El crítico francés tiene mal concepto del libro de Vila Selma, al que se refiere ligeramente y siempre en términos negativos, acusándole de parcialidad. Por ejemplo le parece falsa la afirmación de Vila Selma acerca de la "huidiza huella de la influencia de este hombre".[167]

Dérozier insiste desde el principio en que la literatura y la política se dan a la vez. Piensa que no puede desligarse la literatura del mundo y defiende una literatura comprometida, que hace progresar la Historia. Creo por mi parte que esta fusión entre ideología y literatura, a la que me referí en las anotaciones metodológicas al inicio de mi libro sobre Lista, tiene un reflejo especialmente importante en la época romántica española, en la que casi todos los escritores desempeñaron una labor política. El romanticismo español se define por su profunda ideologización y por la influencia del teatro áureo idealista.

Dérozier hace algunas anotaciones sobre el estado de la cuestión anterior a su estudio. Elogia el libro de Piñeyro, y critica la edición de Obras de Quintana de 1897-1898, fruto de editores incompetentes. Destacaré que existe un ejemplar de esta bella edición, en la Biblioteca Nacional.

Afirma que hay muchas imprecisiones y errores en el texto de Ferrer del Río para la Galería de la literatura española (1846), y que muchos se han limitado a repetirle.

Destaca la labor de Quintana en los periódicos Variedades de ciencias, literatura y artes, y en el Semanario patriótico. Creo que aún están esperando estas dos publicaciones, a algún historiador o historiador de la literatura que las analice, en relación a la ideología del momento, destacando sus aportaciones e influencia, que fue

mucha.

Dice en efecto Dérozier:

> "Sin el Semanario patriótico el destino de la Junta Central, de las Cortes y de la Constitución política de 1812 hubiera sido otro. Sin él la teoría anticlerical y antiaristocrática del Estado futuro no se habría expresado jamás con tanta claridad."[168]

Y añade:

> "Quintana desempeña un papel determinante inscribiéndose en el amplio movimiento del pensamiento liberal"[169]

Dérozier indica que va a interrumpir su estudio en 1833, fecha de la muerte de Fernando VII, porque el primer momento de la vida de Quintana es el más significativo. Y de nuevo insiste en que la obra literaria de este autor, es consecuencia de su obra política.[170]

Señala el gusto de Quintana por las obras históricas, aportando una relación de las que manejó.[171] También de las obras de su biblioteca.[172] Todo ello sería de gran interés en el caso de que tratáramos de realizar un estudio de fuentes de los epítomes que voy a recoger luego, pero remito a la evidencia de la relación que da Dérozier, y a la bibliografía que el propio Quintana facilita en cada una de sus Vidas de españoles célebres.

El primer volumen de estas Vidas... data de 1807, y contiene las de El Cid Campeador, Guzmán el Bueno, Roger de Lauria, El Príncipe de Viana, El Gran Capitán.

Notemos que hay temas que reitera Quintana. Por ejemplo, además de dedicar una Vida... a Guzmán el Bueno, escribe sobre él un epítome que luego recogeré, y también una oda A Guzmán el Bueno (1800).

Para Dérozier, la preocupación filosófica que caracteriza la poesía de Quintana hasta 1808, como el primer volumen de las Vidas..., reflejan el noble entusiasmo de este

escritor por enaltecer los hechos de su país.[173]

En este punto quiero hacer una consideración personal. Es posible que Quintana pase actualmente desapercibido para el lector moderno, que considera desfasada su preocupación patriótica. De todos modos creo necesario destacar que el patriotismo de Quintana distaba mucho del de los escritores reaccionarios y tradicionalistas de su época. Quintana ama a España, pero a una España nueva, a una España liberal. Y su obra, por otra parte, y ello me parece no ha sido puesto de relieve, intenta una auténtica regeneración de la idea de España. Su indagación acerca del carácter de nación, además de surgir de una preocupación típicamente romántica de la época -el nacionalismo romántico-, se anticipa a todas las ideas regeneracionistas y a al pensamiento de la generación del 98.

Ahora nos será más fácil, creo, comprender la actividad literaria de Quintana, que se desprende como fruta madura de todo un concepto de la vida y la sociedad que quiere aplicar a su país, haciéndole ingresar en la modernidad, luchando porque supere el atraso finisecular que significaban las ideologías del otro patriotismo reaccionario, que intentaban inútilmente prolongar una España imperialista, absolutista y de pensamiento coercitivo. Este fue el solemne error de Fernando VII, creer que se podía detener la Historia; tan sólo la frenó por unos años, si bien años decisivos, que le hacen culpable del atraso y de los desórdenes y convulsiones que asaltaron a nuestro XIX de un lado a otro del espectro ideológico.

Quintana es considerado con el marbete tópico de poeta cívico. Y ello me parece irrefutable. Pero al catalogarlo de este modo hacemos morir el temple vivo de sus ideas. El civismo de Quintana no me parece pueda ser considerado como un simple rasgo temático de contenido. Por el contrario, encierra toda una preocupación por hacer de España una nación moderna, un concepto de nación que le llevaría a ostentar ideas revolucionarias, pero -y este fue el drama de los liberales del 12- en una revolución incruenta y pacífica. Quintana desempeña cargos de secretario, manejando documentos de primera importancia, influyendo en la convocatoria de Cortes en un sólo estamento. Y no lo hace por afán de poder o por espíritu burocrático, sino llevado de un apasionado idealismo, enteramente romántico, que pretende la transición pacífica de España hacia la

modernidad, cuyas ideas había él asimilado profundamente desde sus primeras lecturas de los philosophes franceses.

No trivialicemos el espíritu cívico de Quintana como si fuera un tema poético de circunstancias para poesía de banquete. Quintana se quema por su patria, arde por España. Hoy el patriotismo y el nacionalismo -entendidos como amor a la patria con espíritu de progreso, y no de reacción- no están en boga. Volverán a estarlo en algún momento. El espíritu de Quintana es el espíritu del futuro, y la dedicación abnegada a la propagación de una serie de ideas políticas y sociales que consideraba de primordial importancia fueran comprendidas por las clases sociales menos cultivadas. De aquí el gran número de proclamas -unas más libres en su contenido que otras, porque la Junta Central le frena-. De aquí su labor en la prensa, forjando en el Semanario patriótico la opinión pública, de la que posee un sentido moderno que era común en los dos bandos de la guerra.[174]

De este modo la preocupación de Quintana por los hechos patrióticos me parece algo más que lo que Dérozier estima como "el noble entusiasmo de un joven escritor que quiere enaltecer los grandes hechos de su país."[175]

Por otro lado el interés de Quintana por la nueva España que quiere contribuir a diseñar, con el conjunto de intelectuales liberales jóvenes del país, muy influyentes desde Cádiz, va asociado a un sentimiento romántico que se expresa en su poesía, o al menos así me parece evidente.

Dérozier, en este punto, indica que:

> "Es el mismo sentido que encontramos en su adiós a la juventud (Despedida de la juventud), de tonos morosos y resignados, que descubre, con treinta años de adelanto, el sentido de la tristeza y del dolor románticos."[176]

Yo iría más lejos que Dérozier. No es que Quintana se anticipe en algunos modos al romanticismo, es que ya es un romántico, desde el mismo momento y al mismo tiempo que es un liberal radical. De todos modos Quintana siempre estará más

volcado hacia la ideología que hacia la poesía, si bien es autor de tres o cuatro poemas de enorme valor literario, a los que me referiré luego.

En lo relativo a El Panteón de El Escorial, considera Dérozier que es el primer español con la suficiente audacia para atacar el monumento.[177] Por mi parte añadiré también más: Quintana ataca a este monumento como símbolo del absolutismo y el imperialismo coercitivo que los liberales románticos de Cádiz se esforzaban en hacer desaparecer como opción política primordial en España. Pero precisamente el carácter tolerante y contemporizador de estos liberales, fue aprovechado por los absolutistas para dar marcha atrás en el progreso histórico conseguido en Cádiz.

Para Dérozier en este poema, junto a A Juan Padilla y A la invención de la imprenta, está todo el Quintana futuro.[178]

Por otro lado, como iremos viendo, Quintana aprovecha siempre sus incursiones en las vidas de grandes hombres, para exponernos su propio concepto de la España que está contribuyendo a diseñar. Intenta encontrar eco de sus ideas liberales en los clásicos que cita.

A este respecto Dérozier hace un apunte interesante: "Hay en estos autores que ha leído otras frases comparadas con las cuales las de los enciclopedistas nos parecen moderadas."[179] Se refiere a Saavedra Fajardo, Fray Diego Murillo, Lope, Mariana, etc. Pero Dérozier toma la idea del propio Quintana, como veremos al comentar sus Obras inéditas.

Quiero destacar el enorme cariño y afecto que despierta la cultura española en Dérozier.

La cultura española ha sido siempre tan autocrítica, sobre todo a partir de la pérdida de influencia del imperio, y ya desde éste, que no se ha apreciado en ocasiones en ella sino el exponente de una inferioridad confesada. Nada más lejos de la realidad. Es admirable y muy valiosa esa actitud autocrítica del español ante su propio pasado. Todo intelectual, al enjuiciar a su país debería hacerlo con estas sana mentalidad de crítica, sin la que no existe posibilidad de conocimiento objetivo. Ya el statu quo se preocupa suficientemente de enaltecer los aspectos positivos que consigue la política de un momento determinado. Lo propio del intelectual debe ser estar enfrente, a la

contraria. Este fermento crítico es el que lleva además el germen siempre de la destrucción de la ideología dominante a la que acaba quemando, y de este modo se avanza, se progresa, se encaraman unas ideologías sobre otras hacia una mayor perfección de la cultura y el espíritu humano.

Pues bien, Dérozier parte de un amor infinito hacia nuestro país. Incluso llega a denostar como tiranos y dictatoriales a los seguidores de Napoleón. Ni rastro de chauvinismo en este crítico francés, al menos en este libro -no así en Escritores políticos españoles, como veremos-. Y alaba la actividad política de la guerrilla española, a la que concede el protagonismo mayor de haber ganado la guerra, y no al ejército inglés que rehuía constantemente los combates por miedo a las pérdidas de vidas humanas, frente al arrojo y la valentía desesperada del pueblo español.

En cambio soy consciente de que sí puede haber rasgo de chauvinismo por mi parte en estas líneas. Pero quiero explicar al lector que esta época que estudiamos, ha sido tan denostada, tan atacada, tan malinterpretada, tan infravalorada, que bien pudiera perdonarse esta pequeña incursión por mi parte en el pensamiento nacionalista, que no hace sino identificarse con el nacionalismo liberal de Quintana y sus amigos.

En fin, quiero insistir en esta preocupación por España que tiene Quintana, y que a veces ha sido malentendida. Cuando Dérozier indica por ejemplo que la fuente de dicho pensamiento se encuentra en la Epístola de Jovino a sus amigos de Salamanca de Jovellanos, me parece necesario hacer una precisión. Jovellanos es un regeneracionista, pero de espíritu muy moderado si se compara con Quintana, si bien esta actitud de su poesía le costó la prisión y el destierro. Pero Quintana va mucho más allá. No se trata en nuestro autor de un simple tema ilustrado, de filantropía benevolente, ni de una orientación estética hacia una poesía filosófica más o menos comprometida. En el caso de Quintana nos encontramos con un auténtico revolucionario romántico, que no tiene apenas tiempo para escribir poemas más o menos bellos -aunque algunos de los suyos lo son y mucho, como Al mar-. Quintana aporta a la cultura española su actividad política concreta, su praxis revolucionaria, y su talento para difundir ideas entre la opinión pública, en proclamas y periódicos.

Una vez más. No matemos el espíritu del momento, porque es un espíritu que

ebulle, que arde, y no podemos tratarlo con frialdad de críticos forenses. El mundo de las ideas que vive Quintana es un mundo de pasión. Su poesía no trata sobre temas patrióticos, es un instrumento revolucionario al servicio de una idea y de una estrategia de difusión y propaganda, aunque tenga -la sensibilidad del autor- la suficiente elevación de gusto y estilo como para ser considerada, a la vez, un hecho literario.

Hay algunos aspectos en los que sería necesario corregir las interpretaciones de Dérozier, si bien no son muchos.

Me refiero concretamente a la acusación que hace a Quintana de adoptar una postura vaga y mal definida sobre el tema de la esclavitud, lo que se manifiesta en su poema A una negrita...[180] Este aspecto lo he discutido en mi libro sobre la descolonización, en oposición a la tesis de Dérozier.[181] Trato de demostrar que Dérozier se equivoca, y que el tema de la negrita no era para Quintana un motivo pictórico y decorativo de época, sino que en el poema se hace un canto a la liberación de la oprimida raza negra.

Otra afirmación de Dérozier con la que estoy en desacuerdo es la relativa a que Quintana no es totalmente imparcial con Bartolomé de las Casas, entre 1830-31, en sus Vidas...[182]

Sobre este último aserto remito a mi Los liberales...,[183] pues en sus Vidas... Quintana defiende a Las Casas de los que le acusan de falta de patriotismo. Es el concepto de nueva nación española basada en principios de autocrítica y liberalismo moderno, el que defiende Quintana. Acepta que algunas críticas de Las Casas son fundamentadas, pero extensivas a todos los países que han tenido imperio en sus manos; en otras ocasiones las considera exageradas. Justamente en esta Vida, expone sus ideas contrarias a la esclavitud, lo que desmonta la opinión expresada por Dérozier.[184]

Por otro lado, para comprender mejor la postura de Quintana respecto a las colonias, debo remitir igualmente a mi Los liberales románticos....[185] Allí, partiendo de una investigación de primera mano de los artículos de El Español sobre la cuestión americana, encuentro en el volumen III de este periódico de Blanco un discurso de Quintana en Cortes, de 9 de enero de 1811 -que no se contiene en el Diario de Sesiones, que también estudio con detenimiento respecto al mismo tema-, que aboga por la

representación americana igualitaria -lo que iba en detrimento del número privilegiado de representantes por parte española-, y afirma la tremenda injusticia que toda forma de colonialismo supone, lo que también representa un atentado contra los intereses económicos de la esquilamada España del momento, aún en guerra. Esta intervención de Quintana que recoge textualmente El Español, es desconocida incluso para Merle y Mesa, que no la incluyen en su antología.[186] Me parece que de la intervención de Quintana puede deducirse, no sólo su concepto igualitario entre los españoles y americanos respecto a derechos, sino también una toma de postura favorable entre líneas -pero perfectamente clara- a la independencia americana, que consideraba iba a producirse indefectiblemente.

He indicado antes la felonía de Fernando VII, que acabó con el proyecto que los liberales de Cádiz tenían respecto a la América española: exportarles sus ideas, hacer conscientes a los americanos de sus derechos como ciudadanos con capacidad soberana. Incluso aunque ello les condujera a la independencia, si bien pacífica y no traumática.

De este modo, todo el magnánimo y filantrópico, a la par que realista y pragmático, diseño de la política que no sólo para España sino también para América, había hecho Quintana con otros liberales progresistas españoles, quedó sepultado por la reacción fernandina, que arruinó la posibilidad de que cambiara defintivamente el curso de la Historia. Quizás una nueva España, basada en ideas de libertad y soberanía popular, hubiera podido mantener una hegemonía si bien no económica y política, sí en el terreno de las ideas y de las alianzas, con una América hispana. Esta América española hubiera estado así hermanada realmente, no en el huero discurso de los políticos y la vanidad de las buenas intenciones, sino en la fraternidad de un proyecto ideológico común. Y de este modo hecho tanto nuestro país como las antiguas colonias, hubieran constituido un conjunto de naciones con capacidad para evolucionar hacia la modernidad, contrapesando así definitivamente el área de influencia anglosajona que tan definitiva ha sido hasta el final del siglo XX.

Puede parecer política ficción, o hipótesis sin fundamento. Lo cierto es que el proyecto político que diseñaron los liberales españoles con Quintana a la cabeza, iba en este sentido.

Por otro lado la actitud de Quintana en sus proclamas respecto a la América española es igualmente clara. El problema de atribución de algunas proclamas, más reaccionarias, no es baladí: algunas de las proclamas atribuídas a Quintana, después del famoso canto a la libertad americana expresada en el manifiesto de 14 de marzo de 1810, o bien reflejan que fue refrenado en sus ímpetus apasionadamente liberales por las fuerzas reacccionarias de la Junta Central, o bien que se deben a otra mano. Lo último es muy posible. Remito una vez a mi Los liberales románticos...[187]

* * *

Hay otros muchos aspectos a destacar en la visión que da Dérozier de la postura ideológica de Quintana. Piensa que nuestro autor está en contra de la religión.[188] Pero al mismo tiempo, en la Vida del Príncipe de Viana, escribe acerca del arzobispo de Toledo, y el cardenal Fox.[189] Ya veremos sin embargo, el sentido más profundamente político que tiene la ironía de Quintana respecto al epítome sobre el obispo de Orense, que se vio obligado a realizar, y que recoge en su carta a Musso Valiente[190] de 4 de febrero de 1831, cuando aún vivía Fernando y podía costarle un disgusto esta afirmación privada.

De todos modos creo que el Quintana de los epítomes que luego recojo, no es el agresivo y rebelde que nos presenta Dérozier, porque el tema y el lugar de edición exige una visión beatífica y positiva de los autores que glosa. Esto me parece interesante: hay un Quintana probabilista, que transige pragmáticamente, como buen político, si bien lo hace con la elegancia que le permiten las circunstancias. Dérozier ha recogido por el contrario las numerosas críticas a religiosos y eclesiásticos en sus Vidas, también en la del Gran Capitán, de Pizarro y del Príncipe de Viana.[191]

Por la forma en que voy enlanzando las sugerencias que se encuentran en el libro fundamental de Dérozier, puede percibirse lo que antes señalaba: el hilo argumental del mismo, si bien nace de una cierta estructuración que marcan los epígrafes muy generales de cada capítulo, se contrasta con la riqueza y variedad de ideas y asuntos que se tocan

en su interior, que van siendo expuestos como al ritmo que dan las fichas que el investigador, en una labor descomunal, ha ido recogiendo.

La gran aportación de Dérozier, además de las pruebas documentales en que basa sus asertos, reside en la novedad de algunas interpretaciones, si bien en el caso concreto de la concepción americanista de Quintana ya he indicado existen errores de apreciación.

Una de mis grandes satisfacciones ha sido encontrar en este estudioso francés, esbozadas de modo muy somero, algunas de las hipótesis interpretativas a las que yo mismo había llegado por otras sendas. Si bien Dérozier es mucho más cauto y quizás menos extremoso, también debo decir que creo estar más cerca de la verdad, si es que la podemos determinar con cierta claridad en la Historia pasada.

De este modo Dérozier apunta tímidamente que no todos los que luchaban en la Guerra de la Independencia eran reaccionarios.[192] Yo me he atrevido a ir más lejos, y he considerado esta guerra como una auténtica revolución liberal, si bien en ella coexistía también una facción reaccionaria. Si la Guerra de la Independencia española, esa maravillosa aventura en la que un pueblo pobre y desorganizado frenó al temible ejército del dueño del mundo, es una guerra patriótica, hay que dejar claro que existen en ella dos conceptos de nación: el absolutista y el liberal. Y hay que señalar también, como he hecho con tozuda insistencia en mis libros, que a la mera rebelión contra el ejército invasor, acabó uniéndose un sentimiento de revolución liberal, por la que el pueblo exigía su derecho a la soberanía política. Unir este segundo elemento ideológico al primero fue obra de un selecto e importante grupo de presión formado por una élite de intelectuales liberales, destacando Quintana y Flórez Estrada, aunque la lista sería mucho más larga.

Es por ello que el patriotismo que Quintana expondrá en la Vida de Guzmán el Bueno, convirtiéndolo en un héroe popular y heredando un tema reiterado por el teatro y la poesía de época, tiene un sentido muy distinto del que ostentarán diversos clérigos que se harán tristemente famosos.

La división ideológica que surca nuestro siglo XIX no se da en las Cortes de Cádiz, sino ya antes durante la Guerra de la Independencia, de modo larvado pero perceptible. El sentimiento de patria es distinto en esta guerra para: 1) los absolutistas

que sólo querían el mantenimiento de sus privilegios aristocráticos y la vuelta de Fernando VII; 2) los moderados y jovellanistas de la Junta Central, y notemos que Jovellanos escribió que España no luchaba por Fernando sino por su identidad como nación;[193] 3) los liberales exaltados o propiamente liberales, que unen a la guerra con el invasor el sentimiento de revolución -el término revolución será siempre el que se emplee respecto a esta guerra-.

Estoy en desacuerdo con Dérozier, quien cree que el sentimiento liberal en 1808 es más un instinto que una realidad.[194] Aunque luego afirma que en las Cortes existe dicho sentimiento verdaderamente.

Creo que las ideas se viven antes de ser expresadas. También Espronceda vivirá mucho más tarde el romanticismo antes de expresarlo poéticamente.[195] Los liberales de las Cortes han sentido y actuado en liberal durante la guerra, una guerra en la que se mantienen paralelos dos tipos de patriotismo nacionalista: el absolutista barroco y el liberal romántico. Esta pugna será la clave de toda la Historia del XIX español.

Dérozier recoge que Quintana colabora en: Variedades de ciencias, literatura y artes desde 27 de julio de 1803, y apenas duró dos años; La Minerva o miscelánea crítica, Revista española, Memorial literario, y -aquí su gran éxito- Semanario patriótico.[196]

El crítico francés se refiere más adelante a que Quintana escribió seis vidas del cuaderno séptimo del Epítome de las vidas de varones ilustres de España, que contenía las de: Fray Luis de León, Luis Requeséns, Francisco Vallés, el Patriarca Ribera, Bartolomé Leonardo de Argensola y Juan de Palafox.[197] Es la única alusión que he encontrado que nos hable de la autoría de Quintana de estos epítomes, y además inexacta y muy incompleta, por cuanto se refiere solamente al cuaderno séptimo.

Pues bien, ahora comprenderemos la posible relevancia -debida obviamente a la pluma de Quintana- del hallazgo que he hecho de la relación de epítomes que realizó nuestro autor. De la correspondencia de Quintana puede demostrarse por ejemplo, frente a lo que Dérozier creía, que la vida de Fray Luis de León no se debió a su pluma. Y que colaboró en numerosos cuadernos más, ya desde el 6º, hasta el 19º. Tendremos ocasión de constatarlo.

Por otro lado hay una anotación interesante que hace Dérozier: "El subdelegado de la imprenta suplicó a Capmany que las corrigiera (las vidas de los epítomes), las retocara y las aumentara."[198] Ello indica que la labor desarrollada por Quintana tuvo un cierto componente ajeno a su pluma. Me parece que este factor hay que tenerlo en cuenta solamente en lo referente a las vidas que menos le interesaban.

Conforme avancemos en la lectura de estos epítomes nos damos cuenta de que adquieren un sesgo más personal, más vibrante, más apasionado, más humano, acorde con el sentido que nuestro autor tenía de la historia y la literatura.

Es una satisfacción para mí encontrar algunas de mis hipótesis acerca del protorromanticismo que he denominado El alba del romanticismo español en un capítulo del libro de Dérozier.[199] Pero el crítico francés es, como decía, mucho más cauto que yo, y acaba considerando todo este cosmos de sentimientos literarios como simplemente prerrománticos, un poco más adelante, retractándose de las consecuencias, más aventuradas, a las que iba conduciéndole su razonamiento.[200]

También creo se equivoca por ejemplo cuando sitúa el poema Al mar en la órbita de Horacio y Gessner. Para mí este poema supone nada menos que el inicio del panteísmo romántico en España, según he señalado repetidamente.[201] Pero luego Dérozier recoge igualmente el testimonio de G.A. (sic), según el cual Byron conoció este poema que le influye en el final de Child Harold.[202]

Igualmente Dérozier se refiere al poeta Sánchez Barbero, en quien algunos ven el precursor del romanticismo, y que fue muy elogiado por Quintana.[203] Por su parte Quintana estaría a favor de una nueva expresión poética en la que tomaría parte la fantasía y el ensueño, como se percibe en los poemas A Juan Padilla, A Trafalgar, y Al Sueño.

Por otro lado, el trabajo de Dérozier anota que en 1821, en la edición de sus Poesías, Quintana confunde a propósito romancesco y romántico. Si cotejamos este aspecto con las ideas debidas a la pluma de Lista que encontramos en los artículos de El Censor de estas mismas fechas, 1821, podemos deducir que ya en ese año hay una plena toma de conciencia a nivel teórico de aquello en que consiste, siquiera someramente, el romanticismo, un romanticismo que los liberales patriotas españoles habían estado

viviendo previamente a lo largo de su actividad en la guerra y en las Cortes, y cuando acudían a las representaciones de Les vêpres siciliennes de Casimir Delavigne bajo las bombas en Cádiz, simplemente porque se hacían referencias en contra de la tiranía. Quintana y otros intelectuales liberales condujeron estas afirmaciones contra la tiranía napoleónica a un sentido más laxo, en el que estaba incluída -como en el pleno romanticismo- la lucha contra toda tiranía absolutista.

En fin, de toda la recreación, tan francesa -recordemos la huella de Béguin, Bachelard, Raymond, Poulet, Richard etc, sobre la crítica francesa- que hace Dérozier de los temas de la poesía de Quintana como: la música, la muerte, el amor, el sueño, la fatalidad...[204] creo puede inferirse -si bien Dérozier no se atreve a hacerlo explíctamente- que Quintana es ya un adelantado del romanticismo español.

Parece evidente que algo había cambiado en el ambiente literario de época. No hay que irse al torpe versificador que es Sánchez Barbero. Quintana es la clave para comprender no sólo la Historia sino la Literatura de la época. De este modo, su figura viene a llenar un espacio importante en todo este período en el que me he esforzado en considerar, no una zona muerta, tierra de nadie entre neoclásicos y románticos, sino época con personalidad propia, en la que ya estaban en ciernes las características propias de nuestro romanticismo, que fue abortado por la política fernandina. Fernando no sólo significó un freno y marcha atrás en la política, sino también indisolublemente en la literatura.

Pero Dérozier apenas apunta tímidamente que Quintana hace algo más que rozar la ideología romántica:

> "Todos éstos son caracteres de la ideología romántica, tal como se la define tradicionalmente, que Quintana hace algo más que rozar."[205]

Pero enseguida se asombra de la conclusión a que le va llevando su estudio y retrocede, considerándolo simplemente como un autor de "transición":[206]

> "Los rasgos que hemos destacado son los siguientes: exaltación de la

> Patria y del patriotismo a través de la personalidad; lucha más o menos abierta contra la censura oficial, que quiere reducir al silencio esta inquietante vehemencia; denuncia de los atentados contra los derechos del hombre; invitación a la 'moderación' del poder real, según la palabra mágica de los sistemas liberales posteriores; enternecimiento filantrópico y desarrollo de la filosofía como medio de conocimiento; glorificación de los personajes útiles a la humanidad en quienes se ve los modelos que renuevan los de la Antigüedad; acuidad intelectual de los pensadores y teóricos; condenación sin ambigüedad del fanatismo y en ciertos casos del mismo cristianismo. Todo esto denota una toma de conciencia en un cuadro nuevo. Esta toma de conciencia nace del sentido de la libertad, que brota como una exigencia del seno de la opresión y de un celoso sentido de la independencia frente a la aventura revolucionaria francesa, que se traduce en el deseo de ser útil a la nación: es el momento del periodismo, de la vulgarización utilitaria y de la lucidez."[207]

Creo que aquí Dérozier no lleva su razonamiento a las últimas consecuencias. Por mi parte siempre he creído que el movimiento romántico en política y literatura no es sino fruto de la Revolución Francesa y de las ideas de enciclopedistas y philosophes, especialmente Rousseau. Desde este punto de vista en Quintana existe la explicitación de esta evolución del pensamiento, desde un XVIII tardíamente asimilado, al XIX que se ve clarear con fuerza arrolladora.

Pero Dérozier cree, para no llevar demasiado lejos su teoría, que Quintana es un poeta de transición:

> "Es por esto por lo que Quintana representa para nosotros una 'transición'. Hace descubrir a sus contemporáneos que la literatura no es un pasatiempo, sino que puede ser un instrumento. Cuando se leen las Vidas de Españoles célebres nos asombran las numerosas y vibrantes evocaciones de las guerras de Italia. ¿No habría que ver en ello el

> recuerdo de un pasado español prodigioso y asimismo la nostalgia de una dominación perdida? Nos asombra aún más cuando recordamos que Quintana escribía esas páginas cuando Francia invadía a su vez el mundo, se preparaba para conquistar la fortaleza española. Hay en las Vidas una doble nostalgia alimentada por los cambios de la historia y por el deseo de contribuir a un porvenir mejor haciendo obra patriótica. El romanticismo, en general caracteriza, en la primera fase de su evolución, los finales de época y los giros de la historia. Cristaliza el momento en el que un pueblo comienza a soñar su pasado y a idealizar sus antiguos hechos: este estado depresivo de desequilibrio es romántico por excelencia (...)"[208]

De este modo Dérozier bandea entre dos frentes. Por un lado Quintana es poeta de transición, por otro contiene rasgos de un romanticismo incipiente. No acaba de definirse claramente la cuestión.

Más adelante indica que para Quintana, a quien cita, en aras de la utilidad pública, la poesía tiene forzosamente que decaer "cuando la razón empieza a prevalecer."[209] Y considera ésta una afirmación tomada del Dictionnaire Encyclopédique. Pero Dérozier olvida que los mismos románticos poseen en sus razonamientos muchos elementos racionalistas tomados de la Enciclopedia, si bien los utilizan con fines más pasionales en su literatura e ideología.

Sí me parece adecuada la visión que da seguidamente Dérozier: Quintana quiere aproximar España a Europa, modernizarla: "Ha nacido una competición con las demás naciones: elevarse al nivel europeo; hablar en todos los dominios una lengua europea."[210] Pero no me parece sea un problema tanto de lengua como de ideas. Es el pensamiento lo que quiere transformar Quintana, a través de su poesía y a través de su prosa y estudios históricos. Busca así una nueva identidad nacional para su patria, más moderna, más actual, para hacerla ingresar en una perspectiva de futuro que salve el atraso, para que dé un salto desde el barroco en que está anclada en sus esquemas ideológicos de sometimiento a la aristocracia y a una religión con excesivo poder

político.

Nuevamente Dérozier no llega a definirse, cuando afirma después:

> "¿Quintana simple poeta neoclásico? En realidad lo es menos de lo que han imaginado Valera o Menéndez Pelayo. Él, el versificador tradicional, el poeta estereotipado de los epifonemas, el aprendiz de dramaturgo que escribe todas sus tragedias en endecasílabos para no traicionar los preceptos formales de Luzán y de otros maestros respetados, comienza a abrirse paso por una senda extraña. Si nos parece que hay una 'contradicción' habrá que recurrir a la historia para resolverla."[211]

Y la conclusión vuelve a plantear el problema, con las palabras finales a la primera parte del libro, pero sin resolver el dilema:

> "¿Hubiera sido Quintana sin la guerra de la Independencia, un gran poeta romántico? ¿Se hubiera rendido a los impulsos del corazón o a los furores de la imaginación? En el momento en que el pueblo español olvida a Francia para levantarse contra los franceses, Quintana no vacila en elegir entre el sueño y la guerra. Esta actitud lógica mata las ilusiones. Ayer, todavía, Francia estaba de moda. Hoy la guerra es una necesidad. Mañana España forjará su primera y verdadera unidad nacional."[212]

Pero creo Dérozier olvida puede superarse la aparente contradicción y llegar a una síntesis entre los elementos. La poesía patriótica de la Guerra de la Independencia, como la misma actitud apasionada de guerrilleros y liberales, de defensores enardecidos de las plazas de Zaragoza y Gerona, de diputados ardientemente discutidores que discursean día y noche sin descanso en Cádiz, el pueblo llano que acude ilusionado a las Cortes, el pueblo que se juega la vida para poder asistir a una obra de teatro en la que se vilipendia a la tiranía... Todo esto, forma parte, por derecho propio del romanticismo español. Aunque críticos e historiadores no lo hayan visto aún muy claro.

¿Acaso no son románticos los poemas de Rivas Al armamento de las provincias españolas contra los franceses (1808)[213] y A la victoria de Bailén (1808)?[214] ¿Y los poemas patrióticos de Juan Nicasio Gallego?

En este sentido, Dérozier apunta tímidamente algo de lo que luego se arrepiente, cuando indica que en la poesía patriótica, por ejemplo de Sánchez Barbero, "ya asoma el romanticismo de forma y de ideas."[215]

* * *

En lo relativo al drama histórico de esta época, que he estudiado con detalle en El alba..., Dérozier indica que Quintana hace de Pelayo, Guzmán el Bueno y Padilla, símbolos vivientes para modificar España en vísperas de la invasión francesa. Cree en este sentido Dérozier,[216] que Quintana tiene una cierta nostalgia de la dominación española del pasado. Estoy en desacuerdo con este punto por los motivos antes señalados: Quintana trata de mostrar de nuestro pasado histórico aquellos elementos que confieren una dimensión de grandeza a nuestra Historia, pero el concepto de patriotismo que posee no es nunca el reacccionario, sino el progresista y liberal. El afán de nuestro autor en indagar en el pasado español tiene por una parte la misma motivación quue incitará a los románticos a estudiar la Historia de España de un modo apasionado; por otro, la intención, también romántica -ya en la Teoría de las Cortes de Martínez Marina- de encontrar en ese pasado fundamentos para la nueva España que quieren construir. Lo que Quintana y los románticos buscan en la Historia de España no es la exaltación de un pasado imperialista, contra el que escribiera su El panteón de El Escorial, y declamara su discurso en Cortes recogido por El Español a que hice referencia. Quintana intenta demostrar que la fuente de la modernidad presente tiene raíces en nuestra Historia.

Es por ello que los románticos gustan de ambientar sus dramas y novelas en el pasado medieval. No por mero exotismo decorativo, como la crítica ha dado a entender, sino porque en esa época se encontraba el germen más auténtico de la visión

democrática del momento presente. Ya Jovellanos en el Apéndice a la Memoria en defensa de la Junta Central, para referirse a las Cortes busca precedentes en las de la Edad Media castellana, y Martínez Marina en su Teoría de las Cortes, y todavía Lista en sus ensayos tardíos. No se trata de exotismo, sino de fundamentar toda una ideología para demostrar que surge de una tradición que la justifica. No están buscando elementos meramente exóticos, como ha querido la crítica al uso, sino luchando por encontrar la identidad de un pueblo que quería surgir nuevo y distinto, para hacer cara a la modernidad.

Dérozier señala más adelante que España se encuentra en competición con Europa, y pone de manifiesto el carácter científico y utilitario de la poesía de Quintana frente a la fatua.[217] Por mi parte quiero añadir que doquiera que entramos en el tema podemos percibir la enorme modernidad e inteligencia de este autor, también en su poesía.

Dérozier realiza también en su libro un interesante análisis de los datos históricos que sirven para recomponer la visión de la época. Así demuestra la sequedad y mezquindad de las órdenes de la Junta Central, mientras que Quintana, desde su Manifiesto a la nación española, cambia radicalmente el tono en que se dirige a los españoles, y el texto tiene una gran acogida y venta.[218] Por mi parte creo que es evidente que la Junta Central tenía miedo a la revolución popular en que se estaba convirtiendo la guerra, y además no conectaba, con la distancia de su espíritu aristocrático, con un pueblo que se enfrentaba a un ejército muy superior, llegando a una situación límite en su esfuerzo y concepción de vida. Todo ello tenía forzosamente, tarde o temprano, que conducir a este pueblo a una posición de enfrentamiento con unos mandos con los que no se entendía. Quintana se muestra como el hombre enlace, y como un magnífico comunicador, como se diría hoy; pero no se trata en este autor de una estrategia de comunicación, tanto como de una sintonía con los principios y aspiraciones que empezaban a mover a un pueblo que no sólo quería verse libre de la tiranía francesa sino también de la incompetencia de la tiranía absolutista española, aunque vieran -equivocadamente- en Fernando una renovador de dichas formas monárquicas.

Cuando Dérozier indica que Quintana defiende en el Manifiesto a la nación

española, a la monarquía tradicional, creo está en un error. Los españoles, y Quintana con ellos, ven en Fernando un símbolo, pero no de vuelta al pasado sino de renovación. Tan sólo el ala absolutista creía en una restauración de la política antigua. Lo que ocurre es que este sentimiento liberal y progresista del pueblo hay que percibirlo en la intrahistoria y en la lectura entre líneas de de determinados textos, entre ellos el Diario de sesiones, como he hecho en mis trabajos, aventurando hipótesis que sin embargo me parecen evidentes.

Dérozier encuentra en la Junta dos tendencias: la tradicional y la que buscaba la audacia de las reformas. Se pretendía una reorganización del Estado en las Cortes.[219] Luego, añado, no se trataba de volver a la monarquía tradicional.

Dice Dérozier que la máxima preocupación de la Junta, era no parecer anárquica y próxima al liberalismo exaltado.[220]

El crítico mencionado hace gala de un loable sentido de la objetividad y de autocrítica cuando menciona las atrocidades que cometió el ejército francés. Sus simpatías parecen inclinarse, lejos de todo chauvinismo, por el lado español.[221] Refleja la valentía de los españoles, su generosidad patriótica al reaccionar contra la invasión.[222]

En cuanto a la participación inglesa en la guerra, Dérozier señala que ayudó muy poco, y que incluso la Junta mantenía ciertas reservas sobre los británicos, a los que no se dejó llegar a Cádiz por miedo a que lo invadieran a su vez.[223] Se temió también que se apoderaran de Sevilla, "y si ante la opinión pública se agitaba el espantajo de la invasión francesa, los dirigentes liberales desconfiaban más de su aliado británico."[224] Se fortifica asimismo Cádiz en previsión de una invasión británica, de acuerdo con la sugerencia de Quintana.[225] Así muestra Quintana su indignación en un documento recogido por Dérozier:

> "Tal vez sería más oportuno que (los ingleses) se dirigiesen a las costas de Cataluña y guarneciesen las plazas marítimas del Principado, dejando así expedito el ejército que tenemos en aquella provincia para marchar al socorro de Zaragoza, operación la más importante como la más urgente en las actuales circunstancias."[226]

Quintana clama en estos escritos de orden interno a la Junta, por el retraso indignante que sufren los socorros ingleses que deberían salvar a la capital aragonesa, mientras que están demasiado preocupados por dirigirse a Cádiz y Sevilla. El Gobierno deploró esta actitud, pero secretamente, y -dice Dérozier- nunca divulgará oficialmente la verdad.[227]

De este modo el crítico francés afirma que la ayuda británica en 1809 consiste en bien poca cosa: "Gran Bretaña prefiere guardar sus pistolas para impedir que España juegue un papel decisivo en la futura victoria."[228] Los ingleses rehuyen las batallas importantes, y Galicia se pierde por su causa.

> "España soporta sola, por tanto, durante el transcurso de la Guerra de la Independencia, la responsabilidad del sacrificio, del heroísmo y de la muerte, de la derrota y en un futuro próximo de la victoria."[229]

Destaca en todo el cúmulo de documentos que recoge Dérozier, lo siguiente: en primer lugar la importancia de la labor de Quintana, quien como secretario controla de facto todos los papeles e informes y toda la táctica que la cúpula de la Junta va a poner en práctica.

En segundo lugar: como he indicado antes, he creído siempre que la Guerra de la Independencia es una revolución romántica. Pero el romanticismo de esta gesta no tenía tiempo, por las propias circunstancias, para idealizaciones, a la manera del resto del romanticismo europeo. Es un romanticismo que se basa en la lucha por la libertad, pero en medio de la barbarie real. Los mismos cuadros de Goya en esta época son igualmente crudos, y en ellos se defiende -con cierto pasionalismo romántico- una serie de temas.[230] También en la pintura de época hay un abismo entre el romanticismo de Goya y el de Turner.

El romántico español era apasionado, pero su idealismo tenía los pies en el suelo, un suelo que se sembraba de cadáveres por la guerra. Nosotros no tuvimos tiempo para

lakistas y panteístas idealizadores del entorno de belleza, porque la guerra no nos confería tiempo para apreciar otra estética que la del propio heroísmo humano, el propio gesto de entrega de la propia vida. La realidad de la lucha, acucia al romanticismo español hasta 1834. Una lucha primero contra el invasor francés, luego contra Fernando. Pero el romanticismo estaba en el ambiente español desde 1808, de una forma bronca, revolucionaria. Todo el siglo XIX español fue un espasmódico y discontínuo intento de encontrar la vía hacia la libertad. España tenía que ser diferente también en su romanticismo, no tenía tiempo para idealizaciones esteticistas a la inglesa.

Dérozier pone de manifiesto, por los documentos que maneja, que la Junta Central tenía también prevención contra los militares, y gran dificultad en mantener la unidad del país.[231] Había una gran insubordinación, por ejemplo en la Junta de Carmona. Dificultades de la Junta para hacerse oír en el interior del país.[232] Los soldados estaban mal pertrechados porque los dependientes de Hacienda se quedaban con el dinero. Había confusión.

Me parece que la desobedicencia de algunas Juntas muestra una vez más, desde mi punto de vista, que se vive el desorden propio de una situación revolucionaria. El pueblo levantado en armas no debía ver con muy buenos ojos a los aristócratas de la Junta Central.

En todo este ambiente, la labor de Quintana fue fundamental, en la prensa, en los manifiestos -que eran muy difundidos y esperados.-[233] Destaca Quintana el "ejemplo sublime" de Gerona, y cómo los catalanes han superado la esclavitud.[234] Me parece que el espíritu y lenguaje de estas proclamas es enteramente romántico.

Del libro de Dérozier puede deducirse que el pueblo es el gran protagonista de la gesta de la Guerra de la Independencia, con toda su grandeza humana, frente a los bárbaros franceses y los cicateros ingleses. La guerra la ganó el pueblo español, y Quintana era su voz y su pluma, su auténtico intérprete.

La Junta Central se encuentra hipotecada ante la ayuda inglesa. Así vemos en el libro de Derózier que no tienen dinero para la Junta de Granada,[235] pero sí para el "confort" (sic) de los británicos y su ejército.[236] Y los ingleses a cambio rehuyen la lucha y dejan que avancen y conquisten los franceses,[237] de este modo se retiran de Galicia sin

combatir, y por eso se perdió.[238] Entre españoles e ingleses hay tensión hasta el final de la guerra.

Nadie debe ver en estas líneas un gesto antibritánico por mi parte. Además de que me limito a referir las apreciaciones de Quintana y Dérozier. No se trata de adoptar una postura antibritánica, sino de explicitar el sentido de la colaboración bélica de los ingleses durante nuestra Guerra de la Independencia.

Entre los datos curiosos que recoge Dérozier se encuentra el proyecto de secuestrar a Napoleón nada menos.[239]

Indica que a fines de 1809 comienza a surtir efecto en el enemigo "una guerra despiadada".[240] Habría que deducir la importancia del desgaste que supone la lucha de guerrillas.

Por otro lado resulta interesante la afirmación de Dérozier de que Quintana distingue entre jornaleros y capitalistas, el liberalismo de época no es ajeno a las distinciones de clase.[241]

La proclama que Dérozier cita luego creo retoma una vez más la guerra hacia la renovación política liberal. Convierte creo la Guerra de la Independencia, que surgió de la lucha contra el invasor, en una revolución liberal. Pienso que la idea surge de Quintana, quien era entonces Jefe de la Secretaría General de la Junta Central.[242] La nota de Quintana dice textualmente:

> "debe el español saber desde ahora que no lucha tan gloriosamente con el invasor de su Patria para volver a poner su independencia tan caramente rescatada a la libre disposición de una Corte caprichosa, de un favorito ambicioso o de las cualidades personales de un soberano."[243]

La idea la repite Quintana en otros momentos.[244]

En fin, Dérozier concluye que tanto los franceses -que veían el fracaso de su propaganda en España- como los tradicionalistas, estarían temiendo que tras estas afirmaciones llegara el advenimiento de la república.[245]

* * *

Un aspecto fundamental para los estudios históricos de la época, lo constituye la atención que Dérozier dedica a la labor de Quintana en la convocatoria y diseño de las Cortes.[246]

De la lectura del libro que estamos comentando puede deducirse, me parece, que los estamentos tradicionales y moderados -dos facciones levemente separadas, herederas respectivamente del absolutismo y de la ilustración que no ha dado el paso decisivo hacia el liberalismo- están en contra de la convocatoria de Cortes, que tratan de impedir. El elemento moderado trata en último término de lograr unas Cortes estamentales, en las que aún se mantuviera el control del estamento privilegiado de nobleza y clero sobre el popular. Pero la realidad se impuso. Era el pueblo llano el que estaba dando su vida en aquella terrible guerra, y por tanto hubiera sido una broma pesada el que se le considerara poco menos que convidado de piedra en algo en que se iba a decidir definitivamente su propio destino.

Del hecho de que finalmente se convocaran Cortes, y en una sola cámara, podemos concluir la importancia y peso del elemento liberal, aparentemente invisible y trabajando en la sombra y en puestos intermedios pero de gran poder decisorio -como Quintana.- Hacía falta destacar este aspecto que ha sido lamentablemente obviado por muchos investigadores de la época.

Quintana me parece se había hecho con el poder de facto, en su labor callada de secretario, y es capaz de imponer hasta las fechas de la convocatoria de Cortes.[247]

Sigo preguntándome cómo la Historia ha podido olvidar de esta manera a este singular personaje, y en cambio enaltecer a otros como Blanco White, cuya importancia nadie niega, pero que queda reducida a la mitad comparada con la de Quintana. Blanco al lado de nuestro poeta es un hombre obsesionado por la religión, con una ácida visión negativa de todo lo español, y si bien su trabajo en El Español es loable, fue rebasado por la izquierda en muchas ideas por ejemplo respecto a la descolonización americana, como

estudié en mi libro.[248]

Dérozier recoge que Quintana amenaza con la división tajante si no se convocan pronto las Cortes.[249] Deduzco de aquí la fuerte presión de la facción liberal, que actúa de consuno, con consignas muy cerradas y homogéneas, y que veían la posibilidad de rehacer España a partir de las Cortes. Finalmente los reaccionarios no tienen más remedio que aceptar.

Dérozier indica que la agitación es tal que el Gobierno se ha visto obligado a convocar Cortes.[250] Nueva prueba de la hipótesis que mantengo. Igualmente la disidencia de la Junta de Valencia,[251] lo que llama Quintana "la hidra del federalismo".[252] Puede comprobarse por tanto, pienso, que los propios liberales eran rebasados a la izquierda por un sentimiento de descomposición federativa que podía poner en peligro la unidad que propuganba la Junta Central frágilmente, y de hecho éste es un argumento que utilizan para que se convoquen Cortes como elemento integrador.

* * *

Llegamos así al tema clave, que enriquece considerablemente el libro de Dérozier, del escamoteo del decreto de convocatoria de Cortes en dos estamentos.[253] Para el estudioso francés, el autor de este robo cometió un auténtico delito de carácter vergonzoso, y trata de exculpar a Quintana, al que algunos han responsabilizado del asunto.

Por mi parte creo habría que felicitar al autor del hecho, quienquiera que sea, porque demostró cómo a través de los estamentos intermedios se puede controlar la decisión de los mandos superiores y cambiar el rumbo de la Historia. El triunfo de las Cortes de Cádiz, en un sólo estamento, se debió en buena medida a la persona que hizo desaparecer el decreto. ¿Fue Quintana el autor? Comprobaremos su versión de inocencia cuando estudiemos las Obras inéditas.

Por otro lado al parecer, según recoge Dérozier, Lardizábal afirma que España

vive en el torbellino del democratismo, y el pueblo no hubiera tolerado una convocatoria distinta de la "popular".[254] ¿Necesitamos aportar más argumentos para sostener la hipótesis que estoy manteniendo, y que se deduce implícitamente de una lectura adecuada de los documentos que glosa Dérozier sin llegar a aventurarse tanto como yo lo he hecho?

Me parece importante destacar que Quintana maneja fácilmente la situación, porque como Secretario posee un gran poder ejecutivo, de facto, y lleva directamente las gestiones políticas de las que a veces los mandos superiores de la vetusta Junta Central perdían el control. Por mi parte la sustracción del decreto refleja la astucia de quien fuera autor del suceso, y gracias a ello las Cortes fueron mucho más democráticas.

Indica Dérozier que luego la Regencia tampoco quiere convocar Cortes y da largas, pero ante los fracasos militares acaba convocándolas.[255]

También da noticia de la nueva etapa de el Semanario patriótico con Blanco y Antillón, que luchan contra la tiranía.[256] Deduzco fácilmente que había por tanto un numeroso público lector, de sentimiento progresista y liberal, que seguía esta publicación que tan buena acogida tuvo. La Junta acaba cerrándola porque no toleraba la oposición que le hacía este periódico.[257]

El Semanario patriótico, como dije antes, está esperando todavía un estudio comprehensivo y abarcador, en relación a la época. Aquí nos encontramos una vez más con lo que he llamado tantas veces,[258] la otra cara de la Literatura Española, si bien en este caso no totalmente oculta pero sí minimizada injustamente por los investigadores, que no han querido ver los elementos intrahistóricos de progreso que se dieron en el pueblo español y los intelectuales que conectaron con él, como Quintana, desde finales del siglo XVIII.

Frente a él, el Diario patriótico de Cádiz, archirreaccionario, y cuya tirada y venta sería conveniente estudiar.[259]

Por otro lado, la Junta sabe de su impopularidad, nos dice Dérozier.[260] Luego, deduzco una vez más la oposición revolucionaria, la cara oculta, el personaje enmascarado del momento.

Dondequiera que abordamos el estudio de la época aparecen corroboradas, desde

distintas perspectivas, las mismas hipótesis.

En fin, deduzco que la Junta Central es rebasada ideológicamente por sus subordinados, lo que motiva su cese.[261] De hecho Dérozier se refiere por ejemplo al foso político que se ha abierto entre la Junta Central y las capas populares españolas.[262] Remito a este libro,[263] sobre el intento de frenar la convocatoria de Cortes, la intención de que en todo caso se realizaran con dos cámaras etc., por parte de Jovellanos, Garay, Lardizábal y el obispo de Orense. A este último personaje tendré ocasión de referirme más adelante a propósito de las Cortes y también respecto a un epítome que Quintana se ve obligado a dedicarle.

Dérozier indica que las vacilaciones del Consejo de Regencia, luego, entre fines de enero de 1810 y 24 de septiembre de ese mismo año en que se reúnen las Cortes, no son apreciadas ni por los exaltados ni por los liberales "que multiplican sus intervenciones".[264] Señala que la Junta de Cádiz, semillero de futuros comuneros, lanza una advertencia a la Regencia sobre la necesidad de reunir Cortes cuanto antes y sin separar órdenes, pues en caso contrario se provocaría la indignación popular.[265]

Me parece que el pueblo que se sacrificaba en esta guerra tan valerosamente, estaba tomando conciencia de sus derechos, proporcionales a dicho sacrificio.

* * *

Quintana escribe su famoso manifiesto a la población americana:

> "Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estábais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. Tened presente que, al pronunciar o al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el Congreso nacional,

vuestros destinos no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores; están en vuestras manos."[266]

Comenta Dérozier respecto a este bellísimo manifiesto, al que he dedicado muchas páginas en mi libro sobre la descolonización, que la Regencia, para ganar popularidad, no enmienda el tono revolucionario de Quintana. Dérozier añade que el Consejo de Estado y el Consejo de Regencia, tienen que respetar la convocatoria enviada, en un solo estamento, "so pena de descontentar a demasiadas gentes". ¿No está claro, me parece, que había "demasiados liberales" revolucionarios que imponen su criterio?

De todos modos, ya he indicado que lo que afirma Dérozier acerca de América y los liberales españoles, debe quizás hoy ser corregido, por ejemplo a la luz de mi trabajo citado sobre la descolonización.

Por ello estoy en total desacuerdo con todo lo que afirma acerca de que Quintana, por ejemplo, propugna "un colonialismo ilustrado y filantrópico que no excluye unos sólidos beneficios".[267] Ya vimos en mi libro sobre la descolonización, la magnanimidad desprendida de los diputados liberales, que les lleva a perder beneficios económicos con tal de reconocer derechos civiles en las capas más desfavorecidas de las colonias americanas.[268]

Creo que Dérozier no tiene un concepto excesivamente alto de la labor que desarrollaron las Cortes de Cádiz, y se deja guiar por los juicios negativos del ácido exiliado Blanco White en El Español. Me parece que Dérozier necesitaría haber repasado despacio los Diarios de sesiones, para corregir su pensamiento al respecto. Blanco es excesivamente hipercrítico. Los diputados de Cádiz hicieron todo lo que podían hacer: diseñar un Estado teórico. No tenían poder para más. Crearon la idea. La praxis correspondía a la política posterior. Y de hecho, pese a lo que ocurriría en 1814, las Cortes ya habían dado ejemplo, y habían establecido una idea que serviría de faro a muchas personas a lo largo del siglo.

Se acusa por ejemplo a los liberales de no tomar decisiones.[269] Pero se ignora que su poder estaba muy limitado y los medios económicos también. Lo único que

podían hacer, y lo llevaron a cabo brillantemente, era dibujar un nuevo proyecto de nación, mediante una transición pacífica a las ideas de la modernidad. Ya era suficientemente grande su responsabilidad en este tema.

No es verdad tampoco que haya, como quiere Dérozier, un pacto entre la derecha y la izquierda en lo relativo al tema americano, para mantener el colonialismo.[270] El Diario de sesiones recoge por el contrario posiciones muy enfrentadas y una gran tensión acerca de estos asuntos, entre las dos facciones.

Y hay que corregir la idea de Dérozier también, de que Blanco defiende la independencia americana en El Español.[271] Como demostré en mi libro, Blanco propugna una autonomía federativa, y Quintana en cambio reconoce entre líneas la imposibilidad de impedir la independencia que se va a producir.[272]

Quiero insistir en que es preciso corregir de forma importante el libro de Dérozier en lo que respecta a la política de Quintana y los liberales acerca de las colonias.

* * *

Acerca del recocijo que produjo la convocatoria de Cortes, hay muchos testimonios en la pintura y en la literatura. Y Quintana publica un discurso en El Observador en contra de la tiranía de Napoleón y de toda clase de tiranía. Esta transición pacífica a un sistema de gobierno moderno es abortada en 1814 por el mismo rey, Fernando, por el que dieron su vida muchos españoles.

Es probable de todos modos que en mi libro sobre la descolonización haya minimizado un tanto el poder que aún tenían las fuerzas conservadoras en las Cortes, si bien la dinámica de progreso que se crea en ellas las conduce a un segundo plano por el momento.

Tal vez también, y es otro elemento a considerar, la política de Fernando VII como restauración del antiguo sistema absolutista, tuviera por objeto igualmente acabar

con el fermento comunero y federacionista que se había creado en algunas Juntas. Pero creo que este sentimiento de desunión había sido canalizado en un objetivo común a través de las Cortes, si bien ignoro el área de influencia que posteriormente hubieran podido llegar a tener sus decisiones en estas Juntas más rebeldes. No sé si es un factor a tener en cuenta.

Por otro lado hay que mencionar las referencias que se hacen en el libro de Dérozier al papel de reacción que juega la Regencia. De hecho ésta apresa y enjuicia irregularmente al exaltado Calvo, para neutralizarlo.[273] Y Castaños apresa a Tilly en las mismas condiciones.[274] El Consejo de Estado, la segunda Cámara reaccionaria desde 1810, está en contra de la Junta Central.[275] Existe para Dérozier una abierta oposición entre liberales y reacccionarios, ante la tolerancia de los primeros.[276]

Además hay que contar con el estamento clerical, que reacciona en contra de estas Cortes, como el arzobispo de Santiago, Rafael Vélez.[277]

Dérozier llega a recoger que Argüelles habla de posible guerra civil, y Gallego de conspiración.[278] Me parece claro que las dos Españas se perfilan antes de las mismas Cortes.

* * *

Dérozier señala que Quintana abandona la redacción del Semanario Patriótico desde el número LIV de 18 de abril de 1811. Este periódico sigue sin él su andadura. Pero nuestro autor vuelve el 18 de julio hasta el número CII, del jueves 19 de marzo de 1812.[279] Estos datos pueden resultar interesantes para abordar un estudio de esta singular publicación. Por otro lado las fechas indicadas resumen el decurso de los momentos claves de la preparación de Cortes, que es el objetivo por tanto del periódico.

* * *

Dérozier considera que los liberales están desunidos.[280] No estoy de acuerdo. Sus consignas son idénticas y su política la misma: unir la idea de revolución política a la de defensa del suelo ante el invasor; convocar Cortes; convocarlas en un solo estamento; diseñar un nuevo Estado moderno en estas Cortes; transición pacífica hacia la modernidad; comunicación directa con el pueblo a través de la prensa, proclamas y opinión pública; idea de soberanía popular; libertad de imprenta, etc.

También critica Dérozier a los liberales por su timidez, su exceso de conciliación con los reaccionarios en vez de eliminicarlos políticamente.[281] Pero me parece coherente con el intento de transición pacífica que defienden, de integración de todas las fuerzas políticas que además debían estar en última instancia unidas frente al invasor común que era Napoleón. No se olvide que las Cortes se convocan durante la guerra, y que esta guerra no estaba ganada.

* * *

Me parece muy interesante el dato que recoge Dérozier, acerca de que el clero niega la voz Revolución respecto a la Guerra de la Independencia. Hay toda una intencionalidad de evidentes consecuencias ideológicas en esta disquisición terminológica.

Dice el crítico francés, después de haber mencionado la "política conciliante y suave" de los liberales, en la que "difícilmente puede hablarse de anticlericalismo":

> "En el fondo del problema encontramos la querella entre el Antiguo Régimen y las nuevas instituciones. ¿Por qué el clero niega incluso la noción de Revolución? ¿Por qué defiende a voz en grito el mito de la

Guerra santa (...)?"[282]

Y en nota:

> "España libre, periódico cuyo nombre es copia del título de la colección de poesías de Quintana, nos da esta valiosa indicación en su núm. 1 del 15 de febrero de 1814: 'No hay que confundir, como vulgarmente sucede, la Revolución del pueblo español con su insurrección. La insurrección es la resistencia que ha opuesto y que opondrá constantemente a toda tiranía extraña. La Revolución es el levantamiento que practicó contra los opresores domésticos dentro del país: suceso que principió antes que la insurrección.'"[283]

La nota, perdida entre las páginas del trabajo de Dérozier, es enormemente enjundiosa.Ya he indicado que me parece muy relevante el empleo del vocablo Revolución a propósito de la Guerra de la Independencia, que usará hasta el mismo Conde de Toreno en su conocido libro.

Las palabras no son inofensivas, más las que connotan ideológicamente con fuerza tan significativa. Quintana y los suyos están haciendo uso de este vocablo para unir la revolución liberal a la mera insurrección contra el invasor. El estamento clerical simplemente considera la guerra como una santa cruzada contra los franceses ateos. Éstos utilizarán precisamente el argumento en sus escritos, en la Gaceta de Sevilla por ejemplo, hasta la saciedad.[284] Los franceses quieren presentarse como salvadores del pueblo español, constituido por pobres patriotas desarrapados, engañados por el clero, que siguen unas ideas anacrónicas de las que vinenen a liberarles. La idea la han tomado, de esta propaganda, directamente diversos historiadores, que han ignorado el sentimiento liberal revolucionario que existía tan poderosamente entre intelectuales muy vinculados al pueblo, y en éste. Por ello para los propagandistas franceses era tan molesta la existencia de ese ala liberal progresista, que intentan silenciar, porque les rebasaba por la izquierda y les dejaba sin argumentos, ya que los propios españoles eran muy capaces

por sí mismos de liberarse de un pasado que mayoritariamente empezaban a sentir como desfasado y favorecedor de una clase social, que era la que menos estaba sufriendo las consecuencias y sacrificios de la guerra.

Dérozier culpa a los liberales de su propio fracaso, acusándoles de débiles.[285] Pero no se puede confundir la debilidad con la tolerancia. Y además, como ya señalé, esa tolerancia buscaba una una transición pacífica, era necesaria en un momento en que se necesitaban todas las fuerzas, a derecha e izquierda, unidas ante el invasor poderoso que amenazaba. No debe olvidarse, como ya he dicho, que las Cortes de Cádiz, se reúnen bajo el ruido de las bombas. No estamos en una situación idílica precisamente. El auténtico culpable del fracaso liberal fue Fernando, que interrumpió la pacífica evolución del país. Pero además este fracaso fue relativo. La llama encendida por las Cortes de Cádiz serviría de inspiración a numerosos políticos, intelectuales y estadistas, a lo largo del convulso siglo XIX. Fernando fue el causante de que este siglo fuera en España tan inestable, porque trató de destruir la lección que habían dado los hombres de Cádiz.

Notemos por otro lado que el propio Dérozier señala más adelante que hubo hasta riesgo de guerra civil, por causa de Fernando,[286] recogiendo una información de época de El Duende de los Cafés de 6 de abril de 1814.

Por otra parte Dérozier opina que el Pelayo de Quintana, y las obras de Alfieri y Soviñón, eran representaciones en contra de Fernando.[287] Efectivamente el teatro de época es un arma política de primera mano, comparable a la televisión de hoy día -con mucha más categoría literaria-, pero no es probable que antes de 1814 a Fernando se le catalogue popularmente entre la saga de los tiranos. Si bien las representaciones del Pelayo en épocas posteriores a 1841 sí podían tener este sentido.

* * *

El libro de Dérozier es menos interesante en lo relativo a la época del trienio, sobre la que aporta menos documentación.

Tengo la idea, respecto a esta época, que frente a la revolución desde abajo que es la Guerra de la Independencia, el trienio constituye una revolución desde arriba, conseguida por un levantamiento, y aceptada por un rey con el que se tienen numerosos miramientos.

Dérozier aporta algunos datos interesantes, se ocupa de los liberales moderados, a los que encuentra muy distantes del pueblo.[288] El tema lo he tratado extensamente en mi libro sobre Lista. Los liberales moderados ejercen formas de coacción desde el poder.[289] Y Dérozier señala:

> "Ya hemos emitido la hipótesis de que el partido moderado gobernaba en realidad de la misma manera que el partido reaccionario, salvo en lo que concierne a su anticlericalismo. En efecto, la cuestión religiosa es la que los separa radicalmente. Hemos visto ya cómo los ánimos se apasionaron entre 1810 y 1814, sobre las supervivencias tradicionales de la vieja España. En el Trienio, en el que la religión se politiza aún más, este estado de cosas se agrava. Puede decirse que el conflicto entre el clero y el liberalismo siembra la confusión total en un sistema político minado por las disensiones.
>
> El partido liberal es innegablemente anticlerical, con más o menos agresividad. (...)"[290]

Sin embargo quiero corregir también aquí a Dérozier, para lo que remito a mi libro sobre Lista. No se trata entre los liberales moderados tanto de un anticlericalismo, pues en general aceptan los principios religiosos que defienden de otra manera, como de una oposición al estamento clerical más ultrareaccionario que pretendía politizar la función de la Iglesia. El catolicismo está muy afianzado entre los políticos españoles, también entre los liberales, si bien con matices diferentes muy importantes a tener en cuenta. Los liberales moderados defienden la separación de intereses entre Iglesia y

Estado, y están en contra de la clericalización de la política y de que la Iglesia tenga peso político.

De este modo, frente al concepto de religión filantrópica, benéfica y tolerante, basada en la afectividad humana, defensora de un Dios benévolo, del liberalismo moderado de Lista,[291] la religión coercitiva de los ultramontanos.

* * *

Dérozier recoge la presión que hace Fernando sobre Quintana para que participe en la Corona poética a su enlace con María Cristina, como condición para permitirle el regreso.[292] Es interesante el dato. Muchos poetas participaron accediendo, sin tener más remedio, a este chantaje, independientemente de que, como se haya dicho, la reina era vista por ellos como una esperanza de mayor libertad.

Más adelante Dérozier recoge los textos que publica Quintana. Tres ediciones de sus Poesías: la reedición de 1813 en la Imprenta Nacional; la de 1821 en la Imprenta Real; la de 1825 en Burdeos. Las Poesías selectas castellanas (1817), copia de la de 1807, reeditadas con añadidos en 1830. La Musa épica de 1832. Las Vidas de españoles célebres últimas de 1830 y de 1833, con un interés más propiamente histórico.[293] Y las Cartas a Lord Holland tras la restauración.[294]

En 1828, indica Dérozier en las últimas páginas de su monumental trabajo, Quintana se dedica a la política como antes a la poesía.[295]

Las Vidas de españoles célebres proponen, según Dérozier, a los españoles ejemplos gloriosos como lección. Extrae lecciones para el presente y el futuro.[296] Se basan en un cierto determinismo histórico. No mira al pasado con nostalgia, sino como hombre político. Se trata de intervenir, de modificar la Historia.

Dérozier concluye: "Si Quintana merece existir aún hoy es por ser un escritor político."[297]

Como balance final, Dérozier indica:

> "Repetimos una vez más nuestra voluntad de no tolerar la disociación de la historia y de la literatura, y esto tanto menos cuanto que el fenómeno liberal sólo puede explicarse a la luz de una y otra."[298]

Esta importante afirmación la conecto con la proposición metodológica que realicé en las primeras páginas de mi Ideología y literatura en Alberto Lista.[299]

LOS APPÉNDICES DE DEROZIER.

Los Appéndices en el volumen segundo de Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne,[300] que no han sido traducidos al español, contienen textos de gran interés en los que me detendré, pues muchos de ellos son difícilmente asequibles. Entre ellos las diversas proclamas y manifiestos, si bien algunos de ellos son de atribución dudosa en lo que no entra Dérozier.

Allí se encuentra por ejemplo el prólogo de Quintana a la Conquista de la Bética de Juan de la Cueva, del tomo XIV de la Colección... de Ramón Fernández (1795). Es un texto patriótico y muy cáustico. En cuanto al estilo de esta obra escribe: "¡Qué dicción tan arrastrada y tan baja! ¡Qué absurdos tan ridículos! Así si la invención de la Bética es poco recomendable, el estilo y la versificación lo son mucho menos."[301] Aunque es muy duro con ella, le parece que algunos fragmentos están bien escritos y poseen cierta belleza.

El prólogo a las Poesías escogidas de nuestros cancioneros y romanceros antiguos (Contiene el Cancionero, los romances moriscos, y los pastoriles), en el tomo XVI de la Colección... de Ramón Fernández (1796), se refiere a los rudos inicios de nuestra lengua, con información lógicamente muy incompleta al respecto. Lee los Romances impresos en 1604 en Juan de la Cuesta. Y considera lo siguiente -el juicio es muy temprano e interesante-:

> "Hemos dicho que estas composiciones eran la Poesía del vulgo, y no con intención de menospreciarlas. Desnudos verdaderamente del artificio y violencia a que precisaba la imitación, cuidándose poco sus autores de que se pareciesen a odas de Horacio o canciones de Petrarca, componiéndose más bien por instinto que por arte, los Romances no podían tener el aparato y la elevación de las Odas de León, Herrera y Rioja. Pero ellos fueron propiamente nuestra Poesía lírica; en ellos

> empleaba la música sus acentos; ellos eran los que se oían en los estrados, y por las calles en el silencio de la noche, al son del harpa o la vihuela; ellos servían de incentivo a los amores, y tal vez de flechas a la sátira, y la venganza; pintaban felizmente las costumbres Moriscas o las Pastoriles; y conservaban también la memoria del Cid y otros héroes señalados. En fin, más flexibles que los otros géneros se plegaban a toda clase de asuntos, se ataviaban de un lenguaje rico y natural, se pintaban de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias solamente de un carácter original, sin violencia y sin estudio."[302]

Elogia mucho a los romances, si bien señala que a veces les falta gusto. Quintana tiene por tanto, en este amor al romancero, un criterio romántico avant la lettre ya por las fechas en que lo ensalza, muy tempranas si tenemos en cuenta el tiempo que falta para la recopilación de Durán, reseñada por Lista en la Gaceta de Bayona, nº 1, 3 de octubre 1828.[303]

El prólogo de Quintana a Poesías inéditas de Francisco de Rioja y otros poetas andaluces, en el tomo XVIII de la Colección... de Ramón Fernández (1797) elogia su talento poético, aunque considera superior a su maestro Herrera. Y añade: "Se puede componer infinitamente mejor que nuestros antiguos."[304] Cita en este sentido el ejemplo de Meléndez Valdés como superior a los clásicos anteriores.

Estos Appéndices contienen también comentarios a la edición de Poesías selectas castellanas de 1830.[305] Y comentarios a la edición de Musa épica de 1833.[306]

Dérozier parece haber seguido en esto, y en la recopilación de los prólogos antes citados, la sugerencia de Menéndez y Pelayo, recogiendo la participación de Quintana en la prensa: Variedades de ciencias, literatura y artes, El Observador, el Semanario Patriótico etc.[307]

En Variedades dice sobre Osián: "Obscuro, hinchado en su estilo, monótono en sus imágenes, pobre y estrecho en sus ideas (...)" Recordemos que tanto Juan Nicasio Gallego,[308] como Espronceda,[309] están vinculados al tema osiánico.[310]

En Variedades se encuentra también Sobre la Rima y el verso suelto.[311] Frente a a los que atacan el verso libre, lo defiende con argumentos de Voltaire y Metastasio. Continúa luego el artículo en otro número,[312] indicando que "la rima por sí sola no produce placer ninguno."

Hay también en este Appéndice artículos del Semanario Patriótico en su tercera época, con una declaración preliminar de Quintana.[313] Se trata de un texto breve y escueto que manifiesta el compromiso de este autor en la defensa de la libertad:

> "Sin embargo, los lectores hallarán en el Semanario, si no una igual perfección, por lo menos la misma severidad de principios, el mismo celo por la causa pública, el mismo horror a toda tiranía, que caracterizaron esta obra desde su nacimiento, y que su autor ha profesado en cuanto ha escrito y dado a luz, no sólo en la época de la libertad sino en los tiempos de la servidumbre antigua."

El texto está fechado en Cádiz en 20 de noviembre de 1810, y muestra que Quintana es consciente de que comienza una nueva época de libertad.

Hace también luego un canto a la libertad de imprenta.[314] Explica además lo que han hecho las Cortes hasta hoy, defendiéndolas de los ataques de ineficacia -que, recordemos, el propio Blanco lanzaría desde El Español-[315] justificando las sesiones secretas. Es un alegato a favor de la labor de las Cortes frente a las murmuraciones reaccionarias.

> "No: las clases, las autoridades que se creen despojadas por vosotras del poder y de la influencia que nuestras malas instituciones les daban antes, los egoístas que tienen miedo de vuestra energía cuando en nombre de la Patria les impongáis sacrificios, los parciales del poder arbitrario que tanto han perdido en su abolición, todos os juzgarán con un rigor tanto más grande cuanto mayor es el interés que los ofende y los intimida. Vosotros, hijos del Pueblo, formados en medio de él y hechos a su

> sencillez como a su medianía, no conocéis bien las artes de estos Proteos. Viles esclavos del despotismo (...)"[316]

El texto es muy significativo del espíritu revolucionario de Quintana.

> "¿Pero quién ha pensado que mandar política, civil o militarmente en tiempo de borrasca es negocio descansado y seguro? Las revoluciones no son juego de niños; y los que intentan obligar a otros a que pongan en este terrible embate su sangre y su existencia, es preciso que empiecen por jugar la suya primero."[317]

Es decir, se abre paso la idea de que el pueblo, que es quien más ha sufrido en la guerra, tiene por tanto derecho a su soberanía. La guerra cobra así un sentido revolucionario, que tantas veces hemos visto aquí.

DEROZIER Y LOS ESCRITORES POLITICOS ESPAÑOLES.

La antología de Dérozier Escritores políticos españoles 1780-1854,[318] contiene una enjundioso estudio preliminar, escrito desde la sabiduría de quien conoce bien la época y el entorno. Se trata me parece de otro texto clave. Ojalá alguien edite todavía el segundo volumen de su Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne, que contiene una gran cantidad de documentos de primera importancia para los estudiosos de la época. La traducción de Turner al español sólo se realiza sobre el primer volumen, constituido sólo por el texto de Dérozier.

Pero volvamos a Escritores políticos españoles.

Hay muchas ideas sugerentes en el estudio preliminar que sería conveniente glosar. Por ejemplo para Dérozier las fuentes del liberalismo español se encuentran, no sólo en Francia e Inglaterra, y en la Enciclopedia,[319] sino en autores nacionales.[320] La idea me parece muy importante, pero Dérozier olvida señalar la fuente que es el propio Quintana quien, como veremos, cuando se defiende de las acusaciones que le profesan sus carceleros, acude a los testimonios de Saavedra Fajardo y Mariana para justificar sus propias ideas liberales, que se encuentran expresadas de otro modo en estos autores, quienes por ejemplo insisten en la necesidad de templar y controlar el poder real.

Dérozier indica que aunque fracase, el recuerdo de la libertad permanecerá en los españoles, en la transición hacia la Revolución del 68 y la Primera y Segunda Repúblicas. Por mi parte señalaré que la revolución liberal de nuestro XIX no fracasa realmente. Lo que ocurre es que los liberales españoles, contrariamente a lo que pasó en otros países, buscaron una transición pacífica, una evolución por la fuerza de las ideas más que una revolución por la fuerza de la sangre. Ello implicaba contemporizar con los poderes del antiguo régimen, con los poderes fácticos del pasado, y en ocasiones éstos fueron mucho más fuertes. De este modo, la revolución liberal en España es la historia de sucesivos espasmos, de contracciones alternantes que dan por fruto la débil criatura de la libertad, que se había ido gestando en el esfuerzo y la vida de muchos personajes

como Quintana, cuya importancia sólo ahora estamos descubriendo.

Respecto a la ideología del liberalismo exaltado de Flórez Estrada y Lorenzo Calvo entre otros, remito al libro que estoy comentando.[321]

Dérozier recala en la atención que los liberales prestaron a la educación, por influjo de Rousseau, ya que la pedagogía se puso de moda a finales del XVIII.[322] Algo de esto deberíamos aprender todavía. Pero me parece evidente que los liberales confían en triunfar por la fuerza misma de sus ideas, que debían de difundirse a través de la educación y los medios de opinión pública.

Como ya dije antes donde me parece que Dérozier se equivoca de plano es respecto a las afirmaciones que hace acerca del pensamiento de los liberales sobre las colonias, ahora también en este libro.[323] Pero para ello remito a mi trabajo sobre la descolonización. Sólo querría destacar que el pensamiento de los liberales españoles sobre este tema es mucho más progresista de lo que sugiere el crítico francés.

Tampoco estoy de acuerdo con su idea de que la Constitución sea obra de la burguesía.[324] Evidentemente a ella pertenecían los escritores e intelectuales capaces de articular un pensamiento suficientemente sólido. Pero hay también un apoyo importante a la Constitución y a las Cortes, testimoniado en la iconografía de época, y en las noticias que se nos han transmitido acerca del modo en que se boicoteaba la intervención en Cortes de los reaccionarios.[325]

Sobre el trienio, que es el siguiente estadio de la revolución liberal, hay interesantes alusiones de Dérozier a las conspiraciones de las sociedades secretas, entre ellas la Templanza y sobre todo la todopoderosa sociedad El Anillo de Oro, que el crítico francés ha estudiado tan bien.[326] Es increíble la lista de miembros que facilita Dérozier.[327] Véase sobre los comuneros y la sociedad del Anillo de Oro de los liberales moderados, el libro que estoy comentando.[328]

Opina por cierto Dérozier que el intento de implantar una novela histórica en España más tarde, durante los años 1833 y 1835, proviene de fuentes reaccionarias.[329] La idea es interesante. Recordemos la colección en que surgieron las novelas El Doncel de Don Enrique el Doliente de Larra en 1834 por Repullés, y en la misma colección un poco más tarde la de Sancho Saldaña de Espronceda. Pero, según he estudiado por mi

parte, la novela de Espronceda no es en absoluto un texto reaccionario, y raramente podía serlo tratándose de este autor.[330]

En todo caso, Dérozier sitúa a Quintana en el ámbito de una serie de escritores que desde 1808 han buscando el equilibrio y el justo medio, lo que llamaríamos un liberalismo moderado.[331] Sin embargo Dérozier olvida que esta característica, que tan inadecuadamente señalara Allison Peers con su teoría del justo medio, no representa sino un intento de transición pacífica por parte de los liberales a un sistema moderno de gobierno. Y desde este punto de vista el liberalismo de Quintana, aunque lógicamente atemperado por el tiempo y las circunstancias, no es tan descafeinado, sino que busca modificar el poder desde dentro. Otra cosa es determinar si ello es posible.

De todos modos me parece que el interés de Quintana es el de un escritor que utiliza la poesía como un arma cargada de futuro. Así en la Oda a Juan Padilla. Quintana desperdició, por así decirlo, la posibilidad de haber sido un gran lírico, pues valores para ello tenía, como queda demostrado en su Al mar tantas veces mencionado en estas páginas. Pero no estaban los tiempos para afirmaciones estéticas. Al mar me parece, también un poema revolucionario, ya desde su panteísmo muy temprano, que debía enfrentarle a las posturas eclesiales, las cuales sin embargo no alcanzaron a percibir su intención, o no la creyeron en todo caso menos peligrosa que las más directas aseveraciones en favor de la libertad política de otros poemas.

Quintana, más que un político, me parece un ideólogo de esa raza especial de liberales intelectuales españoles, cuyo influjo fue tan importante en todo el XIX. La huella que dejó nuestro autor fue importante. Mereció la pena que quemara su vida en el empeño. No merece ser tan injustamente olvidado hoy día.

Quintana es además un excelente ensayista, no sólo en sus Vidas -en cuyo sentido entraré luego- sino también en sus excelentes Cartas a Lord Holland que constituyen el texto más lúcido sobre el momento y el análisis político de la revolución de 1820-23 más sagaz y acertado.

Para comprender cómo el romanticismo español -antes de la llegada de Rivas y Zorrilla, que lo modifican en este sentido- no es estético sino ético y político, recomiendo al lector acuda al poema de Francisco Sánchez Barbero El patriotismo. A la

nueva Constitución (25 de febrero de 1814), que se recoge en la antología de Dérozier.[332] El mismo Espronceda, años más tarde, mostrará toda la riqueza de una poderosa carga ideológica de pensamiento, y no digamos Larra, a quien tanto admira Dérozier en su estudio preliminar -siendo lamentablemente injusta su visión de Espronceda-.[333].

En fin, el libro de Dérozier que estoy comentando es de un enorme interés. Muestra por ejemplo cómo los liberales intentaron controlar al Rey a su regreso en 1814, como se demuestra en la Sesión secreta de las Cortes del día 2 de febrero de 1814 en Madrid. Publicada de orden de las Cortes.[334] Hay por tanto una inteligente actividad política de los liberales, aunque su error -y Quintana lo deja claro en las Cartas a Lord Holland- fue un exceso de respeto al rey tanto en 1814 como en 1823.

Hay muchas ricas sugerencias que se contienen en este libro. Por ejemplo la memoria de Calatrava sobre el tráfico de esclavos, creo vendría a corregir algunas afirmaciones de Mesa,[335] y completaría lo que dije en mi libro sobre la descolonización. Los liberales toman una temprana actitud en contra del tráfico de esclavos, si bien de facto -y por una serie de imperativos económicos y de orden social de fuerza mayor, a los que me referí en mi libro- se mantienen en 1868 en Cuba. Remito al texto de Calatrava, de 1836.[336]

En su libro sobre Quintana, Dérozier se permite duras críticas al salvajismo y la crueldad del ejército napoleónico, ha empatizado con el pensamiento español de época. Aquí en cambio exhibe en ocasiones un cierto orgullo nacional típicamente francés.[337]

Finalmente quiero destacar algo respecto al Discurso de Ventura de la Vega, de 1842, donde se hace una alusión a Lista frente a Hugo,[338] lo que muestra la pervivencia del magisterio del interesante ensayista y poeta sevillano tanto entre los progresistas como Espronceda -el libro de Marrast está plagado de referencias al respecto-[339] como entre reaccionarios tales como Ventura de la Vega. Creo que en esta época se critica en España al romanticismo, desde el punto de vista de una renovada estética neoclásica -inspirada por Lista y una larga secuela de adláteres- porque el romanticismo español, que creo había surgido tempranamente ya en 1808, había en esta época generado, como toda ideología, su propia crítica. Toda ideología lleva en sí el germen de su propia

destrucción, que crece al compás del tiempo y según la fuerza de la oposición. La crítica al romanticismo, hasta bien entrado el XIX, no parte de supuestos realistas sino del antiguo neoclasicismo que conservaba su pervivencia desde el punto de vista de la teoría estética. El neoclasicismo español tuvo una larga vida como teoría, y una breve existencia como arte.

Pero en fin, este libro de Dérozier contiene también otros testimonios interesantes, como el de José Somoza en sus Recuerdos e impresiones de 1843, donde se manifiesta testigo de una renovación, la significada por el romanticismo, que tanto cambió en la vida y la cultura de los pueblos:[340]

> "¿Qué he visto? ¿Qué he aprendido? ¿Qué he hecho en este tiempo?
>
> He visto variar de forma los gobiernos, las leyes, las ideas de casi toda Europa, de la América entera, y de Africa, y del Asia, desde Argel hasta la China.
>
> He aprendido que los hombres saben lo bastante ya para querer gobernarse y pensar en este bien; pero no lo suficiente para verificarlo. Que en ciencias y en artes útiles han dado un vuelco asombroso sobre todos los siglos conocidos (...)"

Sin embargo creo hay que achacar a Dérozier algunos juicios inexactos acerca de los liberales:

> "Y si Quintana, Argüelles o Martínez de la Rosa se refieren al papel del 'pueblo' en tal situación dada, en ningún caso piensan en las 'masas', de las que prefieren ignorar la existencia histórica y política. Una vez más, liberales y reaccionarios se encuentran en el mismo terreno."[341]

Pero no podemos pretender que los personajes de la Historia sean distintos de lo que fueron, o que adopten posturas posteriores que en su caso estarían fuera de época. En este caso, Dérozier, como cierta crítica progresista, adopta una actitud de observación

con anteojeras que conduce a mixtificaciones y errores en los juicios de valor. Hay que comprender a cada época como lo que es, no como lo que nos gustaría que fuera. Por eso personalmente he defendido la crítica de identificación que Poulet[342] relacionara con los aspectos temáticos y que yo he mantenido en los ideológicos relativos a la literatura.

LA EDICION DE POESIAS DE QUINTANA POR NARCISO ALONSO CORTES.

Es admirable leer cualquier texto de este crítico español. La edición de las Poesías de Quintana que realizó en 1927, con sucesivas reediciones en Espasa-Calpe, merece la pena ser comentada.[343]

Efectivamente si la comparamos con la edición de Dérozier en Clásicos Castalia, contiene muchos menos poemas, los comentarios son más sucintos, y el criterio textual menos depurado. Sin embargo en el estudio preliminar Alonso Cortés realiza una labor de síntesis, en breves páginas, que indican su dominio de una época a la que dedicó tan valiosas aportaciones, aunque aquí la importancia de su trabajo sea menor.

Alonso Cortés señala que el primer libro de poemas de Quintana se publica con dedicatoria al Conde de Floridablanca.[344] Ello me parece importante por cuanto existe un epítome, de los últimos que escribió Quintana, dedicado a este personaje, al que se refiere igualmente en la correspondencia con Musso que publiqué en El alba...

Respecto a las Vidas de españoles célebres aparecieron: 1º volumen, 1807, con las de el Cid Campeador, Guzmán el Bueno, Roger de Lauria, el Príncipe de Viana y el Gran Capitán. El 2º vol., de 1830, con las de Vasco Núñez de Balboa, Pizarro. En 1833 se reimprimieron los dos tomos adicionados con un tercero que contenía las biografías de don Alvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas.

Por mi parte quiero destacar que en la correspondencia inédita de Quintana que publiqué se contiene la única referencia que tenemos de un texto que proyectaba escribir nuestro autor, sobre Don Juan de Austria, que le interesaba mucho, frente al trabajo que hacía sobre el Duque de Alba, por quien no sentía ninguna atracción intelectual, pero que estimaba necesaria introducción al primero.[345]

Narciso Alonso Cortés hace el siguiente elogio del estilo de las Vidas...:

> "Se le niega imparcialidad, pero será difícil probar la especie. Dígase, no obstante, que en todo caso el literato domina al erudito, y que en tal

> sentido las Vidas de españoles célebres deberán citarse siempre como la más neta y lozana muestra del estilo literario español en la primera mitad del siglo XIX."[346]

Notemos que Narciso Alonso Cortés, cuando cita la Musa épica de Quintana, la confunde con las Poesías selectas castellanas...[347] Dérozier da una edición de esta Musa épica en 1813 y otra en 1832.[348] Parece deducirse de este pequeño error bibliográfico, pero que significa desconocimiento de un texto fundamental, que Narciso Alonso Cortés no presta excesiva atención a la producción literaria de Quintana, limitándose a hacer un trabajo ligero, frente a los excelente estudios que luego saldrán de su pluma. El detalle es revelador.

En cuanto al Semanario patriótico, afirma Alonso Cortés:

> "Igualmente redactó varios manifiestos patrióticos para la Junta Central y comenzó a publicar, desde el 1º de septiembre (de 1808), el nobilísimo Semanario Patriótico. En diciembre, cuando entró en Madrid el ejército francés mandado por el mismo Napoleón, Quintana tuvo que huir y caminó errante por Ávila, Salamanca, Ciudad Rodrigo y Badajoz, hasta llegar a Sevilla en enero de 1809. Continuó en Sevilla el Semanario Patriótico con Blanco y Lista, desde el 4 de mayo de 1809, y luego en Cádiz, con Antillón y Tapia, desde el 22 de noviembre del mismo año."[349]

Estas afirmaciones completan la que Dérozier haría más tarde en su libro sobre Quintana, como vimos, acerca de las fechas y circunstancias de edición de este periódico. De todos modos en el libro de Dérozier,[350] se encuentra un detallado catálogo de la prensa política de la época, si bien aún creo hace falta estudiar mucho este aspecto, que aportaría conclusiones importantes.

Alonso Cortés recoge la vida de Quintana muy resumida desde 1823 hasta sus últimos días, con las diversas exaltaciones en Coronas... y elogio de los románticos de El

Artista.[351]

Considera que Quintana es poeta más elevado que Cienfuegos:

> "Pero Quintana era poeta de mucha más elevación que Cienfuegos, y por eso llevó a la perfección lo que en su maestro había sido obra de la espontaneidad. Quintana fue un Cienfuegos erudito y dotado de un espíritu más complejo. A más de eso, como perfecto conocedor de los clásicos andaluces, pudo interpretar y renovar mejor su numen poético, y en especial el de Herrera y Rioja."[352]

Finalmente, Alonso Cortés elogia a Quintana cantor del progreso:

> "No hará falta decir una sola palabra de Quintana como cantor del progreso, de la libertad y de la patria. Nadie hay que discrepe al apreciarle en este terreno. Es donde Quintana despliega todo el vuelo de su estro poderoso y donde pone los mayores afanes de su espíritu. De parcial y sectario le acusan algunos, y en especial, claro es, los que profesan ideas opuestas a las suya; pero todos le reconocen la honradez de convicciones y aun juzgan disculpable, 'si nos trasladásemos a la época en que él escribía', lo que llaman su fanatismo."[353]

Querría añadir que el pretendido fanatismo de Quintana no es sino su apasionado ardor romántico y revolucionario.

En fin, es indiscutible la categoría intelectual de Narciso Alonso Cortés, pqeo creo no recala suficientemente en la importancia literaria e ideológica de Quintana. Su edición nos sabe a muy poco.

Todo ello no hace sino poner de relieve la importancia fundamental que han tenido los trabajos de Dérozier para una más correcta comprensión de la figura de Manuel José Quintana. Tanto su estudio como la edición de sus Poesías son de un valor incomparable. Ojalá edite pronto el teatro de nuestro autor.

LAS POESIAS DE QUINTANA EDITADAS POR DEROZIER.

Destaquemos que en La poesía del siglo ilustrado de Joaquín Arce, las dos referencias ligeramente extensas a Quintana tienen sólo relación con su poema A la expedición española para propagar la vacuna... en América, que no es representativa de la profundidad de conceptos que poseía nuestro autor. El libro de Arce es, como la mayor parte de la crítica actual, injusto con Quintana.[354] Y las referencias de Sebold en El rapto de la mente no aciertan tampoco con el personaje, aunque este autor haya escrito otros textos admirables, que he glosado ampliamente en mis libros sobre el romanticismo.[355]

Por ello, cuando nos referimos a Quintana desde el punto de vista de la crítica moderna, hay que volver inexcusablemente a Dérozier.

Dérozier ha editado la mejor recopilación que hoy día poseemos de las Poesías de Manuel José Quintana.[356]

En el estudio preliminar, al que sólo me referiré muy sucintamente, Dérozier considera su "lenguaje original para traducir sus anhelos de progreso social."[357] Con ello está ubicando el tema en los parámetros propios de su libro anteriormente citado.

Indica que Quintana utiliza el vocablo "sagrado" sin significado religioso.[358] La afirmación es interesante porque de ella puede deducirse la sacralización de la vida política y de las aspiraciones éticas de la sociedad que creo definen en cierto modo a nuestro poeta.

El sentimiento de la patria y patriotismo es evidente en la oda A Guzmán el Bueno (1800).[359] Recordemos que le dedica a este personaje también una Vida...

Dérozier incide en los ataques que realiza Quintana en su poesía a la Iglesia católica.[360] El poeta aparece como campeón del liberalismo español.[361] Y considera a Felipe II en El Panteón de El Escorial, un tirano atroz.[362]

Este aspecto tendré ocasión de estudiarlo luego, pero adelantaré que me parece hay que tener en cuenta, una vez más, el peculiar patriotismo de Quintana, que no surge de una consideración reaccionaria exaltadora de un pasado inmovilista, sino de un

intento de forjar una nueva nación, a lo que dedica todos sus esfuerzos tanto como político, como poeta o como ensayista. Es lo que define la principal aspiración de Quintana: construir una España moderna y liberal.

En cuanto a los procedimientos de su poesía, Dérozier indica se basan en: la sentencia o apotegma; crear paralelos históricos; invitar al lector a que aplique el pasado al presente. Y concluye:

> "Desde luego la poesía, así concebida, no es un pasatiempo sino un instrumento. Y el vocabulario poético está subordinado a la intención política."[363]

* * *

Realizaré ahora un breve repaso, desde el punto de vista de mi visión personal, de las poesías de Quintana en la edición citada, que es la más completa y fiable entre las modernas. Podemos percibir que el tema de la patria ya se encuentra en los primeros poemas de 1787, editados en 1788.[364]

Llama la atención la temprana mención de Floridablanca, a quien luego dedicará uno de los últimos epítomes. Destaca su paternal y benigna mano, situándolo así en el ámbito del paternalismo ilustrado.[365]

Ya pueden percibirse algunos rasgos románticos en la Silva II, La ausencia (1787): "¿Aquella lumbre donde el fuego / de mi pasión violenta se encendía?..."[366]

En el primer Quintana hay poesía amatoria, himnos rousseaunianos a la inocencia, etc. Todo dentro de la temática de época, y recordemos los poemas a la inocencia por parte de Reinoso y de Lista. Pero donde se encuentra el Quintana más personal es en el tema cívico, contra el fanatismo:

"Hubo un tiempo infeliz, en que vendido
el pincel a fanáticas ideas,
ferocidad y horror sólo pintaba.
El negro Fanatismo con la mano,
con la mano funesta y execrable
con que al hombre y la tierra desolaba (...)"
(Epístola (1790)).[367]

Otro poema con ardor romántico, en este caso a través de la exaltación de la música es A Luisa Todi, cuando cantó en el teatro de Madrid las dos óperas de ARMIDA y DIDO (1795).[368] Si bien aún no se alcanza la fluidez pasional de Al mar.

En el poema Fragmentos de una traducción del pastor Fido (1795) se dice: "¿Quién ha visto jamás, ni quién ha oído / más extraña pasión, más impostura,/ ni más loca también?"[369]

El poema Ariadna (1795),[370] también posee un hondo sentir romántico, ubicando el lamento de la amada, ya expresamente en el título: "sobre una peña, a la orilla del mar". La amada acaba arrojándose a las olas:

"Y muerta hallaré yo... Las ondas fieras
que senda amiga al seductor abrieron,
baña mi triste frente, y el cabello
se eriza... Sí... Las veo:
las furias del Averno me arrebatan
tras de sí a fenecer... Voy, desgraciada
víctima del amor...
...¡Ah! ¡Si el ingrato
presente ahora a mi dolor se hallara,
quizá al verme llorar también llorara!
¡Mas no, mísera! Muere: el mar te espera,

el universo te olvidó, los Dioses
airados te miraron
y sobre ti, cuitada, en un momento
el peso de su cólera lanzaron.

¡Oh, qué triunfo tan bárbaro y fiero!
Avergüénzate, cielo tirano,
avergüénzate, o dobla inhumano
mi tormento y tu odioso rencor.
¿Dudo? ¿Temo? ¿A qué atiendo? ¿Qué espero?...
Dame ¡oh mar! en tu seno un abrigo,
y las ondas escondan conmigo
mi infortunio, mi oprobio y mi amor.
(Arrójase al mar)."[371]

Así termina el poema Ariadna de 1795, que creo posee un claro sentir romántico, ya en los versos "Brama el mar, vibra el viento, y dicen: 'Muerte' / Y muerte hallaré yo..." (...) "Muere: el mar te espera,/ el universo te olvidó (...)".

Junto a estos versos románticos de suicidio y desesperanza, con el trasfondo panteísta del mar, ya aparece el tema que quitará el sueño a nuestro autor, y justificará sus desvelos personales toda su vida: la patria. En A Juan Padilla (1797) hay un auténtico ardor regeneracionista, el poeta se pregunta por la identidad de España, a la que mitifica y ensalza, a la que va a dedicar su actividad política y, más aún, su vida entera.[372] La preocupación que siente Quintana por España me parece claro precedente del 98: "¡Patria! Nombre feliz, Numen divino,/ eterna fuente de virtud, en donde / su inextinguible ardor beben los buenos."[373]

Este ardor patriótico de Quintana posee espíritu de pasión romántica. Las alusiones al "Déspota",[374] nos hablan de su postura contra el absolutismo, ya en 1797. En definitiva puede comprobarse, como vimos antes, que la revolución liberal se estaba gestando en España desde las fechas inmeditamente anteriores a la Guerra de la

Independencia. Este espíritu revolucionario se uniría luego a la insurrección en defensa del territorio patrio. Quintana se refiere explícitamente a "la tiranía / que lenta os consumía."[375]

En este sentido, la nota de Dérozier marcha en la misma dirección interpretativa que propongo:

> "En este final profético, que permite a Quintana mostrar que Padilla, aplaudido por un pueblo entero, es el modelo de la independencia y el prototipo de la Revolución, distinguimos la primera etapa de la futura Regeneración política de España. Otra etapa es la confusión, hábilmente propuesta, entre todos los tiranos, que sean patrios o extranjeros. Es el argumento de la tragedia Pelayo en 1805, y singularmente del desenlace. Padilla y Pelayo hablan al lector o al espectador la misma lengua, fuerte y nacional."[376]

Lo que ocurre es que me parece Dérozier no es capaz de llevar a sus últimas consecuencias los brillantes atisbos de ideas interpretativas que sugiere. Hay que ir un paso más allá de su prudencia, como estoy haciendo por mi parte a propósito de Quintana.

Junto a estas chispas de romanticismo, que prenderán luego en fecunda llama, en Quintana hay también -debe reconocerse- poemas que se deben más propiamente a su época, que rinden tributo al gusto imperante, así por ejemplo de inspiración renacentista A Don Nicasio Cienfuegos convidándole a gozar del campo,[377] la exaltación de A Meléndez cuando la publicación de sus poesías,[378] el archineoclásico A las reglas del Drama,[379] y Al Excmo Sr. Don Gaspar Melchor de Jovellanos. En ocasión de habérsele encargado el Ministerio de Gracia y Justicia.[380]

Tintes prerrománticos existen, comunes a Juan Nicasio Gallego, en el tema elegíaco de En la muerte de un amigo.[381] También de sentimentalidad prerromántica es A Fileno, consolándole en una ausencia,[382] donde se aprecia el magisterio y la huella sentimental de Cienfuegos.

Pero Quintana nos da la medida más grande de sí mismo en el espléndido poema Al mar.

Dérozier recoge que un admirador de Quintana compuso en 1837 -notemos que en pleno romanticismo- una poesía dedicada al mismo tema, como homenaje a nuestro poeta, que se encuentra en el Archivo de Antonio Rodríguez Moñino. Y añade:

> "La sola nota interesante se sitúa en la Carta que acompaña la poesía: 'Lord Byron, que viajó en la Península y a quien era bien conocida esta pieza maestra, como otras de nuestra literatura, la tuvo sin duda presente cuando concluye su romántico Childe Harold (sic), con la famosa despedida al Océano, visto desde el Monte Albano, en la hermosa Italia...' La poesía romántica debe efectivamente mucho a Quintana. Bécquer y otros poetas lo afirman sin la menor restricción."[383]

He dedicado otras páginas a un cierto análisis y referencia a este poema.[384] Destacaré que se trata de un canto panteísta a las fuerzas vibrantes de la naturaleza. Que los sentimientos humanos, como en la mejor poesía romántica, se funden aquí con el oleaje embravecido. Y, anotación que ahora añado, la referencia final a la guerra nos introduce en un tema distinto. Porque de la exaltación del mar como personaje vivo, protagonista de una naturaleza en ebullición ardiente que es observada con pasión, se pasa al tema del pacifismo, la negación de guerra que rompe la armonía de la naturaleza con la que comulga el hombre. Es decir: aunque Quintana se fundamenta para este poema en un sentimiento lírico ante la naturaleza, ese rugir del mar le conduce, por asociación de ideas, al tema de la guerra, que siente como una premonición.

> "(...)
> ¿No era bastante, impíos,
> los vientos escuchar que en torno braman,
> los escollos temblar, mirar el cielo
> cubrirse todo de espantosas nubes

y arderse en rayos, a los pies hirviendo
sentir el mar sañudo,
y una tabla sutil ser vuestro escudo;
sin que a tan tristes plagas
añadiéseis también la plaga horrenda
de la guerra cruel? Ardiendo en ira
ella cruza, ella agita, y atrona
el ponto, en sangre enrojecerse mira.

Guerra: ¡Bárbaro nombre! a mis oídos
más triste y espantoso
que este mar borrascoso,
tan terrible y atroz en sus rugidos.
(...)"[385]

Es decir: de la contemplación estética de un mar bravío, Quintana pasa a percibir los nubarrones que se ciernen en el horizonte de la Historia de España. Pasa a una consideración social, no digamos que cívica porque este vocablo es frío y no encaja en el pasionalismo acendrado de nuestro autor. El mar bravío, al final del poema -y el final contiene toda la carga simbólica respecto a las descripciones iniciales y al planteamiento de los primeros versos- evoca en el poeta tiempos difíciles que ve en el futuro sombrío.

Vemos que Quintana es testigo consciente de que el tiempo del absolutismo ha fenecido. Él ayudará con su labor contínua y esforzada para que la huella del pasado se borre de España. Es decir: Quintana no tiene tiempo para esteticismos, ni siquiera para lamentaciones sentimentales prerrománticas -a la manera de su amigo Cienfuegos.- Su poesía no es tanto cívica como, más propiamente, revolucionaria. Quintana es hombre de elevada altura ética, de una ética humana que trata de defender un nuevo proyecto de nación. Este es el objetivo de su vida, la dedicación prioritaria de sus días. Es lo que propiamente ocupará su pluma. Lo veremos también, en seguida, a propósito de su prosa.

De todos modos el aspecto fundamental de este poema Al mar, reside en la contemplación estética de las fuerzas desatadas, anticipadamente románticas, de la Naturaleza. Cuentan que para escribirlo Quintana se desplazó expresamente al mar de Cádiz, que luego inspiraría a Alberti. Y quiero insistir en que la pasión lírica que recorre a este espléndido poema -al que se referiría Bécquer muchos años más tarde-, le hace -en estilo y pensamiento- obra netamente romántica, pese a las fechas de composición. Nada debe extrañarnos si sabemos que para entonces ya se había publicado una parte de la primera poesía romántica europea.

El sentimiento panteísta de Al mar, viene de todos modos atemperado por una prudente evocación, de religiosidad laicista, al principio del poema: "Y adorarte también, Dios de los mares."[386] Quintana ve a Dios -una de las escasas alusiones que hace a este tema- en el dios de la Naturaleza, expresada en la fuerza poderosa, tormentosa, romántica del mar embravecido.

Junto a este poema de singular belleza e importancia, hay también otros de carácter ilustrado, como los dedicados a la Duquesa de Alba.[387]

La Canción en alabanza de Guzmán el Bueno (¿1790? y 1800, en dos versiones),[388] preludia lo que más tarde expondrá en el primer volumen de las Vidas... (1807), y en el epítome que comentaré en el apartado correspondiente. Se trata de crear en el público un símbolo encarnado en un personaje, para animarlo a tomar una actitud eficaz en la praxis política que se va a vivir. Guzmán el Bueno, y Pelayo, son héroes creados por Quintana para avivar el espíritu de cambio que necesitaba prender en el público lector o en los espectadores de teatro.

Dérozier anota que el sacrificio de Guzmán el Bueno había inspirado previamente a otros poetas y dramaturgos: Dionisio Solís y Nicolás Fernández de Moratín. Luego, en 1875, un discípulo de Quintana, Antonio Arnao, escribirá un drama lírico sobre el tema.[389]

Destacaré que en este poema de Quintana ya aparece la mitificación romántica de la Edad Media: "¡Ah! ¿Por qué yo, infeliz, no nací en ellos?"[390]

Este poema, de 1800, contiene las ideas propias de la exaltación de la reconquista de España por los cristianos, frente a los árabes, con exclamaciones de libertad: "¿Nació

quizá para vivir esclavo?"[391] Y en contra de la tiranía: "y ruge, y amedrenta a sus tiranos."[392]

También es tema de otro epítome la figura de Floridablanca, en un sentido bien distinto. Y se encuentra aquí la Dedicatoria al conde de Floridablanca.[393]

Ejemplo de poesía filantrópica es también A la invención de la imprenta.[394] En este poema hay otro canto de libertad, como exaltación de las luces que difunden los valores intelectuales. Muchas veces se ha escrito que la ilustración defiende la Razón, cuando creo lo que en realidad propuga son estos valores intelectuales, que están teñidos en ocasiones de sentimentalismo.

Olvidemos por tanto el tópico acerca del racionalismo ilustrado. Ya Arce señaló que el prerromanticismo es una derivación de la Ilustración. Pero, además, me parece que no se puede confundir racionalismo con intelectualismo:

> "Llegó, pues, el gran día
> en que un mortal divino, sacudiendo
> de entre la mengua universal la frente,
> con voz omnipotente
> dijo a la faz del mundo: 'EL HOMBRE ES LIBRE.'
> Y esta sagrada aclamación saliendo,
> no en los estrechos límites hundida
> se vio de una región: el eco grande
> que inventó GUTTEMBERG la alza en sus alas;
> y en ellas conducida
> se mira en un momento
> salvar los montes, recorrer los mares,
> ocupar la extensión del vago viento;
> y sin que el trono o su furor la asombre,
> por todas partes el valiente grito
> sonar de la razón: 'LIBRE ES EL HOMBRE.'"[395]

En este poema hay un canto a la Libertad, pero al mismo tiempo se concibe que el poder de comunicación y de influencia en la opinión pública de la imprenta, hará posible la difusión de esas ideas de libertad. Justo lo que Quintana llevará a cabo después con sus proclamas y manifiestos, y con su labor en el Semanario Patriótico. El poema es de 1800.

El poema El Anti-¡Ay del alcázar... ENSAYO,[396] es un tremendo alegato contra el absolutismo, valientemente fechado en 13 de mayo de 1813:

"¡Ay del alcázar que a Luzbel levanta
la estúpida y brutal filosofía!
¡Ay del monstruo nefando que porfía
en derrocar la torre y ciudad santa
fundada sobre piedra indestructible!
(...)
La macilenta envidia,
la malvada calumnia y la perfidia,
las sacrílegas artes e invenciones
bien podrán encender revoluciones,
labrarte, amada Patria, la ruina
(...)"[397]

El mismo tema antiabsolutista en El Panteón de El Escorial (1805):[398]

"En los amargos días
que serán luto eterno en la memoria,
y a los siglos remotos indignada
con hiel y llanto pintará la historia;
cuando después de reluchar en vano
con la dura opresión en que gemía,
la tierra, sin aliento, al yugo indigno

el cuello pusilánime tendía;
al tiempo que el destino
las espantosas puertas desquiciando
del imperio del mal, sus plagas todas
sobre España lanzaba,
y ella míseramente agonizaba"

Y más adelante:[399]

"¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres
con la pompa y beldad que en ti se encierra,
si al fin eres padrón sobre la tierra
de la infamia del arte y de los hombres?"

Este poema, al que remito, es una prueba más del espíritu revolucionario y de enfrentamiento con el régimen absolutista, que se respiraba en los años inmediatamente anteriores a la Guerra de la Independencia entre algunas capas de la población intelectual española, con Quintana a la cabeza, lo que explicaría el sesgo revolucionario que tomaría luego esta guerra.

Afirma Dérozier que en Despedida de la juventud,[400] publicada en la edición de Poesías de 1802, "En esta poesía de inspiración tradicional descubre Quintana, treinta años antes de una moda literaria imperiosa, los matices de la tristeza y del dolor romántico."

Creo además, por mi parte, que este poema de 1802, posee un cierto aire espronceda no.

En cuanto a El Panteón de El Escorial, ya cité en otro sitio la afirmación de Azorín a la que me refrí al principio, que lleva por epígrafe El sello de Quintana, en Leyendo a los poetas (1945).[401]

Azorín no llega a encontrar el núcleo que define el temperamento poético de Quintana, pero ya pone el dedo en la llaga, con su actitud hiperperceptiva, con su

impresionismo hipersensible capaz de detectar los grandes temas en los que hay que seguir horadando.

El patriotismo romántico de Quintana me parece también evidente en Al combate de Trafalgar, donde se reflejan los aspectos horrísonos de la batalla.[402] Vemos que en la época de Quintana no había tiempo para el escapismo estético. Los poetas eran hombres con excesivo protagonismo en la Historia, como todas las personas que poblaron esos momentos decisivos, que sin embargo -vergüenza para nosotros- estamos lamentablemente olvidando con nuestra indiferencia de cómodos habitantes de un cómodo fin de siglo -al menos, por el momento, en la esfera geográfica que nos ha tocado vivir.-

La elevación de su poesía se pone de manifiesto, si bien con un cierto vuelo retórico que rinde tributo a su época. Así A la expedición española para propagar la vacuna en América...[403] Aquí encontramos de nuevo su interés filantrópico, más allá de mezquinas mercaderías económicas, por la nación americana, que le parece promesa nueva de futuro.

El tema de la antigua grandeza imperial, que tocara en El Panteón de El Escorial, reaparece en A España después de la revolución de marzo,[404] donde se canta a la guerra por motivos patrióticos:

> "¿Qué era, decidme, la nación que un día
> reina del mundo proclamó el destino,
> la que a todas las zonas extendía
> su cetro de oro y su blasón divino?[405]

¿Acaso no encontramos en esta visión del pasado imperial español, un germen de lo que luego desarrollará el 98? Pero se equivocan quienes piensan que Quintana añora ese pasado. Lo que quiere poner de manifiesto es la decadencia del país, que está motivada por un atraso ideológico del que quiere librarlo, objetivo al que dedicará con admirable y filantrópica entrega, toda su vida y toda su actividad, tanto política como literaria:

"Ora en el cieno del oprobio hundida,
abandonada a la insolencia ajena,
como esclava en mercado, ya aguardaba
la ruda argolla y la servil cadena."[406]

El poema está fechado en abril de 1808. Las dataciones de los poemas de Quintana son de primera importancia para comprender su sentido, porque la vida y la historia son lo que le inspiran, de una manera inmediata, para su quehacer poético.

"Llega el momento, en fin; tiende su mano
el tirano del mundo al occidente,
y fiero exclama: 'El occidente es mío.'"[407]

¿Acaso no es el mismo tema, transferido a la violencia bélica, a la revolución en defensa de la patria, el que aparece en estos versos, que recuerdan al mencionado poema Al mar? Veamos como sigue pues, A España después de la revolución de marzo:

"Estremecióse España
del indigno rumor, que cerca oía,
y al grande impulso de su justa saña
rompió el volcán que en su interior hervía."[408]

Pero al mismo tiempo, Quintana se ocupa ya de dejar claro que está contra todo tipo de despotismo, no sólo contra el de Napoleón, sino también contar el absolutismo de la antigua monarquía española:

"Sus déspotas antiguos
consternados y pálidos se esconden;
resuena el eco de venganza en torno,

y del Tajo las márgenes responden:
'¡Venganza!' ¿Dónde están, sagrado río,
los colosos de oprobio y de vergüenza
que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fue, nuestro esplendor comienza;
y tú, orgulloso y fiero,
viendo que aún hay Castilla y Castellanos,
precipitas al mar tus rubias ondas,
diciendo: 'Ya acabaron los tiranos.'"[409]

Este es el sentido de la exaltación bélica de Quintana:

"¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
único asilo y sacrosanto escudo
al ímpetu sañudo
del fiero Atila que a occidente oprime!"[410]

Dérozier recoge aquí lo que en el Semario patriótico entiende Quintana por patria.[411] Donde no había leyes dirigidas al bien común, y los esfuerzos de todos no caminaban hacia ese centro, sino que "estaban esclavizadas por el arbitrio de uno solo, o cada uno tiraba por dirección diversa, allí había ciertamente un país, una gente, un ayuntamiento de hombres; pero no había patria..." Y Quintana añade:

"El patriotismo... es el resorte más poderoso para elevar y conservar los Estados... En todos tiempos y en todos países hay corazones dispuestos a este hermoso sentimiento; pero no aparece sino cuando las adversidades públicas le despiertan y las agitaciones políticas le vuelven su energía. Entonces se ve, en realidad o en esperanza, una patria: los buenos la consagran sus esfuerzos (...)"[412]

También es interesante, para comprender el tipo de literatura que defiende nuestro revolucionario autor, lo que señala en Prólogo a Cienfuegos en las Poesías de 1813.

> "De ti aprendí a no hacer de la literatura un instrumento de opresión y de servidumbre; a no degradar jamás ni con la adulación ni con la sátira la noble profesión de escribir; a manejar y respetar la poesía como un don que el cielo dispensa a los hombres para que se perfeccionen y se amen, y no para que se detrocen y corrompan."[413]

Quiero seguir con este prólogo, que me parece importante. Más adelante se lee:

> "¡Ohi CIENFUEGOS! Este tiempo de borrasca ha sido también un tiempo de prueba; y ¡cuán triste, cuán amarga es la que algunos han hecho de la consistencia de sus principios y de la realidad de sus virtudes! Hipócritas de honor y patriotismo no han podido sostenerse contra el torbellino revolucionario, que les ha arrancado la máscara con que se cubrían y puesto en descubierto toda su abominable desnudez. Tú conocías a muchos de ellos, tú los amabas, tú los estimabas. ¿Pudiste imaginarlo jamás? Los unos se ríen ahora de la misma doctrina que antes predicaban, se han hecho siervos y apóstoles del más execrable tirano, y han insultado sacrílegamente a la patria moribunda en su agonía."[414]

No puede haber palabras más duras contra los afrancesados.
Pero el texto más bello se contiene en estas líneas, verdaderamente clarividentes:

> "Acabó para mí, y no volverá jamás, aquel tiempo de dulces ilusiones, de gratos y apacibles estudios. Fuerza ha sido abandonarlos para acudir al peligro común y servir a la causa pública en tareas y afanes harto

> diferentes. Otros cantarán después el triunfo, cuando, serenada la agitación y restablecido el orden, la voz dulce de las Musas vuelva a resonar en España. Entonces tus vigorosos versos, dignos precursores de libertad y de virtudes, serán aplaudidos con igual admiración que gratitud. Entonces, si por dicha llegan hasta allá los míos, el autor unirá su aplauso al de la posteridad; y el alto aprecio y amistad afectuosa que en vida sintió por ti, prolongándose más allá del sepulcro, durarán siquiera todo lo que dure este libro."[415]

Quintana lo comprende claramente. Ha abandonado la tranquilidad burguesa. "Otros cantarán después el triunfo". No hay tiempo para esteticismos. La nación requiere el esfuerzo de todos sus ciudadanos. Y en este punto, Quintana une además su propio proyecto político para España, que era el del importante grupo liberal.

En este punto, no tengo más remedio que detener el discurso lógico de la crítica, y hacerme algunas preguntas: ¿Por qué los españoles nos empeñamos en oscurecer los brillos de nuestro pasado histórico? La conquista americana, el temple de los aventureros y conquistadores, la resistencia popular bravía contra Napoleón, la poesía patriótica de entusiasmo romántico... De todo ello nos habla Quintana en su obra. Y si no fuera por Dérozier, un crítico francés -excelente crítico francés-, probablemente la figura de Quintana yacería en el olvido. En el olvido en que la ha sepultado con su vacío, la crítica posterior al espléndido trabajo de Dérozier. Como si tuviéramos, ciegos, vergüenza de un pasado que -con todos los errores comunes a toda época y a todas las naciones- es admirablemente glorioso, no sólo en la gesta de los grandes hombres, sino en la pequeña gran gesta de la intrahistoria del pueblo.

Pasada la revolución, en un poema de abril de 1826, A Somoza, Quintana, a propósito de nuevo de la rememoranza de la amistad, evoca con nostalgia esos tiempos vividos intensamente:

> "Huyó aquel tiempo; los años,
> las desventuras me agobian,

y lo que antes fue osadía
en desaliento se torna."[416]

Quintana añora las "mil grandiosas esperanzas" de su existencia juvenil e ilusionada. Y entre ellas cita, en primer lugar -no podía ser menos-, la libertad y la patria, y luego la belleza, en segundo lugar. Los versos son explícitos de la actitud poética que he señalado en él:

"mil grandiosas esperanzas
eran mi existencia toda,
que el ánimo me exaltaban
entre ilusiones hermosas.
La libertad y la patria
con la luz que las corona,
la beldad con sus encantos,
con sus laureles la gloria."[417]

Y más adelante:

"¡Cuántos himnos de mi boca
salieron, poblando el aire
de alabanzas y de aromas,
que después cambió la suerte,
tan temeraria y tan loca,
en ponzoña que me abrasa
y en dogales que me ahogan!
¿Dónde os fuisteis desde entonces,
imágenes deliciosas,
pensamientos grandes, dónde,
dónde aquel numen? (...)"[418]

Pero Quintana sabe que su época ha pasado.

Más tarde, escribe, entre 1826 y 1829, La fuente de la mora encantada. Romance,[419] en pleno auge del interés por los romances, de la mano de Durán, que puso de moda este metro en 1828. Dérozier apunta que influye en Rivas y Zorrilla.[420] Me parece importante señalar que hasta en los vocablos, nos encontramos aquí con una obra que responde ya a la estética romántica, para lo que remito a la nota de Dérozier.[421]

Habría otros aspectos que estudiar en la poesía de Quintana, por ejemplo su admiración por Osián.[422] Recordemos en este punto los versos de su compañero Juan Nicasio Gallego.[423]

LA SELECCION POETICA DE R. REYES.

Se trata de un excelente estado de la cuestión, a nivel divulgativo, editado en 1978. Después de estas fechas, como puede verse por la bibliografía que estamos manejando, la cuestión Quintana está editorialmente desvalorizada.

El estudio preliminar de esta antología de poemas,[424] está muy documentado, y posee una interesante exactitud de juicios. El resumen biográfico sintetiza datos de muy diversa procedencia, de manera asequible y correcta. Y finalmente hay un análisis temático, histórico y estilístico de la poesía de Quintana que tiene interés.

Añade Reyes que debido a su muerte tardía, en 1857, podríamos caer en la tentación de llamarlo romántico, pero en realidad apenas publica nada importante después de la edición de 1813. Menéndez y Pelayo lo considera dieciochesco, y Pageaux, "un 'ilustrado' dans toute l'acception du terme".[425] Notaré por mi parte que Pageaux parte de la integración entre literatura y política de la obra de Quintana, lo que pondría en duda su aserto, creo, si aceptamos -como he venido haciendo- la identificación entre liberalismo y romanticismo.

De todos modos Reyes insiste en considerar a Quintana como poeta neoclásico, en lo que he manifestado mi modesta discrepancia. Cienfuegos sería netamente prerromántico, y:

> "En cuanto a Quintana, muestra también preferencia por la línea prerromántica (siempre manifestó su admiración por Cienfuegos) pero no es ajeno ni mucho menos a los gustos neoclásicos."[426]

Los gustos de Quintana van más por la poesía filosófica y útil, pero también cultivó la poesía sensualista y anacreóntica a la manera de Meléndez, como en A Dafne, en sus días (1815) y A Lícoris (1825).

> "No puede hablarse, por tanto, de etapas claramente diferenciadas en la evolución política de Quintana sino más bien de una confluencia de gustos (lo prerromántico y lo neoclásico) que discurren paralela e initerrumpidamente hasta el final de su vida. Quintana trasvasa esos gustos, y algunas fórmulas estilísticas de corte casi romántico, al nuevo siglo. Pero no debemos caer en la tentación de considerarlo ya un poeta romántico."[427]

En cuanto al ideal poético de Quintana, Reyes considera: a) que para él la poesía es una actividad que se legitima sobre todo por su elevación moral y por su utilidad humana;[428] b) que al poeta le ha sido asignada una elevada función, un alto cometido en la sociedad humana;[429] c) que la "imitación" es el móvil de la actividad poética.[430]

Los temas que señala en Quintana son: la poesía amorosa, bucolismo y anacreontismo -donde más se manifiesta la influencia de Meléndez-;[431] los temas históricos y patrióticos: el sentimiento épico y la poesía como acto político;[432] otros ideales del siglo: humanitarismo y progreso;[433] poemas sentimentales y elegíacos, el motivo de la amistad;[434] la naturaleza prerromántica: la oda A Cienfuegos;[435] la poesía de circunstancias como expresión del espíritu ilustrado.[436]

Por mi parte quiero indicar que la poesía amorosa es escasa en Quintana, y en ello estoy de acuerdo con Menéndez y Pelayo, si bien su poema Ariadna es espléndido y justifica ya de por sí este epígrafe que el mencionado crítico le dedica.

El Quintana más personal es efectivamente el de los temas históricos y patrióticos, con el tema de la libertad política y su formación enciclopédica y liberal, que destaca Reyes.[437] Efectivamente creo que Quintana fue un hombre que dio su vida y su pluma por un ideal político, y es en la expresión de este ideal donde hay que buscar su aportación literaria y humana.

Dice Reyes:

> "En general, las poesías históricas y patrióticas sirven mejor que otras para ilustrar las virtudes pero también los vicios del estilo de Quintana:

> ampulosidad, tendencia a la declamación, pobreza léxica, rimas forzadas... y al mismo tiempo un impulso, un vigoroso álito que a veces eleva su poesía a una altura épica. Elevación inspirada que no logra, sin embargo, en los poemas amorosos y anacreónticos, en los que es patente el convencionalismo de escuela."[438]

Reyes, con Sebold, sitúa muy bien a Quintana, por la omisión de referencias religiosas, en torno al deísmo dieciochesco, con la exaltación del progreso y de los ideales filantrópicos. Efectivamente el tema del progreso humano es fundamental en su obra. Pero creo se trata de un progreso político que se consigue mediante el esfuerzo y la lucha del individuo y del pueblo. El progreso radica para Quintana en el ideal de libertad, y en su concepción liberal de la vida y la política.

Por lo que el lector ha visto referido por mi parte acerca del poema Al mar, que me parece espléndido, comprenderá no esté de acuerdo con este juicio de Reyes:

> "No es posible decir lo mismo de la célebre oda Al mar (1798), poema con algunos pasajes vigorosos (vv. 50-60), pero de escasa originalidad personal y muy lejos aún de esa subjetivación de la naturaleza que había de traer el Romanticismo. Al lado de las alusiones mitológicas hallamos en él datos históricos (viajes de Colón y de Vasco de Gama...) y referencias a hechos más recientes, como los viajes del explorador Cook. La descripción del mar está dentro de los más rigurosos moldes tradicionales, tal como han señalado algunos autores, y podemos suscribir la opinión de Pageaux de que el Quintana de la oda Al mar no es un prerromántico pues el mar no es para él un objeto descriptivo sino 'una ocasión para disertar, un pretexto para una primera digresión enciclopédica sobre los beneficios de la navegación.'"[439]

Creo que Pageaux no comprende el sentimiento panteísta de este poema, y funciona con un criterio demasiado estrecho en la consideración de la poesía de

Quintana, a la que estima como meramente ilustrada, sin percibir que en ella se adivina el futuro, un futuro que el poeta sentía en su propia vida antes de que otros lo llevaran, como motivo literario, a su obra.

BREVE RECAPITULACION.

El lector ha seguido este resumen del estado de la cuestión Quintana, que considero ha sido lo suficientemente prolijo y completo como para que pueda tener una idea de cómo estamos enmarcando el tema.

Explicaré ahora los motivos que me han movido a exponerlo de este modo, en lugar de componer un esquema propio.

En primer lugar, los comentarios que he ido realizando a cada una de las aportaciones críticas, suponen -y supondrán en seguida, cuando abordemos la obra de Quintana mismo- situar al lector en el núcleo del problema tal y como lo veo, aportándole además un dibujo evolutivo de la cuestión, según la ha entendido la crítica desde el siglo XIX hasta hoy.

Seguiré con estos comentarios en los siguientes apartados, de este modo el lector poseerá un retrato completo de los textos sobre y de Quintana, al mismo tiempo que comprenderá la visión que yo mismo intento aportar acerca de este autor.

En la época se repetía con machacona insistencia el mismo mensaje para que llegara claramente al público lector, lo que puede justificar alguna pequeña reiteración en mi trabajo.

Por otro lado, en estas páginas me he visto obligado a autocitarme constantemente. Ello se debe a que mi concepción acerca del romanticismo español, quedó fijada -en lo que es un aspecto inicial de mis estudios al respecto- en mis tres libros anteriores. Por ello confío en que el lector sabrá excusar estas contínuas referencias a mi propia obra, que no quieren ser fruto de pedantería ridícula, sino que pretenden abreviar en el camino de lo ya escrito antes.

¿Qué se deduce de todos estos estudios y textos sobre Quintana, que hemos ido siguiendo al hilo de su decurso evolutivo?

Me parece que, en primer lugar, puede observarse que nuestro autor va a ser comprendido de modo parcial y a regañadientes, sobre todo por la crítica conservadora

que era la que dominaba los canales de comunicación y poder cultural en el XIX.

Y cuando se traspasan los umbrales del XIX nos encontramos con nuevos malentendidos, con nuevas mixtificaciones en la crítica sobre Quintana. Ante todo, hay un momento de olvido que sólo Azorín supera con su genial hipersensibilidad crítica. Hoy se tacha despectivamente de impresionista a la mejor crítica, a la más sensitiva, a la más sugerente, a la más poética. Y se pretende elaborar una crítica que aburre -eso sí, semióticamente- hasta a las piedras. Pues bien, con esa crítica impresionista, Azorín supo ver lo que de romántico había en Quintana.

El tema es importante, por cuanto en diversos críticos del XX encontraremos siempre la misma referencia al tópico extendido de un Quintana como fruto de la ilustración, aunque en muchos casos no sepan cómo catalogar a este pretendido neoclásico.

La idea que propongo, en este sentido, es bastante coperniquiana. Ya he insistido en mi intención de adelantar mucho la llegada del romanticismo a España. En este sentido, nuestro autor sería un adelantado del romanticismo español, al que ayuda a definir dentro de los cauces políticos de un liberalismo rebelde y apasionado, a la par que revolucionario -de una revolución incruenta, que desdeña el ejemplo francés y busca un camino propio de cambio.-

Pues bien, mi idea es que -con las notables aportaciones de la crítica a que me he referido y que he ido comentando- la crítica sobre Quintana ha sido muy reacia a admitir el auténtico carácter que posee su obra, próxima al alba del romanticismo.

Y más: el espíritu rebelde de Quintana no ha sido descubierto por la crítica hasta la llegada del libro, excelente monumento de sabiduría, si se quiere un tanto desordenada pero siempre admirable, de Albert Dérozier.

Creo que las palabras que Quintana dedica al Padre Las Casas al comienzo de su Vida, podrían aplicarse a su propia obra:[440]

> "Los hombres que como el padre Casas han tomado a su cargo la defensa de grandes intereses y seguido una larga carrera de debates y controversia, suelen dar a las opiniones y negocios en que entendieron el

> carácter eléctrico de su espíritu: de modo que parece casi imposible tratar de ellos, aun largos siglos después de muertos, sin tomar parte en el movimiento y pasiones que excitaron."

He aquí el quid del asunto. Quintana era un hombre apasionado y hay que entenderlo con el apasionamiento que corresponde a su espíritu eléctrico. Cuando comprendemos la Guerra de la Independencia como una revolución romántica protagonizada por revolucionarios que no tenían tiempo de redactar esteticismos florales, sino que escribían con su vida la página de la Historia y de la Literatura, varía coperniquianamente el discurso crítico y la consideración que se tiene hacia esta época que siempre había sido considerada zona muerta, tierra de nadie entre neoclasicismo y romanticismo, cuando en realidad apunta a los albores de éste.

La idea tiene muy profundas consecuencias. Porque entonces no sólo la Guerra de la Independencia deja de ser una simple cruzada patriótica como habían querido los historiadores y críticos de la reacción, sino que descubrimos todo el espíritu de modernidad que late en las vidas y las almas de aquellos hombres, algunos de los cuales se dedicaron, de manera indisolublemente unida, tanto a la literatura como a la política.

Es el caso de Quintana, a quien hay que considerar dentro de esta interpretación de fuego. España ingresa en la modernidad cuando clama por su libertad en 1808. A la defensa del territorio nacional, la mera exaltación patriótica, se une la idea de revolución. Lo que ocurre es que los revolucionarios españoles sólo querían combatir con los franceses, y no entre sí. Buscaban una transición pacífica. En este sentido la labor de Quintana y los suyos, es profundamente admirable.

Propongo por tanto la interpretación de un Quintana no meramente patriotero ni fríamente neoclásico, ni solamente cívico cantor del progreso, sino poeta apasionado que defiende con su propia vida -le costará cárcel, destierro y olvido, hasta llegar a la coronación en su vejez- una serie de ideales que son en sí románticos. Entonces cobra milagrosamente sentido toda su obra, cuando la estudiamos a través de esta nueva luz. Y es entonces también cuando se revela todo el atractivo de este singular personaje, hombre de una pieza como le llamó Don Marcelino, el hombre más honesto que conozco

según Blanco.

Hay que reconocer por tanto que la interpretación de Dérozier aportó una renovación importantísima a los estudios sobre Quintana, independientemente de que estemos o no de acuerdo tanto con el pensamiento de Dérozier como con el de Quintana -que ésa es otra cuestión muy distinta.- Lo que aquí nos compete es esclarecer una página de nuestra Historia y nuestra Literatura aportando una visión distinta de ella, que viene a prolongar la escala que otros críticos han ido cimentando a lo largo del XIX y XX respecto a nuestro autor y su época. Por ello se justifica este largo camino que hemos recorrido en estas páginas anteriores, para componer el cuadro evolutivo de la crítica al respecto.

En ese camino, el jalón importante es el representado por el libro de Dérozier. Y, yendo un paso más allá -obviamente no en calidad de crítica sino en audacia interpretativa- la consideración que propongo cobra sentido.

Esta interpretación que sugiero, se desgaja como una fruta del árbol que he ido consolidando a través de mis otros tres libros sobre tema romántico. Trato de aportar por tanto una visión sistemática de los orígenes de nuestro romanticismo, diversificada en mis cuatro libros sobre el tema.

En fin, ahora estamos en condiciones suficientes para entrar en la obra misma de Quintana, sus diversos textos de tipo histórico.[441] Ahora podemos comprender el espíritu de nuestro autor, y por ende, el de la España -apasionada y apasionante, también peligrosa- que le costó vivir.

NOTAS

1. Diego Martínez Torrón: Los liberales románticos españoles ante la descolonización americana (1808-1834), Madrid, Fundación Mapfre, 1992; El alba del romanticismo español. Con inéditos recopilados de Lista, Quintana y Gallego, Sevilla, Alfar/Universidad de Córdoba, 1993; Ideología y literatura en Alberto Lista, Sevilla, Alfar, 1993.

2. Albert Dérozier, Quintana y el nacimiento del liberalismo en España, Madrid, Turner, 1978. Edición original en dos volúmenes, de los cuales el segundo con proclamas y textos no se ha traducido al español: Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne, París, "Les Belles Lettres", 1968, 2 vols.

3. El dedicado explícitamente a Quintana: Lee Fontanella, "Pelayo and Padilla in Reformist and Revolutionary Spain", en Silvia Molloy, Luis Fernández Cifuentes, James E. Maraniss (eds.), Essays on Hispanic Literature in Honor of Edmund L. King, London, Tamesis, 1983, pp. 61-72.

Los restantes: una tesis doctoral de René Cristóbal Izquierdo, "Anacaona" de Salomé Urena de Henríquez, poema épico sobre la conquista de América: Un análisis estilístico y temático, City Universiy of New York, 1991 -que no he podido consultar, pero cuya relación con Quintana debe ser endeble, si existe-; Joaquín Arce, "Scienza e lirica illuministica dall'inoculazione al vaccino in Italia e in Spagna", en Letteratura e scienza nella storia della cultura italiana: Atti del IX congresso dell'Associazione Internazionale per gli Studi di Lingua e Letteratura Italiana, 1976, Palermo, Manfredi, 1978; Antonio Heredir, "Proyecto filosófico del primer liberalismo español (1808-1814)", en Los ensayistas: Georgia Series on Hispanic Thought, Marzo 1983, vol. 14-15, pp. 21-30.

4. Manuel José Quintana, Poesías, ed. de Narciso Alonso Cortés, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 4ª ed. (Clásicos Castellanos, 78). La primerea edición es de 1927.

5. Manuel José Quintana, Poesías completas, edición de Albert Dérozier, Madrid, Castalia, 1969 (Clásicos Castalia, 16).

6. Cfr. Manuel J. Quintana, Selección Poética, edición de Rogelio Reyes Cano, Madrid, Editora Nacional, 1978 (H, 33) (Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Hispánicos). Cfr. tb recientemente la bella edición de José Cadalso, Obra poética, ed. de Rogelio Reyes Cano, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1993. Y las numerosas tesis bajo su dirección, que he citado en mi libro sobre Lista, entre las que destaca la de José Matías Gil González sobre este autor sevillano, que espero sea publicada pronto.

7. Obras completas de Manuel José Quintana, prólogo Antonio Ferrer del Río, Madrid, Atlas, 1946, (BAE, XIX)

8. Obras inéditas de Manuel José Quintana, precedidas de una biografía del autor por su sobrino D. M. J. Quintana, y de un juicio crítico por el Ilmo Sr. Don Manuel Cañete, Madrid, Medina y Navarro, 1872.

9. Manuel José Quintana, Obras completas, Madrid, Administración, 1897-1898, 3 vols.

10. Enrique Piñeyro, Manuel José Quintana (1772-1857). Ensayo crítico y biográfico, Chartres, 1892.

11. Dérozier, op. cit. p. 156, nota 1ª.

12. Ver mi Los liberales románticos españoles ante la descolonización... pp. 141-83, y espec. pp. 234-38 sobre los discursos de Quintana en las Cortes, recogidos por El Español.

13. Ver mi Los libereles españoles... pp. 209-63.

14. Cfr. Los liberales románticos... pp. 216-21.

15. Cfr. Américo Castro, La realidad histórica de España, México, Porrúa, 1975, 6ª ed., ed. renovada (1954). Especialmente sus ideas en la "Introducción en 1965" sobre el XVIII y XIX españoles, ej. pp. 16ss. En cambio léase El pensamiento de Cervantes, Barcelona, Noguer, 1973, que es un bello libro lleno de sugerencias.

16. Claudio Sánchez-Albornoz, España, un enigma histórico, Barcelona, Edhasa, 1985, 10ª ed., 2 vols (1956)

17. Diego Martínez Torrón, "Erotismos en La lozana andaluza" (1979), en Estudios de literatura española, Barcelona, Anthropos, 1987, espec. pp. 9-11.

18. Cfr. mi Los liberales... pp. 209-63.

19. Albert Dérozier (ed.), Escritores políticos españoles 1780-1854, Madrid, Turner, 1975, p. 11.

20. Ver la exposición de esta metodología en mi Ideología y literatura en Alberto Lista, pp. 9-25.

21. Robert Marrast, José de Espronceda et son temps, París, Klincksieck, 1974. Trad esp. José de Espronceda y su tiempo, Barcelona, Crítica, 1987.

22. A. Ferrer del Río, Galería de la literatura española, Madrid, Impr. P. Mellado, 1846, pp. 1-12.

23. Op. cit. p. 1.

24. Op. cit. p. 3.

25. Op. cit. p. 3.

26. Op. cit. pp. 3-4.

27. Op. cit. p. 5.

28. Op. cit. p. 7.

29. Op. cit. pp. 8-9.

30. Op. cit. p. 10.

31. Op. cit. p. 11.

32. Leopoldo Augusto de Cueto, Poetas líricos del siglo XVIII, Madrid, Atlas, 1953, vol. III (BAE, LXVII), pp. 185-205.

33. Discurso del Excmo Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, en Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española, Madrid, Imprenta Nacional, 1860, vol. II, pp. 133-79.

34. Op. cit. p. 137.

35. El segundo volumen de la edición francesa de su Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne, al que dedico epígrafe aparte luego.

36. Op. cit. p. 137.

37. Op. cit. pp. 137-38.

38. Op. cit. p. 138.

39. Op. cit. p. 138.

40. Op. cit. p. 138.

41. Op. cit. p. 139.

42. Op. cit. p. 139.

43. Leopoldo Augusto de Cueto (ed.), Poetas líricos del siglo XVIII, Madrid, Atlas, 1952-53, 3 vols (BAE, LXI, LXIII y LXVII). Los dos primeros volúmenes de 1952 y el tercero de 1953.

44. Cfr. mi El alba... pp. 359ss.

45. Op. cit. p. 141.

46. Op. cit. p. 142.

47. Op. cit. p. 145.

48. Op. cit. p. 145.

49. Op. cit. p. 146.

50. Op. cit. pp. 152-53.

51. Op. cit. p. 154.

52. Op. cit. p. 158.

53. Op. cit. p. 159.

54. Op. cit. p. 161.

55. Op. cit. p. 162.

56. Op. cit. p. 167.

57. Op. cit. pp. 168ss.

58. Op. cit. p. 172.

59. oP. CIT. P. 175.

60. Op. cit. pp. 178-97.

61. Op. cit. p. 181.

62. oP. CIT. P. 182.

63. Op. cit. p. 182.

64. Op. cit. p. 183.

65. Op. cit. p. 186.

66. Op. cit. p. 187.

67. Op. cit. p. 189.

68. Op. cit. p. 190.

69. Op. cit. p. 191.

70. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Antonio Pirala el día 19 de junio de 1892, Madrid, Impr. González Rojas, 1892.

71. Op. cit. p. 11.

72. Op. cit. p. 12.

73. Op. cit. p. 17.

74. Op. cit. p. 27.

75. Op. cit. pp. 35-51, a continuación del Discurso de Pirala.

76. Op. cit. p. 39.

77. Op. cit. p. 40.

78. Op. cit. p. 41.

79. Op. cit. pp. 41-42.

80. Apud Sánchez Moguel, op. cit. p. 45.

81. Juan Valera, Obras completas, vol. II, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 1258-1259, en Crítica literaria. Notas biográficas y críticas.

82. Op. cit. p. 1258a.

83. Op. cit. p. 1258a.

84. Op. cit. p. 1258b.

85. Op. cit. p. 1258b.

86. Op. cit. p. 1259a.

87. Marcelino Menéndez y Pelayo, Historia de los heterodoxos españoles, Madrid, Maroto e Hijos, 3 vols., 1881. En tomo III, cap. 3, 7º libro.

88. Marcelino Menéndez y Pelayo, Historia de las Ideas Estéticas en España, tomo III, vol. 2º, Siglo XVIII, Madrid, Imprenta Pérez Dubrull, 1886, cap. III, pp. 204-24 y pp. 267-68. La referencia bibliográfica está equivocada en el libro de Dérozier, como luego la referente a los Estudios de crítica literaria en la edición nacional del CSIC, Santander. En el capítulo III de la Historia de las Ideas... se incluye Quintana considerado como crítico (pp. 204-24) y Polémica de Quintana con Blanco (pp. 267-70), como subapartados no separados sino en el índice.

89. Op. cit. p. 204.

90. Op. cit. p. 206.

91. Op. cit. pp. 207-8.

92. Op. cit. p. 208.

93. Op. cit. p. 208.

94. Op. cit. pp. 210-11.

95. Obras literarias recogidas de manuscritos y raros impresos con un estudio crítico-biográfico de M. Menéndez y Pelayo, Sevilla, 1892-96, 2 vols. Hay un ejemplar en la Sección de Raros de la Biblioteca Nacional. La tirada fue de unos cien ejemplares.

96. Op. cit. p. 211.

97. Op. cit. p. 211.

98. Russell P. Sebold, Trayectoria del romanticismo español, Barcelona, Crítica, 1983.

99. Op. cit. pp. 217-24.

100. Op. cit., tomo III, vol. 2º, pp. 267-70.

101. Op. cit. p. 267.

102. Variedades de Ciencias, Literatura y Artes, nº XVIII.

103. Op. cit. p. 268.

104. Marcelino Menéndez y Pelayo, Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, Santander, Aldus, 1942, vol. IV, pp. 229-63. Incluído en la Edición Nacional de las Obras Completas de MMP, Santander, CSIC, 1942, vol. IX, que también se encuentra citado erróneamente en Dérozier, de modo inlocalizable.

105. Op. cit. p. 230.

106. Op. cit. p. 231.

107. Op. cit. p. 232.

108. Repite aquíel juicio previo de Alcalá Galiano, como vimos. Los tópicos suelen heredarse de un autor a otro, por posición o contraposición, según estamos comprobando.

109. Op. cit. p. 232.

110. Op. cit. p. 232.

111. No sé de qué rencores habla Menéndez y Pelayo, porque Quintana fue un hombre magnánimo y comprensivo hasta con sus más acérrimos enemigos.

112. Op. cit. p. 233.

113. Op. cit. p. 233.

114. Cfr. René Wellek y Austin Warren, Teoría literaria, Madrid, Gredos, 1974, 4ª ed., pp. 163-68. Y mis trabajos, Variables poéticas de O. Paz, Madrid, Hiperión, 1979; y "Juan Benet o los márgenes de la sorpresa", en Estudios de literatura española, Barcelona, Anthropos, 1987, pp. 375-440, que es el estudio preliminar de Juan Benet, Un viaje de invierno, Madrid, Cátedra, 1989, 2ª ed., pp. 9-87.

115. Op. cit. p. 236.

116. Cfr. una vez más mi Los liberales románticos españoles... pp. 141-72.

117. Op. cit. p. 236.

118. Op. cit. p. 237.

119. Op.cit. p. 238.

120. Op. cit. p. 238.

121. Op. cit. p. 238.

122. Op. cit. p. 239.

123. Op. cit. p. 240.

124. Las Reglas del Drama, 1821, p. 81.

125. Cfr. Ideología... p. 263.

126. Op. cit. p. 241.

127. Op. cit. p. 241.

128. Op. cit. p. 244.

129. Op. cit. p. 244.

130. Op. cit. pp. 244-45.

131. Op. cit. p. 245.

132. Op. cit. p. 246.

133. Op. cit. p. 246.

134. Op. cit. pp. 246-47.

135. Op. cit. p. 248.

136. Op. cit. p. 249.

137. Op. cit. p. 250.

138. Op. cit. p. 253.

139. Op. cit. p. 253.

140. Op. cit. pp. 254-55.

141. Desde "Bárbara presunción" hasta "inmortal carrera", en la ed. de Dérozier, p. 204, vv. 43-49.

142. Op. cit. p. 257.

143. Op. cit. p. 258.

144. Op. cit. p. 253.

145. Op. cit. p. 259.

146. Op. cit. p. 260.

147. Op. cit. p. 260.

148. Azorín, Obras completas, ed. de Angel Cruz Rueda, vol. VII, Madrid, Aguilar, 1948, pp. 736-37.

149. José Vila Selma, Ideario de Manuel José Quintana, Madrid, CSIC, 1961 (Anejos de Revista de Literatura, 19).

150. Op. cit. p. 135.

151. Daneil-Henri Pageaux, "La genèse de l'oeuvre poétique de M. J. Quintana", Revue de Littérature Comparée, XXXVII, 1963, pp. 227-67.

152. Op. cit. pp. 248-49.

153. Op. cit. p. 265.

154. Op. cit. p. 266.

155. Op. cit. p. 266.

156. Op. cit. pp. 266-67.

157. Op. cit. p. 267, palabras con que termina el artículo.

158. Manuel José Quintana, Quintana revolucionario, comentando por M. E. Martínez Quinteiro, Madrid, Narcea, 1972.

159. L. de Luis, "La oda 'Al panteón del Escorial'", en Revista de Occidente, 1972, nº 117, pp. 363-77; y "La 'Oda a la imprenta' de Q." en Poesía Española, 1972, nº 232, pp. 27-31.

160. Leopoldo de Luis, "La oda Al panteón del Escorial", op. cit. pp. 363-64.

161. Op. cit. p. 364.

162. Op. cit. p. 29.

163. Op. cit. p. 30.

164. Op. cit. pp. 30-31.

165. Lee Fontanella, "Pelayo and Padilla in Reformist and Revolutionary Spain", en Silvia Molloy, Luis Fernández Cifuentes, James E. Maraniss (ed.s), Essays on Hispanic Literature in Honor of Edmund L. King, London, Tamesis, 1983, pp. 61-72; y Antonio Heredia, "Proyecto filosófico del primer liberalismo español (1808-1814)", en Los ensayistas: Georgia Series on Hispanic Thought, Marzo, 1983, vol. 14-15, pp. 21-30.

166. Cito siempre por la ed. española. Cfr. p. 9.

167. Op. cit. p. 9 y p. 17.

168. Op. cit. p. 24.

169. Op. cit. p. 24.

170. Op. cit. p. 25.

171. Op. cit. pp. 31-33, n. 39.

172. Op. cit. pp. 35-39.

173. Op. cit. p. 193.

174. Para ello, Ideología y literatura en A. Lista, pp. 203-334.

175. Op. cit. p. 193.

176. Op. cit. p. 205.

177. Op. cit. p. 206.

178. Op. cit. p. 208.

179. Op. cit. p. 209.

180. Dérozier, op. cit. pp. 232-37.

181. Los liberales románticos españoles... pp. 175-83.

182. Dérocier, op. cit. pp. 231-32.

183. Los liberales románticos españoles ante la descolonización, pp. 173-75.

184. Cfr. tb. Los liberales románticos españoles... pp. 175-81, sobre el tema de la esclavitud. Igualmente las páginas 236-38.

185. Los liberales románticos españoles... pp. 234-38.

186. M. Merle, R. Mesa, El anticolonialismo europeo. Desde Las Casas a Marx, Madrid, Alianza, 1972 (LB, 387).

187. Los liberales románticos... pp. 141-83.

188. Dérozier, op. cit. pp. 239-47.

189. Dérozier, pp. 243-44.

190. Ver mi El alba... p. 375, carta de Madrid, 4 febrero, 1831.

191. Dérozier pp. 246-50.

192. Op. cit. p. 256.

193. Cfr. el texto de la carta en Los liberales... p. 161. Es un texto archiconocido.

194. Dérozier, op. cit. p. 263.

195. Robert Marrast, en su espléndido libro sobre Espronceda, considera sus orígenes pretendidamente neoclásicos en la forma literaria, en una primera época en la que el poeta ya vivía de modo romántico, con una rebeldía y una actitud propias del movimiento.

196. Para la etapa de Quintana periodista ver Dérozier pp. 265-71.

197. Dérozier, op. cit. p. 277.

198. Dérozier, p. 277.

199. Op. cit. pp. 293-95.

200. Op. cit. pp. 300-301.

201. Cfr. mi: El alba del romanticismo español, pp. 88-93; y también Ideología y literatura en A. Lista pp. 386-89.

202. Dérozier p. 321.

203. Dérozier pp. 326-35.

204. Dérozier pp. 333-45.

205. Op. cit. p. 344.

206. Op. cit. p. 351, p. 535, p. 356.

207. Dérozier op. cit. p. 352.

208. Op. cit. pp. 353-54.

209. Op. cit. p. 355.

210. Op. cit. p. 355.

211. Op. cit. p. 356.

212. Op. cit. pp. 356-57.

213. Duque de Rivas, Obras completas del... corregidas por él mismo, Madrid, Imprenta de la Biblioteca Nueva, 1854, vol. I, pp. 9-12.

214. Rivas, op. cit. ibíd., pp. 13-16.

215. Dérozier, op. cit. p. 402.

216. Op. cit. pp. 353-54.

217. Op. cit. p. 355.

218. Dérozier op. cit. pp. 381-85.

219. Op. cit. p. 389.

220. Op. cit. p. 397.

221. Op. cit. pp. 433-34.

222. Op. cit. pp. 404-5.

223. Op. cit. pp. 439-43.

224. Op. cit. p. 439.

225. Op. cit. p. 440.

226. Apud op. cit. p. 441.

227. Op. cit. pp. 441-42.

228. Op. cit. p. 443.

229. Op. cit. p. 443.

230.Cfr. por ejemplo el catálogo Goya. El capricho y la invención. Cuadros de gabinete, bocetos, miniaturas, Madrid, Ministerio de Cultura, 1994. Exposición en el Museo del Prado del 19 nov. 1993 a 15 febr. 1994. Puede aportar una visión diferente de este pintor.

231. Op. cit. pp. 445-63.

232. Op. cit. p. 492.

233. Op. cit. pp. 646-66.

234. Op. cit. pp. 471-73.

235. Op. cit. pp. 481-82.

236. Op. cit. pp. 489-90.

237. Op. cit. p. 490.

238. Op. cit. pp. 499-500.

239. Op. cit. pp. 494-95.

240. Op. cit. p. 496.

241. Op. cit. pp. 505-6.

242. Op. cit. p. 532.

243. Apud Dérozier op. cit. p. 532. Se encuentra en Biblioteca de las Cortes, expediente número 4, legajo 6.

244. Op. cit. p. 533.

245. Op. cit. p. 533.

246. Op. cit. pp. 536ss.

247. Véase Dérozier p. 549.

248. Los liberales románticos... pp. 209-63.

249. Op. cit. p. 549.

250. Op. cit. p. 550.

251. Op. cit. p. 551.

252. Ver pp. 551-55.

253. Op. cit. pp. 556-73.

254. Op. cit. p. 559.

255. Op. cit. p. 566.

256. Op. cit. pp. 567-71.

257. Op. cit. p. 568.

258. Ver mi Estudios de literatura española, Barcelona, Anthropos, 1987, "Erotismos en La lozana andaluza", pp. 9-54.

259. Op. cit. p. 628.

260. Op. cit. p. 572.

261. Op. cit. p. 573.

262. Op. cit. p. 579.

263. Ver pp. 571-83.

264. Op. cit. p. 583.

265. Op. cit. pp. 583-84.

266. Apud Dérozier op. cit. p. 586.

267. Op. cit. p. 639.

268. Cfr. mi Los liberales románticos... pp. 47-79, pp. 232-44.

269. Op. cit. pp. 644-45.

270. Op. cit. p. 645.

271. Op. cit. pp. 645-46.

272. Los liberales románticos... pp. 232-44, pp. 209-63.

273. Op. cit. pp. 610-11.

274. Op. cit. pp. 611-12.

275. Op. cit. p. 613.

276. Op. cit. p. 615.

277. Op. cit. pp. 615-16.

278. Op. cit. p. 624.

279. Op. cit. p. 653.

280. Op. cit. p. 671.

281. Op. cit. pp. 675-82.

282. Op. cit. pp. 680-81.

283. En Dérozier, op. cit. pp. 680-81, n. 259.

284. Cfr. mi Ideología y literatura en Alberto Lista, pp. 231-53.

285. Op. cit. p. 682.

286. Op. cit. pp. 682-83, n. 264.

287. Op. cit. p. 691.

288. Op. cit. p. 752.

289. Op. cit. p. 750.

290. Op. cit. pp. 753-54.

291. Ideología y literatura... pp. 168-71, pp. 330-32.

292. Op. cit. pp. 760-61.

293. Op. cit. p. 769.

294. Op. cit. p. 763.

295. Op. cit. p. 764.

296. Op. cit. pp. 769-70.

297. Op. cit. p. 771.

298. Op. cit. p. 775.

299. Ideología y literatura en A. Lista, pp. 9-25.

300. Albert Dérozier, Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne, tomo II, Appéndices, Paris, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, Les Belles Lettres, 1970.

301. Op. cit. p. 14.

302. Op. cit. pp. 21-22.

303. Cfr. mi Ideología... p. 298.

304. Op. cit. p. 28.

305. Op. cit. pp. 76-79.

306. Op. cit. pp. 93-100.

307. Op. cit. pp. 453-637.

308. Juan Nicasio Gallego, Obras poéticas de..., Madrid, Imprenta del Diccionario Universal del Derecho Español Constituído, 1854. Contiene (pp. 197-278) Oscar, hijo de Osián, tragedia escrita en francés por Mr. Arnault, puesta en verso castellano y acomodada a nuestro teatro. Representada en los teatros de la Corte.

309. José de Espronceda, Poesías líricas y fragmentos épicos, ed. de Robert Marrast, Madrid, Castalia, 1989, 5ª ed. (Clásicos Castalia, 20). Contiene Oscar y Malvina. Imitación del estilo de Osián (pp. 171-77).

310. Recuérdes también el libro de Isidoro Montiel Osián en España, Barcelona, Planeta.

311. En Variedades... tomo IV, nº 23, pp. 302-18. Y en pp. 544-60 de los Appéndices.

312. Tomo IV, nº 24, pp. 353-64; p. 553 del Appéndice.

313. Semanario Patriótico nº XXXIII, 22 noviembre de 1810; p. 617 de Dérozier.

314. Semanario Patriótico, XXXV, 6 diciembre de 1810; p. 621 de Dérozier.

315. Cfr. mi Los liberales...

316. Dérozier, pp. 623-24.

317. Dérozier, p. 631. Sobre la fuerza del Gobierno, en Semanario Patriótico nº L, 21 marzo 1811, que considera Dérozier una llamada a la unidad nacional.

318. Albert Dérozier, Escritores políticos españoles 1780-1854, Madrid, Turner, 1975.

319. Op. cit. p. 31.

320. Op. cit. p. 16.

321. Op. cit. pp. 35-36.

322. Op. cit. pp. 23-24.

323. Op. cit. pp. 43-44.

324. Op. cit. p. 48.

325. Remito a mi Los liberales románticos españoles...

326. Cfr. Escritores... p. 55. Y A. Dérozier, L'histoire de la "Sociedad del Anillo de Oro" pendant le triennat constitutionel 1820-1823: la faillite du système libéral, París, Les Belles Lettres, 1965, 54 pp. (Annales Littéraires de l'Université de Besançon, vol. 72).

327. Escritores... p. 60.

328. Op. cit. pp. 58-60.

329. Op. cit. pp. 81-82.

330. Cfr. mi "Reflexiones sobre Sancho Saldaña de Espronceda", en Homenaje a José Luis Varela, Madrid, Castalia, en prensa.

331. Op. cit. p. 90.

332. Op. cit. pp. 191-94.

333. Para Espronceda cfr. pp. 263-67 y notas. Para Larra cfr. pp. 267-70.

334. Op. cit. pp. 195-97.

335. R. Mesa, El colonialismo en la crisis del XIX español. Esclavitud y trabajo libre en Cuba, Madrid, ICI/Quinto Centenario, 1991, 2ª ed. (1ª, 1967). Cfr. mi Los liberales románticos... pp. 47-51, pp. 69-71, y en general pp. 47-79.

336. Op. cit. pp. 270-72.

337. Ej. p. 281, n. 4.

338. Op. cit. p. 289, n. 2.

339. Robert Marrast, José de Espronceda y su tiempo, Barcelona, Crítica, 1989 (1ª ed. fr., José de Espronceda et son temps Paris, Klincksieck, 1974).

340. Op. cit. p. 292.

341. Op. cit. p. 313, n. 4 de Dérozier.

342. Georges Populet, Los caminos actuales de la crítica, Barcelona, Planeta, 1969 (ed. fr. 1967)

343. Manuel José Quintana, Poesías, edición de Narciso Alonso Cortés, 4ª ed., 1969 (Clásicos Castellanos, 78) (1ª ed., 1927).

344. Op. cit. p. IX, n.1.

345. El alba... p. 374.

346. Op. cit. pp. XV-XVI.

347. En p. XV, n. 1: la confunde con Poesías selectas castellanas, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días. Recogidas y ordenadas por Manuel Josef Quintana..., Madrid, Gómez Fuentenebro y Cía., 1807, 3 vols.

348. Dérozier, p. 763 y n. 235: Poesías selectas castellanas: segunda parte. Musa épica o colección de los trozos mejores de nuestros poemas heroicos, recogidos y ordenados por MJQ, Madrid, 1813, 2 vols. Otra ed. la cita de 1832.

349. Op. cit. p. XVII.

350. Op. cit. pp. 788-92.

351. Op. cit. pp. XXII-XXVII.

352. Op. cit. p. XXXVII.

353. Op. cit. pp. XLIV-XLV.

354. Joaquín Arce, La poesía del siglo ilustrado, Madrid, Alhambra, 1981, pp. 97-104, pp. 310-11.

355. Russell P. Sebold, El rapto de la mente, Madrid, Prensa Española, 1970. Cfr. "'Siempre formas en grande modeladas': Sobre la visión poética de Quintana", pp. 221-35.

356. Manuel José Quintana, Poesías completas, edición de Albert Dérozier, Madrid, Castalia, 1969 (Clásicos Castalia, 16).

357. Op. cit. p. 14.

358. Op. cit. p. 14.

359. Op. cit. pp. 27-28.

360. Op. cit. p. 29.

361. Op. cit. p. 30.

362. Op. cit. p. 32.

363. Op. cit. p. 36.

364. Op. cit. p. 51.

365. Op. cit. p. 55.

366. Op. cit. p. 65.

367. Op. cit. p. 92, vv. 37-42.

368. Op. cit. p. 146.

369. Op. cit. p. 157, vv. 138-40.

370. Op. cit. p. 165.

371. Op. cit. p. 168, vv. 94-114.

372. Cfr. pp. 176-77, vv. 16-46.

373. Op. cit. vv. 16-19.

374. Op. cit. v. 107.

375. Op. cit. vv. 202-3.

376. Dérozier, Poesías completas de M. J. Quintana, op. cit. p. 182, n. 231.

377. Op. cit. pp. 187ss.

378. Op. cit. pp. 183ss.

379. Op. cit. pp. 99ss.

380. Op. cit. pp. 195ss, pp. 203ss.

381. Op. cit. pp. 210ss.

382. Op. cit. p. 221.

383. Op. cit. pp. 233-34, n. 185.

384. Cfr. mi El alba... pp. 88-90.

385. Op. cit. pp. 232-33, vv. 153-168.

386. Op. cit. v. 12.

387. Op. cit. pp. 235ss, pp. 239ss.

388. Op. cit. pp. 243ss, pp. 248ss.

389. Op. cit. p. 248, n. 1.

390. Op. cit. p. 249, v. 23.

391. Op. cit. p. 252, v. 131.

392. Op. cit. p. 252, v. 136, final.

393. Op. cit. pp. 55ss.

394. Op. cit. pp. 253ss, pp. 260ss.

395. Op. cit. pp. 265-66, vv. 154-69.

396. Op. cit. pp. 268ss.

397. Op. cit. p. 268, vv. 1-5 y vv. 9-13.

398. Op. cit. pp. 284ss, vv. 1-13.

399. Op. cit. p. 285, vv. 36-39.

400. Op. cit. pp. 271ss. La cita en p. 271, n. 1.

401. Azorín, Obras completas, Madrid, Aguilar, 1948, vol. VII, pp. 736-37. En Leyendo a los poetas (1945), dentro del epígrafe dedicado a Meléndez

Valdés.

402. Op. cit. pp. 294ss.

403. Op. cit. pp. 301ss.

404. Op. cit. p. 318.

405. Inicio del poema, p. 318, vv. 1-4.

406. Op. cit. p. 318, vv. 18-21.

407. Op. cit. p. 319, vv. 51-53.

408. Op. cit. p. 320, vv. 68-71.

409. Op. cit. p. 320, vv. 72-83.

410. Op. cit. p. 321, vv. 101-4.

411. De el Semanario patriótico nº 3, 15 septiembre 1808. Apud Dérozier, Poesías completas de Quintana, pp. 320-21, n.86.

412. Op. cit. pp. 320-21, n. 86.

413. Ed. Dérozier, op. cit. p. 335.

414. Op. cit. pp. 336-37.

415. Op. cit. p. 338.

416. Op. cit. p. 348, vv. 25-28.

417. Op. cit. p. 348, vv. 45-52.

418. Op. cit. p. 349, vv. 58-68.

419. Op. cit. p. 351.

420. Op. cit. p. 352, nota.

421. Op. cit. p. 354, n. 106.

422. Op. cit. p. 360, n. 4.

423. Juan Nicasio Gallego, Obras poéticas, Madrid, 1854, ver Oscar, hijo de Osián. Tragedia. Escrita en francés por Mr. Arnault, pp. 197-278, traducción de J. N. Gallego.

424. Manuel J. Quintana, Selección Poética, ed. Rogelio Reyes Cano, Madrid, Editora Nacional, 1978 (H, 33) (Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Hispánicos).

425. Daniel-Henri Pageaux, "La genèse de l'oeuvre poétique de MJQ", Revue de Littérature Comparée, XXXVI, 1963, pp. 227-67. La cita en p. 266.

426. Op. cit. p. 29.

427. Op. cit. pp. 29-30.

428. Op. cit. p. 30.

429. Op. cit. p. 32.

430. Op. cit. p. 34. Estoy parafraseando aquí los subtítulos que da Reyes en su estudio preliminar.

431. Op. cit. p. 36.

432. Op. cit. p. 44.

433. Op. cit. p. 51.

434. Op. cit. p. 53.

435. Op. cit. p. 55.

436. Op. cit. p. 58.

437. Op. cit. p. 44.

438. Op. cit. p. 47.

439. Op. cit. p. 57. La cita de Pageaux de op. cit. p. 249.

440. Obras completas (BAE, XIX), p. 433a.

441. La edición de Obras completas de Quintana, Madrid, Administración, 1897-98, 3 vols, constituye un bello libro en tres tomos, una edición postromántica en la línea de las de Montaner y Simón -ver por ej. Obras completas del Duque de Rivas, Barcelona, Montaner y Simón, 1884, 2 vols-. Puede consultarse en la Biblioteca Nacional. No la he manejado aquí, pese a tratarse de una edición monumental, porque aunque hay muchos textos desperdigados que podrían utilizarse en el decurso de mi estudio, al parecer -según Dérozier- carece del suficiente valor filológico, pese a ser una obra de considerable belleza tipográfica. De todos modos no aporta demasiado a lo ya conocido de Quintana, salvo algunas reflexiones aisladas, pensamientos y fragmentos de textos. Tiene mayor interés por estética que por su contenido. En mi El alba aludo a diversos pensamientos de Quintana recogidos de este libro.

LAS OBRAS INEDITAS DE QUINTANA.

Repasemos ahora brevemente las Obras inéditas... de Quintana, que nos pueden aportar información acerca de este personaje.[1]

En primer lugar el citado volumen viene precedido de una biografía realizada por su sobrino, en donde se ponen de manifiesto, por ejemplo, los problemas económicos que tuvo Quintana durante toda su vida.[2] También se menciona su prisión, durante seis años, en un estrecho calabozo, privado hasta de escribir: "su espíritu permaneció tranquilo y la entereza de su carácter fue inquebrantable."[3]

De la humildad de Quintana nos habla el hecho de que él mismo reconoció el escaso mérito de Las reglas del drama (1791).[4]

Quintana sacrificó su bienestar por la causa liberal:

> "Desde los primeros cantos que publicó Quintana se vio en él al poeta y al hombre político, al patricio que más tarde había de sacrificar su carrera, su porvenir, su libertad y hasta su vida, si hubiera sido preciso, en aras de la causa liberal de aquellos tiempos."[5]

El sobrino de Quintana menciona el éxito de Pelayo, representado en 1805, por "el asunto histórico, eminentemente patriótico y que hablaba directamente al sentimiento nacional."[6] Este hecho nos puede dar pie para justificar el interés de autores y público por el drama histórico, y luego por la novela histórica -si bien en este último caso nos encontramos con un fenómeno ideológico que pretende frenar el avance del romanticismo, vacunando con los aspectos más inocuos del mismo, según la moda de Sott.-

Sufrió así prisión y proceso den 1814, y en 1820 fue sacado a triunfo de la ciudadela de Pamplona y nombrado Presidente de la Junta Suprema de Censura. En mayo de 1821 fue elegido por las Cortes el primero de siete individuos que habían de

componer la Junta de Libertad de Imprenta, y fue Presidente de la Dirección de Estudios hasta 1823. Un resumen muy completo de la carrera política de Quintana se encuentra en estas páginas de su sobrino.

Indica éste que en 1830-33 aumenta la Colección de poesías selectas castellanas con dos tomos de poesía épica antigua. Creo es importante este hecho, porque dicha antología debió influir directamente en Espronceda, que redactaba a la sazón su Pelayo, de modo más completo que las fuentes que ha estudiado Bréreton al respecto en 1933.[7]

En 1830 aparece el volumen segundo de sus Vidas.

Notemos que es ésta la época de la correspondencia con Musso que he publicado,[8] y que abarca desde 1830 a 1839.

El sobrino de Quintana recoge los diversos cargos a que es restituído en 1833. Es Secretario de Interpretación de Lenguas. Cuando el Estatuto Real de 1834 es Prócer del Reino. En 1835, Ministro del Consejo Real. Senador varias veces, y vitalicio desde 1854. En 1836 de nuevo Presidente de la Dirección de Estudios. En 1840, Ayo instructor de la Reina Isabel, "cargo que renunció tres años después a consecuencia de la reacción política que hubo entonces."

En este bosquejo biográfico, el sobrino de Quintana transcribe íntegro el manifiesto El Consejo de Regencia de España e Indias a los americanos españoles, de 14 de febrero de 1810,[9] para evitar los malentendidos que luego se han venido produciendo a propósito de este texto, por acusaciones de los serviles de que se trata de un manifiesto revolucionario. Pero me parece muy significativo este hecho, y quizás los serviles no estaban descaminados.

Notemos la idea de revolución pacífica que propugna Quintana:

> "Tales han sido las causas de la revolución que caba de suceder en el Gobierno español: revolución hecha sin sangre, sin violencia, sin conspiración, sin intriga; producida por la fuerza de las cosas mismas, anhelada por los buenos y capaz de restaurar la Patria, si todos los españoles de uno y otro mundo concurren enérgicamente a la generosa empresa."[10]

Dérozier ha señalado que fue precisamente el error de que esta revolución se hiciera sin sangre, lo que provocó más tarde la reacción de Fernando VII aboliendo la Constitución. Pero realmente me parece que el ejemplo que dan los liberales españoles con esta evolución pacífica es grande, por cuanto dejan sin argumentos a los que creían que la llegada del gobierno democrático y liberal debía ir asociada a un caos de anarquía y desorden.

Destaquemos el interés que tiene Quintana siempre en el mundo americano, al que quiere exportar las ideas de modernidad y progreso:

> "(...) el nombre de Fernando VII será respetado y obedecido en las regiones más ricas y dilatadas del universo.- Será bendecido también, porque a este nombre quedará siempre unida la época de la regeneración y felicidad de la Monarquía en uno y otro mundo."[11]

Y la famosa frase a los americanos, que fue interpretada por muchos como una invitación a la indepedencia:

> "Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estábais del centro del poder; mirados con indiferencia; vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar o al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el Congreso nacional, vuestros destinos ya no dependen, ni de los Ministros, ni de los Virreyes, ni de los Gobernadores, están en vuestras manos."[12]

Estas bellas palabras, tantas veces citadas, las he glosado en mi libro sobre la descolonización, junto a la intervención de Quintana en Cortes recogida por El Español. Nuestro autor parece convencido de que tarde o temprano los americanos van a

independeizarse, y no le disgusta la idea. Lo que procura es que hayan asimilado antes los principios liberales, y de este modo establecer una fraternidad ideológica, más fuerte que la meramente colonial, con el país. Es impensable, insisto, lo que hubiera ocurrido en el mundo de haber tenido éxito este proyecto de nuestros liberales.

Quintana se defiende por otro lado, de los que le consideraron revolucionario y partidario promover la independencia americana.[13]

El bosquejo biográfico de su sobrino, presenta a un Quintana envejeciendo dulcemente entre el trabajo, los libros y los amigos.[14] Es coronado el 25 de marzo de 1855, en el salón del Senado, por sugerencia de un artículo aparecido en La Iberia.[15]

El texto de La Iberia da a los coetáneos y amigos de Quintana la idea de coronarlo. Es un artículo a propósito de la representación que se hace -¡en 1854!- del Pelayo de Quintana, que como puede verse seguía manteniendo su capacidad de fervor revolucionario y patriótico en las diversas situaciones de la Historia -como durante la Guerra de la Independencia, el trienio, y ahora en 1854.-

Vayamos ahora al folleto Coronación del eminente poeta D. Manuel José Quintana, celebrada en Madrid, el 25 de marzo de 1855, que tiene ciertos rasgos de interés que merecen comentarse.[16] En primer lugar la referencia que se hace a la iniciativa de La Iberia, recogiendo el artículo completo, de elevada pasión romántica y liberal.

El exaltado artículo clama:

> "¡Hijos de la libertad! ¡Intrépidos soldados de la patria! ¡Héroes de la revolución de Julio! ¡Honrados y libres ciudadanos! Venid, venid con nosotros a la escena de Variedades. Allí se celebra estos días una gran solemnidad literaria, allí se consagran entre los acentos de la poesía los grandes derechos del pueblo, allí se repiten, después de un prolongado olvido, patrióticas inspiraciones de esa inimitable tragedia, de esa gran epopeya dramática, destinada a inmortalizar a otro héroe de la libertad, a otro adalid de la independencia, el esforzado, el indomable Pelayo."[17]

Ahora comprenderemos mejor la intención de Espronceda con su poema épico al mismo héroe sobre el que escribió Quintana, si bien el intento del poeta romántico quedó truncado y la obra sin terminar.

El artículo de La Iberia no tiene desperdicio por su apasionadísimo tono de exaltación de Quintana como constante defensor de las libertades públicas y víctima del despotismo, ahora -nos dice- "en el rincón de su hogar doméstico, pobre, modesto, humilde, abandonado" a sus ochenta y dos años.

> "Acabamos de hacer una revolución por la libertad y la patria; y ¿qué medio más noble de consumar y legitimar esa revolución gloriosa, que consagrar la patria y la libertad en su más antiguo y predilecto hijo? (...) ¡Hijos de la revolución ! ¡mostrémonos dignos de nuestra madre! Despojemos de sus hojas el árbol sagrado, y tejamos con sus verdes laureles una inmarcesible corona (...)"[18]

La Corona... recoge, en texto de presentación de Vicente Barrantes, la gran cantidad de donativos que se recibieron para el hecho, si bien algunos escritores adinerados y academias no se sumaron al acto.

Todos estos acontecimientos me demuestran un aspecto a tener en cuenta. La poesía de Quintana posee un especial tono de elevación épica, con tintes de exaltación patria, que hace que solamente en determinados momentos propicios a dicha exaltación, sea valorada. El Discurso... de Pedro Calvo Asensio, que se contiene en dicha Coronación... nos lo demuestra una vez más. Por otra parte la mencionada exaltación patriótica concibe a la nación española de una manera muy determinada, como patria de la libertad. En la situación política de 1855 se reviven así viejos sentimientos liberales y revolucionarios patrióticos, que explican el homenaje de que fue objeto el anciano poeta.

En el poema que le dedica en esta Coronación..., Gertrudis Gómez de Avellaneda canta a "El Vate soberano / de Padilla y Guzmán"[19] Hay también un poema de Antonio García Gutiérrez,[20] otro de Núñez de Arce -que tiene cierto interés por su

sencillez, frente al tono declamatorio y retórico de los restantes textos elegidos-,[21] un poema de Hartzenbusch fingiendo trova del Cancionero de Baena, que tiene gracia.[22]

Para esta Coronación, Isabel II contribuyó con una rica bandeja y una gran suma.

Volvamos a las Obras inéditas. Comprobaremos que la figura de Quintana enlaza el espíritu de los constitucionales de Cádiz, que él representó siempre, con la monarquía constitucional que se vivió a la muerte de Fernando VII. Así se expresa Quintana en el discurso de su coronación:

> "Medio siglo va a hacer que por estos mismos días se alzó en Madrid el pendón de la libertad y de la independencia española. Entonces fue cuando se empezaron a fundar los cimientos de ese trono constitucional en que V. M. está sentada. Desde entonces pudieron los españoles decir que tenían patria."[23]

Por otro lado Quintana en su vejez siempre se estuvo refiriendo a la fuerza de la juventud perdida, cuando cantaba al mar:

> "Bien quisiera tener para agradarte
> Aquel vigor antiguo y aquel fuego
> Que animaban mi pluma en otros días
> (...)
> Cuando del mar en la tendida playa
> Canté la gloria y el poder inmenso, (...)"[24]

El prólogo de Cañete a estas Obras inéditas nos muestra el ejemplo del pensamiento conservador en la crítica del momento. Pero de todos modos contiene algunos rasgos de interés, por ejemplo cuando considera que La Fuente de la Mora Encantada es un romance precursor del romanticismo, con vigor y colorido romántico en el desenlace.[25] Ello demuestra que mis hipótesis sobre Quintana vienen avaladas por atisbos iniciales de la crítica coetánea.

Sin embargo Cañete pasa luego a presentarnos un Quintana que está en contra de lo que él llama "las locuras a que se abandonaron nuestros liberales del año 20 al 23".[26] Pero creo esto viene desmentido por las clarividentes Cartas a Lord Holland, a que tendremos ocasión de referirnos, y que constituyen una lúcida interpretación de los sucesos políticos españoles desde las Corte sde 1812 al final del trienio.

El texto de Cañete sirve para mostrarnos que Quintana, a estas alturas de 1872, había sido asimilado por la crítica más conservadora del momento, que le consideraba inocuo, agua pasada.

Cañete dice por ejemplo que: "si los cándidos o alucinados legisladores de Cádiz levantaran la cabeza, se horrorizarían al ver los acerbos frutos que produce la libertad que tan generosamente adoraron y codiciaron para su patria."[27] Y pasa luego a dolerse del escepticismo religioso de Quintana quien, como ya señaló Cueto, llama "Monstruo inmundo y feo" a la Iglesia.[28] Pero al mismo tiempo señala la sumisión a la Iglesia con que da fin a la Defensa de las Poesías.[29]

Pasemos brevemente a esta Defensa de las Poesías...

* * *

La Defensa de las Poesías ante el Tribunal de la Inquisición se encuentra en las mencioanadas Obras inéditas de Quintana.[30] Se defiende aquí contra la censura establecida a la edición de sus Poesías de 1813, y lo hace desde la prisión, en 1818. Notemos la valiente gallardía humana con la que Quintana se expresa, pese a las circunstancias en que se encontraba.

Ante todo se refiere al entusiasmo patriótico que cree define su poesía.[31] Y a la acusación de ser revolucionario, por haber escrito A Padilla, A la Imprenta y Al Panteón del Escorial.[32] En este punto, al mismo tiempo que afirma que "respeto y obedezco, como todo buen español debe hacer, el presente orden de cosas que hay establecido en España",[33] indica que "pensaba que las causas primarias de estos horribles males estaban cifradas en el abandono y olvido de las antiguas instituciones políticas de España,

desusadas por el espacio de tres siglos."[34] Y al mismo tiempo tiene la valentía de afirmar:

> "Esta doctrina de moderación y templanza en la Autoridad Soberana, para que el Gobierno no degenere en opresión y en tiranía, no es tan nueva, Sr. Ilmo., ni tan desconocida entre nosotros, que haya que ir a beberla en la filosofía y en la revolución francesa. Ella se deduce clara y distintamente de las máximas de nuestros publicistas, de los sucesos contados por nuestros historiadores, y de los mismos códigos de nuestras Leyes, llenos de estos recuerdos y documentos."[35]

Se refiere aquí al "influjo político que tuvieron las Cortes de Castilla y Aragón en los negocios públicos y en la institución de las Leyes hasta el siglo décimo sexto."[36] En este punto cita textos de Saavedra Fajardo, y de Fray Diego Murillo, para apoyar la idea de que él no atentó contra la autoridad real, sino que pretendió una "Monarquía templada y mitigada por las Leyes."[37]

El alegato de Quintana es de una valentía extraordinaria. En vez de arrepentirse de su pasado, busca fundamentos en textos de clásicos españoles que justifiquen precisamente la teoría liberal según la cual había que controlar y moderar el poder real. Por otro lado este intento de encontrar raíces en el pasado literario español respecto de las teorías liberales, busca la nacionalización del liberalismo, adaptarlo a las necesidades y tradiciones españolas, si bien la idea ha surgido de las fuentes francesas del XVIII, que tan bien conocía Quintana en sus numerosas lecturas. La lección es admirable. Y cabe insistir en el valor de nuestro personaje para expresarse así, precisamente cuando se encontraba en prisión y de sus palabras dependía su libertad, que no le fue concedida.

Quintana insiste en la necesidad de templar el poder real a través de las Cortes.[38]

Después va defendiendo cada uno de sus textos poéticos, pero sin arrepentirse de ellos, manteniendo el tipo. Y cita textos de Lope de Vega, de 1635, poco antes de morir, en los que puede verse que este autor se enfrenta ya en el siglo de oro contra la aristocracia, la monarquía absoluta y la tiranía.[39]

Respecto a sus afirmaciones contra Carlos V y Felipe II, Quintana considera que debe tenerse respeto a los reyes hasta que mueren, pero después quedan sujetos al juicio humano.[40]

Se refiere elogiosamente a Padilla y los comuneros, a los que no considera antipatrióticos.[41] E indica que sus poemas al respecto se editaron en 1808, estando España bajo la dominación francesa, y cuando nuestro país se encontraba en anarquía.

Respecto a la acusación que se le hace de ir contra la religión, Quintana responde que su objetivo es desterrar la superstición, y nunca la religión.[42]

Indica que su afirmación acerca del "monstruo inmundo" no iba referida a la Iglesia, y se trata de una licencia poética.[43] Las referencias a los mitos, y al amor pastoril, tienen que insertarse en la corriente de época.[44] Y concluye:

> "(...) que la doctrina política que sirve de base a las tres composiciones principalmente censuradas está apoyada en la práctica de los siglos antiguos, en las leyes, y en autoridades de la mejor nota, anteriores siglo y medio a la revolución francesa, y por consiguiente que no es nueva, ni revolucionaria, ni subversiva; que cuando el autor publicó estos versos patrióticos lo hizo con las formalidades prevenidas por las leyes, y en circunstancias públicas y notorias, en que, lejos de ser perjudicial la exaltación que hay en ellos, era útil para animar el espíritu público de los españoles contra la tiranía de Napoleón, y por consiguiente que están muy lejos de tener el carácter de sediciosos; que los Censores, en los pasajes que citan, dan a las frases y palabras que acusan una interpretación exagerada y siniestra, extrañas del sentido recto y natural que ellas presentan, y poco conforme al tenor general de las ideas del autor, como se deduce de las diferentes citas examinadas en este escrito, no habiéndolo hecho con todas una por una, por evitar prolijidades y repeticiones; que los reparos opuestos respectivamente a religión no tienen fundamento, puesto que estriban en una inteligencia equivocada; y

que igualmente carecen de él la nota que se les pone de licenciosos, como falta absolutamente de prueba y de razón."[45]

¿Necesitamos más motivos para admirar el talante humano de Quintana?

Sin embargo, la Inquisición recusa A Juan Padilla, Al Panteón y A la imprenta, y Quintana tiene que acceder a suprimir algunos versos y poemas.[46]

Pero nuestro autor se ha mantenido con dignidad humana, sin mentir, defendiéndose de acuerdo con las coordenadas del pensamiento religioso de sus acusadores, y al mismo tiempo dándoles una lección de sabiduría, y naturalmente de valentía humana. ¡Qué diferente su actitud de la de otros autores, como por ejemplo Manuel María Arjona o -de modo más discreto- de Lista, en las mismas circunstancias!

* * *

Vayamos ahora al texto Memoria sobre el proceso y prisión de D. Manuel José Quintana en 1814.[47]

En él nuestro autor refleja la persecución a que es sometido por sus ideas liberales ("Tres años van corridos desde que empezó la persecución violenta en que han sido arruinadas mi libertad y mi fortuna (...)", así comienza la mencionada Memoria.)

Me resulta interesante que Quintana, pese a las circunstancias en que se encuentra, no se retracta, y se refiere con cita de Boecio a "la bajeza de los acusadores".

Indica que "antes de que empezase la agitación pasada disfrutaba yo de una situación la más agradable que pudiera desear un hombre de letras."[48] Empezaba a ser estimado como poeta y escritor, tenía una reputación. Se leían sus poesías y se asistía a sus tragedias. "El primer tomo de la obra histórica proyectada en honor de mi Patria y utilidad de la juventud española, había merecido el aprecio de propios y extraños (...)"[49] Esta afirmación me parece interesante para comprender cuál es el objetivo y sentido de las Vidas de españoles célebres a que se refiere, y que poseen por tanto un carácter didáctico y de utilidad cívica y social.

Y más adelante:

> "Mi estado, pues, era feliz sin más penas ni desazones que las que lleva consigo la condición humana. Así en vez de desear una revolución para aventajarme, todo lo tenía que temer de ella, si llegaba a suceder. Profundamente afligido con todos los españoles del estado de degradación y miseria en que se hallaba mi Patria, deseaba que sucediese en ella una reforma que la sacase del fango vergonzoso en que estaba sumergida: pero no en los términos con que se había hecho en Francia, cuyo mal éxito debía escarmentar hasta a los más temerarios."[50]

Es el Quintana más humano el que aparece en estas líneas. Efectivamente nos dice que él no podía esperar de una revolución más que inconvenientes para su estabilidad burguesa. Pero al mismo tiempo su sentimiento de generosidad le impulsaba a desear un cambio. Por otro lado dicho cambio no podía entenderse a la manera de la Revolución Francesa. Esta último aspecto es a la vez muy interesante, y nos muestra que los liberales españoles tenía auténtico pavor por los posibles desórdenes que una revolución incontrolada hubiera significado. Por ello insisten, y Quintana en la proclama que hemos estudiado antes, en la necesidad de realizar una transición pacífica y sin traumas.

Este miedo a que el ejemplo de la Revolución Francesa cunda en España, aproxima el pensamiento de Quintana al de los liberales moderados, pero al mismo tiempo se encuentra más a la izquierda de éstos en su sentido de la soberanía popular, y en la valentía con que se enfrenta al poder real con objeto de controlarlo y templarlo. Sin ser un radical exaltado, Quintana está a la izquierda de los liberales moderados.

Quintana sigue expresando que no quería que España siguiera "víctima de una arbitrariedad ciega que por más de tres siglos la estaba consumiendo" (...) "lo que no quería era que siguiese embrutecida y miserable, a despecho de la naturaleza de su suelo y de los talentos de sus habitantes."[51]

Todas estas afirmaciones, incluídas las referidas al sentido profundo que le movió a escribir las Vidas de españoles célebres, nos están indicando que lo que caracteriza ante todo a la figura señera e importante de Manuel José Quintana es su patriotismo. Pero al mismo tiempo está de más decir que el concepto de nación que posee es profundamente moderno, de acuerdo a la formación que él mismo había tenido como escritor, y a las ideas de la modernidad que quería introducir en España.

Hay una admirable valentía también en todo este texto de Quintana, más si se tiene en cuenta hacia quién va dirigido, hacia personas que tenían en su mano que siguiera preso o recuperara la libertad.

Por ello es tan arriesgada, más en su delicada situación, su alusión a la desunión de la familia real tras los sucesos de El Escorial;[52] su crítica del favorito;[53] su crítica acerca de que no existiera lo que, en palabras de época, llama opinión pública,[54] que no es más que la representación del pueblo en sus gobernantes, y el contacto entre ambos.

Más aún que en su defensa ante la Inquisición, aquí es enormemente claro en censurar por ejemplo el comportamiento del rey y de su hijo, antes de la Guerra de la Independencia, y los sucesos de Aranjuez.[55]

Quintana tiene la desfachatez de explicar a sus encarceladores el momento de su compromiso político: "los sucesos que iban a seguir, no podían dejarme en la misma inacción (...) Nadie ignora cuánto obra la opinión en las crisis políticas, y cuánto influyen en ellas los hombres de letras." No era posible, nos dice, el silencio y el retiro. Quintana escribe acerca de su compromiso, en el momento inmediatamente anterior a la Guerra de la Independencia, que tan profundamente le va a marcar para siempre.

Ofarrill, le propuso afrancesarse, a lo que se niega.[56]

La calidad humana de Quintana se manifiesta otra vez cuando escribe: "Yo no pongo mérito sino en los sacrificios, en aquello que se ejecuta costando mucho a la inclinación y al interés."[57] Grandeza del talante humano de nuestro protagonista, una vez más.

De este modo: "El partido, pues, que yo tomé desde luego irrevocablemente fue el de contribuir con todos los medios que estuviesen a mi alcance para libertar a mi patria de la tiranía de Bonaparte y de toda especie de tiranía."[58]

Notemos la segunda parte de esta afirmación. Luchará no sólo contra la tiranía de los afranceses sino contra toda especie de tiranía. Es su compromiso con las libertades.

Quintana explica el éxito de sus Poesías patrióticas porque "los sentimientos y principios bajo que fueron concebidas estaban en armonía con los sentimientos, y opinión del público en los grandes intereses de la patria."[59]

También menciona la empresa del Semanario patriótico: "grandes y pequeños, sabios e ignorantes, todos vieron expresados en este papel el odio que albergaban contra la tiranía que habían sufrido por veinte años, y la repugnancia invencible que sentían a la que Bonaparte les quería echar encima (...)"[60]

Quintana parece quere presentarse como persona hábil en las dotes de comunicar con las masas. Pero en realidad es una visión muy humilde la que plantea acerca de sí mismo. Quintana es también un gran líder, con sentir acorde al pueblo al que defendió, y con una visión moderna del país, a la vez que un inteligente gestor de esas libertades públicas, un eficaz cerebro gris actuando tras las cortinas.

Cree finalmente Quintana que los españoles han aprendido la lección y todo puede cambiar destruyendo "la arbitrariedad que la había perdido (a la nación)", lo cual no deja de ser una desfachatez al ir dirigido a las personas que le tienen preso.

Quintana va explicando lo sucedido en la Guerra, cómo la Junta Central permite impedir la anarquía. Tanto Jovellanos -que le alentó en su niñez a la carrera de letras- como Quintana, sólo quieren que se convoquen Cortes.[61] Pero notemos de qué modo lo dice, afirmando la soberanía popular en sus palabras: ""Todos mis conatos con ellos (la Junta Central), se reducían a que convocasen las Cortes y pusiesen los destinos de la nación en manos de ella misma."[62] ¡Qué valentía, qué claridad en esta Memoria!

Indica que los recelos del Consejo de Castilla, constituyeron un freno.

Frente al lenguaje ministerial de la Junta, Quintana propone "que hablasen en grande a una nación que obraba y debía seguir obrando tan en grande."[63] Dérozier lo vio bien claro. Efectivamente, el lenguaje leguleyo de la Junta es transformado por nuestro autor en vibrantes proclamas patrióticas que incitaban y animaban al pueblo en su sacrificada labor, que los anteriores redactores de las decisiones de la Junta no habían comprendido. Es el arte de Quintana para comunicar con pasión, con la pasión popular.

La poesía de Quintana, su obra entera, no podemos considerarla como meramente cívica, utilizando un término aséptico. Es una obra auténticamente revolucionaria, entendiendo como tal el intento de hacer ingresar a España en el mundo de las ideas modernas, las que aún se mantienen a finales del siglo XX.

Quintana cuenta su huída de los franceses a Sevilla.[64] Critica con gran elegancia a Garay,[65] de quien nos ha dejado cumplida referencia, negativa, Dérozier en su estudio.

Pero Quintana, que sabe esta Memoria no va tanto dirigida hacia sus captores como a la posteridad ante la que tiene que confesarse con toda su grandeza de ánimo, como hiciera Jovellanos en su Memoria en defensa de la Junta Central, indica que los días pasaban y la Junta no cumplía sus promesas de reforma.[66] Hay opositores a la convocatoria de Cortes, y se van creciendo, aunque la mayor parte de ellos repugnaba la convocatoria por ignorancia.[67] Quintana nos revela los entresijos de la Junta, cómo luchan los liberales para que se mantenga la convocatoria de Cortes, con la oposición de los reaccionarios. Quintana redacta el manifiesto en pro de la convocatoria: "Dad algo, españoles, a nuestra inexperiencia; mucho más a las circunstancias; nada a nuestra intención."[68]

Aparece la división entre "los hombres del orden antiguo", que "no podían sufrir a los del nuevo". Quintana recoge las tremendas luchas internas en la época de la Regencia. La Junta de Cádiz hacía por otro lado precaria la autoridad de los regentes. "En esta crisis fue donde se empezaron a manifestar las tristes divisiones, el rencor implacable que la revolución había sembrado ya entre los españoles."[69]

En fin, el documento de Quintana es de primerísima importancia, que aún no ha sido calibrada por los historiadores del momento. Se trata de un testimonio directo y honesto, con juicios imparciales y noticias de primera mano.

Indica que escribe algunas proclamas a los americanos, que son utlizadas luego contra él, acusándole de causante de la insurrección americana.[70]

En cuanto al debatido tema de la ocultación del decreto de la convocatoria -que fue un hecho providencial e inteligente como maniobra, al que debemos que las Cortes se compusieran de una sola cámara- Quintana se queja de que él no tuvo nada que ver con el asunto: "Yo no intervine en nada (...)"[71]

En este punto Quintana hace alusión a los sucesos protagonizados por el Obispo de Orense,[72] quien -como recoge Dérozier- se niega a jurar la Constitución motivando un escándalo. Paradojas de la vida, más adelante Quintana se verá obligado por las circunstancias, a redactar un epítome de su vida, que recogemos entre los textos de los Retratos de españoles ilustres... Se refiere al hecho también en la correspondencia con Musso que publiqué en mi El alba del romanticismo español.

Quintana menciona que el Semanario patriótico reaparece con las plumas de Antillón y Blanco-White, y se mantiene hasta la promulgación de la Constitución, pero reconoce que en esta época tenía menor difusión.[73] Me parece que sería interesante, a la luz de esta afirmación acerca de la difusión del periódico -importantísimo- citado, estudiar las dos etapas de su decurso ideológico y relacionarlas con su grado de aceptación.

Reconoce en nota que el estilo de sus Vidas gusta más que el de la erudición, por ejemplo de su enemigo Capmany, que le envidiaba.[74]

Quintana valora poco sus proclamas, escritas deprisa, y que considera obras de circunstancias.[75]

Se refiere a la polémica con los anticonstitucionales, que no quieren sea Secretario de la Estampilla.[76]

Y aún se atreve a redactar estas bellas líneas como elogio de la libertad:

> "Amante de la libertad fui antes de la revolución; amante, adicto y celoso de ella he sido en las diferentes vicisitudes de aquellos cinco años; y ahora que este amor y esta consecuencia me tienen sepultado vivo en una fortaleza, y privado de todos los bienes y consuelos de la sociedad y de la vida, profeso los mismos principios y amo la libertad más que nunca, sabiendo muy bien que estos sentimientos no me han de sacar de aquí. Ahora más que nunca estoy convencido de que sin libertad política y civil, ningún Estado puede gozar de felicidad justa y duradera; y veo con lágrimas en los ojos caer a mi patria en la ruina espantosa y oprobiosa, de que sólo un sistema liberal pudiera haberla sacado."[77]

Una vez más, admirable Quintana, que prefiere hacer ostentación de sus ideas sinceras a claudicar como hicieron tantos otros, ante la adversidad de la prisión y el proceso.

Quintana indica más adelante, después de estas bellas palabras que "entonces y ahora he estado perfectamente convencido de mi ninguna aptitud para estos altos empleos de política activa (...)"[78] Lo que viene a destruir una parte importante de la imagen que de él nos ha legado Dérozier. Quintana parece más bien un cerebro gris en la sombra, pero al mismo tiempo un escritor-líder, comprometido con su tiempo, que es capaz de hacer vibrar a todo un pueblo con sus poemas, dramas y proclamas. Él mismo considera que no tiene capacidad para la política. Es un intelectual, no un político.

Me parece que esta Memoria es un texto admirable, probablemente lo mejor que nos pueden ofrecer las Obras inéditas de 1872. Es el Quintana más personal y más auténtico quien late en estas líneas. ¡Qué talante moral, qué valentía, que inmensa dignidad humana!

Siguiendo con este texto, Quintana testimonia que el partido anticonstitucional "se consideró vencido mientras existió el peligro" pero aumentó sus maquinaciones cuando vio que se había expulsado a los franceses. Todo ello creo viene en apoyo de las tesis que mantuve en mi libro sobre la descolonización, acerca del arrinconamiento a que son sometidos los reaccionarios durante las Cortes de Cádiz, lo que les lleva luego a la venganza en los sucesos de 1814.

En este punto Quintana manifiesta cómo se negó a huir, cuando comenzó la reacción, y el resultado fue la cárcel. Una prisión inicua y dura, que describe, junto a Álvarez Guerra, Argüelles y Martínez de la Rosa.[79] Es terrible en este punto lo que relata, como preso de Estado.

En prisión leyó a Tácito y Séneca, y las máximas políticas de Saavedra Fajardo, "tan poco diferentes de las que han servido de pretexto a nuestra persecución."[80] Sometido a juicio es desterrado por diez años a estar fuera de Madrid y cuatro en Badajoz.[81] Del destierro en Cabeza del Buey nos hablará la correspondencia publicada por Molleda, de Quintana con Antonio Uguina, a la que tendré ocasión de referirme.

Pues bien, la fecha en que esto escribe es 30 de enero de 1818, en Pamplona, y han pasado "tres años desde entonces".[82] Es condenado por seis años a estar preso en la ciudadela de Pamplona.[83]

Con estas palabras termina este estremecedor testimonio:

> "Pero a lo menos no me podrán arrancar la satisfacción grande y pura que me resulta de haber caminado siempre por la senda de la verdad y de la justicia; de no haber manchado mi conducta con ningunas miras de interés individual; de haberme mantenido inaccesible a toda intriga, a todo medio vil y bajo de ambición. He defendido a mi patria contra la agresión de Bonaparte; he defendido los derechos de la humanidad y de la libertad bien entendida, contra los fautores de la arbitrariedad; he seguido en todas las vicisitudes de esta época cruel el partido más decoroso y honesto, aunque no fuese el más útil ni el más seguro. Tales han sido las causas de mi persecución y de mi ruina, y por fortuna son demasiado honrosas para que me pese de ella. Sólo me resta en la adversidad que me oprime coronar mis principios con mi noble sufrimiento, y después de tantos sacrificios en obsequio de la razón y de la patria, hacerles de este modo el único servicio que está en mi mano."[84]

Las palabras de Quintana no suenan a hueco discurso político, sino que reflejan el testimonio de un hombre entregado al servicio de la patria, de una patria que él quería ver distinta.

De este modo el auténtico Quintana se nos muestra en estas frases. No es un político hábil, encubierto en puestos intermedios, como se deduce del libro de Dérozier, sino un intelectual inerme, entregado por ética y por idealismo a una causa: modernizar España.

Como Lista más tarde en El Censor, los esfuerzos de Quintana en el Apéndice primero van encaminados a poner límite a la autoridad real.[85] Y cita en su ayuda, no precisamente a autores extranjeros, sino a Mariana,[86], un interesantísimo texto de

Saavedra Fajardo,[87] y otro del P. Murillo.[88] Instrumentaliza así sus conocimientos en pro de una causa política.

* * *

El resto de los textos que se contienen en estas Obras inéditas tienen menor interés. Así las Cuestiones,[89] en las que hace radicar el liberalismo en las costumbres de la Edad Media. Ello creo indica la vigencia que aún tiene para estos autores protorrománticos, el principio de autoridad, y la necesidad que sienten de encontrar raíces en la propia Historia pasada -motivo por el cual los estudios históricos, drama histórico y novela histórica, estarán en boga a lo largo de este período-. De este modo, tienen una imperiosa necesidad de buscar la propia identidad en el pasado.

* * *

Los Pensamientos,[90] son testimonio de que Quintana no contribuyó a la formación de la Constitución, pero no la considera en modo alguno democrática en el sentido anárquico y despectivo en que se emplea este término por reaccionarios y liberales moderados. También nos dice que la reacción fue demasiado poderosa. Indica que:[91]

> "En España, pues, no ha habido más que dos partidos: uno de gentes que querían un gobierno monárquico, pero constitucional, y otros que querían el mismo gobierno, pero absoluto; y cualquier reforma, cualquiera institución que le refrenara o templara, por moderada y circunspecta que fuese, hubiera tenido las mismas consecuencias y la misma catástrofe."

En el interrogatorio sobre el Semanario Patriótico, a que fue sometido,[92] muestra una vez más su valentía. También es interrogado sobre las proclamas.[93] Pese a todo, Quintana manifiesta su respeto a Fernando, como representante del orden establecido.[94]

También le cuestionan con insistencia sobre el decreto extraviado, declarándose inocente al respecto. Se trata de un interrogatorio hecho en prisión, tras setenta días de estar encarcelado, y luego repetido. Una vez más, la gallarda valentía de nuestro autor en sus respuestas.

En cuanto a la soberanía, Quintana se manifiesta defensor de una monarquía moderada.[95] Sus palabras recuerdan las de autores como Lista, si bien este autor evolucionó luego hacia posturas más reaccionarias dentro del liberalismo. Quintana defiende a la monarquía en contra de la república democrática.[96] Por tanto las ideas de Quintana no eran en absoluto extremas.

* * *

La Segunda respuesta fiscal...,[97] contiene las imputaciones del fiscal. El pensamiento de Quintana es aquí manipulado por los reaccionarios, como puede suponerse.[98] Respecto al Semanario Patriótico, se señala "ligereza e ignorancia" en algunas afirmaciones, y se le considera moderado frente al Redactor, el Duende, o la Abeja.[99] Se indica que el Semanario tuvo una época exaltada y antimonárquica, que mereció la censura de todos los buenos españoles (!), pero eso fue en la época de Antillón y Blanco.[100]

Me parece que este documento está incluído aquí con toda intencionalidad, y que gracias a él comprendemos mejor este momento histórico y sobre todo la mentalidad de los enemigos de Quintana. Así se menciona la música que salió de la Fontana de Oro, de la que fue autor el Cojo de Málaga, para aplaudir y vitorear a los del partido revolucionario (!) Son, en general, más que acusaciones, una serie de delaciones y

chismes de la murmuración, sin solidez ni fundamento serio, pero que podían hacer que un hombre acabara en la cárcel.

El fiscal finalmente le exculpa a nuestro autor de tema del Semanario Patriótico, pero le acusa de la ocultación del famoso decreto, por lo que se le condena al destierro.[101]

* * *

En estas Obras inéditas se contiene también un artículo de la Gaceta de Madrid,[102] de 23 de enero de 1841, sobre la muerte de Lord Holland, amigo de Quintana, a quien como veremos éste le envió una serie de diez cartas que constituyen el más lúcido análisis intrahistórico de la situación de España entre 1808 y 1823.

Igualmente se contiene un artículo sobre Agustín de Argüelles.

* * *

Si volvemos un poco la vista atrás, nos encontramos, en estas Obras inéditas, con el texto que Quintana dedicara al Duque de Alba. Se trata de un trabajo que hizo a disgusto, como se demuestra por su carta a Musso de 1831 que edité en mi El alba del romanticismo español. Dice en esta carta:[103]

> "Yo estoy dando vueltas a mi Duque de Alba, sin acabar de entrarle el diente. Es vida dura; y si no fuera porque es precisa para introducción o preliminar de la de D. Juan de Austria que absolutamente quiero escribir,[104] prescindiría de ella, porque el tal cuchillón no es de mi gusto ni en sus cosas buenas ni en sus malas."

Pero si nos acercamos a la vida del Duque de Alba citada, comprendemos la penetración de los juicios políticos de Quintana, que nos sirven para entender por ejemplo las reacciones del monarca.[105]

Quintana posee un gran entusiasmo por las gestas bélicas valerosas.[106] El retrato del Duque es así el de un guerrero.[107]

La obra contiene otros datos interesantes, por ejemplo respecto al destierro de Garcilaso de la Vega.[108]

En un estilo sobrio, este texto inacabado relata numerosas anécdotas que tienen por denominador común el tema del valor y de las virtudes humanas.[109]

Se trata en definitiva, aunque Quintana no quisiera reconocerlo, de un texto de cierto interés, que resume a nivel de divulgación y con bello estilo, muchas noticias históricas.

Quintana admira la grandeza humana de los protagonistas de la Historia, aprecia su talante humano. Es lo que siempre, en primer lugar, pone en seguida de relieve.

Hay que destacar la elegancia y amenidad del estilo de Quintana, que hace de un obra histórica, una obra literaria. En este texto, como en las Vidas..., no hay restos de farragosa erudición. Narra la vida del Duque como una novela, en la que sentimos vivos a los personajes.

En la época en que Quintana escribe había una enorme curiosidad por los temas históricos. La Historia estaba en boga, porque el español quería saber que los sucesos novedosos que estaban teniendo lugar en el ámbito ideológico, tenían unas raíces en el pasado. Se trataba de encontrar en los temas históricos una respuesta a los interrogantes que abría una incierta modernidad, la nueva época del liberalismo. Tal vez se buscaba echar un ancla de referencia en el pasado para no perderse en el vértigo del presente. Pero frente al moralismo catolizante de la labor histórica de Lista por ejemplo, Quintana nos ofrece una Historia más moderna, más laicista.

Por otro lado hay que destacar el interés que tiene Quintana por los asuntos épicos, de donde su afición a la Historia. La épica no estaba tan abandonada como hoy día. Todos los intentos biográficos constituyen textos casi novelados que reflejan este interés épico.

Quintana, en su aversión a los Austrias, se refiere por ejemplo a las Cortes de Toledo, que niegan dinero al Emperador para sus guerras.[110] Poco a poco la figura del Duque de Alba va siendo oscurecida y suplantada por todo un retrato de época, con numerosos personajes añadidos. Por ejemplo un personaje que absorbe toda su atención es Carlos V, cuya poderosa personalidad ensombrece a la del Duque.

Quintana se entretiene en explicar los orígenes del protestantismo y las luchas religiosas de Carlos V para impedir su propagación. Lo relata con amenidad y agudeza, a la vez que con discreción.[111]

Quintana realiza también agudas indicaciones tácticas sobre la guerra.[112] Además describe con amenidad e interés todos los movimientos de tropas,[113] dejando además lugar para la anécdota.[114]

Nos encontramos ante una prosa excelente, de gran calidad literaria.

Se trata de un modo peculiar, el de Quintana, de abordar la Historia, ajeno a la crónica erudita de coetáneos como su enemigo Capmany. El resultado es un relato casi novelesco, al que podemos asistir como testigos de la batalla, si bien está sólidamente fundamentado en fuentes que quedan ocultas.[115] Sus descripciones y relatos tienen auténtica fuerza y verdad humana.

En todo caso debe advertirse que no se trata -como tampoco sus Vidas...- de una biografía aburrida, sino de una obra de calidad literaria, que se lee con auténtico interés.

El texto es en sí importante, porque relata anécdotas significativas,[116] según la técnica del autor, expresada también en las Vidas... y en los epítomes que estudiaré luego. De este modo no sólo nos encontramos con la Historia oficial, sino que también se recogen los hechos de los soldados, el ambiente entre ellos, como si el lector se hubiera convertido -según dije antes- en testigo vivo de la batalla. Quintana hace revivir la Historia, resucita el momento ante nuestros ojos. Y además posee ya un concpeto de la intrahistoria épica, por así decirlo, con el protagonismo de esos pequeños/grandes personajes.

De todos modos comprendo que no concluyera su relato sobre la vida del Duque de Alba, que cesa cuando el Emperador va a Elba. Quintana no poseía una visión favorable de la aristocracia. Le interesa más, en este texto, no sólo el gran hombre que

fue Carlos V, sino también un minúsculo soldado aguerrido -como Martín Alonso-[117] y el ambiente humano que se respiraba entre la tropa. Está claro, y la carta a Musso lo corrobora, que no sentía gran afición por la persona del Duque de Alba, aunque diera nombre al texto.

LAS CARTAS A LORD HOLLAND.

Antes de entrar en el análisis de las Vidas, lo que nos llevará directamente al tema de los epítomes de Quintana que he encontrado, haría falta recalar todavía en las diez Cartas a Lord Holland, que se encuentran reproducidas en las Obras editadas por la BAE, en su volumen XIX.

Este texto es de primordial importancia, no sólo para conocer el pensamiento político de Quintana, sino también las causas que motivaron de llamado fracaso liberal después de 1823. Fracaso que sería muy relativo, pues vemos a lo largo de todo el XIX español surgir la misma pugna entre las dos tendencias, reaccionaria y liberal, hasta terminar con el predominio de la última ya avanzado el XX.

Creo en fin que, pese a ser un texto de todos conocido, estas Cartas a Lord Holland no han sido todavía apreciadas en todo su valor como testimonio de época, y como análisis enormemente lúcido de la situación a que se refiere, la España desde 1808 a 1823.

Escribe en el prólogo, Quintana:

> "La cuestión ventilada por los políticos sobre la forma con que se ha de combinar la facultad de mandar con la obligación de obedecer, de modo que el orden social no se perturbe y la libertad esté segura; esta cuestión, repito, no es la que se ventilaba por los españoles en el tiempo de que se trata. Otro era por cierto el objeto de la contienda, menos complicado y profundo, pero mucho más urgente y positivo. Tratábase de determinar si la nación española debía continuar amarrada al yugo político y sacerdotal que de tres siglos la oprimía, o si había de mantenerse la emancipación ensayada en el año 12 y recuperada en el de 20. Esta era la cuestión entonces, indispensable sin duda y preliminar a la otra: primero era ser libres; el cómo era negocio para después."[118]

En este prólogo Quintana explicita su pensamiento:

> "Confesará (el autor de las Cartas, Quintana) sin embargo, y la obra presente lo da a entender donde quiera, que su inclinación propende a las ideas francamente liberales, a aquellas que como triviales son desdeñadas por los unos, y tachadas por los otros de anárquicas y peligrosas. De ello no me acuso ni me absuelvo. La libertad es para mí un objeto de acción y de instinto, y no de argumentos y de doctrina; y cuando la veo poner en el alambique de la metafísica me temo al instante que va a convertirse en humo."[119]

Después afirma con palabras siempre actuales:

> "Y no se engañen los españoles: la cuestión primera, la principal, la de si han de ser libres o no, está por resolver todavía. Verdad es que han adquirido algunos derechos políticos, pero estos derechos son muy nuevos y no han echado raíces. Por consiguiente, han de ser atacados sin cesar, y si no se atiende a su defensa con decisión y constancia, serán al fin miserablemente atropellados. El estado de libertad es un estado contínuo de vigilancia, y frecuentemente de combates. Así sus adversarios, considerando aisladamente la agitación de las pasiones y el conflicto de los partidos que acompañan a la libertad, dicen que no es otra cosa que una arena sangrienta de gladiadores encarnizados. Este espectáculo a la verdad no es agradable; pero hay otro mucho más repugnante todavía, y es el de Polifemo en su cueva devorando uno tras otro a los compañeros de Ulises."[120]

Con estas palabras termina el prólogo a las mencionadas Cartas. Vemos por él que Quintana posee un criterio muy moderno de la libertad, y que la defiende con pasión

romántica. Él, que fue romántico "avant la lettre", como vimos, lo es ahora plenamente en la madurez de su pensamiento político. Pero el romanticismo de Quintana, digámoslo una vez más, no tiene tiempo para veleidades estéticas. Se basa en la lucha constante y contínua, siempre vigilante, por la libertad.

Quintana manifiesta su orgullo ético en estas cartas.[121]

Respecto a la Guerra de la Independencia, nos presenta al pueblo escindido en el dilema de seguir la ambición del usurpador que le va a devorar, o a un gobierno desatinado y cobarde que huye dejando a la nación atada de pies y manos. Suponer, nos dice, que los españoles habían de arrostrar los tremendos sacrificios de aquella guerra sin más objeto que asegurar su independencia y rescatar a su rey, sin sacar alguna ventaja interior por tan prodigiosos esfuerzos y remediar sus abusos, es soñar absurdos:

> "Así es que la idea de reformar nuestras instituciones políticas y civiles no fue ni podía ser efecto del acaloramiento de unas pocas cabezas exaltadas, ni tampoco conspiración criminal de un partido de facciosos."[122]

Esta afirmación me parece muy importante, por cuanto demuestra que el interés por conseguir una España liberal y moderna, se había extendido entre un pueblo que, a cambio de los enormes sacrificios que le supuso la guerra, quería también reclamar sus derechos.

Quintana se refiere a la fuerza de hecho que tiene la Constitución. Nos dice que pudo ser mejor o peor, pero su autoridad es incontestable.[123] Aprovecha para realizar un elogio de la figura de Jovellanos, quien con la Junta Central y los esfuerzos de todos, propugnaba la Restauración.[124]

En fin, podemos observar que siempre el Quintana más interesante es el de los escritos políticos.

En este punto, nuestro autor se refiere a los poderes fácticos, que no aceptan la Constitución: el clero, los magistrados, los militares, los grandes y los regulares; todas

las clases que veían iban a perder sus privilegios.[125] Indica Quintana que los reaccionarios fueron finalmente más poderosos, y que no se trató de un fracaso de los liberales, como se ha dicho.[126]

Y sobre la existencia de los dos partidos, las dos Españas:

> "Es preciso desengañarse: en España en aquel tiempo no había más que dos partidos: uno, de los que bien hallados en los vicios del poder arbitrario, repugnaba cualquiera innovación que le moderase y contuviese. Entre estas dos opiniones tan opuestas no había medio ninguno, y cualquiera institución que tirase a conciliarlas hubiera sufrido la misma contradicción y tenido la misma catástrofe."[127]

En la carta segunda escribe: "Vos sabeis, milord, el método que tenemos en España para hacer las revoluciones (...)"[128] Cuando falla el gobierno central se forma una junta de notables, las juntas se comunican entre sí, y así el Estado "que al parecer estaba disuelto, anda y obra sin tropiezo y sin desorden. Esto no es más, según algunos, que organizar la anarquía."[129] Con esta especie de federación funciona el país; es lo que apredieron los españoles cuando Napoleón les invadió.

En fin, junto a la Memoria de 1814, estas Cartas a Lord Holland me parecen lo más interesante que salió de la pluma de Quintana, además de su poema Al mar.

Compara luego la revolución de 1820 a la inglesa de 1688.[130] Señala que el pueblo elige en orden a sus diputados.[131] Se refiere a la alegría del pueblo al gozar de la libertad.[132] Los liberales que salieron de sus calabozos, fueron generosos con sus enemigos.[133] España está alegre en esta época del trienio, y goza del respeto internacional. Tengamos en cuenta este texto:[134]

> "Jamás la España, milord, se había presentado a los ojos de las naciones civilizadas más digna de respeto y maravilla que entonces. Ni cuando las llenó de envidia con el descubrimiento y adquisición de un nuevo hemisferio, ni cuando las agitaba y aterraba a todas con el rigor de su

> esfuerzo, de sus armas, de sus tesoros y de sus intrigas, ni aun cuando despertando de repente del letargo en que yacía, se hizo el campeón de la independencia del continente y les enseñó el modo de arrostrar y de vencer al indómito Napoleón. Otro ejemplo, otro espectáculo era levantarse por sí sola del fango de la servidumbre, sacudir en un momento todas las plagas de la opresión que pesaba sobre ella, y hacer una gran revolución sin escándalo y sin desastres; pasar cinco meses de anarquía sin confusión ni desorden, guardar la dignidad de la virtud en medio de la irritación de las pasiones, y establecer el imperio de la ley constitucional, como el más conveniente al bien general del Estado, sin consideración ni miramiento alguno a intereses privados ni a partidos. Este grande fenómeno político, quizás sin ejemplo en los fastos de las grandes naciones, produjo una sorpresa, un sentimiento de admiración y de respeto universal."

Esta gran revolución sin escándalo y sin desastres va unida a la reconquista de España y victoria sobre Napoleón. Una vez más: a la guerra contra el invasor, superponen los liberales la revolución política como dos factores que van unidos.

Sin embargo el pueblo español tuvo que "luchar con la mayor de las dificultades, la de conciliar políticamente su constitución con su rey."[135]

En un determinado momento, Quintana evita pronunciarse sobre Fernando VII, con la excusa de que no lo trató. Es una afirmación diplomática que viene desmentida luego por las apasionadas referencias en su contra que se contienen en estas cartas. En todo caso señala respecto al rey que por la naturaleza de su formación "la disposición de su ánimo ha debido ser siempre opuesta a un orden cualquiera liberal."[136]

Más adelante indica que la revolución necesitaba tiempo, y hace un retrato del pueblo español, "grave y tranquilo por inclinación, obediente y sumiso por costumbre", hacía falta "tranquilidad y tiempo" para que comprendiera los beneficios del estado constitucional. "La pasión viene después con el conocimiento de lo que la libertad vale, con el hábito y costumbre de disfrutarla, con el calor y la indignación que inspira la

perversa voluntad de destruirla."[137] Y añade:

> "Y no porque deje de haber en los españoles calidades y virtudes propias de los pueblos libres. Yo reconozco en ellos muchas dignas de alabanza; y largo tiempo antes de ahora discurriendo los dos sobre este punto, hallábamos, milord, que de todos los pueblos del continente, este era acaso el más a propósito para recibir con fruto el germen de la libertad. Templado, frugal, sufridor de trabajo y de fatiga, grave, consecuente y algún tanto altivo, sujeto a un régimen y a unas leyes civiles que, si bien defectuosas por otro aspecto, no favorecen demasiado a las clases altas con degradación y vilipendio de las humildes; acostumbrado por más de un siglo a ver entregada la dirección de los grandes negocios del Estado a ministros sacados de la clase media y aun ínfima de la nación, era preciso esperar que recibiese sin repugnancia y se habituase gustoso a un sistema político análogo y consiguiente a tan bellas disposiciones. No hubiera salido fallida esta esperanza a estar él más adelantado en el conocimiento de sus verdaderos intereses, o a tardar algún tanto las intrigas y la violencia con que han sido arrancadas las nuevas leyes que empezaba a disfrutar. Pero todos los pueblos son ignorantes y preocupados, y el español por desgracia lo es tanto o más que cualquiera otro de Europa."[138]

Este texto es muy interesante porque refleja que fue más poderoso el sistema de poderes fácticos heredados desde el régimen anterior, que la conciencia del pueblo de que debía luchar por su soberanía. El dictamen de Quintana es además importante por cuanto asemeja al pueblo español al del resto de Europa: los problemas y actitudes eran los mismos, pero la diferencia estriba posiblemente en el peso de la tradición heredada, en los hábitos políticos del pasado, y sobre todo en la existencia de poderosísimos intereses asociados a toda una forma ideológica y religiosa de concebir la vida contra la que las Cortes de Cádiz habían luchado, pero sin el suficiente tiempo para difundir su

mensaje y las ventajas del nuevo sistema liberal. Esto es lo que trata de decirnos Quintana, quien al mismo tiempo hace un canto de alabanza a las virtudes del pueblo español, al que tanto quería y admiraba.

Se refiere así a "la contradicción del rey y la indiferencia del pueblo", como factores en contra del estado liberal.[139] Pero al mismo tiempo reconoce con sincera honestidad los errores de los liberales, sus ambiciones pueriles y su pasión insensata. Critica también los manejos de Riego.[140]

Al mismo tiempo menciona el prestigio de la revolución española, que querían imitar otros países de Europa. Pero "este movimiento eléctrico hacia la libertad, comunicado con tanta rapidez a pueblos tan diversos, sobresaltó a los reyes (...)"[141]

Existen también importantes problemas financieros y de empréstito.[142]

Hay en estas admirables páginas una bella descripción acerca de cómo el pueblo defiende pacíficamente a sus representantes contra la reacción.[143] La opinión pública, nos dice Quintana, estaba escarmentada en el pasado y esperanzada en el porvenir, a favor de la Constitución.

Quintana critica a los afrancesados,[144] y a los liberales que se convierten en reaccionarios.[145] Menciona "el encono de una secta que, como todas las de su clase, no olvida ni perdona",[146] y a una serie de personajes intrigantes. Es interesante esta alusión negativa a las sociedades secretas.

También se refiere a las fuerzas de oposición, a las que califica de "necios" porque si bien una fuerza contrapuesta a la principal sabiamente combinada sirve para dirigir mejor sus movimientos, la guerra abierta que declararon, supuso un período de inestabilidad.[147] En estas circunstancias se altera el orden y la estabilidad política, y la nación se encontraba con la maldición irrevocable a que la Providencia parecía haberla condenado: "a la triste suerte de no tener gobierno jamás."[148]

Se refiere luego en la carta quinta al asesinato, en su prisión, del eclesiástico reaccionario y conspirador, Vinuesa.[149] Quintana nos presenta igualmente un rey temeroso y desconfiado. Efectivamente Fernando tiene miedo de que le maten también, y nombra a propósito unos ministros incompetentes para desprestigiar al gobierno.[150]

Retrata Quintana a Riego, de quien no tiene un buen concepto.[151] Refleja así el

hervidero de intrigas que existe en el trienio, y lo hace con dolor de hombre honesto que sufre ante los males de su patria. Le parece que ésta es época de suspicacias, de miedos y recelos políticos. Destaca la desunión y la falta de autoridad del Gobierno.[152]

Muestra sin embargo una opinión positiva del tercer ministerio, de Martínez de la Rosa.[153] Pero cuando el gobierno sólo esperaba alborotos por parte de los liberales, los absolutistas hicieron estallar la situación. El ejército y los guardias son los que protagonizan en un primer momento el golpe de estado.[154]

Finalmente Quintana retrata a Fernando, y lo hace con estas palabras:

> "El Rey se mostró en toda esta incidencia igual a lo que había sido siempre. Con los ministros disimulado y dócil, prestándose a cuantas órdenes se exigían de él; con su partido irresoluto y tímido si había de hacer algo por sí mismo: después, cuando el negocio parecía irse inclinando a su favor, duro, insensible y sordo a todas las consideraciones que le exponían los ministros y las autoridades; cuando creyó el negocio ganado, soberbio, inconsecuente, negándose a cuantas promesas suyas habían servido de fundamento para formarse la intriga; en fin, viéndolo todo perdido, amilanado, cobarde y entregado a la merced del vencedor sin dignidad ni decencia."[155]

Quintana nos muestra que la insurrección que acabó con el trienio, estuvo a punto de fracasar.[156] Refleja la inutilidad de los ministros.[157]

Critica nuestro autor a los masones y comuneros, que tenían según dice el mérito de haber contribuído a la restauración del año 20, pero la ambición de sus jefes coadyuvó a la situación de inestabilidad, con sus "medios misteriosos y clandestinos", los mismos "con que se meditan los crímenes"; gobernaban el mundo "del mismo modo con que se conspira".[158] Y añade: "esto era dar a la revolución un aire constante de delito, y derecho a los detractores del orden constitucional para llamarlo a boca llena una conjuración permanente". Y más tarde:[159]

> "Yo no sé, milord, por qué los reyes y sus apóstoles tienen tanta ojeriza a nuestras sociedades secretas. Si ellas en España pusieron en pie a la libertad, también son ellas las que muy principalmente han contribuido a derribarla; porque sin sus escándalos, sin su torpeza, sin su odiosidad, no les fuera el triunfo tan barato a los cien mil alguaciles armados que la Santa Alianza envió contra nosotros."

Quintana se suma así a las palabras que dedicó en un memorable artículo, de gran valentía, Alberto Lista durante el trienio en El Censor, como ya estudié en mi libro, y en 1839 Martínez de la Rosa con términos semejantes.[160]

En la carta octava puede verse que los acontecimientos se precipitan:

> "Con la victoria del 7 de julio se pusieron de manifiesto tres cosas que valiera más quedasen envueltas en las nieblas de la duda. Una era que el Rey conspiraba abiertamente contra la Constitución; otra, que ya no era rey más que en el nombre; otra, en fin, que todos los medios de intriga y facción interiores eran insuficientes a trastornar el orden político que existía, y que la libertad había echado bastantes raíces para resistir a este género de embates. De esta manera quedó desnuda la Constitución del respeto y apoyo que le daba el nombre del Monarca, y se incitaba a los malcontentos a desobedecerla y destruirla con la seguridad de que así le servían y agradaban. Al mismo tiempo se comprometía el orgullo de los demás príncipes para venir a sostener en España la autoridad real vilipendiada, dando al Rey socorros más eficaces que hasta entonces. Tales fueron el objeto y los motivos del congreso de Verona, donde reunidos los potentados predominantes de Europa decretaron repetir la tragedia de Laybach y sacrificar otra nación en los altares de su soberbia. La victoria era más grande, y por consiguiente el escarmiento más eficaz y la satisfacción mucho mayor."[161]

Presenta de este modo a Inglaterra y Francia en contra de la construcción liberal de España. Deduzco que tenían miedo a que se extendiera el ejemplo de la revolución española. Da a entender que si no hubiero sido por la intervención extranjera, se hubiera depuesto a Fernando.

Quintana, llegado a este punto, en la carta octava de 8 de marzo de 1824, vilipendia al monarca:

> "¡Reinar y no tener voluntad suya jamás! ¡Reinar y aparecer siempre en tutela y en cautiverio! ¡Reinar y llamar a cada paso a la nulidad, a la timidez, para disfrazar la inconsecuencia, la falsedad y el perjurio! ¡Reinar, en fin, y verse reducido en todos los vuelcos que dan las cosas en su país a decir a Europa: Me han forzado, me han preso, me han engañado, me han pervertido! ¿Y una voluntad como ésta es la que el poder de los monarcas coligados venía a poner en franquía? ¡Ah milord! El alma que no tiene consejo propio, el corazón pusilánime que de todo tiembla y se aterra, no puede ser libre jamás."[162]

Un buen retrato de Fernando para no haberle tratado, como indicaba Quintana al principio de sus cartas.

Pero Quintana acusa sobre todo a las naciones extranjeras: a Inglaterra -y poco le importa la nacionalidad de su corresponsal en estas cartas- y a Francia sobre todo:

> "No nos engañemos, añadían: los que nos han dejado gemir seis años seguidos bajo el despotismo monárquico y sacerdotal, sin moverse a mediar ni intervenir para mitigar nuestros males, no nos quieren ver libres ni mucho ni poco. Los que sin provocación, sin injuria, sin el menor agravio de nuestra parte, después de reconocido por tres años nuestro actual sistema político, se levantan de repente contra él, han decretado irrevocablemente su ruina en los consejos de su iniquidad. Ni penséis que este ataque se hace a nuestra constitución porque es

> defectuosa; lo que les ofende verdaderamente son sus aciertos, y no sus defectos: la atacan porque es constitución, y esto les basta a los que no pueden sufrir ninguna: la atacan , y cualquiera que ella fuese tendría el mismo destino y la misma odiosidad. Mientras el Rey esté con nosotros, a todo dirá que sí; cuando esté con ellos, atodo dirá que no. (...) ¿Qué les importa vuestra libertad a esos maquiavelistas orgullosos? Lo que les importa, sí, es asegurar la independencia de nuestras colonias con estas agitaciones y oscilaciones contínuas de la metrópoli. Ese es el objeto exclusivo de su anhelo y sus deseos."[163]

El durísimo ataque de Quintana contra un rey débil y falso, y contra la política de Francia e Inglaterra culmina con un juicio muy acertado de las verdaderas razones que movieron la intervención extranjera: conseguir la libertad de las colonias, obviamente para encontrar mejoras de mercado.

Quintana sigue relatando cómo trasladan al gobierno y al rey a Cádiz, pero cometen el error de soltarlo, y éste da por nulo lo que había hecho desde el año 1820.[164] No podemos evitar pensar qué habría ocurrido si los liberales hubieran sido menos filantrópicos y pacíficos, y hubieran dado muerte al rey en aquel momento.

Es interesante que Quintana piensa que lo que faltó en España fue un líder que organizara el ejército, un Washington, un Cromwell, un Napoleón.

En la carta décima, la última, de 12 de abril de 1824, escribe lo siguiente:

> "Mas no porque la defensa de la Constitución haya sido inadecuada al grande interés que estaba por medio, debe deducirse que la nación no quería aquel régimen u otro cualquiera fundado sobre bases liberales. Esta consecuencia, milord, suponiéndola hecha de buena fe y sin malicia, es hija de la ignorancia en que generalmente se está sobre nuestra posición y nuestro carácter. Los extranjeros, que no se quieren tomar el trabajo de estudiarnos y conocernos bien, nos juzgan necesariamente mal. Hoy nos tienen por más que hombres, y mañana nos degradan más

> allá de la condición de bestias. Si tienen por voto nacional los gritos de la canalla de los pueblos, que al son de los panderos y sonajas de las ramerillas pagadas para ellos salían a recibir al Rey pidiéndole cadenas, inquisición y castigos, en tal caso merecen muy bien entrar en la comparsa y gritar también con aquel torbellino de energúmenos atroces. La nación no ha querido ni quiere ni puede querer nunca semejante brutalidad. En ninguna provincia: ¿qué digo provincia? En ninguna ciudad se ha organizado por sí misma la desobediencia constitucional; ninguna puede decirse que se ha levantado contra él hasta que era ocupada por las divisiones francesas o por las bandas de facciosos."[165]

Me parece muy importante este texto, que aporta muchos datos objetivos para la intrahistoria del momento. Hay que estudiar a Quintana todavía mucho, para poder comprender mejor esta época. Y los historiadores se olvidan demasiado a menudo de sus Cartas a Lord Holland.

En fin, nuestro autor culpa del fracaso liberal a la injerencia extranjera, y hay una gran amargura en sus palabras, que son el mejor documento sobre estos hechos.[166]

> "Mas si hay, milord, alguna teoría a un tiempo impracticable y absurda es la que supone el perfecto gobierno de las sociedades políticas en un rey que sin limitación lo mande todo (...)"[167]

Quintana no deja de clamar hasta el final de estas cartas, contra el absolutismo.

> "Al fin las doctrinas liberales llevan consigo mismas el remedio de los abusos que pueden introducirse en su aplicación. Al gobierno que tiene por base de su conducta la equidad y la ley, con ellas se le contiene cuando las desconoce o atropella. Mas ¿cómo contener los excesos de una autoridad suprema que se supone con derecho de hacer todo cuando quiere?"[168]

El único arbitrio que queda a los pueblos ante la tiranía, nos dice Quintana, es la solución turca: "destronarlos, degollarlos, y buscar en su sucesor el arbitrio que el anterior les negaba."[169]

Pero al mismo tiempo se encuentra ante el hecho de la internacionalización de toda política doméstica:

> "La causa del rey de España está enlazada con la de los demás reyes de Europa, y la de nuestros liberales con la de todos los liberales del mundo. Por manera que esta triste nación, sin que puedan protegerla ni su nulidad propia ni el olvido ajeno, tiene que estar siendo mucho tiempo todavía objeto y medio de esperanzas y agitación a los unos, pretexto a los otros de iniquidades y violencias."[170]

Y termina casi con estas palabras:

> "La España de Carlos V hace ya mucho tiempo que acabó; la de Fernando VI y Carlos III también es imposible que subsista; y estas oscilaciones de esclava a libre y de libre a esclava, estas revueltas, esta agitación no son otra cosa que las agonías y convulsiones de un estado que fenece."[171]

Una vez más la clarividencia política de Quintana, y su visión plenamente moderna de la política y del país. Pero esta larga lucha agónica se arrastrará todavía más tiempo del que él pronosticaba.

En fin, creo que este recorrido por el interesante texto de Quintana, se justifica por la visión tan acertada que da de los problemas de la época, que vendría a corregir lo que tantos historiadores posteriores han afirmado con error consciente o no. Quintana es un testigo de excepción de esta época, y hay que remitir a él forzosamente para comprenderla correctamente. Por otro lado el estilo y contenido de estas Cartas, nos

muestran al Quintana romántico, apasionado por los problemas cívicos y por la implantación de la libertad en España.

LAS VIDAS DE ESPAÑOLES CELEBRES.

Uno de los textos que más cuidó Quintana son estas Vidas de españoles célebres. La primera serie, aparecida en 1807, es al decir de los críticos, la más fría y seca de las tres series, pero ello me parece discutible como veremos. La segunda es de 1830 y la tercera de 1833. Notemos que incluso durante su destierro, Quintana se esfuerza en conseguir material de erudición que sirva para redactar estas Vidas, como pone de manifiesto el Epistolario inédito... publicado por Eloy Díaz-Jiménez Molleda.[172] En Cabeza del Buey trabaja este segundo volumen de las Vidas, y aprovecha la llegada de los carreros para encargarles traigan y lleven libros para documentarse, los mismos que luego van a aparecer consignados al principio de cada Vida como explicitación de fuentes; en algún caso se trata de textos y material inédito, que le envía a requerimiento suyo su amigo Antonio de Uguina. El testimonio de esta correspondencia, a que aludiremos después, es de un gran valor humano para comprender al personaje -Dérozier fue injusto en sus juicios respecto a este Epistolario- y lo mismo podemos decir del epistolario inédito que yo publiqué en El alba del romanticismo español, al que haré alusión más tarde.

El precedente para estos textos creo hay que buscarlo en las Generaciones y semblanzas de Fernán Pérez de Guzmán y en los Claros varones de Castilla de Hernando del Pulgar. Robert Brian Tate es sabido que vincula la floración del biografismo a la aristocratización de la España del XV.[173] Sin embargo, creo que en el caso de las Vidas de españoles célebres, Quintana biografía a hombres de a pie, pertenecientes al pueblo, y que han destacado por sus propios valores personales y no por su descendencia nobiliaria. Hay en Quintana un constante valor democrático, y no dedica su esfuerzo a estudiar a los grandes por ser poderosos sino porque hayan hecho algo a favor de la patria y la sociedad. De este modo Quintana crea a los héroes de la patria, y algunos de ellos, como los conquistadores o el caso de algunos soldados, reflejan su espíritu democrático.

Como precedentes de la obra de Quintana me gustaría asimismo señalar la épica culta en verso, de asunto histórico, el caso de Alonso Hernández y su Historia Parthenopea (1516) sobre el Gran Capitán, de asunto rigurosamente histórico y de escaso valor poético. Hay otras muchas obras de épica culta en el Renacimiento y Barroco español, aunque el intento de Quintana -además de ser en prosa- es muy distinto. Quintana es más objetivo, y resalta los valores humanos de los personajes más que sus hazañas pertenecientes a la gran historia. Además, si tenemos en cuenta su interés por la figura de Don Juan de Austria, al que en la correspondencia que he encontrado confiesa haber dedicado una biografía -que no se ha conservado-, habría que mencionar como precedente de este tema la obra del cordobés Juan Rufo la Austríada (1584).

* * *

Explica así Quintana el motivo por el que escribe las Vidas de Españoles Célebres:

> "Las vidas de los hombres célebres son, de todos los géneros de historia, el más agradable de leerse. La curiosidad, excitada por el ruido que aquellos personajes han hecho, quiere ver más de cerca y contemplar más despacio a los que con sus talentos, virtudes o vicios extraordinarios han contribuido a la formación, progresos y atraso de las naciones. Las particularidades y pormenores en que a veces es preciso entrar para pintar fielmente los caracteres y las costumbres, llaman tanto más la atención, cuanto en ellas se mira a los héroes más desnudos del aparato teatral con que se presentan en la escena del mundo, y convertirse en hombres semejantes a los otros por sus flaquezas y sus errores, como para consolarlos de su superioridad."[174]

Quintana alude después, como modelos, a Cornelio Nepote y a Plutarco, refiriendo su lectura infantil de los mismos, la invitación a imitar la virtud de lo que en los personajes es grande y heroico, como las vidas de Arístides, Cimón, Dión y Epaminondas.

Es decir: la intención inicial de estas Vidas es totalmente clásica, y busca la ejemplaridad, si bien una ejemplaridad humana, acorde con la ética laicista plena de virtudes humanas que practicó Quintana siempre.

No obstante, en seguida vamos a ver cómo los protagonsiats de esta Historia que relata, se convierten poco a poco en auténticos héroes románticos, cuyo deambular se sigue a través de documentos, pero en un relato casi novelado lleno de amenidad e interés.

Se ha dicho que Quintana tiene añoranza del pasado imperial de España, y se ha sugerido -es Dérozier quien lo ha escrito- que este canto nacionalista es un tanto reaccionario. No creo pueda decirse tal. A Quintana no le mueve la añoranza del pasado imperial, sino la posibilidad de aprender las virtudes humanas en los grandes protagonistas de nuestra Historia. Aunque la intención inicial de estas Vidas, ya lo he dicho, sea de ejemplaridad neoclásica, pronto los personajes cobran vida por sí mismos, se desembarazan del molde clásico y se mueven con pasión romántica por las páginas que recrea Quintana en esta original empresa.

Así pues, en primer lugar la ejemplaridad laicista -enciclopedista- de estas Vidas. Se trata de pintar los hombres extraordinarios de España, comparables a los grandes héroes griegos. Este aspecto ya indica la transición a la visión idealizada del héroe romántico, pero con la ejemplaridad de ética laicista y humana en la que vengo insistiendo.

> "Y ¿cuál es la nación que no tiene sus héroes propios a quienes admirar y seguir? Cuál la que no ha sufrido vicisitudes del bien al mal y del mal al bien, que es cuando se crían estos hombres extraordinarios? No lo será ciertamente aquel pueblo que alzó en las montañas septentrionales de

> España el estandarte de la independencia contra el ímpetu fanático de los árabes. (...) Salen, en fin, los musulmanes de España, y entonces, a manera de fuego que comprimido violentamente rompe y se dilata a lo lejos en luz y en estallidos, se ve al español enseñorearse de la mitad de Europa, agitarla toda con su actividad ambiciosa, arrojarse a mares desconocidos e inmensos, y dar un nuevo mundo a los hombres. Para hacer correr a una nación por un teatro tan vasto y desigual son necesarios sin duda caracteres enérgicos y osados, constancia a toda prueba, talentos extraordinarios, pechos capaces de la virtud y el vicio, pero en un grado heroico y sublime."[175]

Este texto introductorio a las Vidas, está fechado en junio de 1807. La datación es muy importante para que comprendamos que Quintana trata de excitar los ánimos patrióticos en unos momentos históricos cruciales para el país, cuando éste se encuentra en sus horas más bajas. De este modo, no se trata sólo de una ejemplaridad clásica y teórica la que le mueve a escribir el primer volumen de estas Vidas, sino un interés por los asuntos de la nación, tratar de fustigar y despertar el alma dormida del español, lo que se conseguiría en el año siguiente, cuando nuestro pueblo se enfrentó, sin posibilidad inicial ninguna de victoria, en una guerra a muerte contra el ejército más poderoso del mundo, al que venció, en gran parte gracias a la desorganizada lucha de guerrillas.

Menciona luego a los Retratos de varones ilustres publicados por la Imprenta Real, los epítomes a los que tendremos ocasión de referirnos luego, y señala que:[176]

> "En aquella obra la estampa es lo principal, y el breve sumario que la acompaña es lo accesorio; y si se indican por mayor allí los hechos principales en que está afianzada la fama de los sujetos, no están igualmente determinados la educación, los progresos, las dificultades y los medios de superarlas."

En fin, en estos Retratos Quintana supera con mucho el modelo.

En lo que respecta a las Vidas..., el primer volumen comprende la del Cid Campeador, Guzmán el Bueno, Roger de Lauria, el Príncipe de Viana y el Gran Capitán, y se publica en 1807. El segundo las de Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro y se publica en 1830. El tercero, las de Alvaro de Luna y Fray Bartolomé de las Casas; en 1833 se reimprimieron los dos tomos adicionados con este tercero.

En primer lugar hay que destacar la exactitud de las noticias, para lo que explicita claramente al principio de cada Vida las fuentes que ha utilizado, lo que refleja su erudición y conocimientos, si bien éstos aparecen luego expuestos con un estilo de amena divulgación.

Creo que los dramaturgos y novelistas románticos, van a beber en el ejemplo de estas Vidas el modo como presentar sus personajes, y ello no ha sido puesto de relieve por la crítica.

Estos textos de Quintana constituyen, como decía antes, casi una biografía novelada, parece que está relatando el argumento de una novela, y en ocasiones -sobre todo en el segundo y tercer volumen, en donde ya ha perfeccionado su estilo- recoge auténticas escenas con sus diálogos recreados.

Un dato importante es la relevancia que para Quintana tiene la anécdota significativa, que recrea con todo el colorismo de su imaginación pero también con toda la objetividad de la documentación histórica de que dispone.

Estas Vidas muestran una vez más el interés de Quintana, y de los escritores de la época, por la épica y las acciones guerreras.

Su objetividad está fuera de duda. Así al mismo tiempo que dibuja el valor del Cid, se refiere también a su ferocidad.[177]

El tema de Guzmán el Bueno, que había tratado en el poema A Guzmán el Bueno (1800),[178] le vuelve a ocupar ahora a Quintana. Se trataba de un héroe de época, un héroe que antepone su sentimiento de la patria al sentimiento paternal individual. La gesta tenía su importancia, insisto,en una España desmembrada y en decadencia, en la que hacía falta insuflar este sentimiento patriótico que la hiciera abandonar el marasmo en que se encontraba. En 1777 se había publicado el Guzmán el Bueno de Nicolás Fernández de Moratín, y en 1791 el de Iriarte.[179] El panorama bibliográfico incluído en

mi El alba...,[180] nos da idea de la numerosa cantidad de textos dramáticos de tipo patriótico en la época precedente.

El tema del Cid lo alude también Quintana en A Guzmán el Bueno (1808),[181] y en A España (1808).[182] El Cid y Guzmán son temas que le inspiran, por eso son de las mejores Vidas. Lo que emociona a Quintana de Guzmán es que antepone su sentimiento patriótico a su sentir como padre, en un rasgo de suprema generosidad.[183]

En el mencionado poema A Guzmán el Bueno, Quintana indica que le hubiera gustado vivir en aquella época, la medieval, tan patriótica. Efectivamente lo que atrae a Quintana de esa época es que están descubriendo el sentir de la patria, una patria nueva y joven que empieza:

> "No, España, patria mía:
> no son eternas, no, las torpes huellas
> que de tu noble frente
> empañan el honor; tú en otros días,
> con victorioso patriotismo bellos,
> de gloria ornada y esplendor te vías.
> ¡Ah! ¿Por qué yo, infeliz, no nací en ellos?"[184]

Esta afirmación me parece tan romántica como la idealización del pasado medieval, llena de nostalgia, por la grandeza de los prohombres del momento, auténticos héroes que inspiran las Vidas.

Si el éxito del primer volumen de las Vidas se debió a caer como agua de mayo sobre una España necesitada de la exaltación de los sentimientos patrióticos, los siguientes volúmenes aparecidos en los años treinta, se publican en un período de exaltación romántica del individuo, y en el que las biografías de personajes estaban en boga -véase luego por ejemplo la Galería de la literatura española (1846) de A. Ferrer del Río.-[185] Pero Quintana confiere a sus Vidas una dignidad mayor: la imparcialidad histórica, el uso de numerosas fuentes, su espíritu divulgativo a la par que documentado, y al mismo tiempo -quiero resaltar esto- la enorme amenidad con que narra lo que

parecen argumentos de una novela documentada, también la belleza de su estilo literario. Hay en el momento una auténtica fiebre por la Historia: estudios históricos, dramas históricos, galería de personajes ilustres, luego la novela histórica etc. Como corresponde a un país que buscaba su nueva identidad en el pasado.

De hecho un tema que habría que estudiar todavía es el de la influencia de las Vidas en la novela histórica posterior.

No hay en esta obra observaciones abstractas de teoría política al hilo de lo que va contando, sino narración de movimientos y acontecimientos que caracterizan a cada autor.

En realidad parece que, pese a lo que afirmara en su prólogo, lo que a Quintana le interesa no es tanto la ejemplaridad neoclásica del personaje cuanto su talante humano, los valores humanos de un héroe convertido en personaje romántico de una narración auténtica. De este modo, desde el primero al segundo volumen, en el tránsito entre neoclasicismo y romanticismo, Quintana lo que hace es crear la leyenda romántica del héroe pero -lo que es importante- siempre sobre la objetividad de la documentación histórica que nunca pierde de vista.

La principal virtud que exalta Quintana es la valentía.[186] Notemos también la enorme vivacidad -totalmente novelesca- de la descripción de las batallas que nos hace parecer a los lectores testigos presenciales de las mismas. Las Vidas poseen un importante componente novelesco, aunque sean históricas.[187] Véase por ejemplo la descripción de una batalla naval nocturna de Roger de Lauria contra los franceses.[188] Pero también recoge la crueldad de Roger con los vencidos:[189] los arroja al mar atados, les saca los ojos, etc; más adelante insiste en esta crueldad, propia de las épicas batallas, que son la otra cara de la grandeza bélica.[190]

He señalado la proximidad a la novela histórica posterior de estos textos, pero también habría que semejarlos al drama histórico anterior, que estudié detenidamente en el primer volumen de mi El alba del romanticismo español.[191] Todos estos tres modos literarios corresponden al mismo interés por lo histórico. Los estudios históricos están muy en boga en esta época, y Lista dedicará numerosos esfuerzos al tema.[192]

En fin, Quintana busca la objetividad sobre la que cimenta la leyenda, pero una

leyenda que surge, no de la invención, sino de la verdad de los sucesos documentados.

De este modo Quintana no sólo realiza una labor de síntesis de otros libros de Historia, sino que con una gran personalidad y originalidad literaria, perfila la figura del héroe protagonista, que ya con su nombre da sentido a la Vida en cuestión.

Pero Quintana no cae en la idealización fácil, y trata de ser objetivo y realista:

> "El teatro de crímenes y sangre en que se hallaron los personajes pintados hasta aquí, se hacía menos horrible con la admiración de sus hazañas y el lustre de su gloria y su fortuna."[193]

Respecto a este primer volumen de 1807: en la vida del Cid, Quintana nos muestra la leyenda de un gran hombre; en la de Roger de Lauria la crueldad y valentía de un hombre de mar; en la de Guzmán el sacrificio del sentimiento personal en aras del bien de la patria; en la del Príncipe de Viana el complejo entramado del poder político de la época. La de menor calidad literaria de las citadas es la última, que posee escasa tensión narrativa. Las de mayor vivacidad,la del Cid y Guzmán.

La Vida de Guzmán el Bueno parece más próxima aún a un texto novelado. Es falso que la primera serie de las Vidas sea más seca. Ya en la del Cid comprobamos el saber hacer narrativo del autor, pero conforme avanza en la redacción de las sucesivas vidas y llega por así a la de Guzmán el Bueno, observamos un perfeccionamiento en la técnica empleada, que tiene gran interés. De este modo la vida de Guzmán el Bueno está salpicada de diálogos y anécdotas que la hacen parecer una historia novelada.[194]

Se refiere en esta Vida de Guzmán el Bueno a la convivencia entre moros y cristianos.[195] Y comprendemos muy bien, después de su lectura, hasta la intimidad personal de Guzmán,[196] y los motivos por los que va a la plaza de Tarifa. También el asesinato de su hijo, que supone el nudo trágico del texto.[197]

Ya en estas primeras Vidas Quintana se ha encariñado con su personaje, por ejemplo con el Cid y Guzmán, pero ello no sucede en todas. En fin, cuando se enfrenta a la crueldad y ferocidad de la Edad Media, Quintana nos aporta una lección de humanismo.[198]

La Vida del Gran Capitán está constituída por una sucesión de gestas y batlallas, con alusiones interesantes al origen del mal francés, de carácter sexual.[199] También se menciona la valentía de Garcilaso de la Vega, embajador en Roma, que escaló los muros de la fortaleza de Ostia.[200]

Grandeza del Gran Capitán, que pide al Papa perdone al pirata Menoldo después de haberle vencido en Ostia.[201]

En fin, la Vida del Gran Capitán tiene vivacidad e interés igualmente. Hay muchas escenas narrativas, con diálogos o parlamentos textuales.[202]

Un personaje que aparece mucho es García de Paredes,[203] al que dedica también un epítome en los Retratos de españoles ilustres, en el volumen 11º. Es un personaje casi novelesco que entusiasma a Quintana.

Hay escenas llenas de colorismo narrativo, con el motín de las tropas del Gran Capitán,[204] también la escena de los torneos.[205] Tienen todo el sentir del romanticismo, son auténticas cuadros narrativos pero basados en hechos objetivos. Quintana reconstruye la Historia para acercarla al lector y hacerla asquible.

En fin, si bien no es cierto como ha afirmado la crítica que las primeras Vidas de 1807 son más secas, es evidente que en los dos sucesivos volúmenes de las mismas, Quintana ha perfeccionado mucho su estilo y técnica de narrar los hechos, y que además se ha hecho más permeable todavía al romanticismo. De este modo, la Vida del Gran Capitán está llena de color y de anécdotas, que transmiten la leyenda de un pasado heroico lleno de valentía, en el que Quintana se inspira para despertar a un pueblo que está dormido por la decadencia de sus gobernantes. La Guerra de la Independencia dio lugar a este despertar, si bien los frutos de futuro del mismo quedaron momentáneamente abortados en 1814.

Creo que pese a la sencillez divulgativa y la concisión de los epítomes que estudiaremos, suponen igualmente una gran documentación, cuyas fuentes se encuentran en algunos casos -hay epítomes que ya habían sido tratados en las Vidas- al principio de cada Vida.

Hay en esta Vida del Gran Capitán, tremendas descripciones de combates.[206] Y se recoge la generosidad del Gran Capitán, que llega a ofrecer su casa a los soldados

insatisfechos con el botín, para que la saqueen. En varias ocasiones destaca la generosa magnanimidad de este personaje. Tambien refleja a los secundarios con vivacidad, así el tremendo retrato de César Borgia.[207] Quintana tiene un objetivo y positivo concepto histórico de personajes como el de Isabel la Católica.[208]

Es muy interesante el ambiente que refleja en estos textos: la caballerosidad aguerrida de los líderes, y el ambiente de los soldados en los combates. Quintana nos traslada a todo un mundo, que cobra vida con sus descripciones. De paso, ofrece un perfecto cuadro de la vida de penalidades del soldado.[209]

Es interesante el retrato que presenta del rey Fernando, negativo, en contraste con el positivo de isabel. La generosidad de Gonzalo frente al torcido temperamento de este rey.[210] Es divertida la escena de las cuentas del Gran Capitán.[211]

Hay un auténtico tema de novela más adelante: el Gran Capitán parece va a combatir de nuevo, en su vejez,[212] incluso se alistan sin sueldo soldados de todas partes, pero Fernando deshace el ejército. El Gran Capitán queda triste, pero reparte el dinero entre su ejército,[213] haciendo gala siempre de liberalidad y generosidad. Podemos sentir la enemistad del mezquino Fernando.[214]

En fin, Quintana se ha ido superando de vida en vida. La del Gran Capitán ya tiene auténtico garbo narrativo, y se sigue con amenidad, porque se ha encariñado con el personaje -cosa que no ocurre con todos los protagonistas del libro-.

* * *

La Vida de Vasco Núñez de Balboa es el retrato de la situación del conquistador:[215]

> "Su suerte, sin embargo, iba a ser igual a la del primero. Sin provisiones para subsistir mucho tiempo, sin paciencia y sin costumbre de cultivar,

> los españoles no podían mantenerse sino a fuerza de correrías. Recurso incierto, y más que incierto, peligroso, porque los indios del país, naturalmente feroces y guerreros, no sólo se defendían casi siempre con ventaja, sino que, terribles con flechas enhervoladas, los asaltaban a cada momento sin dejarlos reposar. Los bastimentos se acababan, la gente se disminuía con la fatiga y el hambre, y todos desalentados y abatidos con tanto contratiempo, no veían otro término a su miseria que la muerte, ni otro modo de evitarla que la fuga."

Parece querer decir que la pretendida crueldad de la conquista americana, que se ejerció tanto por parte de los soldados como de los salvajes, se explica por el carácter aguerrido de los soldados españoles, que tan bien refleja por ejemplo en la Vida del Gran Capitán.

El riesgo, la grandeza y la miseria de la vida militar, se pone una vez más de manifiesto en esta vida y en la anteriormente citada. Es un espléndido retrato del soldado: de su codicia tanto como de su valor.

En fin, Quintana se siente fascinado, y nos transmite esta fascinación, por la tremenda gesta española en América.[216] Es un admirable retrato lleno de virilidad y audacia. Una auténtica novela -real- de aventuras.

Con toda la serie de intrigas, gestas de valor y crueldades, esta Vida -probablemente la mejor, junto a la de Gran Capitán- constituye una novela increíble y cierta.

Nos aporta incluso la descripción física de Balboa, que aviva la imaginación del lector. Así se refiere a él:

> "¿Quién era pues este hombre que sin título, sin comisión, sin facultades, así sabía influir en sus compañeros y suplantar a los personajes cuya autoridad era legítima y los derechos al mando incontestables? Tan audaces todos, tan codiciosos como él, tan ambiciosos de poder y mando, ¿por cuál razón se dejaban guiar y dirigir así por un hombre oscuro,

privado, menesteroso como el que más?"[217]

Hay también en esta obra una bella y objetiva descripción de los indios.[218]

Recoge Quintana de este modo con objetividad tanto el valor sin duda de los conquistadores -que eran sólo un pequeño puñado de hombres luchando contra todo un pueblo que conocía el terreno- como su codicia al despojar de todo el oro a los indios.[219]

> "Tenían pues los descubridores que abrirse camino por medio de dificultades y peligros, que sólo aquellos hombres de hierro podían arrostrar y vencer."[220]

Pero aquellos hombres de hierro, como acertadamente los califica Quintana, poseían una desmesurada codicia de oro.[221]

Al mismo tiempo describe las alianzas de los indios con los españoles, e incluso hay lugar para una novelesca historia de amor: la india amada de Balboa, que había sido advertida por su hermano de un ataque, se lo relata al conquistador, impidiendo así una matanza.[222] También se cuenta cómo los españoles se adecúan al modo de vida de los indios.[223]

Igualmente, el anticlericalismo de Quintana le lleva a retratar con objetividad la ambición económica del Obispo, y las intrigas de los enviados del rey Fernando para acabar con Balboa.[224]

Hay tiempo incluso para la lección humana -todas las Vidas son una gran lección humana-:[225]

> "Preguntaban ellos cuando llegaron, por el paraje en que se cogía el oro con redes, y los del Darien les respondían que las redes para coger el oro eran la fatiga, los trabajos y los peligros: así habían hallado ellos el que tenían, así los otros tendrían que procurarse el que codiciaban."

Los conquistadores acaban luego muriendo de hambre y de calamidades.

Quintana nos muestra la dureza de la vida de estos conquistadores, y parece exculpar la violencia guerrera de Balboa con los indios, pero no la del enviado Pedrarias.[226]

Relata el miedo que todos tienen al Obispo,[227] quien trama casar a Balboa con la hija de Pedrarias, enemigo del conquistador.[228]

En fin, podemos apercibirnos de la objetividad imparcial de Quintana. Es falso que añore el pasado imperial, y su postura es contraria a la descolonización, como puse de manifiesto en mi trabajo sobre el tema.[229] Lo que admira nuestro autor es la talla humana de los grandes conquistadores, pero al mismo tiempo presenta la red de intrigas, de clérigos y enviados de la Corte, que no quedan bien parados en este retrato apasionante.[230] Y el fin tremendo de Balboa, a quien cortan la cabeza por encargo de su rencoroso enemigo Pedrarias.[231]

* * *

Llegamos así a la Vida de Francisco Pizarro, personaje al que también dedica un epítome, como a Núñez de Balboa y García de Paredes.

Quintana admira a este hombre hecho a sí mismo, que surgió desde lo más bajo.[232]

Lo que canta Quintana es la gesta humana, no la colonización en sí misma. Se entretiene en relatar las dificultades y reveses que sufren los conquistadores, que superan con esfuerzo y suerte.[233] Los conquistadores se curaban las heridas ¡con aceite hirviendo!, es sólo un detalle entre los muchos que sirven para situarnos en el mundo que relata nuestro autor.[234]

La vida de Pizarro es menos interesante que la de Balboa, porque Quintana resume aquí los hechos históricos ciñéndose mucho a las fuentes, sin empatizar realmente con el tema. No existe la vivacidad narrativa que tiene la vida de Balboa o del Gran Capitán. Aunque se hace más interesante conforme avanza.[235] Pero a Quintana no agrada por ejemplo la crueldad de Pizarro.[236] No obstante esta vida parece también una

Historia novelada y tiene cierto interés.

Parece en ocasiones que Quintana fuera testigo de la batalla que describe,[237] lo que confiere una especial intensidad a la narración. El lector es transportado a la escena de los sucesos, ve con los ojos del narrador allí presente.

Por otro lado Quintana se documenta en fuentes de primera mano,[238] así se relata la jornada según una carta de Hernando Pizarro a los oidores de Santo Domingo.

Pero al mismo tiempo que admira el temple y valor de los conquistadores, critica claramente su crueldad inútil con los indios a los que despreciaban.[239] Recoge noticia de sus botines y rapiñas, que si bien algunos entienden en parte fruto merecido del soldado, le parece reprobable.[240] Indica que de Perú se llevaron muchas riquezas.

Pero Quintana en esta Vida es excesivamente prolijo en relatar las proezas de los conquistadores. Las Vidas ganan en general cuando se apartan de la documentación muy rica que poseen y que se se encuentra siempre en la base de lo que historia. Entonces es cuando el relato cobra una mayor vivacidad. Aunque Quintana quiere siempre ser objetivo, y sacrifica su imaginación en muchas ocasiones a la veracidad de lo que lee acerca de las escenas que está reflejando.

Tremenda y muy viva es la escena del prendimiento de los hermanos Pizarro, un auténtico relatro breve muy bien novelado.[241]

Refleja muy bien las disensiones internas entre los conquistadores, que ensombrecen su gesta por la ambición y la envidia.

Quintana encuentra siempre un hueco, no sólo para las descripciones noveladas, sino también para realizar espléndidos perfiles psicológicos de los personajes, como el de Almagro.[242]

La obra contiene además detalles domésticos de interés: Alvarado juega a las cartas con su prisionero Hernando Pizarro, y pierde, pero éste le devuelve el dinero que le debía, lo que le gana más a su favor.[243]

Los personajes incluso dialogan, con la gallardía propia de su valor.[244] Una vez más nos encontramos ante un texto que convierte la árida Historia de los documentos en que se basa, y los transforma en una novela, si bien imparcial y objetiva.

Intrigas, venganzas y rencillas entre los conquistadores, en su lucha por el poder.

Es el trágico destino de los conquistadores el que aquí nos refleja Quintana: los que no terminan asesinados, acaban tan pobres que tienen que compartir hasta la capa.[245] El retrato humano que de ellos nos hace es magnífico, y creo que la crítica aún no ha reparado suficientemente en su importancia.

Naturalmente que cuando lleguemos a los epítomes que voy a recoger, comprenderemos que los ricos matices de las Vidas se pierden allí al tratarse de una síntesis apresurada. Invito por tanto al lector a que se enfrente a las Vidas que están esperando ser rescatadas del olvido.

Si se quiere un diálogo magnífico entre enemigos, se encuentra en el texto que comento.[246] Los españoles son muchas veces enemigos entre sí, pero generalmente manifiestan, incluso en esta lucha despiadada por el poder, una grandeza y caballerosidad de ánimo, y llegan a cambiar su comportamiento ante un gesto de honor o de sinceridad de su contrario. Siempre he creído efectivamente que el espíritu caballeresco español, que fundamenta al decir de Lista el alma del teatro áureo español, no constituye simplemente un tópico literario, sino que respondía a una época que manifiesta así las únicas virtudes que podía aportar una visión aristocrática y guerrera de la vida.

En fin, quiero destacar que en esta Vida de Pizarro se encuentran igualmente un sinnúmero de personajes secundarios que el autor describe y recrea, destacando por ejemplo la figura de Almagro. De este modo Quintana nos introduce no en la vida singular y solitaria de un sólo héroe, sino que presta atención a todo un universo de personajes asociados a su perfil, lo que hace cobrar vida a la narración y la convierte en un fresco inigualable, mediante el que penetramos en un auténtico trozo de la Historia, recreada de la manera personal que acostumbre nuestro autor.

Y aún hay tiempo, en las palabras finales de esta Vida, para la lección moral, pero de una ética humana, la grandeza de las virtudes humanas que admiraba y practicaba Quintana: "(Almagro y su hijo) pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos."[247]

* * *

En la Advertencia preliminar a las dos vidas siguientes, que figuraba al principio del segundo volumen de las Vidas, Quintana nos cuenta el plan inicial de las mismas, que impidió la Guerra de la Indepedencia:

> "(...) Y aunque el título indeterminado y vago que le puso dejaba libertad para dar la forma y extensión que quisiese a su trabajo, bien se conocía que el intento era escribir una biografía de los hombres más eminentes que en armas, gobierno y letras hubiesen florecido en España. A aquellas cinco vidas primeras debían seguir las de los personajes más señalados en los fastos del Nuevo Mundo, Balboa, Pizarro, Hernán Cortés, Bartolomé de las Casas. Los célebres generales del tiempo de Carlos V y su sucesor formarían la materia del tomo III. El cuarto se compondría de las vidas de los estadistas más ilustres, desde don Bernardo de Cabrera hasta el conde-duque de Olivares. Y por último, en un tomo V se darían aquellos hombres de letras sobresalientes que en los acontecimientos que por ellos pasaron ofreciesen argumento a una relación interesante e instructiva: tales podrían ser Mariana, Quevedo, Cervantes, y algún otro."[248]

El segundo volumen de este libro lo realizó Quintana, como veremos en seguida, en el destierro, con muchas dificultades económica y materiales para acceder a las fuentes de documentación, y remito nuevamente al Epistolario que comentaremos después.

Quintana había perdido, en los años 30, el fervor apasionado de su época de juventud, que añoraría en sus poesías más tardías, como A Somoza (abril 1826):

> "(...)

cuando del Padre Océano
canté el poder y la gloria,
escuchándome las Ninfas
y aplaudiéndome las ondas,
o cuando rayos lanzaba
al opresor de Europa
en ecos antes no usados
de las Musas españolas.
Huyó aquel tiempo; los años,
las desventuras me agobian,
y lo que antes fue osadía
en desaliento se torna.
(...)
La libertad y la patria
con la luz que las corona (...)"[249]

De la contínua preocupación de Quintana por el tema de América nos hablan estas líneas en defensa de los conquistadores:

> "A los extraños, que por deprimirnos nos acusen de crueldad y barbarie en nuestros descubrimientos y conquista de Nuevo Mundo, podríamos contestar con otros ejemplos de su misma casa, tanto y más atroces que los nuestros, y en tiempos y circunstancias harto menos disculpables. Pero esto ¿a qué conduciría? A volver recriminación por recriminación, y enredarse en un vano altercado de declamaciones inútiles y odiosas, que ni remedian los males pasados ni resucitan los muertos."[250]

En este punto añade el núcleo de la argumentación que luego expresará en la vida del Padre Las Casas:

> "El padre Casas a lo menos, cuando tronaba con tal vehemencia, o llámese frenesí, contra los feroces conquistadores, no lo hacía por una ociosa ostentación de ingenio y de elocuencia, sino por defender de su próxima ruina a generaciones enteras que aún subsistían y se podían conservar. Y de hecho las conservó, pues que a sus contínuos e incansables esfuerzos se debieron en gran parte las benéficas leyes y templada policía con que han sido regidas por nosotros las tribus americanas: Ellas subsisten aún en medio de las posesiones españolas, mientras que en los países ocupados por otros pueblos de Europa sería por demás buscar una sola familia indígena; y esta respuesta, la más palusible que podemos dar a nuestros acusadores importunos, se la debemos también a aquel célebre misionero."[251]

Quiero insistir en el importancia que el tema de las colonias tuvo en la política -no así en la literatura- del momento. Los países que intervinieron en la Guerra de la Independencia española buscaban el bocado de estas colonias, para lo que se precisaba alentar previamente su independencia, que es la política que siguió Inglaterra -ante el desconocimiento de Blano White, que poseía una visión idealizada de este país, al que quería convertir en árbitro tolerante que garantizara el equilibrio mundial, ignorando sus aspiraciones de dominio económico.-

Pero volviendo a nuestro asunto, ¿qué fines persigue Quintana al escribir estas Vidas? Creo que los siguientes: 1) responde al interés de los intelectuales y del público por la Historia de España, en un momento incierto en que el país navegaba hacia nuevos rumbos desconocidos y necesitaba recomponder su identidad nacional; 2) elige a los grandes héroes -me atrevería a llamarlos románticos- de nuestra Historia, y los presenta con objetividad en el claroscuro de sus virtudes y defectos, componiendo un cuadro de enorme vivacidad narrativa pero cimentado en hechos objetivos que vienen fundamentados por la explicitación de las fuentes en que se basa para su biografía, que figuran al principio de cada Vida; 3) ilustra el pasado nacional, pero aportando también

una visión crítica que es inusual en la Historia de la época: descolonizadora, antiabsolutista, contraria a la crueldad de los conquistadores, contra Fernando el Católico etc., porque Quintana tiene siempre, en la base de toda su obra, la formación enciclopédica, voltairiana y rousseauniana de la existencia.

Se trata por tanto de una obra de divulgación, aunque supone una labor de investigación de primera mano, en las numerosas fuentes que cita, incluso con referencia a documentos inéditos.

Al mismo tiempo es también una texto de propaganda nacional, pero sin chauvinismo. Como toda la obra de Quintana, incluída la poética, la preocupación por los temas nacionales y patrios es fundamental, junto a su espíritu de libertad sin el que aquélla no puede entenderse. Es decir: preocupación por España sí, pero por una España en libertad. Trata de mostrar al español que debe estar orgulloso de las figuras de su pasado, y de este modo fustigarle para que despierte de la modorra ideológica en que se encuentra sumido -notemos lo significativo de las fechas- tanto antes de la Guerra de la Independencia, con el espectáculo de la desunión e incompetencia de la familia real, como en los años 30 inmediatamente antes de que muriera Fernando VII, con lo que supone entraríamos en una nueva era, en la que serían posibles los ideales de libertad por los que había luchado tanto durante toda su vida.

Me atrevo a indicar que las Vidas constituyen una obra de signo romántico, pero del romanticismo español, que es tan peculiar, y que encontraremos también por ejemplo en la poesía revolucionaria de Espronceda por ejemplo. El español idealiza, pero no se pierde en la idea, ennoblece la realidad pero no la pierde de vista. Es la visión del Quijote, la tensión entre realidad/idealidad que no pierde los dos fieles de la balanza, la dinámica quijotesca de nuestro carácter.

La peculiaridad del romanticismo español, además de estar influenciada por lo característico de las fuentes de nuestra tradición literaria -para lo que tengo que remitir a mi libro sobre Lista una vez más-, surge de una preocupación política. El romántico español no tuvo tiempo para los tranquilos esteticismos de los ingleses y alemanes, para las brumas nostálgicas, para las idealizaciones desdibujadas. El romántico español vive una época en la que es necesario, desde la revolución liberal que significó nuestra Guerra

de la Independencia gracias a personajes como Quintana, un compromiso ético y político con la realidad del momento. El romántico español no tiene tiempo para la estética hasta llegar a la musicalidad evanescente y apasionada de un Zorrilla posterior.

* * *

Pasemos brevemente a las Vidas que faltan, en primer lugar a la Vida de Don Alvaro de Luna.

Notemos que Quintana admira profundamente al personaje hecho a sí mismo, como la mayor parte de los conquistadores, como Pizarro, como Luna, abandonado de niño por sus padres, despreciado casi como ilegítimo -Galdós cantará más tarde al héroe de origen ilegítimo como símbolo de la España popular del futuro-, al hombre que se hace a sí mismo de la nada. Es el mensaje de Quintana al pueblo llano de la joven España.

Esta Vida tiene también mucho color, y un sentido más netamente romántico del pasado medieval, una época en la que como vimos confesaba Quintana deseaba haber nacido. Por otro lado aquí está un Quintana en plena madurez de recursos, dominando el arte de este tipo de narración histórica y biográfica.

De hecho parece que nos encontramos, más aún si cabe en esta Vida, ante el resumen argumental de una novela histórica romántica. Utiliza la misma técnica que apenas un año después usará Larra en el Doncel, sobre todo cuando se mencionan, en esta novela, las fuentes históricas que se resumen, perdiéndose algo de la frescura narrativa que por el contrario encontramos en la vibrante novela de Espronceda Sancho Saldaña.[252]

Insisto en que la influencia que tuvo las Vidas de Quintana sobre la novela histórica española está aún por estudiar.

Quintana retrata primero psicológicamente a los personajes entre anécdotas y

relatos, y después hace un resumen histórico objetivo de la época para continuar situando la acción. De este modo pasa de la subjetividad inicial que confiere pasión y vida al relato,[253] a la objetividad más distante de los hechos históricos que se resumen.[254]

Creo que un leitmotiv importante que subyace a todas estas Vidas es la explicación de la génesis de la grandeza de España, desde el Cid y Alvaro de Luna en la Edad Media, hasta la época de Fernando el Católico con el Gran Capitán, pasando por la época de los conquistadores para acabar en la crítica del pasado que supone resumir la Vida de Las Casas. Pero esta visión de la grandeza pasada se realiza con una visión crítica y moderna, propia de un lector apasionado de la Enciclopedia, de Voltaire, de Rousseau y Montesquieu, que pone de relieve también no sólo las virtudes humanas del personaje -que cobra así un aspecto de héroe romántico- sino también -es el lado ético y de compromiso político del romanticismo español- la crueldad política de esta época pasada.

Notemos que cuando Quintana convierte los documentos en recreación narrativa llena de color, las Vidas poseen un enorme interés literario en determinados pasajes.[255] En los epítomes que comentaremos en seguida, ese colorismo y vivacidad narrativa está forzosamente reducido a escuetas líneas de sugerencia, pero algo de ellos queda de modo admirable -el retrato del pintor mendigo, el de García de Paredes etc.-

La Vida de Don Alvaro de Luna parece, como he venido diciendo, una novela histórica, con parlamentos textuales de los protagonistas.[256]

Notemos que para Quintana el mismo halo de evocación romántica tiene el mundo medieval que tanto ama, que el de los conquistadores de América. Quintana parte siempre de una comprensión ideológica del hecho -también en su poesía- y de ahí surge -con mayor o menor calor, según su sentimiento sea más o menos cercano y empático al tema- su elaboración literaria, la Vida. Las últimas son aún más novelescas.

Pero de todos modos, frente a lo que ha dicho la crítica, prefiero las primeras Vidas, en las que la fogosidad ardiente del temperamento del joven Quintana se manifestaba con toda su fuerza. Estas últimas Vidas, pese a los elementos novelescos que aparecen por ejemplo en la de Alvaro de Luna, son más pesadas y prolijas, los documentos históricos ahogan el temple del narrador. Cuando la Historia prima sobre su

pluma y gallardía humana, la Vida de Quintana pierde en valor literario.

En fin, Quintana como hombre político que es, expone con lucidez los móviles políticos y las intenciones ocultas que mueven a cada personaje, en el mapa estratégico de cada situación que plantea su biografía relatada. Y alrededor del personaje protagonista que da nombre a la Vida, aparece una vez más todo un universo de pequeños personajes que lo arropan con el calor de su existencia, y que son igualmente interesantes.

* * *

Así comienza la Vida del Padre Las Casas, a la que me referí en mi libro sobre la descolonización romántica:[257]

> "Los hombres que como el padre Casas han tomado a su cargo la defensa de grandes intereses y seguido una larga carrera de debates y controversia, suelen dar a las opiniones y negocios en que entendieron el carácter eléctrico de su espíritu: de modo que parece casi imposible tratar de ellos, aun largos siglos después de muertos, sin tomar parte en el movimiento y pasiones que excitaron. De aquí la dificultad de escribir los sucesos de su vida con aquella serenidad y templanza propia de la historia (...)"[258]

Frente al anticlericalismo de algunas alusiones de Quintana, sobre todo hacia los personajes eclesiásticos poderosos -obispos etc.-, nos muestra que admiraba y respetaba profundamente la abnegación y hombría de bien de algunos religiosos de espíritu filantrópico, que no perseguían conseguir riquezas o poder, sino la difusión simple y clara de la religión cristiana y proteger a los desfavorecidos -los indios-.[259]

Creo que es la Vida más interesante, desde el punto de vista humano y literario,

de todas las que escribiera Quintana.

Se refiere a las barbaridades que hacen los conquistadores españoles con los pacíficos indios, debido a que sólo les movía la codicia y el afán de hacerlos esclavos. El tema de la esclavitud de los indios aparece constantemente en esta Vida,[260] y refleja el sentimiento de los liberales de Cádiz al respecto.

Muestra que Isabel la Católica, y luego Carlos V, estaban contra la esclavitud:

> "Mucho había que remediar y aun castigar en las cosas que hizo Ovando. Pero antes de que él volviese a España murió la reina Isabel, y si los castellanos la lloraron con lágrimas de dolor y admiración, los indios debieron llorarla con lágrimas de desesperación y de sangre."[261]

Hay datos de interés, por ejemplo respecto al origen de la palabra encomienda.[262]

Quintana defiende implícitamente en este texto los derechos del hombre, aplicados al caso de los indios.[263]

Pero del mismo modo que presenta, con todo género de detalles, la crueldad y la codicia de algunos conquistadores, a los que considera poco menos que piratas -verdaderos caribes les llama-,[264] también recoge las medidas que los diversos gobiernos españoles tomaron a favor de los indios, pues había en el gobierno de España quien los defendía.[265] Y por supuesto la enorme labor de las Casas con ellos, primero como Licenciado y luego como fraile y finalmente obispo de Chiapa.[266]

Igualmente se refiere a la incomprensión inicial de los indios con los religiosos inocentes que acompañan a los conquistadores, a los que degüellan en venganza.[267] Los indios son también salvajes en su respuesta a la provocación de los españoles.[268] Se encuentran así relatos del horror que algunos conquistadores sin escrúpulos -que no eran todos- llevaron a América,[269] aunque también refleja que había gente noble como las Casas, y partidarios de los indios en el gobierno de la metrópoli.

Pero todo este gigantesco y magnífico cuandro de las Indias, nos muestra creo una visión en claroscuro: había españoles piratas y españoles honestos.

Casas tiene la idea de llevar labradores castellanos a la tierra y negros a las

minas, para impedir la necesidad de la esclavitud por parte de los conquistadores sin escrúpulos.[270] De lo último, que se le ha criticado mucho, dice Quintana que se arrepintió después.[271]

Es muy interesante el relato de nuestro autor por su objetividad. Pide de este modo a los historiadores que estudia, que aporten pruebas de sus afirmaciones, sabiendo que se encuentra ante materia difícil y sometida a prejuicios ideológicos. Eso se deduce de alguna afirmación que hace.[272]

Presenta a Casas como un gran organizador, y recoge con detalle sus interesantes proyectos.[273] También su admirable valentía al enfrentarse con el obispo.[274]

Esta escena, como otras muchas, se narra con diálogos que deduce o imagina Quintana de sus estudios históricos, y supone las palabras que debió utilizar cada personaje. El texto cobra así un carácter novelesco, en su amenidad y plasticidad narrativa, pero sabemos siempre que nos encontramos ante una verdad objetiva, que se fundamenta en sólidos conocimientos históricos por parte del narrador-Quintana.

Quintana es así originalísimo en estas Vidas, y crea -recrea- un género a caballo entre la Historia más objetiva que los datos de su época podían aportarle, y la novela también objetiva de carácter histórico. De este modo nos ayuda a comprender mejor el mundo de Indias y la España de la época, que queda retratado con una belleza y una vivacidad que no se encontraría en un aburrido texto de Historia. Podemos entender este texto como una auténtica novela de aventuras, pero de aventuras reales y ciertas, de verdad objetiva.[275] Los diálogos son de una gran vivacidad y nos da la impresión de que las escenas transcurren ante nuestros ojos.[276]

Es por tanto un retrato muy rico y detallista el que se nos ofrece en estas Vidas, cuyo título creo no sólo se debe al carácter biográfico que pretende, sino también a la vivacidad que muestra el relato.

Quintana aporta por consiguiente una visión liberal del tema americano, basada en sus investigaciones al respecto. Al mismo tiempo que defiende a nuestro país de algunas imputaciones injustas que se le han hecho, denuncia otros hechos. Es lo que no quiso comprender Cueto en su estudio sobre nuestro autor, partiendo de una posición excesivamente conservadora. Por todo ello señala nuestro autor que en muchas fuentes

históricas existe parcialidad a favor de los conquistadores.[277]

Lo que trata de hacer las Casas es ganarse a los indios convenciéndoles pacíficamente por medio de la enseñanza de la religión, y no mediante la guerra y la crueldad. Y hace un interesante experimento, demostrando que ello es posible, con los guerreros más bravos y difíciles. Es curioso que seducen a los indios por medio de la poesía y el canto.[278] Estos quieren finalmente imitar a los españoles en religión y modo de vida.

Se manifiesta así la valentía de las Casas, y su entrega a la labor que le iba a ocupar toda su vida. Motivado por él el Gobierno dicta numerosas providencias en favor de los indios, por ejemplo en 1540.[279] Pero a lo largo de la Vida que comento, veremos las dificultades prácticas, una vez en Indias, que las Casas tendrá para llevar a cabo su labor,[280] y el singular valor de que hace gala con su filantrópico pacifismo.[281]

No obstante Quintana pone de manifiesto que al menos en lo que concierne al gobierno de la metrópoli había una voluntad de acabar con los excesos:

> "Medio siglo hacía que se había descubierto la América, y puede decirse que desde entonces no hubo provisión ni despacho alguno del Gobierno en que no se encargase el buen trato de los indios, y no se declarase que su conversión a la fe y su adelantamiento civil eran el objeto primero y principal de la autoridad suprema. Mas la repetición contínua de estos encargos probaba su ineficacia o su contradicción, y la despoblación del país denunciaba al cielo y a la tierra la ineptitud o el abandono de sus nuevos tutores."[282]

Quintana es defensor de la postura española, a la vez que denuncia las injusticias cometidas. De este modo poco más adelante señala que:

> "Entonces fue también cuando escribió (las Casas) su célebre tratado de la Destrucción de las Indias, el más nombrado de todos sus escritos, y donde, al paso que los amantes de la humanidad encuentran tantos

> motivos para horrorizarse y llorar, han ido a beber también cuantos declamadores han querido ejercitar su talento o desahogar el veneno de sus prevenciones y de su envidia contra los españoles. El tono era acre, las formas exageradas, los cálculos de población y de estrago abultados hasta la extravagancia, y aun contradictorios entre sí. El autor, en vez de contar, declama y acusa (...)"[283]

Considera Quintana que fue el error más grande de su carrera la publicación de este tratado,

> "no porque no debiesen denunciarse al universo los crímenes que hubiesen sido cometidos por los descubridores del Nuevo Mundo y los infortunios tan poco merecidos de sus habitantes infelices; este era un deber en el protector de los indios; sino porque no necesitaba las Casas defender la buena causa que había tomado a su cargo con las artes de la exageración y de la falsedad. Defiéndanse en buen hora de este modo la injusticia y la impostura, pero la verdad y la razón sólo se defienden con la razón y la verdad misma."[284]

La Vida de las Casas está espléndidamente bien escrita, con estilo de elevada categoría humana y moral, con elegancia e intensidad emocional, y con singular inteligencia y amenidad.

En fin, el retrato que hace de las Casas es el de un personaje que le atrae profundamente por su dimensión humana, que era lo que admiraba en cada protagonista de sus Vidas. Y esta Vida debe interesar especialmente a todos los anticolonialistas modernos, que podrían ver en ella -Merle y Mesa no lo hacen- un exponente del pensamiento progresista español de la época.

En fin, esta Vida constituye un mosaico riquísimo, de plasticidad casi novelesca, que nos proporciona uno de los frescos más vivos acerca del complejo universo humano de las Indias en la época de la conquista. Presenta la lucha por el poder y las riquezas,

que contrastan con la filantropía cristiana de las Casas y los suyos.

Hay muchos temas siempre actuales, que están muy bien vistos en esta Vida: el desprecio de la raza, la codicia que cimentaba la esclavitud. También los inconvenientes que para España tuvo la denuncia de las Casas, porque fue aprovechada por los enemigos extranjeros, pese a la buena voluntad que en sus decretos y disposiciones adoptaron los monarcas españoles -Isabel la Católica y Carlos V- frente a la actitud que otras potencias coloniales manifestarían.

En fin, el progresismo de las Casas, hombre que se adelantó a su tiempo, su grandeza humana, su gallarda valentía, surgen vivas de estas páginas.

Así termina esta Vida:

> "Cuando a mediados del siglo pasado la filosofía y la historia empezaron a examinar las doctrinas, los acontecimientos y los hombres según el bien o el mal que el género humano había recibido de ellos, al paso que se estremecieron de indignación y de lástima al ver los infortunios y desolación de los indios, no pudieron dejar de poner los ojos con igual entusiasmo que reverencia en los esfuerzos sublimes y filantrópicos de Casas. Perdonáronsele sus errores, perdonáronsele su exageración y su vehemencia: estas faltas, aunque hubieran sido mayores, desaparecían delante de aquel generoso impulso y benéfico propósito a que consagró todos los momentos de su vida y todas las potencias de su alma. Casas debió entonces crecer en aprecio y nombradía; y recomendado por la historia, preconizado por la elocuencia, su nombre ya no pertenece precisa y peculiarmente a la España, que se honrará eternamente con él; sino a la América, por los inmensos beneficios que la hizo, y al mundo todo, que le respeta y le admira como un dechado de celo, de humanidad y de virtudes."[285]

Quintana podía comprender muy bien, por sus circunstancias personales, a un hombre que había entregado toda su vida a una causa noble.

EL EPISTOLARIO INEDITO DE 1933.

No comparto la opinión de Dérozier sobre la escasa calidad del Epistolario inédito del poeta D. Manuel José Quintana (1933).[286] Efectivamente el estudio preliminar no aporta demasiadas novedades, si bien hay que situarlo en la época en que se escribió. Y las cartas no aparecen con la datación de año excepto la primera, en 20 de enero de 1827. Pero de todos modos me parece un testimonio muy interesante, en lo relativo a las cartas de Quintana, para entender su estado de ánimo durante su destierro en Cabeza del Buey.

Molleda recoge la relación de libros que utilizó Quintana para la redacción de sus Vidas, y que ahora se encuentran en la Biblioteca Real de Londres.[287] Ello abona mi hipótesis de que se documenta mucho, aunque luego la amenidad de estilo le lleve a un texto sencillo, ajeno de la farragosa erudición de época.

A través de esta correspondencia entendemos los apuros económicos que pasó, llegando al extremo de tener que vender cuadros y manuscritos para sustentar a la familia que teóricamente tenía que mantenerle a él durante este destierro.[288] Todo ello viene comentado por Molleda.

Sabemos que en Cabeza del Buey trabaja en el segundo volumen de sus Vidas y por tanto esta correspondencia constituye un testimonio de primera importancia para comprender el proceso de redacción de las mismas, y los documentos que utilizó.[289]

Hay una alusión al epítome de Las Casas editado por la Imprenta Real.[290] Trata igualmente de localizar a alguien que haya estado en los lugares que menciona este autor, para documentarse con mayor exactitud acerca del escenario en que transcurre la vida de Las Casas.[291]

También encontramos en esta correspondencia la bibliografía que utilizó para la Vida de Pizarro y la Vida de Alvaro de Luna.[292] Pero en realidad todos estos apuntes bibliográficos preliminares de Molleda tienen un interés relativo, ya que el propio Quintana especifica al principio de cada Vida la bibliografía utilizada.

Señala Molleda que en 1828 vuelve a Madrid,[293] que en 1830 aparece el segundo volumen de las Vidas y en 1833 se reimprimen con un tercero. Recoge que Quintana dirigió la publicación de sus Obras completas en Rivadeneyra -hoy en Atlas, el volumen XIX de la BAE que tantas veces hemos citado-, donde incluyó las Cartas a Lord Holland, redactadas en Cabeza del Buey entre 1823 y 1824. Muere Quintana sin dinero.

Si leemos este Epistolario, nos emociona el temperamento de Quintana. Está constituido por la correspondencia con su amigo Antonio Uguina, y le pide le envíe con los arrieros los libros históricos a que él no tiene acceso en aquel pueblo, para poder seguir redactando el volumen segundo de las Vidas. Este dato puede servirnos para comprender las circunstancias en que fueron compuestas. Quintana no tuvo ni mucho menos una vida fácil, y su obra se compuso al dictado de los sucesos históricos que le fueron zarandeando, y con todos los inconvenientes que las circunstancias le marcaron en una vida difícil como fue la suya.

En esta correspondencia se nos habla de apuros económicos, se encarga a Uguina que venda determinados cuadros de su posesión para poder sufrir el invierno y comprar una capa. Los problemas económicos son constantes a lo largo de todo el epistolario.[294]

Señala cómo es delicado tratar de las cosas de América:

> "No extrañe V. que, a veces, me deje poseer del desaliento. La falta de auxilios, la falta de trato y comunicaciones, quitan la confianza de trabajar con acierto; y aun cuando éste se consiguiese, ¿cómo imprimir después? Las cosas de América son, sin duda, interesantes en la actualidad; pero nunca más delicadas y espinosas de tratarse, principalmente si se consideran por su aspecto moral. Absolutamente hablando, puede prescindirse de éste en las Vidas de Balboa, Pizarro y Hernán Cortés; ¿pero de qué manera desentenderse de él en la de Casas?"[295]

Este texto nos da idea de las dificultades ideológicas en que trabaja Quintana, aunque hoy leamos con toda comodidad sus escritos.

Quintana apreció, creo, los epítomes de los Retratos de españoles ilustres de la Imprenta Real, en los que él mismo participó. De hecho puede comprobarse que para la redacción de sus Vidas pide a Uguina le envíe el epítome de Las Casas y el de Sepúlveda.[296]

Relata la dificultad con que se encuentra para redactar sus Vidas por falta de libros, que como dije antes le llegan con los arrieros.

Podemos observar que todos estos son detalles intrahistóricos para comprender las circunstancias en que nuestro autor realiza su trabajo, perdido en un pueblo de Badajoz, rodeado de ignorancia e incultura, sumido en la pobreza y el frío. La amistad de Uguina fue inapreciable para él, y muchas veces nos extrañamos de que éste acuda con tanta solicitud a sus deseos.

Encontramos por ello en estas cartas datos de primera mano respecto a la elaboración de su manuscrito. Así respecto al proceso de alaboración de las Vidas de Pizarro y Las Casas.[297] También la preocupación que siente acerca de la vida de Cervantes, y que quiere a toda costa corregir y mejorar ya que va a ser reeditada.[298]

Quintana escribe con la vista muy perdida, escribe con anteojos.[299]

Se refiere a la acusación contra Las Casas de llevar negros a América, documentada en diversas fuentes.[300] Parece no obstante simpatizar mucho con este personaje.

En fin, este epistolario es interesante porque nos presenta el lado más humano de Quintana: el proceso de redacción de las Vidas en su volumen segundo, y sus apuros económicos, además de su amistad sincera con Uguina -despojada de la retórica extraña, que tanto enfermaba a Menéndez Pelayo, que tiene por ejemplo la de Lista y Reinoso.-

Además creo puede comprobarse que la correspondencia que yo mismo he publicado con Musso y Valiente viene a completar, incluso por las fechas, a la que edita Molleda, pues las cartas a Musso se escriben a continuación, si bien en unas condiciones de existencia de nuestro autor muy diferentes. Por otro lado Quintana tiene con Musso menos confianza que con Uguina, y sus cartas al escritor lorquiano tienen en este sentido un interés más literario que humano. Tendremos ocasión de comentar estos aspectos en seguida.

LAS IDEAS LITERARIAS DE QUINTANA.

Nos entretendremos en repasar el texto de Quintana sobre Cervantes y el que dedicó a Meléndez.

En cuanto al primero, en la advertencia que figura al principio de la edición de la BAE, señala que se escribió para la edición del Quijote hecha en la Imprenta Real en 1797, publicado antes que Pellicer y Navarro editaran sus biografías. Por ello, ahora amplía y rectifica este texto -en el Epistolario de Molleda ya manifestaba su preocupación por volver sobre él- teniendo en cuenta las biografías de Mayáns, Ríos y los citados Pellicer y Navarrete, destacando la del último.[301]

> "Así, en la parte histórica la noticia presente no es más que un resumen de lo que han escrito los autores citados, especialmente los dos últimos; en lo demás hay la diversidad indispensable y necesaria entre quienes se ocupan de un mismo objeto, pero con diferente gusto y diferentes principios."

En fin, tenemos el mismo método que ha empleado nuestro autor en las Vidas. Se documenta en los trabajos fundamentales, y realiza una síntesis personal de divulgación, en estilo ameno.

Indica que concibe este trabajo como un apéndice a las citadas Vidas.[302]

Destaca el arte narrativo que posee Quintana y la belleza de su prosa, novelando sobre datos objetivos los hechos que relata. Es así muy vívida la narración de los intentos de fuga de Cervantes.[303]

Quintana, siempre con su habitual capacidad de síntesis, quiere hacer una cultura popular, diríamos que ha descubierto la importancia de los media, tanto en las proclamas políticas que redactó, como en las Vidas, como en su labor en la prensa, formando siempre a la opinión pública.

En este texto se manifiesta la comprensión que tiene Quintana hacia Cervantes, por las dificultades del creador para exponer su obra.

Hay un breve juicio crítico de la Galatea,[304] y del Quijote,[305] que entiende, según las teorías de la época que han pervivido hasta Martín de Riquer, como reacción contra los libros de caballerías. Pero al mismo tiempo posee una concepción romántica del Quijote basada en la idea de genio:

> "Así parece tanto más vano, por no decir importuno, el empeño de los hombres doctos que se han puesto a desentrañar las bellezas de este libro, ajustándole a reglas y a modelos que, no teniendo con él ni semejanza ni analogía alguna, de ningún modo pueden comparársele."[306]

Y añade:

> "(...) Cervantes tendría razón: la gracia no se explica ni el genio se compara, ni caen uno y otro bajo la jurisdicción estrecha de reglas convenidas y de ejemplares anteriores."[307]

Y más tarde:

> "Y aunque se concediese que en algunos pasajes la manera del uno es semejante a la del otro, ¿cuántos requisitos más acompañan al Quijote que no pudieran tomarse de Ariosto ni de otro escritor ninguno? ¿Se halla por ventura en aquel poeta el tono de sensibilidad dulce y afectuoso que tan frecuentemente se halla en el libro de Cervantes? ¿Quién le enseñó el arte dificilísimo del diálogo en que nuestro escritor no ha encontrado hasta ahora quien le venza, y a duras penas encontrará quien le iguale? ¿De dónde, en fin, pudo aprender el encanto contínuo de aquella dicción maravillosa, tan apacible y tan pura, tan en armonía siempre con el objeto que pinta; candorosa, natural y fluida en las narraciones, ingeniosa y

festiva en las burlas y donaires, animada y verdadera en los razonamientos; soberbia, rica y ambiciosa en las descripciones?

No: el Quijote no tuvo modelo, y carece hasta ahora de imitadores: es una obra que presenta todos los caracteres de la originalidad y del genio, un poema divino a cuya ejecución presidieron las gracias y las musas."[308]

Por mi parte estoy en total acuerdo con este concepto romántico del Quijote que posee Quintana.

Defiende con gran entusiasmo al Quijote de las críticas negativas.[309] Hay además una alusión elogiosa a los comentarios de la obra hechos por Clemencín.[310] Precisamente una excelente edición reciente del Quijote, la de Gaos, encomia calurosamente todavía dichos comentarios.[311] Sigue diciendo Quintana:

"No es posible ciertamente hablar de esta obra singular sin una especie de entusiasmo, o si se quiere, de intolerancia, que se rebela contra toda idea de crítica y de examen. Por eso causa tanta extrañeza, y no sé si diga ira, la gravedad impertinente con que algunos desdeñan este libro, tachándole de frívolo y de insípido a boca llena. Llamar la atención de estos hombres a su mérito y hermosura sería tiempo perdido. ¡Frívolo un libro que corrigió a su siglo! ¡Insípida una lectura que por su portentosa invención, su discreción ingeniosa, y sus sales inimitables y nativas se ha hecho universal en el mundo! Que señalen pues una donde el agrado, efecto inseparable y eterno de las buenas obras de invención, sea tan completo y suba a un grado tan alto."[312]

Incluso en sus defectos, nos dice Quintana, como las novelas del Curioso impertinente y del Capitán cautivo, el Quijote es genial:

"Así los defectos del Quijote, partiendo, como parten, del exceso mismo

de su fuerza, en vez de consolar a la flaqueza humana, no sirven a otra cosa que a confundirla y a desesperarla."[313]

Quintana posee una enorme capacidad de síntesis para recopilar datos, a la vez con altura intelectual y carácter divulgador, haciéndolos asequibles al gran público al que, por su mentalidad liberal y su decisión filantrópica de difundir la cultura, se dirigía. Este texto sobre Cervantes es así un interesante compendio de lo que entonces se sabía acerca de la vida y obra de este autor.

Además de una aportación biográfica, el texto de Quintana ostenta ideas de crítica literaria inteligentes.[314]

Hay incluso en él un toque anticlerical, contra el religioso que impidió al duque de Béjar ayudar a Cervantes.[315]

Pero cuando tiene que abordar las comedias y entremeses de Cervantes, se pone de manifiesto lo que he señalado en otras ocasiones. la poderosa huella del influjo de la teoría de Luzán y su Poética, que perdura hasta bien entrado el XIX y fundamenta la crítica teatral de autores que deberían haber superado este estadio neoclásico. De este modo Quintana muestra la herencia aún neoclásica de su pensamiento en la visión negativa que tiene de estas comedias y entremeses,[316] si bien alaba, por referencias, la comedia de capa y espada, que considera lamentablemente perdida, La confusa,[317] a la que también se refiere Lista en sus Lecciones de literatura española (1853).

Valora Quintana el Persiles,[318] indicando que Cervantes en esta obra se cansó afortunadamente de soñar acciones sin fundamento en la verdad, y nos ofrece algunas escenas de interés. Critica en cambio que se desatienda la gradación en la fábula, y la falta de intención moral -un nuevo resabio neoclásico en Quintana-. Reprocha las supersticiones y hechicerías que recorren la novela entera.

Quintana aporta un interesante retrato final de Cervantes pobre y silenciado, frente a su fama imperecedera en la posteridad:

"Vuelve, en fin, a España, y su alma, echada otra vez en el molde estrecho de la sociedad antigua, y comprimida por las leyes, por las

> costumbres y por la etiqueta, parece que pierde aquel resorte de actividad y osadía que tan señalado le hizo en África. Pero lo que fue allá entre los bárbaros por su arrojo, lo será aquí entre los españoles por su talento. Él se alzará entre los demás como un gigante, y dará a la lengua y literatura castellana su más estimable joya. El Estado desatenderá sus servicios, los hombres de letras no sólo desconocerán su preeminencia, más ni aun querrán tratarle como a igual; la pobreza y estrechez le hostigarán toda su vida, y en medio de una vejez menesterosa la muerte le asaltará con una enfermedad larga y mortal desde su principio. Mas el temple enérgico de su alma no se desmentirá en estas pruebas, y Cervantes será siempre Cervantes. El mundo ideal creado por su imaginación brillante y risueña le consolará de los amargos desabrimientos del mundo real en que vive; el genio de la gracia y del donaire le cubrirá con sus alas hasta en los últimos momentos, y dándole a beber el presentimiento delicioso de su inmortalidad, le hará más rico y feliz que jamás lo fueron sus ingratos y altaneros contemporáneos."[319]

Elegante la pluma de Quintana, cuando se conmueve con el tema en que se ocupa.

También los apéndices sobre temas cervantinos, redactados por Quintana seguidamente, tienen interés. Tratan de transmitirnos un Cervantes vivo, acercarnos a su alma, más allá de los fríos datos de la erudición de Pellicer, Ríos, Mayáns, Navarrete, Selma y Atmeller:

> "Ellos fijan de un modo cierto y seguro los pasos de la vida civil y pública del escritor, mas no pintan su alma ni dan a conocer su carácter."[320]

Culmina con un elogio del Viaje al Parnaso, en el que sugiere que alguien realice una edición en que anote las referencias que hace Cervantes a los autores de su época.[321]

* * *

La Noticia histórica y literaria de Meléndez Valdés,[322] posee interés para conocer el pensamiento de Quintana acerca del poeta más influyente de su época y que dejó rastro tan importante también en su poesía.

De agran amenidad, este texto nos proporciona el retrato psicológico del personaje al compás de los datos de su biografía. Por encima de la investigación positiva, el garbo literario de Quintana y su profunda comprensión humana de cada personaje.

Hay datos interesantes: por ejemplo, el temperamento bucólico de Meléndez fue influído por los largos paseos a que se veía obligado dar por el campo a causa de una dolencia, y por ello se fijaba en la naturaleza. Quintana recoge la influencia también de las lecturas de Thomson, Gessner y Saint-Lambert, a las que sabemos luego se referirán abudantemente los críticos actuales.[323]

Va recorriendo los sucesos más significativos de la vida de Meléndez, también sus ediciones poéticas mencionando el éxito de la de 1795.[324]

Nuestro autor aprovecha para hacer un elogio de la ilustración, al ver cómo crecía el mundo cultural en la época.[325]

Menciona cómo el poeta cambia de temas en su obra a partir de la edición de Valladolid de 1797: la naturaleza, la religión, la filosofía y la moral son lo que ahora le ocupan.[326]

Una noticia acerca del miedo que se tiene en España a la Revolución Francesa, y que pueda extenderse a nuestro país,[327] revela un dato importante con el que tendrán que jugar los liberales españoles como Quintana, quienes como ya hemos visto intentan una transición pacífica, pero cometen -al decir del propio Quintana- el error de dejar demasiado vivo el sentimiento reaccionario y los poderes fácticos, aspecto este en el que no voy a insistir más.

Recoge anécotas como por ejemplo el motín del pueblo en el que casi pierde la vida Meléndez, en la época de la revolución de Aranjuez.[328]

Realiza un retrato de Meléndez que ha sido muy difundido posteriormente.[329]

* * *

La Introducción histórica a una colección de poesías castellanas,[330] también posee un cierto interés.

Elogia allí la poesía en relación a la verdad: "Ella sirve de atractivo a la verdad para hacerla amable."[331] El dato es importante porque Quintana entenderá siempre que la poesía debe estar próxima a la verdad, y la verdad del momento histórico que le tocó vivir exigía un compromiso, el tipo de poesía que, dada la autenticidad de su carácter, fue el que cultivó, sin tiempo para esteticismos y bellezas amaneradas.

Aún tiene en todo caso rasgos de su formación neoclásica en la teoría poética que reflejan estos textos. Insisto en que la estética neoclásica fue, como teoría, mucho más perdurable que el modo poético y las formas de su expresión artística.

Indica Quintana que "Su ocupación primaria y esencial (de la poesía) es pintar a la naturaleza para agradar, como la de la filosofía explicar sus fenómenos para instruir."[332]

Notemos que, como luego hará Dámaso Alonso,[333] emplea el término "primer vagido de nuestra poesía", referido aquí al Poema de Mído Cid de mediados del XII.[334] Destaca también el episodio de la despedida del Cid, por su valor literario, sentando un precedente que la crítica posterior aprovechará.

Una vez más es necesario destacar la amenidad de la prosa de Quintana, incluso para tratar los aspectos más arduos.

Como luego hará Lista, destaca la noticia de Navagero y Boscán,[335] que constituirá luego lugar común en todas las referencias filológicas a la época. Elogia el nuevo endecasílabo italiano, frente a los metros antiguos.[336] También realiza un

encendido elogio de Garcilaso, que desde la época precedente venía siendo considerado por los coetáneos de Quintana como un clásico a la altura de Virgilio y Horacio.[337] También gusta de Fray Luis, aunque le achaca algunos defectos.[338]

Y elogia igualmente a Francisco de la Torre, a quien atribuye las Rimas de Burguillos de Lope: "el ejemplar de Lope de Vega que había publicado, con el nombre de Burguillos, poesías conocidamente suyas".[339] Se refiere efectivamente a las Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos, Madrid, 1634, según creo, que Entrambasaguas considera obra de Lope, al igual que la crítica actual, que ya ha decidido sobre este tema filológico.[340]

Menciona la fogosa pasionalidad de Herrera.[341]

Hay un elogio, ya romántico, del romance, especialmente de los moriscos.[342] En ello coincide con los juicios posteriores de Lista.[343]

Se contiene un interesante juicio de Lope, al que critica mucho.[344] Ello avalora más la crítica de Lista, que será capaz de encontrar las bellezas de este autor, ya desde la crítica al libro de Lord Holland en El Mercurio de España en 1807, pese a censurarle defectos de verosimilitud neoclásica, durante el trienio, en los excelentes artículos de El Censor, y luego más ampliamente en las espléndidas Lecciones de literatura española póstumas (1853).[345]

Alude a la corrección que hizo Luzán de la poesía de Góngora, pero Quintana se desmarca de la estética luzanesca y encuentra bellezas en el poeta cordobés, lo que me parece un interesante anticipo de la crítica posterior, y sobre todo una novedad para su época, pretendidamente homogénea y neoclásica según algunos eruditos equivocados.[346] Pero señala Quintana igualmente que Luzán controló los excesos del gongorismo.[347]

De Quevedo tiene peor concepto, aunque acepta algunos pasajes. Es creo, más injusto con él.[348] Es muy duro igualmente con Gracián.[349]

Considera Quintana que a la grandeza de las armas españolas le hubiera correspondido una mejor literatura,[350] lo que creo significa una cierta incomprensión de nuestro siglo barroco. Pero en ello influyen me parece los prejuicios de la crítica del momento.

Tiene bellas frases sobre la seriedad de la ocupación poética, que no poseen los

autores áureos para él. Y señala que lamentablemente sus obras no se publicaron en vida.[351] Cree que si hubieran cultivado la epopeya y el drama con el esmero y la felicidad que la oda y los géneros cortos, su aportación hubiera sido más importante, aunque señala es imprescindible estudiarlos "para aprender la pureza, la propiedad y la índole de la lengua".[352]

Elogia Quintana a Luzán, pero le parece excesiva la seriedad con la que juzga a Góngora y a Lope.[353] Este dato es interesante para comprender la estética de transición hacia el romanticismo en que tempranamente se sitúa nuestro autor.

Quintana es un poeta de su momento, y gusta más de la poesía de su época,[354] lo que nos da idea de las coordenadas ideológicas en que se mueve. Tiene un concepto de la poesía mucho más combativo y comprometido, que hoy desde nuestra confortable situación apreciamos menos.

Si comparamos la actitud crítica de Quintana con la de Lista, apreciaremos la superioridad de los juicios de éste, de una mayor profundidad y mucho más perdurables.

Quintana salva de García de la Huerta a su Raquel,[355] pero sobre este tema ya hemos escrito suficiente.[356]

A quien realmente admira Quintana es a Meléndez Valdés, aunque con algún reparo.[357] Igualmente a su amigo Cienfuegos,[358] de quien exlata el sentimiento de pasión y vehemencia, lo que nos da idea de que estamos en transición hacia el romanticismo -"nadie le excede en fuerza y en vehemencia..."-. Quintana es duro porque quiere ser independiente y objetivo.

Luego despacha en una nota todo el complejo problema de época de los neologismos, caballo de batalla de los escritores reaccinarios del XVIII. Considera sin más que el poeta tiene que formarse su propio lenguaje para expresar sus sentimientos -"todo poeta que tiene que formarse una dicción porque la que encuentra hecha no le basta para la expresión de lo que siente o de lo que pinta..."-[359]

* * *

Aunque no sean específicamente literarios habría que mencionar muy sucintamente dos textos políticos de Quintana, como apéndice final a esta introducción a su obra. Me refiero en primer lugar al Discurso de la Junta creada por la Regencia para proceder al arreglo de los diversos ramos de instrucción pública.[360]

Se trata aquí de la labor que Quintana desarrolló, en su carrera política, difundiendo la educación en el país. Se daba cuenta de que era la mejor manera, promover la cultura, para que la nación se convirtiera en un estado moderno. "La instrucción pues debe ser universal, esto es, extenderse a todos los ciudadanos."[361]

Posiblemente se pensará en el viejo axioma ilustrado de promover la educación. Pero los liberales no ponían trabas ideológicas a la formación cultural del pueblo, mientras que aquéllos establecieron un cordón sanitario de pensamiento para que no llegaran a éste las nuevas ideas.

Quintana demuestra en este texto el interés que los liberales, durante la Regencia, tenían para que se educara el pueblo. El absolutismo surgía del atraso cultural, y de ello estaban convencidos. Para erradicarlo realizó su labor de propaganda intelectual toda su vida: desde la prensa de la época, los manifestos y proclamas, los poemas incluso, y desde luego los textos en prosa que estoy considerando aquí.

Quintana defiende una enseñanza pública y gratuita.[362] Posee un concepto moderno de dicha enseñanza.

El texto está fechado en la época de las grandes utopías, es decir, en Cádiz en 9 de septiembre de 1813. resulta admirable comprobar constantemente que los liberales del momento se preocupan de diseñar un nuevo país, incluso desde el punto de vista educativo, en las circunstancias en que se encontraban.

* * *

Finalmente el Discurso pronunciado en la Universidad Central en el día de su instalación,[363] el 7 de noviembre de 1822, constituye otro texto valioso para comprender la ideología de nuestro personaje. Escrito en el trienio, en época de libertad, constituye un tremendo alegato en contra de la reacción de Fernando VII -"Pero la oscilación violenta que volvió a entronizar el despotismo vino a destruir nuestras más dulces esperanzas..."-[364]

En este texto se ponen de manifiesto la modernidad de las fuentes intelectuales de Quintana: Galileo, Kepler, Bacon, Descartes, Newton, Leibnitz, Locke. Creo que si en la Ilustración el pensamiento imperante en el Estado vacuna contra la modernidad con una perspectiva religiosa, lo que explica la actitud de Feijoo, ahora nos encontramos con intelectuales que se enfrentan directamente a los textos desnudos que representan el gran salto del país hacia la modernidad.

Quintana insiste en una despiadada crítica de la monarquía absoluta, el "cuadro ignominioso" de los Austrias y Borbones anteriores, que repasa.[365] Y señala: "y cuando lleguen las grandes crisis en que se prueban los individuos y las naciones, no nos mostraremos extraños al adelantamiento universal, ni sordos a las lecciones que nos han estado dando tres siglos."

Insiste en que el XVIII ha aportado la difusión universal de los conocimientos científicos a través de la escritura. Y concluye sobre la importancia de la instrucción para la civilización: "¿Podemos acaso desconocer que las sociedades subsisten hoy día por la civilización, y que la instrucción pública es su elemento primario y esencial?"[366] Aporta también un programa de educación para los profesores.

Por dondequiera que abordamos el estudio de la obra de Quintana, encontramos que se basa en tres pilares: el amor a la nación española, a la instrucción -por ello desarrolló una labor divulgativa constante- y sobre todo a la libertad. Estos tres elementos se funden en uno solo: porque Quintana soñaba, y a ello aplicó el trabajo de toda una vida, en ver a España convertida en un país libre.

NOTAS.

1. Obras inéditas del Excmo Sr. D. Manuel José Quintana, precedidas de una biografía por su sobrino Don Manuel José Quintana y de un juicio crítico por el Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete, de la Real Academia Española, Madrid, Medina y Navarro, 1872.

2. Op. cit. p. VII.

3. Op. cit. pp. IX-X.

4. Op. cit. pp. X-XI.

5. Op. cit. pp. XI-XII.

6. Op. cit. p. XII.

7. Geoffrey Bréreton, Quelques précisions sur les sources d'Espronceda, París, Jouve, 1933, pp. 29-51.

8. Cfr. mi El alba del romanticismo español.

9. Op. cit. pp. XVI-XX.

10. Op. cit. p. XVIII.

11. Op. cit. p. XIX.

12. Op. cit. p. XX.

13. Op. cit. pp. XXI-XXV.

14. Op. cit. pp. XXVI-XXVII.

15. Op. cit. pp. XXVII-XXVIII. El artículo de La Iberia en el número 76 de 14 de septiembre de 1854.

16. Coronación del eminente poeta D. Manuel José Quintana, celebrada en Madrid, a 25 de marzo de 1855, Madrid, Rivadeneyra, 1855.

17. Coronación... pp. 9-10.

18. Corona... op. cit. pp. 11-12.

19. Op. cit. p. 38.

20. Op. cit. pp. 55-56.

21. Op. cit. pp. 69-70.

22. Op. cit. pp. 85-91.

23. Obras inéditas... p. XXXII.

24. Obras inéd..., pp. XLII-XLIII. El poema también en la edición de Dérozier cit. pp. 385-86, fechado el 20 de febrero de 1848.

25. Op. cit. p. XLVII.

26. Op. cit. p. LII.

27. Op. cit. p. LIX.

28. Op.cit. p. LX.

29. Op. cit. p. LXII.

30. Op. cit. pp. 77-113.

31. Op. cit. p. 78.

32. Op. cit. p. 79.

33. Op. cit. p. 80.

34. Op. cit. p. 81.

35. Op. cit. p. 81.

36. Op. cit. pp. 81-82.

37. Op. cit. p. 85.

38. Op. cit. p. 87.

39. Op. cit. pp. 91-92.

40. Op. cit. pp. 93-94.

41. Op. cit. pp. 95-96.

42. Op. cit. pp. 98-102.

43. Op. cit. pp. 100-102.

44. Op. cit. pp. 104-5.

45. Op. cit. pp. 105-6.

46. Op. cit. pp. 107-8.

47. En Obras inéditas... pp. 165-277.

48. Op. cit. p. 167.

49. Op. cit. p. 167.

50. Op. cit. p. 168.

51. Op. cit. p. 169.

52. Op. cit. p. 169.

53. Op. cit. p. 170.

54. Op. cit. p. 170.

55. Op. cit. pp. 170-71.

56. Op. cit. pp. 173-75.

57. Op. cit. p. 175.

58. Op. cit. p. 177.

59. Op. cit. p. 178.

60. Op. cit. p. 179.

61. Op. cit. p. 181.

62. Op. cit. p. 181.

63. Op. cit. p. 182.

64. Op. cit. pp. 184ss.

65. Op. cit. p. 188.

66. Op. cit. pp. 188-89.

67. Op. cit. pp. 190-91.

68. Op. cit. p. 194.

69. Op. cit. p. 194.

70. Op. cit. pp. 197-98.

71. Op. cit. pp. 198-201.

72. Op. cit. p. 201.

73. Op. cit. pp. 202-3.

74. Op. cit. p. 206, n. 1.

75. Op. cit. p. 208.

76. Op. cit. pp. 208-9.

77. Op. cit. pp. 212-13.

78. Op. cit. p. 214.

79. Op. cit. pp. 218-29.

80. Op. cit. p. 227.

81. Op. cit. pp. 232-33.

82. Op. cit. p. 232.

83. Op. cit. p. 234.

84. Op. cit. pp. 235-36.

85. Op. cit. p. 237.

86. Op. cit. pp. 238-39.

87. Op. cit. pp. 240-41.

88. Op. cit. pp. 241-44.

89. Op. cit. pp. 245-46.

90. Op. cit. pp. 247-50.

91. Op. cit. p. 250.

92. Op. cit. p. 253.

93. Op. cit. p. 254.

94. Op. cit. p. 255.

95. Op. cit. p. 259.

96. Op. cit. p. 262.

97. Op. cit. pp. 261-77.

98. Op. cit. pp. 263-65.

99. Op. cit. p. 265.

100. Op. cit. pp. 265-66.

101. Op. cit. pp. 271-73.

102. Op. cit. pp. 277-83.

103. Cfr. mi El alba... p. 374.

104. Es la única alusión que se conoce a este texto sobre Don Juan de Austria que proyectaba escribir Quintana, y que al parecer no llegó a redactar nunca.

105. Op. cit. pp. 114-15.

106. Ej. pp. 116-17.

107. Op. cit. pp. 120-21.

108. Op. cit. pp. 123-24.

109. Op. cit. pp. 127-28.

110. Op. cit. pp. 136-37.

111. Op. cit. pp. 142-51ss.

112. Op. cit. p. 146.

113. Op. cit. ej. p. 149.

114. Op. cit. p. 147, p. 148, p. 151.

115. Op. cit. pp. 152-55.

116. Ej. p. 156.

117. Op. cit. pp. 152-55.

118. Obras completas de Don Manuel José Quintana, Madrid, Atlas, 1946 (BAE, XIX), p. 532. Las Cartas a Lord Holland en pp. 531-88.

119. Op. cit. p. 532.

120. Op. cit. p. 532.

121. Op. cit. p. 533.

122. Op. cit. p. 534b. Parafraseo constantemente para evitar citar con excesiva profusión.

123. Op. cit. p. 535b.

124. Op. cit. p. 535a y b.

125. Op. cit. p. 536a.

126. Op. cit. p. 536b.

127. Op. cit. p. 537b.

128. Op. cit. p. 541a y b.

129. Op. cit. p. 541a.

130. Op. cit. p. 542.

131. Op. cit. p. 543.

132. Op. cit. p. 544b.

133. Op. cit. p. 545a.

134. Op. cit. p. 545b.

135. Op. cit. p. 546a.

136. Op. cit. p. 546a.

137. Op. cit. p. 546b.

138. Op. cit. p. 547a.

139. Op. cit. p. 547a.

140. Op. cit. p. 547b.

141. Op. cit. p. 548a.

142. Op. cit. p. 549b.

143. Op. cit. pp. 550b-551a.

144. Op. cit. p. 552a.

145. Op. cit. p. 552b.

146. Op. cit. p. 552a. En lo relativo al estudio de las sociedades secretas de la época es de interés el trabajo ya citado de Albert Dérozier, L'histoire de la "Sociedad del Anillo de Oro" pendant le triennat constitutionnel 1820-1823: la faillite du système libéral, París, Les Belles Lettres, 1965, 54 pp. (Annales Littéraires de l'Université de Besançon, vol. 72)

147. Op. cit. p. 553 a y b.

148. Op. cit. p. 554b.

149. Op. cit. pp. 555b-556a.

150. Op. cit. p. 556a.

151. Op. cit. pp. 556b-557a.

152. Op. cit. p. 558 a y b.

153. Op. cit. p. 561a-562b.

154. Op. cit. p. 562-63.

155. Op. cit. p. 563b.

156. Op. cit. p. 564b-565a.

157. Op. cit. p. 567a.

158. Op. cit. p. 569a.

159. Op. cit. p. 570b.

160. Cfr. "De las sociedades secratas", en El Censor, vol. XI, 1821, pp. 161-82, y mi Ideología y literatura... pp. 278-80. Hay un artículo posterior en sentido idéntico al de Lista, debido a Martínez de la Rosa, "De los graves daños que causan las sociedades secretas, así respecto de la libertad, como respecto del orden", en la Revista de Madrid, vol. III, pp. 270-79, de 1839, para lo que remito a mi Ideología y literatura... p. 328.

161. Op. cit. p. 571a.

162. Op. cit. p. 573b.

163. Op. cit. p. 576a.

164. Op. cit. p. 584a.

165. Op. cit. p. 586a.

166. Op. cit. p. 587a.

167. Op. cit. p. 587b.

168. Op. cit. p. 588a.

169. Op. cit. p. 588a.

170. Op. cit. p. 588b.

171. Op.cit. p. 588b.

172. Epistolario inédito del poeta D. Manuel José Quintana. Observaciones preliminares por Eloy Díaz-Jiménez Molleda, Madrid, Victoriano Suárez, 1933, ej. p. 71.

173. Robert Brian Tate, Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV, Madrid, Gredos, 1970, pp. 281-82 y p. 286.

174. Obras completas... op. cit. p. 199.

175. Op. cit. p. 200.

176. Op. cit. p. 201.

177. Op. cit. p. 209a.

178. Poesías completas ed. A. Dérozier, pp. 248-53.

179. Cfr. mi El alba... pp. 48-59.

180. El alba... pp. 40-48.

181. Op. cit. ed. Dérozier, p. 249, vv. 24-36.

182. Op. cit. ed. Dérozier, p. 321, vv. 110-12.

183. Remito a la ed. de Poesías completas de Dérozier, p. 251, nota 116 de Quintana, que recoge el mismo sentir que la Vida p. 216b.

184. Poesías... ed. Dérozier, pp. 248-49, vv. 17-23.

185. A. Ferrer del Río, Galería de la literatura española, Madrid, Mellado, 1846. Se ocupa por cierto de Quintana en las pp. 1-12.

186. Op. cit. p. 220b.

187. Op. cit. pp. 220b-221a.

188. Op. cit. p. 222b.

189. Op. cit. p. 223a.

190. Op. cit. pp. 231b-232a.

191. Cfr. El alba... pp. 15-233.

192. Cfr. mi Ideología y literatura en A. Lista, pp. 453-65.

193. Op. cit. p. 235a.

194. Op. cit. p. 211b.

195. Op. cit. p. 213a, p. 214b.

196. Op. cit. p. 215.

197. Op. cit. p. 215b-216a.

198. Op. cit. p. 217b final.

199. Op. cit. p. 256b.

200. Op. cit. p. 257a.

201. Op. cit. p. 257b.

202. Op. cit. p. 257b, p. 259a etc.

203. Op. cit. p. 258b, p. 259a y b, p. 262b, p. 263b, p. 266 a y b, p. 269 a y b, p. 276b, p. 277a.

204. Op. cit. p. 261b.

205. Op. cit. p. 262b-265a.

206. Ej: pp. 267a-268a, p. 269a etc.

207. Op. cit. pp. 271b-272b.

208. Op. cit. p. 273a.

209. Op. cit. p. 270a.

210. Op. cit. p. 274b.

211. Op. cit. pp. 274b-275a.

212. Op. cit. pp. 277b-278a.

213. Op. cit. p. 278a.

214. Op. cit. p. 278b.

215. Op. cit. p. 281.

216. Op. cit. pp. 281-82, ej.

217. Op. cit. p. 284a.

218. Op. cit. p. 285 a y b.

219. Ej. p. 290a.

220. Op. cit. p. 290b.

221. Op. cit. p. 294a.

222. Op. cit. pp. 288a-289a.

223. Op. cit. pp. 294b-295a.

224. Op. cit. pp. 295 a y b.

225. Op. cit. p. 296a.

226. Op. cit. p. 296 a y b.

227. Op. cit. p. 297b.

228. Op. cit. p. 298a.

229. Los liberales románticos... pp. 141-83 y pp. 234-38.

230. Ej. pp. 298b-299a.

231. Op. cit. p. 299b.

232. Op. cit. p. 301 a y b.

233. Op. cit. p. 302b-303a.

234. Op. cit. p. 304a.

235. Op. cit. p. 307b.

236. Op. cit. p. 316a-317a.

237. Op. cit. pp. 324b-325b.

238. Op. cit. p. 325b, n. 1.

239. Op. cit. p. 326b.

240. Op. cit. p. 329b.

241. Op. cit. p. 350 a y b.

242. Op. cit. p. 352a.

243. Op. cit. p. 352b.

244. Op. cit. pp. 355b-356a.

245. Op. cit. p. 363b.

246. Op. cit. p. 364b.

247. Op. cit. p. 366b.

248. Op. cit. p. 367.

249. Poesías completas, ed. Dérozier, pp. 347-48, A Somoza, vv. 17-28 y vv. 49-50.

250. Op. cit. p. 369.

251. Op. cit. p. 369.

252. Remito a mi estudio "Reflexiones sobre Sancho Saldaña de Espronceda" en Homenaje al profesor José Luis Varela, Madrid, Castalia, en prensa.

253. Op. cit. pp. 371a-374a.

254. Op. cit. pp. 374a-375b.

255. Op. cit. p. 379a.

256. Op. cit. p. 382 a y b; p. 383 a y b; etc.

257. Cfr. mi Los liberales... pp. 173-75.

258. Op. cit. p. 433a.

259. Op. cit., ej. p. 473b.

260. Op. cit. p. 437 a y b; 442b, etc.

261. Op. cit. p. 438a y b.

262. Op. cit. p. 438a.

263. Op. cit. p. 440a.

264. Op. cit. p. 443a.

265. Op. cit. p. 441 a y b, p. 444a.

266. Op. cit. p. 441 a y b.

267. Op. cit. p. 443 a y b.

268. Op. cit. p. 451 a y b.

269. Op. cit. p. 452a.

270. Op. cit. p. 444b.

271. Op. cit. p. 445a.

272. Op. cit. p. 445, n. 4.

273. Op. cit. p. 446a.

274. Op. cit. p. 447b-448a.

275. Op. cit. p. 453b.

276. Op. cit. pp. 466a-469b.

277. Op. cit. p. 454b, n. 3

278. Op. cit. p. 456 a y b.

279. Op. cit. p. 459a.

280. Op. cit. pp. 461-64.

281. Op. cit. p. 462 a y b.

282. Op. cit. p. 459b.

283. Op. cit. p. 460a.

284. Op. cit. p. 460b.

285. Op. cit. p. 475b.

286. Epistolario inédito del poeta D. Manuel José Quintana. Observaciones preliminares por Eloy Díaz-Jiménez Molleda, Madrid, Victoriano Suárez, 1933.

287. Op. cit. pp. 21-38.

288. Op. cit. pp. 53-62.

289. Cfr. Molleda est. prel. pp. 71-73.

290. Op. cit. p. 75.

291. Op. cit. p. 79.

292. Op. cit. pp. 79-81.

293. Op. cit. p. 85.

294. Op. cit. pp. 108-10.

295. Op. cit. p. 126.

296. Op. cit. p. 132, p. 142, p. 151.

297. Op. cit. pp. 155-56, p. 174.

298. Op. cit. p. 170, y antes otras referencias a este texto sobre Cervantes.

299. Op. cit. p. 173.

300. Op. cit. pp. 175-76.

301. Op. cit. p. 85.

302. Op. cit. p. 86a.

303. Op. cit. pp. 88-89.

304. Op. cit. p. 90 a y b.

305. Op. cit. p. 91b-93a.

306. Op. cit. p. 92a.

307. Op. cit. p. 92a.

308. Op. cit. p. 92b-93a.

309. Op. cit. p. 93a-93b.

310. Op. cit. p. 93b, nota 3.

311. Miguel de Cervantes Saavedra, El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, Madrid, Gredos, 1987. 3 vols. pp. IX-X.

312. Op. cit. p. 93a.

313. Op. cit. p. 93b.

314. Op. cit. p. 96 a y b.

315. Op. cit. p. 97a, p. 98a.

316. Op. cit. p. 98b.

317. Op. cit. p. 90b.

318. Op. cit. p. 99.

319. Op. cit. p. 100a-100b.

320. Op. cit. p. 104a.

321. Op. cit. p. 105b.

322. Op. cit. pp. 109-25.

323. Juan Meléndez Valdés, Poesías selectas. La lira de marfil, ed. de John H. R. Polt y Georges Demerson, Madrid, Castalia, 1981 (Clásicos Castalia, 108). Y Juan Meléndez Valdés, Obras en verso, ed. crítica de Juan H. R. Polt y Georges Demerson, Oviedo, Cátedra Feijoo/Centro de Estudios Siglo XVIII, 1981, 2 vols.

324. Op. cit. p. 113.

325. Op. cit. pp. 113-14.

326. Op. cit. p. 115.

327. Op. cit. p. 116b.

328. Op. cit. pp. 118b-119a.

329. Op. cit. p. 120a.

330. Op. cit. pp. 125-45.

331. Op. cit. p. 125a.

332. Op. cit. p. 125a.

333. Dámaso Alonso, Obras completas,Madrid, Gredos, 1972, vol. II, pp. 11-15, "El primer vagido de nuestra lengua".

334. Op. cit. p. 126b.

335. Op. cit. p. 131b.

336. Op. cit. p. 132a.

337. Op. cit. p. 132 a y b.

338. Op. cit. p. 133a.

339. Op. cit. p. 133 a y b.

340. Lope de Vega, Obras completas, edición de Joaquín de Entrambasaguas, Madrid, CSIC, 1965, tomo I, pp. XX-XXVII. Se trata de un conjunto de

poemas burlescos publicadas con nombre ridículo, en las justas de San Isidro de 1620 y 1622. Lope afirma en el prólogo que Burguillos existió realmente. Estala, Tomillo, Pérez Pastor y Amalio Huarte han creído en la existencia real de Burguillos. Cfr. Felipe Pedraza/Milagros Rodríguez, Manual de Literatura Española. Vol. III, Barroco, Introducción, prosa y poesía, Tafalla, Cénlit, 1980, p. 585.

341. Op. cit. p. 134b.

342. Op. cit. p. 138a.

343. Cfr. mi Ideología y literatura... pp. 298-99.

344. Op. cit. pp. 139b-140a.

345. Ideología... pp. 204-9, pp. 253-69.

346. Op. cit. pp. 140b-141a.

347. Op. cit. p. 141b-142a.

348. Op. cit. p. 142b-143a.

349. Op. cit. p. 143b.

350. Op. cit. p. 144b.

351. Op. cit. p. 145 a y b.

352. Op. cit. p. 145b.

353. Op. cit. p. 146b.

354. Op. cit. pp. 147-48 y ss.

355. Op. cit. p. 151a.

356. Cfr. El alba... pp. 17-32.

357. Op. cit. pp. 153-55.

358. Op. cit. pp. 156-57.

359. Op. cit. p. 156b, n. 2.

360. Op. cit. pp. 175-93.

361. Op. cit. p. 176b.

362. Op. cit. p. 177b.

363. Op. cit. pp. 193-99.

364. Op. cit. p. 193a.

365. Op. cit. p. 196 a y b.

366. Op. cit. p. 197a.

SEGUNDA PARTE: LOS EPITOMES DESCONOCIDOS. TEXTOS.

LOS EPITOMES DESCONOCIDOS DE QUINTANA. TEXTOS.

En mis tres libros anteriores sobre el romanticismo me he referido constantemente a la figura señera e imprescindible de Manuel José Quintana, considerando su labor con otros intelectuales durante la Guerra de la Independencia, estudiando sus trabajos en la prensa de la época -especialmente en el interesantísimo El Semanario Patriótico-, y en los diarios de sesiones de las Cortes de Cádiz, y señalando que su poema Al mar (1798) puede considerarse como iniciador del romanticismo literario español que luego deriva hacia la poesía patriótica -igualmente romántica- durante la Guerra de la Independencia.

Aún hay mucho que trabajar sobre esta espléndida figura de nuestro protorromanticismo liberal que fue Quintana, pese a los estudios de Dérozier que hace falta ampliar y corregir en ocasiones.

Pienso que el romanticismo se caracteriza por su intento de conseguir la libertad de las ideas -la libertad política, el liberalismo de época- y la libertad en los sentimientos -la libertad pasional, la exaltación del amor frente a la convención social-. Ambos intentos de liberación se dan indisolublemente unidos, y suponen un trastocamiento absoluto de los valores sociales y culturales tal y como se habían entendido hasta entonces. Considero en este sentido a Quintana es como uno de nuestros primeros románticos, impulsor del sentimiento liberal -y por tanto del sentimiento romántico-.

Pues bien, en mi El alba del romanticismo español citado, se contenía correspondencia inédita -que considero muy valiosa- de Manuel José Quintana, en la que éste se refería a la redacción de una serie de epítomes publicados en Retratos de los españoles más ilustres con un epítome de sus vidas,[1] que se encuentra en la Biblioteca Nacional con la signatura ER/303 -hay otros ejemplares-. Estos epítomes se publicaron sin firma, pero de la relación que aporta Quintana en la correspondencia que he publicado, se puede corroborar cuáles se debieron a su pluma.[2]

Creo que estos textos pueden ser valiosos para conocer mejor el pensamiento de

este interesante autor y el concepto que tenía acerca de la época a que se refiere en los epítomes mencionados. Constituyen además una visión apasionante y apasionada, pese a su brevedad y al carácter que le es propio, de nuestro pasado histórico y literario, en una época en que la Historia política -liberalismo- se asociaba indisolublemente a la literatura -el protorromanticismo o primer romanticismo-.

Por otro lado, además del espléndido estilo en que están redactados estos epítomes, de gran belleza literaria, puede percibirse no sólo la sabiduría de la Historia que Quintana tenía, sino también el profundo conocimiento de la psicología del hombre y de la vida, que aplica a los prohombres a que dedica su esfuerzo literario en estas páginas. Quintana glosa de este modo las virtudes humanas en que destacaron estos personajes.

También son útiles estos epítomes para conocer mejor la concepción que de la Historia tenían los románticos, a través de determinados temas: indagación en el pasado medieval como fuente del democratismo del XIX y no como mera nota de exotismo decorativo según se nos ha hecho creer a veces; relación entre Iglesia y poder político; el tema del destino y la fortuna que rigen la biografía de los hombres -que pasan de ser ganadores a vencidos o viceversa, al dictado de los cambios políticos, en una época insegura y convulsa-[3] y un largo etcétera.

Como se demuestra por la carta de Quintana antes señalada, los textos que se debieron a su pluma son los relativos a:

vol. 6º: D. Alonso Tostado, D. Alvaro Navia Osorio.

vol. 7º: D. Luis de Requeséns, D. Bartolomé Leonardo de Argensola, D. Juan de Palafox y Mendoza, D. Francisco Valles, D. Juan de Ribera.

vol. 8º: El Padre Fr. Josef de Sigüenza, D. Diego Covarrubias y Leiva, Juan Urbina.

vol. 9º: D. Hugo de Moncada, El Cardenal Silíceo, Bartolomé de Carranza.

vol. 10º: D. Pedro González de Mendoza, Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, Vasco Núñez de Balboa, D. Josef Carrillo de Albornoz.

vol. 11º: Hernando de Soto, Diego García de Paredes, Francisco Pizarro.

vol. 12º: Josef Ribera, Pablo de Céspedes, D. Diego Velázquez de Silva, Alonso Cano, Bartolomé de Murillo, Juan de Herrera.

vol. 13º: D. Iñigo López de Mendoza, Juan Ginés de Sepúlveda, Francisco de Salinas, Fr. Benito Jerónimo Feijoo, D. Alonso Pérez de Guzmán.

vol. 15º: Pedro Navarro.

vol. 18º: D. Bernardo de Valbuena.

vol. 19º: P. Rivadeneyra, Diego de Alava, conde de Gondomar, conde de Floridablanca, y el obispo de Orense.[4]

Sebastián de Cobarruvias define epítome como:

> "Vale tanto como breviario, un resumpto y una suma de otra obra grande, recogiendo della todo lo que es de sustancia; es nombre griego, epitome, a verbo epitemo, quod est abrevio."

El Diccionario de Autoridades toma casi literalmente la definición de Cobarruvias, y se refiere a la manera en que se epitomó o abrevió las leyes de los antiguos Magistrados.

Y el Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia Española, lo define así:

> "Resumen o compendio de una obra extensa, que contiene abreviada y resumida la materia tratada en ella, y expone únicamente lo más fundamental o preciso."

Serían muy difíciles de datar estos textos o epítomes en concreto, debido a que los cuadernillos que se conservan en la Biblioteca Nacional no hacen indicación de fecha, como he dicho antes, y el Palau tampoco aporta datos al respecto. Sin embargo la correspondencia con Musso que he publicado en mi El alba... aporta a este respecto información muy precisa.

La carta que he mencionado en la que se encuentra la relación de epítomes de los

que es autor Quintana, está fechada en Madrid, 4 de febrero de 1831.[5] Sabemos por la correspondencia inédita de Quintana con Antonio Uguina publicada por Eloy Díaz-Jiménez Molleda,[6] que en 1827 -entre 20 de enero de 1827 y 26 de diciembre de dicho año, según se deduce de la correspondencia citada, que sin embargo no está muy bien datada- nuestro autor redactaba el segundo y tercer volumen de sus Vidas en el exilio de Cabeza del Buey.

En todo caso, no cabe duda de que los epítomes que recojo se redactaron, obviamente, antes de 1831. Supongo que los que coinciden en tema con el primer volumen de las Vidas de 1807, se redactarían con posterioridad a las mismas. Probablemente se le encargarían como especialista en esos personajes históricos, y resumiría brevemente lo que ya había investigado en el primer volumen citado de las Vidas. Pero no nos es posible saber si los epítomes que coinciden en tema con el segundo y tercer volumen de las Vidas, aparecidos respectivamente en 1830 y 1833, son anteriores o posteriores a éstas. Incluso pudieron redactarse aproximadamente en las mismas fechas, y de hecho en la correspondencia de Quintana con Uguina hay alguna referencia a los epítomes, si bien no a aquellos de los que él mismo fue autor. Quiero suponer que para quien había investigado con gran documentación una serie de personajes, sería de extrema facilidad redactar unas líneas breves en las que resumiera su vida y hechos notables.

De todos modos, los epítomes que coinciden con las Vidas son los siguientes: En el cuaderno 10, Núñez de Balboa -que ocupa un espacio en el volumen segundo de las Vidas, de 1830-; en el cuaderno 11, Pizarro -que se estudia en volumen segundo de las Vidas (1830) igualmente-; y en tercer lugar, Alonso Pérez de Guzmán o Guzmán el Bueno, en el cuaderno 13 -que se estudia en el volumen primero de las Vidas (1807).- De todo ello se deduce que el epítome de Guzmán el Bueno es claramente posterior al texto de las Vidas, por lo que es dable suponer el mismo sistema en los dos restantes autores. Hay referencias a García de Paredes, epítome en cuadernillo 11, en la Vida del Gran Capitán -en el volumen primero de Vidas (1807).-

Los románticos españoles estaban obsesionados por encontrar en la Historia respuesta a los interrogantes sobre la idiosincrasia nacional que se abrían ante ellos en una etapa profundamente nueva y tempestuosa. En este sentido son antecesores claros -y no sólo Larra- de los noventayochistas. Y rastreaban estas respuestas en las vidas de las

grandes figuras del pasado, que adquieren a veces la dimensión de héroes románticos.

Quintana aprende con el uso el arte de este breve retrato histórico, este apunte a caballo entre el periodismo de divulgación y la Historia en que consiste el epítome. De este modo, desde el dedicado a Núñez de Balboa en adelante, poseen mayor interés literario y humano. Los temas referentes a la colonización americana eran la pasión de Quintana, orgulloso de esta gesta española. Remito aquí a los epítomes dedicados a Balboa, Soto, la conquista de la Florida etc.

Hay también otros retratos memorables de soldado, como el de García de Paredes, que es un espléndido perfil. O el de Guzmán el Bueno, que constituye el prototipo de héroe romántico forjado a sí mismo, y capaz de anteponer el bien de la patria a su sentimiento más íntimo. Igualmente el impresionante retrato del artista bohemio en las páginas dedicadas al pintor José Ribera. Los retratos del pintor Velázquez. El dedicado a Alonso Cano, que es otro impresionante testimonio. Epítomes referentes a escritores como el marqués de Santillana, de interés para conocer las noticias y opinión que en la época se tenía de este personaje. El retrato del músico ciego Salinas, que es la historia de un luchador, perfeccionista en su arte.

Como he venido repitiendo, Quintana exalta siempre los valores humanos de los personajes que glosa. Al mismo tiempo es el Quintana más humano también, el que transparece en estos textos, y que lo convierten en un personaje con dimensiones de grandeza.

Especialmente vibrante son los retratos de aventureros de Indias y sobre todo en los epítomes dedicados a artistas y pintores. Sabemos del interés de Quintana por el arte gracias a su correspondencia con Uguina publicada por Molleda, y por la que mantuvo con Musso que yo edité en El alba... Pero estos epítomes muestran la sensibilidad que tenía nuestro autor para comprender, de una manera bien romántica, en lo que consiste el temperamento del artista. El dato es importante.

Me gustaría destacar que en estos retratos se dignifica la anécdota que acompaña a la vida de cada personaje hasta convertirla en leyenda. De este modo contienen un semillero de referencias, heredadas de una auténtica tradición popular, que Quintana incopora a su peculiar modo de historiar la vida de cada cual. Estos epítomes son por tanto, también, fuente de referencias ambientales, de la vox populi y la imagen que acompañaba a cada autor retratado del que se nos da mucha información intrahistórica

inapreciable.

Los comentarios personales que me gustaría hacer a cada epítome, con el objeto de presentar una sugerencia de lectura e interpretación al lector y destacar los aspectos más relevantes, los hago en nota a cada epítome.

Los textos de Quintana son los siguientes:

D. ALONSO TOSTADO.

España contará siempre entre sus varones más célebres a Alonso tostado, natural de Madrigal, el Literato más grande del siglo quince. Una memoria prodigiosa, que retenía cuanto una vez leía; un entendimiento vasto, que abarcaba cuanto se presentaba a su especulación; un amor inmenso por el estudio, y una aplicación incansable, fueron las armas con que se presentó en Salamanca para adquirir los conocimientos que se tenían en su tiempo.[7] A los veinte y cinco años ya los poseía todos, recibió la borla de Doctor, y enseñaba a un mismo tiempo la Filosofía, Teología y Derechos con universal provecho y admiración de cuantos le escuchaban. Las gentes arrastradas de la celebridad de su nombre, volaban de todas partes a escucharle; y el Papa Eugenio IV noticioso de su mérito, honró la Dignidad de Maestrescuela de aquella Catedral, nombrándole para ocuparla.

Asistió al famoso Concilio de Basilea; y después pasó a Italia, donde delante del Papa defendió aquellas ruidosas conclusiones, que desanimaron a los Teólogos de aquel tiempo, y que le suscitaron tantos émulos. Entre ellos se mostró entonces el célebre Cardenal Torquemada, que combatió algunas aserciones del Tostado con excesiva severidad. Defendióse éste; quedando, a juicio de los doctos, superior a su adversario en aquella gran lucha de erudición y sutileza teológica.

Vuelto a España, y entregado a la soledad y al estudio, el Rey D. Juan II le sacó de la Cartuja de Scala Dei, para tenerle en su Corte, y hacerle sucesivamente Consejero suyo, Abad de la Colegiata de Valladolid, y últimamente Obispo de Avila. Aquí fue donde resplandeció más la amable bondad de su corazón, no menos admirable en las virtudes, que su espíritu en los conocimientos. Era generoso, afable, benéfico, puro en sus costumbres, y poseía en grado eminente la más bella de las buenas prendas, el amor a los otros hombres.[8] La muerte le arrebató a los cuarenta años en Bonilla de la Sierra en 1455.

Dejó escritos veinte y siete volúmenes en folio de obras, las más de ellas sobre la Escritura y los Evangelios, con algunas otras de Política, Moral, y de Historia. Todas ellas prueban la universalidad de su talento, que con aplicarse a tantas cosas, nunca se le

conoce débil en ninguna: en todas partes es igual, es consiguiente a sí mismo, jamás se contradice, y siempre manifiesta el juicio sano, el espíritu penetrante, y la prodigiosa memoria de que estaba dotado. ¿Cómo en un siglo bárbaro, cuando la Imprenta aún no había venido en socorro de la curiosidad humana, cuando los manuscritos eran tan raros, y tan escasos los medios del saber, cómo pudo el Tostado adquirir todos los conocimientos de su siglo en la corta edad de veinte y cinco años? ¿Cómo después un hombre que viajó, y se entregó a los negocios de la Iglesia y del Rey, pudo escribir tanto en una carrera de vida tan breve? A vista del prodigio, el mundo literario se pasmó entonces; y tres siglos de descubrimientos útiles en todos los ramos científicos, aunque hayan podido envejecer muchas de sus ideas, no han podido con todo obscurecer la gloria adquirida por talentos tan grandes, tan inmensas riquezas, y tan laboriosas tareas.

D. ALVARO JOSEPH NAVIA OSORIO.

Nació D. Alvaro Joseph Navia Osorio, Vizconde del Puerto, y Marqués de Santa Cruz de Marcenado, en Veiga, Principado de Asturias, a 19 de Diciembre del año de 1684, de una familia de la primera distinción.[9]

La naturaleza le había dotado de un espíritu grande, lleno de talentos, de elevación, y de modestia. Buen Soldado, buen Político, buen Escritor, siempre se distinguió en cuantos empleos obtuvo, y en cuantas comisiones se le dieron. Sus servicios empezaron en la guerra de sucesión, cuando el Principado de Asturias creó un Regimiento, y lo presentó a Felipe V: Navia iba en él con título de Maestre de Campo: pasó al Ejército de Cataluña, y allí comenzó a adquirir el crédito, que jamás declinó, y siempre fue aumentándose en las expediciones de Sicilia, Cerdeña y Orán. Pasó por todos los grados militares hasta el de Teniente General: fue Gobernador de Caller, Comandante del Reino de Cerdeña, y últimamente Gobernador de Ceuta.

La Corte, que no sólo conocía su habilidad para la guerra, sino también para las negociaciones, le empleó sucesivamente en asuntos de importancia en Génova, Turín y París, donde quedó de Embajador Plenipotenciario, después de haber asistido al Congreso de Soisons, para lo que fue nombrado en 1727.

Considerado como Escritor, el Vizconde del Puerto merece un lugar distinguido por sus Reflexiones militares: obra clásica en su género: escrita en estilo claro y sencillo, con buen método, y un plan vasto, juicioso, y felizmente ejecutado algo recargada de alusiones y de citas, efecto más bien hijo de su modestia, que de su ostentación. El mérito intrínseco de ella es bien reconocido de los buenos Militares: Federico II nunca le separaba de su mesa; y ha sido en extremo útil a los Enciclopedistas Autores del Diccionario militar.

La elevación de sus ideas, aun en literatura, se ve en el Proyecto de un Diccionario universal de Ciencias, Artes y Oficios. Este pensamiento, inspirado por el amor a la gloria, y utilidad de su patria, tenía acaso el primer lugar en su cuidado.

Concibióle con grandeza, combinóle con madurez, llevó la atención más exquisita desde el plan general de la obra hasta las partes más menudas, convidó a todos los sabios de la Nación para que concurriesen a ejecutarla: ofrecíase él mismo a trabajar cuanto cupiese en sus fuerzas: no se detenía ni en costos, ni en sacrificios: recomendábala a la Academia y al Rey; y finalmente, si las circunstancias del tiempo no permitieron que se efectuase una empresa tan vasta y tan sublime, por lo menos el ingenio que pudo idearla, el anhelo laudable por el progreso de las letras, una erudición tan grande, y una aplicación tan contínua, son prendas admirables en un hombre ocupado siempre en negociaciones de política, o en operaciones de guerra.

La envidia y la calumnia, que nacen con el mérito de derribarle, o deprimirle, asestaron también sus tiros contra el suyo; pero él solo se defendió de ellos con su moderación y sus virtudes.

Su muerte, acaecida a últimos del año 1732, coronó la gloria y brillo de su carrera. Había forzado a los Berberiscos a levantar los sitios de los castillos de Santa Cruz y San Felipe: después quiso reunir sus tropas, y se puso al frente de ellas: los enemigos le acometieron: los suyos le abandonaron; y herido él, herido también el caballo, sin poder absolutamente valerse, pereció heroicamente a manos de los Bárbaros. Ellos triunfaron paseando su cabeza por las calles de Argel; y el Rey y el Estado lloraron tristemente la pérdida de un Héroe, cuyos talentos y servicios habían sido tan útiles y tan gloriosos.

D. LUIS DE REQUESENS.

Nació D. Luis de Requesens en Valladolid, de una familia ilustre y antiquísima por ambas líneas, destinada desde mucho tiempo a dar a la Nación Española grandes Capitanes en mar y en tierra. Fueron sus padres D. Juan de Zúñiga y Avellaneda, Comendador mayor de Castilla en la Orden de Santiago, y Ayo del Príncipe D. Felipe; y de Doña Estefanía de Requesens, heredera única de esta nobilísima Casa en Cataluña, cuyo apellido y armas tomaron los hijos de este matrimonio. Muy desde luego entró en la brillante carrera de la política y la milicia, a que el esplendor de su linaje, y la eminencia de las dotes de su ánimo le llamaban. Así es que ninguna empresa insigne acaeció en su tiempo en que no tuviese parte su espada, o su consejo, y en que no correspondiese a la confianza del Rey Católico D. Felipe II.[10]

Condecorado con la dignidad que obtuvo su padre de Comendador mayor de Castilla, fue Embajador de nuestra Corte en Roma, y después General de las galeras de España. Cuando los Moriscos de Granada sacudieron el yugo del dominio, y se hicieron fuertes en las sierras vecinas;[11] Requesens fue nombrado para asegurar las costas de las invasiones de los piratas, y para dirigir al joven D. Juan de Austria[12] en aquella guerra espinosa y difícil, en que al fin los Infieles fueron vencidos y sujetados. Por aquel tiempo el Gran Turco Selim II, conquistada la Isla de Chipre en 1569, amenazaba con sus armas a la Europa Cristiana, cuyos Príncipes consternados acudieron al peligro común juntando sus fuerzas para rechazar las del enemigo. Fue Generalísimo de la armada confederada el mismo D. Juan, el cual tenía orden del Rey su hermano de seguir los consejos de Requesens en todas las operaciones. Nadie ignora el suceso de aquella guerra, y la memorable batalla ganada a los Bárbaros en el golfo de Lepanto, en cuyo feliz éxito tuvieron tanta parte el valor y la capacidad de nuestro héroe.

Pero aunque ésta fuese muy grande para la guerra, dícese que era mucho más a propósito para el gobierno y las negociaciones políticas, donde tenían más cabida su inteligencia en el manejo de los hombres y la natural flexibilidad y dulzura de su

carácter. Felipe II, que le conocía y le estimaba, le mandó que desde Milán, donde estaba de Gobernador, pasase a Flandes a suceder al Duque de Alba en la pacificación de aquellos países; pero toda su habilidad y arte no fueron bastantes a reparar un mal inveterado con el tiempo, y hecho ya incurable con los mismos remedios. El rigor excesivo del Duque de Alba había enajenado los ánimos de todos los Flamencos. Las armas Holandesas, aunque inferiores por tierra a las Españolas, eran muy superiores en aquellos mares, donde no teníamos una escuadra capaz de hacer frente a las suyas, y últimamente nuestros soldados, admirables por el valor y el esfuerzo con que atropellaban los peligros y las fatigas, viéndose faltos de pagas, y acosados de necesidades, murmuraban abiertamente, y a cada paso se amotinaban. Ésta fue la ocasión en que Requesens tomó las riendasde aquel gobierno; sus máximas, distintas de las del Duque, aseguraban la fe de los leales, y ganaban el corazón de muchos rebeldes y así como la Gobernación anterior se había hecho aborrecible por su rigor y su fasto, la suya se hacía amar con la blandura y apacibilidad.

Al principio tuvo la desgracia de ver derrotada la escuadra que enviaba en socorro de Middelburg, con lo que esta plaza y otras tuvieron que rendirse a los Holandeses. Éstos, ensoberbecidos con tales victorias, haciendo nuevos esfuerzos, y levantando nuevas armadas, acometieron por todas partes a los Españoles, de los cuales muchos, intimidados, juzgaron que era conveniente ceder por entonces, y no oponerse a su violencia. Pero Requesens desechando este tímido consejo, mostró tanta constancia, y tanta fecundidad de recursos, y dirigió con tanto acierto las pocas fuerzas que le restaban, que hizo en todos los puestos frente al enemigo, ganó la batalla de Monk, y otros muchos encuentros, y se apoderó de diversos fuertes importantes. Los Holandeses iban cediendo ya casi todo el continente: ya el Gobernador pensaba en volver a ocupar las islas, y para eso estaba ideado el memorable esguazo de Zirchsee: célebre facción, cuyo plan fue imaginado con tanta osadía, y cuya ejecución fue tan memorable. Los Españoles, vadeando la mar a pie por medio del fuego del enemigo, arrojáronse desnudos a sus trincheras, y las ganaron. Luego pusieron sitio a la plaza de Zirchsee, que al cabo tuvo que rendirse. Pero en esto ya era muerto Requesens; el sentimiento de ver nuevamente alborotado el ejército sin tener medios para apaciguarlo, le había acabado

arrebatadamente en Bruselas el año de 1576. El poderoso Felipe II no podía sostener sus tropas aguerridas e invencibles que militaban en Flandes, ellas insolentes con sus servicios, y ofendidas de sus miserias, sacudían toda subordinación, y no reconocían freno alguno: así se malograban unas veces las ocasiones de vencer, y otras el fruto de las victorias.[13]

BARTOLOME LEONARDO DE ARGENSOLA.

Nació en la Ciudad de Barbastro en Aragón hacia el año de 1565. Llamóse su padre Juan Leonardo, Secretario primeramente del Emperador Maximiliano II, y después del Príncipe de España D. Felipe, y oriundo de una antiquísima familia de Ravena; y su madre Doña Aldonza de Argensola, Señora ilustre de Cataluña. En compañía de su hermano mayor Lupercio recibió la enseñanza de las Humanidades y de la Filosofía, y siguió la carrera del Derecho en la Universidad de Huesca, donde se graduó de Doctor. Así eran, poco más o menos, los principios de la mayor parte de los literatos de aquel tiempo. Argensola, ordenado Sacerdote, fue Rector de Villahermosa, y después de una corta mansión en Salamanca, pasó a Madrid, donde la Emperatriz María de Austria, retirada entonces al Convento de las Descalzas Reales, le hizo su Capellán; pero por la muerte de aquella Princesa, acaecida en 1603, se trasladó a la Corte, que entonces residía en Valladolid.

En vez de pasar su vida entre la obscuridad y el olvido, los Grandes de aquel siglo tenían la loable costumbre de amar y cultivar las letras, proteger a los hombres de mérito y de ingenio, y complacerse y honrarse con su amistad y su trato. Entre ellos por su franqueza y magnificencia se distinguía el Conde de Lemos (entonces Presidente del Consejo de Indias), cuyo nombre vivirá mientras vivan las bellas producciones que él fomentaba y aplaudía. Este Magnate aficionado particularmente al mérito de los dos hermanos Argensolas, los distinguió entre todos los ingenios de su tiempo, dispensóles su amistad, y comenzó a ocuparlos. Digno y verdadero modo de proteger los talentos, que se inflaman no tanto con la recompensa, como con el buen empleo que de ellos se hace. Cupo a nuestro Argensola el de escribir la Conquista y reducción de las Molucas a la obediencia de Castilla, ejecutada por D. Pedro de Acuña, Gobernador de Manila: comisión que desempeñó gallardamente escribiendo uno de los mejores trozos de Historia que se conocen en Castellano, ya por la belleza del estilo, ya por las curiosidades que contiene. El Historiador, sin ceñirse precisamente a la expedición de

Acuña, empieza su narración desde la primera llegada de los Europeos al Archipiélago Asiático; cuenta su establecimiento, sus violencias, sus variaciones; describe el lujo, la riqueza y costumbres voluptuosas de aquellos Isleños; los ojos codiciosos con que las Naciones de Europa miraban las gratas producciones de su rico país, las diversas tentativas más o menos afortunadas que contra él se proyectaron; los viajes de Sarmiento y de Drack por el mar del Sur, incluyendo también ciertos episodios, que el gusto de aquel tiempo aplaudía, y aun ahora se leen con placer: todo pintado con destreza, y animado de un colorido que maravilla y suspende.

Escrita y publicada esta obra en 1609, que como bellísima se adquirió al instante críticas y aplausos, Argensola se retiró a su país, de donde le sacó el Conde de Lemos para llevarlo consigo a Nápoles cuando le hicieron Virrey de aquel Reino. Iba también Lupercio de Secretario del Virreino, y los dos hermanos se granjearon allí la misma reputación y honores que en España gozaban. Al menor le confirió el Papa un Canonicato en la Catedral de Zaragoza, y los Diputados de Aragón le ofrecieron el título de Cronista de aquel Reino vacante por fallecimiento del Anticuario Llorente. Así habiendo muerto su hermano en 1613, y restituído a España el Conde, volvió él también, y se retiró a Zaragoza a ejercer sus dos empleos. Allí acabó en 1631 una vida dedicada toda al dulce ejercicio de las Musas entre la moderación y el retiro. Después de su muerte D. Gabriel Leonardo, sobrino suyo, publicó sus rimas y las de Lupercio en un tomo en cuarto el año de 1634, y se han reimpreso en nuestros días.

Su ingenio poético le dio entonces el título de Fénix Española, y le concilió una celebridad excesiva con los aplausos, que le prodigaron su discípulo Villegas, cuya reputación va declinando; Cristóbal de Mesa, que ya no vive; Esquilache, cuyos versos ligeros y delicados a veces, agradan todavía; y Cervantes, que será inmortal. Sin embargo es preciso convenir en que este renombre y celebridad son infinitamente menores ahora. Su poesía escasa de imaginación y entusiasmo en la oda, sin vivacidad ni soltura en la sátira, solamente es recomendable por la pureza del estilo y de la dicción, libres enteramente de los vicios monstruosos, que entonces inundaban la Poesía y Elocuencia. Por esto Lope de Vega en la aprobación de sus rimas decía, que él y su hermano habían venido de Aragón a reformar la lengua Castellana.

D. JUAN DE PALAFOX.

D. Juan de Palafox y Mendoza nació en el Reino de Aragón a principios del siglo décimo séptimo, siendo su padre D. Santiago de Palafox, Marqués de Ariza. Allí principió su educación, y después fue enviado a Salamanca a seguir la carrera de Derecho. Muy desde luego manifestó Palafox las bellas disposiciones que le asistían para ser un hombre elocuente, y los grandes talentos de que estaba dotado para los empleos civiles. La grandeza de su casa le proporcionaba la entrada en ellos, y así después de concluir con singular aprovechamiento sus estudios, el Rey Felipe IV le hizo Fiscal de un Consejo de Guerra: en cuyo puesto brillaron sobremanera su integridad, justificación y humanidad, al paso mismo que su capacidad y talento. Extinguido aquel Consejo, pasó a ser Ministro de las Indias, donde crecieron su reputación y crédito. Pero en esta época renunciando las ventajas que le prometía la carrera seglar, se ordenó Sacerdote, y se entregó todo a la piedad y devoción. La Emperatriz María le hizo su Limosnero, y en 1639 fue electo Obispo de la Puebla de los Angeles en Nueva España.

Allí se labró una corona de gloria con sus trabajos y sus virtudes. Pasmaba a todos la pureza de sus costumbres, el ardor de su celo, su mucha sabiduría y prudencia, y el acierto que manifestaba en el gobierno de su Diócesis. Los Indios le adoraban por el proceder humano y benigno que tenía con ellos un hombre, que los creía capaces de virtudes, y que empleó tal vez sus vigilias y su pluma en describirlas. ¡Dichoso él si no hubiera tenido que chocar de frente con el fortísimo escollo de los Jesuitas! Juzgólo empero necesario para sostener los derechos de su Iglesia, y las funciones de su ministerio, que veía violadas por las pretensiones de aquellos Padres. Palafox se mostró firme e incontrastable. Las querellas se avivaron y se encendieron: alteraron el nuevo Mundo, pasaron a España, llegaron a Roma; y a tal punto subió la animosidad, que el virtuoso Palafox se vio tal vez obligado a esconderse en las cavernas de los montes, para salvar su vida de la persecución de sus contrarios.

Gobernó como Virrey a México después del Duque de Escalona, y al fin llamado

por el Rey, volvió a España, hizo patentes los motivos y la serie de sus procedimientos, y Felipe IV aprobó cuanto había hecho en el Gobierno político de México, como en su contestación con la Compañía. Hecho Ministro del Consejo Supremo de Aragón, fue nombrado Obispo de Osma en 1653, en donde murió seis años después, a los 59 de su edad, dejando una memoria que honra y respeta la posteridad con aquella veneración debida a la integridad de su carácter, y a la santidad de sus costumbres.

En el artículo de este hombre célebre D. Nicolás Antonio desea al parecer que Palafox hubiera sido Teólogo. No sabemos si la Teología habría desplegado más sus luces y aumentado sus virtudes: sin ella ciertamente fue como particular un hombre inocente y justísimo: como hombre público, íntegro y capaz; y como Prelado, sabio, ardiente y virtuoso. Escribía con amenidad y soltura sin enmendar ni borrar nada; y en este estilo generalmente incorrecto y redundante compuso un gran número de tratados, discursos y cartas, la mayor parte sobre materias de piedad, y algunos sobre varios sucesos de su tiempo, siendo muy pocos los que han quedado sin publicar.

D. FRANCISCO VALLES.

Ignóranse casi todas las circunstancias de la vida de este hombre célebre, conocido solamente por su reputación y sus escritos. Común opinión es, que nació en Covarrubias población de Castilla la Vieja; pero nada se sabe de las calidades de su familia, nombres de sus padres, ni del año de su nacimiento. Pasó a la Universidad de Alcalá; y dedicado a la Medicina, fueron tan grandes sus progresos, que obtuvo la Cátedra de Prima, que ocupó muchos años con aprovechamiento y aplauso general. Felipe II, movido de la celebridad de este profesor, le llamó a su Corte, le hizo su Médico de Cámara, le elevó a Protomédico, honor muy raro en aquella edad, y le colmó de honores. Cuéntase que padeciendo aquel Monarca de la gota, Valles logró mitigarle los agudos dolores que le atormentaban, aconsejándole metiese los pies en agua tibia: y que éste fue el origen de la gran privanza y superioridad que después tuvo. Añaden que Felipe, sintiéndose aliviado, le saludó con el nombre de Divino delante de toda su Corte: título que pasando del Rey a los Cortesanos, y de éstos al Pueblo, ha quedado desde entonces unido al apellido de Valles. Así, una operación simplicísima y obvia influyó más sobre su crédito, que sus grandes talentos, sus profundos estudios, y sus excelentes obras. Éstas no obstante le granjearon tanta estimación para con aquel Soberano, protector ardiente de cuantos varones sabios alcanzó su siglo,[14] que habiendo determinado erigir en el Escorial aquella gran Biblioteca, comparable con las mayores del mundo, entre los pocos hombres insignes de quien echó mano para acopiar el tesoro literario, que había de colocarse en aquel depósito de sabiduría humana, fue Valles uno de los nombrados: y él dice de sí, que con grande afán y solicitud logró enriquecer con inmenso número de libros selectos aquella biblioteca. ¿Y qué mayor indicio del saber de este varón inmortal, que haber sido compañero de Arias Montano y de Ambrosio de Morales para la empresa, que honra tanto la memoria de Felipe II?[15]

Habíale dotado la naturaleza de un espíritu laborioso, capaz y penetrante, que fue cultivado por él con una serie no interrumpida de tareas útiles. Su gusto era exquisito, su

erudición inmensa: supo de Física cuanto podía saberse en su tiempo, y observaba la naturaleza de un modo nada común, como puede fácilmente conocerlo cualquiera que lea atentamente sus escritos. Se ha dicho muchas veces que para apreciar los hombres es preciso medirlos con su siglo: aplicada esta regla a Francisco Valles, y midiéndole con el suyo, se hallará que era realmente un gigante en la carrera que corrió con paso extraordinario, y que necesariamente su reputación y sus plausos debieron eclipsar a los demás profesores de aquel tiempo. ¡Cuántos descubrimientos sublimes, y qué adelantamientos tan rápidos no se han hecho desde entonces, especialmente en este siglo, en la Física, la Historia Natural, la Botánica y la Química! Quien lea atentamente las obras de Valles hallará que para algunos de ellos allanó la senda a su sabia posteridad y otros los pasó a manos de ésta ya comprobados al toque de la experiencia y del raciocinio. Él fue el primero que penetrando a las entrañas de los seres físicos, vio el fuego insinuado en todos ellos, y atribuyó a su actividad las grandes operaciones de la naturaleza.

La Medicina llevada en los hombros de aquellas ciencias se ha elevado con ellos, se ha enriquecido con sus tesoros, y se ha facilitado nuevos recursos, y abierto senderos nuevos, imposibles ciertamente de imaginarse en el siglo decimosexto: época agradable y gloriosa al ingenio humano mirada por ciertos aspectos; pero no muy rica en conocimientos filosóficos.

Valles, sin embargo de hallarse desnudo de estos inmensos socorros, pudo a fuerza de talento, de trabajo, y de felices curaciones labrarse una gloria, que traspasando los términos de su patria, ha llenado la Europa entera, y no se ha extinguido todavía. Ni merecía menos la suerte incomparable que le cupo de haber conducido la Medicina Española al término de cultura y esplendor con que pudo ya emular la docta simplicidad de la escuela Griega. Él la desnudó de las sutilezas y patrañas del Arabismo: él la exornó con la decencia de una locución pura, natural, propia, elegante: él la engalanó con toda la pompa de la erudición más escogida, habiéndole sido muy familiares las lenguas sabias, y muy profundo el conocimiento que tuvo de cuanto en las ciencias naturales se había sabido hasta su tiempo. Nicolás Antonio no duda llamarle el mejor Médico de cuantos España ha producido: y Boeraave, cuyo testimonio es sin duda más honorífico y

preponderante en la materia, hablando de los Comentadores de Hipócrates en su Método de estudiar la Medicina, coloca a Valles en el primer lugar por su mucha inteligencia en la lengua Griega, su profundo estudio en los Autores antiguos, y su larga práctica en la facultad: dotes, dice Boeraave, que solamente han poseído Galeno y Holler. Además de los Comentarios de Hipócrates, Valles escribió otras muchas obras, donde están tratadas las materias más interesantes de la Medicina. Tales son entre otras su Método, que pasa por excelente, y sus Controversias filosóficas y médicas, donde altamente da preferencia a la escuela Griega sobre la Arabe.

Murió este insigne y sabio profesor en un Convento de Agustinos, extramuros de la Ciudad de Burgos, en el año de 1592. Una lápida que se conserva en Alcalá, donde está grabada la inscripción siguiente, da a entender claramente, que las prendas de su ánimo no eran menos respetables que las de su ingenio.[16]

D. O. M.

FRANCISCO VALLESSIO PHILIPPI HISPANIARUM II IN DIARIUM REGIS CATHOLICI DIGNISSIMO PROTHO MEDICO = PHILOSOPHIAE IN ACADEMIA COMPLUTENSI PARENTI MAGNO = VIRTUTIS IN HESPERIA MAGISTRO CLARISSIMO ET OPTIMO.

D. JUAN DE RIVERA.

D. Pedro Afán de Rivera, primer Duque de Alcalá de los Gazules, Virrey de Cataluña y de Nápoles, y favorecido en extremo de Felipe II, fue el padre de D. Juan de Rivera, que nació en Sevilla el año de 1532. Este niño que prometía las mejores esperanzas, fue enviado a Salamanca a seguir los estudios mayores: allí tuvo por Maestros en Teología a los dos más célebres Teólogos de su tiempo Melchor Cano y Domingo de Soto, y con ellos vivía más bien como amigo que como discípulo. Generalmente era estimado de todos por su aplicación al estudio, la afabilidad y llaneza de sus modales y la inocencia de sus costumbres. El Rey le sacó de la Universidad, donde era ya Doctor y Catedrático, y le elevó a la Silla de Badajoz, dignidad de Rivera que admitió con suma repugnancia, y sólo obligado de las instancias de la Corte. Habiendo poco tiempo después vacado con la muerte del Arzobispo de Valencia la dignidad de Patriarca de Antioquía, el Papa Pío V se la confirió, y entonces fue cuando dijo en público Consistorio aquellas palabras tan notables en la boca de un Pontífice como él: Es, decía de nuestro Rivera, lumbrera de toda España, raro ejemplo de virtud y de bondad, dechado de las costumbres y de la santidad, tanto que nos confunde con su humildad y parsimonia. Trasladado de Badajoz a Valencia, sus virtudes y sus talentos resaltaron con mayor brillo, y presentó en su persona la idea más cumplida de un perfecto Prelado. No se cansaba de predicar, de confesar, ni de escribir, y su celo era infatigable en la conversión de los Moriscos, como en la reforma de las costumbres, y en la observancia de la disciplina eclesiástica. Penetrado de las verdaderas calidades del sublime ministerio que estaba a su cuidado, siempre quiso ser padre más que juez, y daba a su autoridad el amable carácter que él tenía.

Pero después que Felipe III le entregó el Gobierno político del reino de Valencia, entonces aquel mismo Prelado humilde, bondadoso y humano, se revistió de toda la entereza de la justicia, y se mantuvo inflexible en su ejercicio.[17] Ni la nobleza ni los empeños podían torcerla con él, y los facinerosos, vagabundos y bandoleros huían

precipitadamente de Valencia perseguidos de su severidad y vigilancia. Sus ojos paternales, abiertos no sólo sobre las necesidades públicas, sino también sobre las secretas, preveían unas, y remediaban otras: a nadie por ínfimo que fuese despidió jamás sin oirle: en su palacio se daba hospedaje a todo pasajero necesitado que lo pedía: en tiempo de escasez acopiaba inmensidad de harina para alivio de los pobres, y cuando socorría a las familias nobles y menesterosas, su discreta generosidad inventó mil medios exquisitos, con que salía al paso de sus necesidades, y les evitaba el bochorno de manifestarlas.

No contento con hacer mientras vivía la felicidad de Valencia, quiso dejar en ella una fundación, que fuese eterno manantial de beneficios. Erigió para ello el magnífico Seminario de Corpus Christi en 1594, dotándole liberalmente para que allí fuesen mantenidos y educados veinte y cuatro jóvenes Colegiales de beca, y cuatro Familiares. En esta suntuosa obra y venerable institución sacrificó la mayor parte de su rico patrimonio, no queriendo emplear en ella los bienes de la iglesia, que siempre tenía destinados al alivio de los pobres.

¿Será cierto que no se puede hacer bien alguno a los hombres impunemente? Rivera, que jamás hizo mal alguno a nadie, que tenía un corazón tan benéfico y tan humano, y cuya capacidad y momentos se empleaban todos en la felicidad del pueblo que gobernaba: Rivera se oyó llamar tirano inexorable: hubo insolentes que tuvieron osadía de apedrearle: hervían a temporadas los pasquines contra él, y dos Clérigos súbditos suyos eran los fautores de estos movimientos escandalosos. Los cuales no hicieron otra cosa que dar mayor realce a la virtud del Virrey; porque su corazón magnánimo se vengó de sus enemigos colmándolos de beneficios, y dándoles el ejemplo de las virtudes. Lleno al fin de años y merecimientos, falleció este hombre verdaderamente grande y benéfico de una aguda enfermedad en 1611, con general sentimiento de los buenos y de los infelices, que perdían en él un compañero y un padre.[18]

FRAY JOSEPH DE SIGÜENZA

Nació este célebre Historiador en Sigüenza año de 1544, de una familia distinguida. Sus padres conociendo en él una inclinación decidida hacia el estudio, le pusieron a estudiar, y a los doce años ya sabía la Latinidad, la Retórica, y algunos elementos de la Lógica que se enseñaban entonces. Había Sigüenza recibido de la naturaleza una imaginación delicada y vivísima, que en el tiempo de su juventud la trajo alternativamente del siglo al retiro, y del retiro al siglo: dióse a las bellas artes, cultivó la Poesía, la Música y el Dibujo; y uniendo a ellas la bizarría propia de las costumbres de aquel siglo, se dedicó también a manejar la espada, y empezó a inclinarse al ejercicio de la guerra. Sabiendo que se preparaba una armada en socorro de la Isla de Malta, que tenían situada los Turcos, voló a Valencia para alistarse entre las tropas que allá iban destinadas: pero había salido la escuadra un día antes de que él llegase. Frustrada así su esperanza, una aguda enfermedad que le sobrevino, le puso a los umbrales de la muerte: en lo cual creyendo ser aviso de Dios, hizo la firme resolución de abandonar el mundo, y volvió a Segovia a entrarse en el Monasterio del Parral.

Allí además de ser un modelo en el ejercicio de las virtudes monásticas, dio una carrera libre a su pasión por el estudio; y apenas hubo género alguno de conocimiento a que no se aplicase, y en que no sobresaliese. Cultivaba principalmente la elocuencia, enriqueciéndola con el manejo de los Autores antiguos, y con un estudio profundo de su lengua propia: así la fama de su predicación, saliendo de los límites de su Monasterio, llegó a la Corte, que le oyó muchas veces maravillada y atenta. Elegido Prior del Parral, ejerció aquel ministerio con el acierto que sus luces y virtudes prometían, tanto, que concluido el trienio de su Priorato, otras muchas casas de la Orden ansiaron su dirección y gobierno; pero él, demasiado grande para escuchar a la ambición, huyó al Escorial, como un asilo donde pudiese libertarse de sus instancias. Entonces hizo conocimiento con el laborioso Arias Montano, que acopiaba los tesoros de la Biblioteca, disponía el plan de estudios que había de seguirse, e instruía a varios Monjes en algunos ramos de la

literatura. Sigüenza sediento de doctrina bebió en aquella rica fuente, y junto a sus antiguos conocimientos otros muchos debidos a la amistad con Montano. Éste le distinguió siempre como el primero de sus discípulos; y cuando se retiró del Escorial, fue elegido Sigüenza unánimemente para sucederle en todos sus cargos. Sus ocupaciones y su crédito se aumentaban cada día: nada se ejecutaba en el Escorial sin que se le pidiese consejo, y a su gusto y talentos debe aquella soberbia fábrica una gran parte de su riqueza y ornatos. En todo entendía: ordenaba la Biblioteca, juntaba y disponía los manuscritos, dirigía el genio de los Tallistas y Pintores, predicaba en la Iglesia, respondía a las frecuentes consultas del Rey, y se ganaba a tiempo la afición del pueblo, y la confianza de la Corte.

Al ruido de tantos aplausos despertó la envidia,[19] pasión maligna en el mundo, pero frenética y sangrienta en la soledad. Ella no podía sostener la entereza de su carácter, ni la gravedad de sus costumbres: ofendíala la luz de sus brillantes talentos, y la superioridad de su crédito y de su privanza la desesperaba. Con que dando nombre de vicios a sus virtudes, haciendo odiosas sus acciones, y llamando seducción a su saber, cubrióse con la infame y terrible máscara de la hipocresía, y le denunció al Santo Oficio como sospechoso en la fe, y sembrador de novedades. Sería preciso, por el honor de la humanidad y de la religión, ocultar para siempre a la posteridad estos ejemplos de la flaqueza y depravación humana, si no fuera tan bello el espectáculo del hombre justo luchando con la adversidad, la perfidia y la calumnia, y si de semejantes hechos no resultase siempre mayor admiración que vergüenza.[20] Abandonado del Rey, de la Corte y de sus hermanos, el desdichado Sigüenza fue llevado a Toledo, donde estuvo preso siete meses mientras su inocencia se acrisolaba. Y para que no faltase miseria alguna a su tribulación, una enfermedad dolorosa y mal socorrida vino a postrarle las fuerzas del cuerpo, ya que la persecución no podía abatir las de su espíritu. Finalmente el Tribunal le declaró inocente, le devolvió todos sus honores, y le animó a proseguir en sus loables tareas y enseñanza. Sus viles enemigos roídos de una rabia inútil, le vieron gozar desde la época de su triunfo hasta la de su muerte de mayor crédito y privanza que antes. El Rey, la Corte y el Pueblo parece que se esmeraban a porfía en honrarle y aplaudirle; y los empleados y dignidades le acometían amontonados, sin que él se valiese de su

crédito sino para desecharlos. Bien que a veces su moderación se vio obligada a ceder a las instancias del Rey y de sus compañeros, y a admitir el gobierno de la casa del Escorial; donde lleno de achaques y de gloria murió en 1606 con la reputación de ser el mayor hombre que entonces tenía el estado religoso.[21]

Las obras que dejó escritas sobre la Escritura son una muestra de su erudición prodigiosa: pero la más célebre es la Historia de la Orden de S. Jerónimo, dividida en tres partes, que comprenden la vida del Santo, la crónica del Orden, y la descripción del Escorial. A pesar de la humildad del argumento, Sigüenza siempre se muestra un grande maestro en el arte de escribir: su lenguaje es puro y delicado; su estilo elegante y armonioso; sus pensamientos, cuando el asunto lo permite, grandiosos y enérgicos; y los retratos de sus personajes dibujados perfectamente y con gracia: tal vez se sube a ciertos puntos de vista, de donde como de una atalaya descubre una sucesión grande de tiempos, y en pocos rasgos hace ver mucho. Los lunares que de cuando en cuando se notan ya en el estilo, ya en los pensamientos, son más bien hijos de la materia que de su genio, el cual tenía muchas veces que plegarse a ciertas puerilidades y modos de decir indignos ciertamente de la majestad de la Historia. ¡Cuán interesante obra pudo haber dejado Sigüenza si se hubiera aplicado a describir los sucesos de la Nación, aunque se ciñera sólo a los de su tiempo! Entonces se hubieran presentado a su pincel objetos dignos de su maestría; la Iglesia Cristiana dividida por la facción protestante, los Países Bajos rebelados, Francia ardiendo en guerras civiles, Inglaterra sostenida por la capacidad de Isabel, y con el poderío y manejos de Felipe II la Europa toda agitada y conmovida.

D. DIEGO DE COVARRUBIAS.

D. Diego de Covarrubias y Leiva nació en Toledo el año de 1512. Fueron sus padres Alfonso, Arquitecto mayor de aquella Santa Iglesia, que había tomado el apellido del lugar de su nacimiento en Castilla la Vieja, y María Gutiérrez Egas, natural de la misma Ciudad. Un tío Sacerdote que tenía en Salamanca le dio la educación que merecían sus excelentes disposiciones; y él estudió desplegando los talentos que le adornaban, le abrió la gran carrera en que se aventajó después con tanta gloria. Ningún linaje de conocimientos se resistía a su aplicación contínua: Clenardo y Pinciano le enseñaron las lenguas Latina y Griega; y Azpilicueta fue su maestro en los dos Derechos, a cuyo estudio se consagró enteramente. El Colegio mayor de Oviedo se gloría de contarle entre sus alumnos, y la Universidad entre sus discípulos y Doctores. Bien que se dice, que en el examen de Licenciado la iniquidad o prevención de los jueces estuvo para reprobar a un hombre, cuya gloria en la Jurisprudencia compite con la de Alciato y Cuyás. Tan equívoco es el juicio, que puede hacerse en un examen. Una Cátedra, que regentó después, donde se miraban a porfía discípulos, aplausos y adelantamientos, fue la mejor respuesta a sus enemigos, que confundidos callaron.

Oidor primero en la Cancillería de Granada, y después Obispo de Ciudad Rodrigo, fue elegido para ir al Concilio de Trento con los demás ilustres Españoles, que envió Felipe II a aquel general Congreso. Covarrubias se concilió el respeto y la benevolencia de los Padres por la dignidad de su carácter, y la profundidad de su doctrina: y ayudó como asociado al Cardenal Hugo Buon Compagno en la extensión de los Decretos de reforma; no faltando quien afirme, que él solo hizo este trabajo, por haberlo descargado en él aquel Purpurado, que después fue Papa con el nombre de Gregorio XIII. Vuelto a España, y trasladado al Obispado de Segovia, fue por muerte del Cardenal Espinosa, Presidente del Consejo Real de Castilla, elevado a este supremo empleo, que desempeñó admirablemente en los seis años que le ocupó, dejando en la memoria de su conducta el más digno ejemplo a sus sucesores. Murió en 26 de

Septiembre de 1577, ya electo Obispo de Cuenca. Es cierto que desde hijo de un Arquitecto hasta Presidente de Castilla se halla una distancia grande; pero eran todavía más grandes sus talentos, sus estudios, su reputación, y sus virtudes.

Dejó escritos dos volúmenes de cuestiones Civiles y Canónicas, apreciadas mucho de los Letrados, y que manifestaban a todas luces su copiosa erudición. A veces se le ve discurrir en ciertos puntos libre de las preocupaciones de su tiempo, y dar pasos de gigante hacia la verdad, que después ha tardado tanto en descubrirse. Andrés Scoto en su Biblioteca le llama singular honra de la España por su excelente juicio, y sus escritos profundos: y en otra parte dice, que con los rayos de su saber confundió a sus émulos, y los obligó a que le admirasen. Francisco Sarmiento, Obispo de Jaén, en sus Cuestiones del Derecho: Juan García en su trabajo de la Nobleza: Antonio Quesada en sus Cuestiones Legales: Andrés Resende en la recopilación de sus obras; y otros le tributan como a porfía los títulos de ingenio sin igual, de cumbre de la Jurisprudencia, de oráculo de la equidad.[22]

Además de las hasta aquí publicadas dejó escritas otras obras, unas concluídas, y otras sin haber recibido la última mano, que no han logrado la prensa: como son unas Notas al Concilio de Trento: unas Observaciones al Fuero Juzgo, que su hermano D. Antonio de Covarrubias perfeccionó y había dispuesto para la Imprenta: un tratado De Poenis, el mismo que dictó a sus oyentes de Salamanca en 1540: el Catálogo de los Reyes de España, y de otras cosas señaladas por razón del tiempo.

JUAN DE URBINA.

Los grandes Generales que en el siglo décimosexto hicieron triunfar por todas partes las armas de España, no debieron únicamente a sus talentos las victorias que alcanzaron; porque fueron ayudados prodigiosamente por lo aguerrido de las tropas que mandaban, y por la habilidad y esfuerzo de los excelentes oficiales que las dirigían. Éstos si bien no pudieron llegar al grado de gloria que se alcanzaron un Gonzalo de Córdoba y un Cortés, tienen sin embargo la de haberse penetrado bien de sus designios, haberlos ejecutado felizmente, y haber con sus proezas fijado la victoria, que a veces huía de sus disposiciones más acertadas. Tales fueron Villalba, Paredes, Zamudio, Romero, tenidos por un prodigio de valor en unos ejércitos donde era común, y la cobardía desconocida; tal fue entre ellos también el distinguido Alavés Juan de Urbina nacido a fines del siglo décimoquinto.[23]

Los principios en su carrera militar fueron en Africa, cuando la rendición de Buxta y Trípoli; pero en 1512 pasó a Italia con el Gran Capitán,[24] donde en breve se adquirió la reputación de ser el mejor Soldado que había pasado a aquel país. Uno de los hechos que más se celebraron entonces, fue que en un desafío de tres Españoles contra tres Italianos, él fue quien se ganó la principal gloria del combate, rindiendo desde luego a su contrario, y ayudando después a sus dos compañeros, que ya flaqueaban. Acabada la guerra de Nápoles, se alistó entre los Alabarderos del Papa juntamente con Paredes, Zamudio y Villalba: sirviéronle en dos cortas expediciones, formando todos ellos una compañía, de la cual era Capitán Paredes, y Alférez Juan de Urbina; pero lo más del tiempo lo pasaron entregados a los placeres que aquella capital del Cristianismo, entonces en su mayor lujo, les ofrecía.

En 1527 el Duque de Borbón, Jefe del ejército Imperial, no teniendo con que sostenerle, formó la atrevida resolución de llevarlo a Roma, y saciar con sus riquezas la ansiosa codicia de los soldados, al paso que castigase la inconstancia del Papa Clemente, que alternativamente ya amigo del Emperador, ya de la Francia, era un aliado poco

seguro, y muy peligroso para los dos. Con él iban el Príncipe de Orange, Juan de Urbina, y otros Capitanes señalados. Bien notoria es la muerte desgraciada de Borbón al principio del ataque: Urbina fue el que más contribuyó a que las tropas no desmayasen con aquel revés, y sosteniendo e inflamando el valor que las animaba, se mostró el más arrebatado en la acción, y después el más implacable y duro en el saqueo. Salieron de allí, y se encaminaron hacia Nápoles, cuyo país inundaban los Franceses: éstos sitieron aquella capital, la cual debió su defensa a la capacidad del Príncipe de Orange, y al infatigable esfuerzo de Urbina: si se trataba de hacer una salida contra el enemigo, cortarle los víveres, quemarle las máquinas, Urbina siempre al frente de estos ataques, hostigando a los Franceses de noche y de día, jamás les dejó un momento de reposo: enciéndese una disensión entre Alarcón y los Alemanes, y Urbina con su crédito y persuasiones ataja aquel motín, que hubiera quizás perdido al ejército y la plaza:[25] finalmente el Rey de Francia envía un socorro a los suyos; y Urbina al frente de un destacamento sale a interceptarle, y le desbarata matando mil hombres, y haciendo otros tantos prisioneros, con lo cual destruye enteramente la esperanza de los sitiadores.

Esta actividad y diligencia admirables le valieron una reputación gloriosa, y los mejores ascensos. Ya en el cerco de Milán servía de Maestre de Campo: pero no por eso dejó de acudir como antes a todas las fatigas y peligros de Soldado. Un día en S. Columbano volviendo solo de escaramuzar con los enemigos, se oyó llamar por su nombre de uno que pedía socorro: vuela allá, y encuentra un Soldado Español combatido de cinco Italianos, que ya lo derribaban: él acometiéndolos denodadamente, abatió tres de ellos, con lo cual el Soldado cobró aliento, y los otros dos huyeron. De esta refriega salió con tres heridas, y llegó al campo tan ensangrentado, que sus compañeros le desconocían.

Agradecido Carlos V a tantos servicios, le concedió que pudiese añadir nuevos timbres al blasón de sus armas, en atención, según dice el rescripto, a los merecimientos, virtud, animosidad, destreza, y arte militar que había mostrado en las guerras de Africa y Nápoles, y señaladamente en la de Milán. Hízole además Comendador de Neliche, Alcaide del Ovo y de Aversa, Marqués de Oyra, Conde de Burgomene, Señor de Sforzesa y del Jardín de Milán, y Maestre Justiciero de Nápoles: títulos todos debidos a

su mérito, y testigos de sus hazañas. Urbina pereció en la guerra de Florencia, el año de 1530, de una bala de arcabuz que le tiraron desde Hispelo. Su muerte fue sentida generalmente, menos de los Romanos, que aún se acordaban de los males que les hizo, cuando la expedición de Borbón. Lleváronle a Nápoles, donde fue colocado en un sepulcro de bronce, que después convirtió en artillería el Virrey D. Pedro de Toledo. Los Historiadores dicen que era robusto, inteligente, liberal, y sencillo en su conversación: sólo una vez en su vida manifestó miedo, y fue de la artillería en el saco de Génova. Pero su carácter era terrible en la cólera; y cuando le hirieron el honor, desplegó en sus venganzas una ferocidad inexcusable.

D. HUGO DE MONCADA.

Uno de los personajes que más papel hicieron en el teatro de las agitaciones de Italia a principios del siglo décimosexto fue el Valenciano D. Hugo de Moncada, hijo de D. Pedro de Moncada Señor de Aitona. Dedicóse a las armas desde su primera juventud, y pasó a Nápoles en el tiempo de la expedición de Carlos VIII en compañía de otros Españoles alistados como él bajo las banderas Francesas. Pero el valor de estos aventureros no pudo señalarse con el lucimiento que ellos ansiaban, en un ejército constantemente favorecido de la suerte, que pasó los Alpes, atravesó la Italia con la prontitud de un relámpago, se apoderó de Nápoles, y acabó su empresa sin oposición alguna.

Llamado a Roma por el Embajador de España, fue acogido Moncada en aquella Corte con la mayor consideración por su paisano el Papa Alejandro VI. Agradecido a sus favores, y arrastrado también por la vehemencia de su espíritu, acompañó en varias expediciones a aquel César Borja, que Cardenal primero, después caudillo, y siempre turbulento y ambicioso, llenó la Iglesia de escándalos, y la Italia de sangre. En su escuela D. Hugo si no pudo aprendera idear aquellos proyectos tan atrevidos y tan vastos, se adestró por lo menos a la osadía, a las agitaciones, a la fuerza de genio que manifestó después, a no desmayar jamás con los reveses de la suerte, y a no aquietarse nunca ni vencedor ni vencido.

La fama del Gran Capitán y el gusto de servir en las banderas de su patria le hicieron volver a Nápoles, donde la batalla de Garillano le vio desplegar enteramente aquel valor intrépido que le distinguía. Desde entonces su vida fue un contínuo enlace de elevación, de fortunas, y de desgracias. Hecho Gobernador de la Calabria, contuvo los perversos designios de algunos malcontentos, y aseguró a Castelvetro contra las intenciones hostiles de los Franceses. En 1509 le nombró el Rey Católico Virrey de Sicilia, y al año siguiente Capitán General de aquel Reino e Islas adyacentes. Allí superando los alborotos de los sediciosos, y hollando las calumnias de sus émulos, supo

sostenerse hasta el año de 1518, en que medió su expedición a Argel, habiendo sido antes nombrado General de las fuerzas marítimas.

Pero la fortuna[26] le abandonó entonces: el Rey de Tremecén faltó pérfidamente a sus promesas, una tormenta espantosa echó a pique la mayor parte de sus bajeles, y la empresa se malogró. Nada abatido con esta desgracia, al año siguiente trabó a vista de Cerdeña un combate desigual y sangriento con trece galeras Turquescas, no teniendo él más que ocho, y salió de la refriega herido en el rostro: de allí navega hacia los Gelves, desembarca sus tropas, y a pesar del desastre que sufrieron las de Diego de Vera, a pesar de otra herida que sufrió en la pelea, vence a los bárbaros, y hace tributario al Jeque de la Isla.

Roma que le había visto en su juventud entregado a sus placeres, o siguiendo las banderas del Duque Valentín, le vio después Embajador de Carlos V, y vencedor de sus Papas en la carrera intrincada de las negociaciones políticas. Clemente VII, tan famoso por su sagacidad, fue un hombre ordinario junto a Moncada, que mirándole contrario a los intereses de su Soberano, supo oponer el disimulo al disimulo, el engaño a los engaños, y cavar a sus pies, sin que él lo sintiera, el precipicio en que cayendo, se vio precisado a abandonarse a sus amigos, y entregarse a sus contrarios. Éstos eran los Colonnas, facción poderosa que sostenida por el Embajador Español, y aprovechándose de la inacción y simplicidad de Clemente, entró a mano armada en Roma, y disipando la miserable guardia que ceñía las casas pontificias, las entregó todas al pillaje. El Papa advirtiendo tarde su engaño, y encerrado en el castillo de Sant Angelo, no tuvo otro arbitrio que abandonarse a la discrección de Moncada; el cual entonces dictó las condiciones del ajuste con una inflexibilidad y una altivez, que espantaron y ofendieron a los Romanos.

Su muerte sucedió en 1528, siendo Virrey de Nápoles; provincia que a la sazón necesitaba de una cabeza tan pronta y decidida como la suya, para acudir a las terribles urgencias que por todas partes la acosaban. Las tropas Imperiales encerradas en la capital apenas podían sostenerse en ella: y el ejército de Lautrech que había perdido la esperanza de forzarlas, tomó el partido del bloqueo, tanto más seguro, cuanto más sostenido era por la escuadra Genovesa, que señora del mar, llevaba la abundancia al

campo, y el hambre a la plaza. En tal estrecho el Virrey tomando consejo de sólo su ardimento, se arroja a las aguas, y busca las galeras de Filipín Doria muy superioresa las suyas en fuerzas y en pericia. En medio del combate una bala derribó al General Español, y con su muerte acabaron los enemigos de lograr una victoria bien debida a la superioridad de sus maniobras, pero que no desmerecían la arrojada intrepidez y el valor brillante de Moncada. Tenía este cincuenta años cuando murió: y su pérdida fue muy sentida de los Españoles, a quienes sus grandes virtudes guerreras ilustraban y servían; pero igualmente aplaudida de los Italianos atormentados y ofendidos con la actividad indomable y fiereza de su genio.

EL CARDENAL SILICEO.

D. Juan Martínez Silíceo nació en el año de 1486 en Villagarcía de Extremadura, de padres bien humildes. Su destino hubiera sido como el de ellos vegetar pobrísimamente en el campo, si su carácter no le hubiera hecho aborrecer la oscuridad de aquella condición, y aspirar a otra carrera más grande. Muy joven era, cuando estos pensamientos le arrancaron de la casa de su padre, con intento de ir a Roma a probar fortuna. Pero la falta de medios para proseguir su viaje, le detuvo en Valencia, donde estudió la Filosofía que entonces se enseñaba. Allí se grangeó por amigo a un Religioso, con el cual pasó a París a los veinte y un años de su edad; y en aquellas escuelas prosiguió sus estudios sustentándose de limosna, hasta que un caballero prendado de sus bellas cualidades se le llevó a su casa, y le sostuvo en su indigencia.

La fortuna después empezó a cumplir sus deseos: a los tres años de su mansión en París le hicieron Catedrático de Filosofía; destino debido a su aplicación extremada, y a su afición al estudio. Allí fue donde latinizó su apellido de Guijarro, y se llamó Silíceo: mudanza que prueba el pedantismo del siglo décimosexto, y tal vez la flaqueza de nuestro héroe, que quizás se avergonzaría de ver la humildad de su origen en lo grosero de su apellido.[27]

Por entonces deseando la Universidad de Salamanca reformar los estudios de Filosofía, envió a París dos comisarios a escoger el Regente de Artes más docto que encontrasen, y convidarle a venir a España a cualquier precio. Silíceo fue el elegido; y regresado a su país, estando de profesor de Filosofía en Salamanca, logró una beca en el Colegio mayor de S. Bartolomé, de donde su reputación le sacó para Magistral de Coria.

Pero éstos eran los ensayos de una carrera mucho más brillante. Cuidando la Emperatriz madre de Felipe II en dar un maestro a su hijo, puso sobre los hombros de Silíceo el cargo de instruirle, eligiéndole entre los hombres más célebres que entonces se conocían. Cual fuese el fruto de sus máximas y enseñanza en el entendimiento y carácter del Real Alumno, las acciones y reinado de Felipe pudieran manifestarlo, si la capacidad

de un maestro tuviera tanto influjo en la educación de un Príncipe, como tiene a veces en la de los particulares. Dícese que le enseñó las letras pueriles, la lengua latina, y otros conocimientos. Si los cuidados de Silíceo se limitaron a desplegar las luces de aquel Príncipe, es innegable que tuvieron un efecto conocido. Nadie ha tachado a Felipe II de falta de talento: él era activo y laborioso: velaba de contínuo sobre todos los ramos del gobierno, su penetración se extendía a todos los Gabinetes de la Europa, a todos los puntos de la inmensidad de sus vastos Estados: conoció, apreció los hombres y los talentos, fomentó las bellas artes. Es cierto que la Historia no concede las mismas ventajas a su carácter moral; pero en las acciones y escritos de su maestro nada hay análogo a los funestos principios que se le imputan, y Silíceo jamás será responsable de ellos a los ojos de la posteridad.

Sus instrucciones fueron magníficamente recompensadas: y aquel mismo hombre, saliendo de la humildad de los campos, se sostuvo sirviendo en Valencia, y estudió mendigando en París,[28] se vio después Obispo de Cartagena, Arzobispo de Toledo, y ornado al fin de su vida con la púrpura de Cardenal. En esta elevación Silíceo igual a los honores que le rodeaban, manifestó tal grandeza de espíritu, y se portó en todas las ocasiones de lucimiento con una magnificencia y bizarría, que hicieron olvidar enteramente la pequeñez de sus principios. Naturalmente activo y aplicado en las cosas arduas, era descuidado y flojo en las menores, y su carácter desabrido y poco flexible de tuvo siempre separado del gobierno y de los negocios públicos. Murió en 1557 llorado universalmente de los pueblos, que su liberalidad, humanidad y aplicación hicieron felices.

BARTOLOME DE CARRANZA.

Bartolomé de Carranza nació en Miranda de Navarra al año de 1503. A los diez y ocho años de su edad profesó en la Religión de Santo Domingo, y en breve se hizo distinguir por su aplicación y sus virtudes: tanto que hacia la mitad del siglo ya la Inquisición y la Corte le consultaban, y el Consejo de Indias le ofreció el Obispado de Cuzco, que su moderación supo desechar. Pero la época primero de su celebridad, y acaso de sus desgracias, fue la primera convocación del Concilio de Trento, adonde concurrió en calidad de Teólogo, en compañía del ilustre Domingo de Soto. Allí declarándose siempre por las opiniones más puras, maravillando a los Padres por su sabiduría, elocuencia y entereza, sostuvo noblemente la dignidad del nombre Español,[29] y se adquirió a un tiempo el crédito y las alabanzas que le perdieron, y los enemigos que jamás le perdonaron. Viéronle éstos después obtener y desempeñar cumplidamente los más graves empleos de su Religión, renunciar al cargo de Confesor del Príncipe, y el Obispado de Canarias, volver segunda vez al Concilio, y aparecer en él con mayor brillo y superioridad que la primera, pisar Inglaterra cuando el casamiento de Felipe con María, entender en todos los negocios de reforma que los dos Príncipes practicaron en la Religión de aquel Reino, y ganarse con su actividad la confianza del Rey, que descargaba sobre él una gran parte de las operaciones que su celo religioso emprendía. Todo atizaba el fuego de la envidia, que acabó de exaltarse viéndole nombrado a ocupar la Silla de Toledo, vacante por la muerte del Cardenal Silíceo. En vano Carranza se excusó con la debilidad de sus fuerzas para una carga tan grande: en vano propuso al Rey otros sujetos más dignos, según decía él, para sostenerla: Felipe no admitió ni sus excusas ni sus ruegos, y le precisó a admitirla. Quizás, como dice Mariana, le elevaban tan alto, para que la caída fuese más grande.

Consagróse en Bruselas en 1558, y partió para España, donde entró acompañado de los aplausos y respeto debidos a sus merecimientos y a su elevación. Ya la tempestad armada contra él bramaba desde lejos, y sus amigos consternados le exhortaban a que

pusiese la mar en medio de sí y de sus contrarios, y huyese a Roma, donde quizás los riesgos que le amagaban serían menos atroces; pero él fiado en su inocencia, esperó conjurar la nube con ella sola, y empezó a ejercer su ministerio con entereza y decoro. Un desdichado Catecismo que publicó en Amberes, y que aprobaron los Padres del Consejo, fue el pretexto de que se valieron sus enemigos para empezar el ataque; y el haber asistido a los últimos instantes de Carlos V, hizo que le complicasen en la causa del Conde de Bailén, y de Constancio Ponce, Predicador de aquel Príncipe. Pero para vencer el obstáculo que oponían a su dignidad y carácter a la persecución intentada, escribióse al Rey que había vehementes sospechas de que el Arzobispo fuese Hereje. A esta imputación Felipe II lo olvidaba todo, y abandonaba a sus amigos. Con efecto, Carranza fue arrestado en Torrelaguna del orden del Santo Oficio, llevado a Valladolid, y encerrado en una prisión estrecha, donde gimió por espacio de siete años. Recusó a sus jueces, apeló a Roma, ¿pero qué asilo podría encontrar en esta Corte, ofendida ya por él por la entereza que había manifestado en el Concilio? Sus infames contrarios se complacían en que unas dificultades naciesen de otras, en complicar los procedimientos de la causa, y eternizarla de mil modos. Al fin el Papa Pío V avocó a sí este negocio, y logró del Rey que el Arzobispo fuese llevado a Roma, donde aqunque la prisión no fue tan dolorosa, la causa sin embargo no se terminó con la brevedad que se esperaba de la actividad de aquel Papa, y acaso de su parcialidad hacia el infeliz acusado. A Roma fue también como Abogado suyo el célebre Azpilicueta, uno de los juristas más señalados de aquel tiempo, pero en este asunto no sacó otro fruto que manifestar inútilmente su amistad y su celo por el reo ilustre que defendía. Murió Pío V, y su sucesor Gregorio XIII sentenció en 1576 al Arzobispo a que abjurase diez y seis proposiciones de Lutero, en que se sospechaba coincidía, a estar suspenso de su Arzobispado por cinco años, y recluso en el Convento de Predicadores de Orbieto. Tal fue el fin de esta ruidosa causa, que tuvo en expectación a todo el orbe Cristiano: tal fue la sentencia que obtuvo Carranza al cabo de diez y siete años de prisión: sentencia equívoca que dejaba su reputación dudosa, y donde no se encuentra proporción alguna entre lo que había padecido, y lo que le imputaban.[30]

Él falleció de allí a pocos días, protestando su inocencia al tiempo de morir, y

perdonando a sus enemigos los enormes agravios que le habían hecho. Pero esta protestación era inútil a los ojos de los hombres, que escandalizados de su persecución, respetaban su carácter y su sabiduría, estimaban sus virtudes, y compadecían sus desgracias. Fue siempre estimable en todos los pasos de su carrera, íntegro, inflexible en los ministerios que ejerció, inocentísimo en sus costumbres: jamás por todo el tiempo de su amargo encierro se le escapó una expresión de impaciencia, una injuria contra los crueles que así le tenían. Y si éstos con sus indignos manejos lograron ocultarse a la execración de la posteridad, ella sin embargo no dejará nunca de mirar con maravilla y compasión la ilustre víctima que destinaron a sus atroces odios, y a su detestable política.

D. PEDRO GONZALEZ DE MENDOZA.

Nació este famoso Prelado en la Ciudad de Guadalajara el año de 1428. Su padre fue el célebre Marqués de Santillana, señalado entonces entre los mejores Caballeros por su valor, su poder y bizarría, conocido también por su afición a las letras, y de quien nos quedan algunos versos, que, sin embargo de la rudeza de su siglo, se leen aún con bastante placer por su delicadeza y soltura. El hijo, destinado a la Iglesia desde su niñez, empezó sus estudios en Toledo, y se dedicó particularmente a la lengua latina y a la retórica. Después, hecho ya Arcediano de Guadalajara, pasó a Salamanca, en donde acabó su carrera eclesiástica, y en el año de 1452 vino a la Corte de Juan el Segundo de Castilla, en la cual, aunque joven, tuvo la mayor influencia.

Bien era preciso que su espíritu estuviese adornado de una flexibilidad y talento extraordinario para insinuarse y sobresalir en aquella Corte, en donde las conspiraciones, los versos y los amores reinaban alternativamente, y en la que el Príncipe, apacible y bueno, pero débil y negligente, se dejaba llevar como de vientos contrarios de los partidos opuestos de los Grandes. En esta crisis y alternativas contínuas, en que la ambición y el orgullo suelen representar un papel tan grande, el joven Mendoza se ganó los corazones de todos con su afabilidad, llaneza y cortesía; y el Rey, en prueba del amor y confianza que le merecía, le hizo conferir el Obispado de Calahorra en el año de 1454.

Las cosas mudáronse de aspecto después con la muerte de Juan el Segundo, y la del Marqués de Santillana; porque los Mendoza no estuvieron en la gracia de Enrique Cuarto al principio de su reinado. Este Príncipe los arrojó de Guadalajara, enemistado con ellos por la entereza del Obispo de Calahorra, que en una conferencia con el Arzobispo de Toledo y otros Señores trató de remediar los desórdenes que empezaban a descubrirse en el Estado. Es cierto que, pasado algún tiempo, conciliados él y sus hermanos con los Privados del Rey, y unido D. Beltrán de la Cueva a su familia, Enrique no tuvo mejores servidores que ellos, ni consejero más prudente ni más útil que el Obispo.

Bien notorio es a todos cuán pocas eran las fuerzas de aquel Rey para sostener el peso del Gobierno. La autoridad entonces era del primero que con mano firme y segura se apoderaba de ella: de aquí alborotos contínuos, disensiones escandalosas, y perpetua desolación. Mendoza, si no pudo atajar estos males a pesar de su diligencia y consejos, tuvo la gloria al fin de haberse mantenido incorruptible en medio del contagio, de haber asistido al Rey con los avisos más prudentes, y de haberle defendido con su valor. Él le exhortó a no encargarse de los Catalanes que querían negar la obediencia al Rey de Aragón, manifestándole la injusticia y poca conveniencia de aquel proyecto. Y cuando después el estandarte de la rebelión se levantó en Castilla, y la mitad de los Pueblos y de los Señores se declararon contra Enrique, él estorbó que le prendiesen junto a Villacastín, le sostuvo cuando alzaron por Rey en Avila al Infante D. Alonso, y peleó valerosamente en su defensa en la batalla de Olmedo. En este reinado fue hecho sucesivamente Obispo de Sigüenza, Cardenal de España, y Arzobispo de Sevilla.

Muerto el Rey Enrique, gozó de la misma privanza, y sirvió con el mismo celo a sus sucesores los Reyes Católicos. Él era el primer personaje del Reino por sus merecimientos, por su autoridad, y por sus riquezas, y mucho más cuando, después del fallecimiento del turbulento Carrillo Arzobispo de Toledo, fue elevado a aquella Silla por la Reina Doña Isabel. Asistió con todo su poder en la guerra de Granada, y entre él y sus parientes ganaron a Loja en 1486. Esta plaza era el espanto de los Cristianos: allí había muerto el Maestre de Calatrava; y allí había sido desbaratado el Conde de Cabra. El Cardenal fue en fin quien tomó posesión de Granada en nombre de los Reyes, después de haber tenido una parte tan principal en su gloriosa conquista.

Así este hombre, que por la naturaleza de sus dignidades y empleos parecía destinado a una vida tranquila y sedentaria, impelido por las circunstancias del siglo, se mantuvo mientras vivió en una carrera contínua de agitación y de trabajos, más propia de un Estadista, o de un Guerrero, que de un Prelado Eclesiástico. Erigió en Valladolid el Colegio Mayor de Santa Cruz a imitación del de San Bartolomé en Salamanca, y le dotó suntuosamente; porque su magnificencia y bizarría en las ocasiones de esplendor eran iguales a su elevación y a su poder. Murió en Guadalajara el año de 1495 a los 67 de su edad. Sucedióle en el Arzobispado el ilustre Cisneros, cuya capacidad y talentos había

sabido distinguir Mendoza, y que después oscurecieron a los suyos.

EL CARDENAL CISNEROS.

Muerto el Cardenal Mendoza Arzobispo de Toledo, la Reina Católica Doña Isabel eligió para suceder a Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, Religioso Franciscano, natural de Torrelaguna. La elección no podía ser más acertada, para un puesto tan importante como peligroso en aquellos tiempos; porque en la flaqueza de los reinados anteriores los Prelados de aquella Iglesia validos del inmenso poder que les daba su dignidad, y excitados por la turbulencia de su genio, habían hecho temblar mil veces al débil Juan II, y al imbécil Enrique IV. Era preciso, pues, escoger un hombre cuyo carácter y virtudes sostuviesen con decoro el peso del empleo que le confiaban, y que al mismo tiempo se adaptase fielmente a las miras políticas de los dos Reyes. Nadie para ello era más a propósito que Cisneros. Eclesiástico al principio, y Provisor en Sigüenza, se había hecho estimar de sus superiores por la sabiduría y prudencia de su conducta: solitario después, pasmaba a sus compañeros por su fervor y austeridad, por su amor al retiro, y por su aplicación al estudio: elevado al fin por la fama de sus virtudes a Confesor de la Reina, siempre conservó la severidad de su instituto en medio del ruido y lujo de la Corte, haciéndose notar por la integridad y elevación de su carácter. Tal era el nuevo Prelado que Isabel destinó a Toledo; el cual revestido de aquella dignidad, se mostró en ella más grande que lo que había sido hasta entonces. Su liberalidad y agasajo para con los pobres, la severidad que mostró a los usureros y malos jueces,[31] los dos Sínodos celebrados para el mejor régimen del Clero de su Diócesis, la reforma de las órdenes religiosas acabada felizmente, a pesar de los infinitos obstáculos que él sólo pudiera vencer, su celo por el aumento de la Religión, y en fin la santidad de sus costumbres le hicieron respetable a los ojos de los hombres, y uno de los más bellos ornamentos del orbe Cristiano. En 1507 el Papa Julio II le honró con la sagrada Púrpura; y el Rey Católico venciendo la secreta aversión que le tenía, empezó a descargar en él mucha parte del gobierno.

Él erigió y dotó la Universidad de Alcalá: publicó a expensas suyas las obras del

célebre Tostado: trabajó en gran parte, y costeó enteramente la edición de la primera Biblia Políglota que conoció Europa, y gastó en todo sumas inmensas, que atestiguan su amor por la literatura, y su magnificencia.[32] Todos sus pensamientos eran grandes: fuélo sin duda el de pasar al Africa, y vengar en su propio país las ofensas que los Moros nos habían hecho. Él hizo a su costa los preparativos de la expedición, y pasó en persona a mandarla, llevando por General del ejército al célebre Pedro Navarro: desembarcó, avistó a los Bárbaros, derrotólos, y tomó a Orán por asalto. Dícese que al entrar en la plaza se le saltaron las lágrimas, viendo las calles llenas de cadáveres:[33] rasgo que le hace tanto honor como cualquiera de los otros que de él se cuentan, si es verdad que la humanidad es la primera de las virtudes. Esta humanidad fue la que le hizo preparar y proveer en varias partes de Castilla graneros inmensos, que socorriesen una grande esterilidad que amenazaba. ¿Qué mucho que el epueblo entonces le apellidase a grandes gritos su vengador y padre?

Muerto el Rey Católico, quedó encargado de la Regencia de Castilla hasta la venida del Archiduque Carlos. Cisneros en el primer puesto del Estado se llenó de todas las miras y pensamientos de un Monarca, y sus talentos políticos se acabaron de desplegar enteramente; porque ni el fervor de la devoción, ni el ejercicio de las virtudes monásticas habían podido apocar el temple enérgico de su espíritu: y así él supo y pudo contrastar la resistencia que oponían a sus operaciones de una parte los codiciosos Framencos que rodeaban a Carlos, de otra los Grandes de Castilla envidiosos de su poder, ansiosos de novedades, y prontos a sacudir un freno que había sufrido impacientes en tiempo del Rey difunto. Jamás el temor ni los halagos pudieron abatir o alterar la noble altivez de su alma: jamás las dificultades desconcertaron la ejecución de sus proyectos. Avivó y fomentó la guerra de Navarra, puso en seguridad el Estado contra las turbulencias que meditaban los descontentos, arrancó a la rapacidad de los malos administradores los caudales que habían usurpado al público, cercenó todos los gastos y empleos superfluos, y con esta sabia economía satisfizo las deudas del Estado, y creó muchos establecimientos útiles. Mil veces la soberbia orgullosa de los nobles fue a quebrarse inútilmente contra la entereza de este hombre extraordinario, que hacía vanidad de la humildad de su condición antigua, y se gloriaba de humillarlos con su

cordón y sus sandalias. Las respuestas que les daba salían siempre con una superioridad y fiereza que los aturdía: el pueblo por otra parte tomó en el tiempo de su administración un carácter, una energía que hasta entonces no había tenido. Y últimamente, cuando vino el Monarca, depuso en sus manos el Reino tranquilo y floreciente, y la autoridad más firme y extendida que nunca, conservada y aumentada a fuerza de esmero y de talento. Carlos pagó con ingratitud sus servicios,[34] y él murió en Roa en 1517, emponzoñado, según fama, por los Ministros Flamencos, que temían su capacidad y su genio.

Se ha comparado muchas veces la administración de Cisneros con la de Richelieu; y efectivamente estos dos Ministros presentan algunos rasgos semejantes. Ambos eran igualmente activos, fieros y orgullosos: ambos se vieron al frente de los negocios en circunstancias bien difíciles. Pero Richelieu voluptuoso, vengativo y sanguinario, hizo que muchas veces la máquina que dirigía se resintiese de su opresión, y se vio siempre aborrecido, atacado de sediciones, y bañado en la sangre de sus compatriotas: Cisneros austero en sus costumbres, amigo por carácter del orden y tranquilidad, paraba las tempestades con sóla su firmeza, y se vio querido del pueblo a quien amaba, y estimado y temido de los Grandes que contenía. Richelieu humilló la Casa de Austriae, ensalzó la de Francia, trastornó la Inglaterra, revolvió la Europa: Cisneros manejó el timón del Estado con seguridad, y procuró la felicidad del país que gobernaba. El Francés era al parecer más a propósito para las operaciones de afuera: el Español para las interiores: en fin, los talentos del uno eran más brillantes, y los del otro más útiles.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA.[35]

Las primeras tentativas que hicimos los Españoles por establecerse en tierra firme de América fueron inútiles y desgraciadas. El genio y temperamento de los habitantes, más belicoso y robusto que el de los Isleños; la aspereza salvaje del terreno, que sólo presentaba montañas fragosas, pantanos nocivos e intransitables, y horribles desiertos; un clima cruel armado de fríos y calores igualmente insufribles, rechazaban de todas partes a los Europeos cansados de luchar sin fruto con tan espantosos estorbos. Así se malograron las expediciones de Ojeda y de Nicuesa: y hubiera tenido el mismo fin la de Enciso, a no haber ido con él un hombre superior a los obstáculos que la naturaleza y la fortuna le oponían a cada paso.

Éste fue Vasco Núñez de Balboa, que nació en Jerez de Badajoz hacia el año de 1475. Él fue quien alentó a sus compañeros, que desmayados con la pérdida de la nave y de los víveres que en ella llevaban pensaban en volverse a las Islas, y les indicó el paraje del Darien como más a propósito para establecer su Colonia: guiólos allá, arrojaron a los Indios, y formaron su población. Desde entonces, confiados en su prudencia y esfuerzo, quitaron el mando de la Colonia a Enciso que no sabía más que atesorar, y se le dieron a Balboa, que sabía gobernar y combatir. La dirección no podía confiarse a mejor caudillo:[36] osado en sus proyectos, activo en ejecutarlos, con un ánimo que nunca se vio desmayar en los peligros, y con una resistencia que las fatigas jamás pudieron abatir, era al mismo tiempo agasajador, franco y popular con todos; y sus Soldados que le veían vestirse y alimentarse como el más inferior de ellos, consolar a los unos, alentar a los otros, y ser siempre el primero en las facciones y en los trabajos, le adoraban, y le seguían animosos adonde quiera que los llevaba. Enciso volvió a España a proseguir en la Corte sus quejas y su resentimiento, mientras Vasco Núñez se ocupaba en asegurar su Colonia, y en pacificar las naciones salvajes que le rodeaban.

Aterró a las unas con la superioridad de sus fuerzas, y se ganó las otras con la amistad y los presentes. Recorrió la tierra comarcana, y toda ella tuvo que reconocer el

dominio Español. En una de estas corrientes sus compañeros disputaban sobre el oro, que pesaban en una balanza: un Indio presente a la disputa, echando a rodar el oro y la balanza, ¿por qué reñir, les dijo, por tan poco? Si tanta ansia tenéis de oro, que abandonáis por él a vuestra patria, y atravesáis tantos mares, yo os diré dónde podéis ir a saciar vuestro deseo con ese metal despreciable a nuestro ojos: y en seguida les dio noticia del mar del Sur, y de las ricas naciones que habitaban sus costas, aconsejándolos que para aquella empresa era preciso que fuesen en más número que los que entonces eran.

Con este aviso Balboa dio la vuelta al Darien, hizo sus preparativos, y se puso en marcha para descubrir el mar y las regiones que tantas riquezas prometían. Enormes dificultades embarazaban la empresa. Los Indios, a modo de enjambres, se oponían en las llanuras: los pantanos ocupaban los valles, los torrentes se despeñaban de las cumbres, y las montañas escarpadas, que forman el Istmo, y resisten el embate de los dos mares, impracticables por todas partes, no dejaban un momento de descanso a los acosados Españoles. Al cabo de veinte y cinco días de una marcha desesperada, el Océano Pacífico se mostró a los ojos de Balboa, que atónito y gozoso dio gracias al Cielo por el descubrimiento; y entrándose en las olas, tomó posesión del mar en nombre del Rey de Castilla. Así se abrió este nuevo y vasto campo a la navegación y al comercio de la Europa.

Los Españoles, después de haber tomado noticias del Perú, regresaron a la Colonia subyugando y destruyendo las tribus enemigas que encontraron en su tránsito. Es preciso decirlo: más de una vez Balboa se dejó llevar de la violencia y la codicia, que han deslucido la reputación de nuestros descubridores. Ya estos borrones que obscurecen su gloria han sido denunciados a la posteridad por los filósofos; pero nosotros observaremos solamente, que saliendo aquellos Españoles de un país donde en siete siglos no se había respirado más que guerra y combates, la mayor parte de ellos sin educación alguna, encontrándose en un mundo nuevo, mudo y terrible a sus ojos, donde la sed, el hambre, la guerra y la fatiga los desesperaban, no era tanto de extrañar que sus corazones terribles se desnudasen tal vez de todos los afectos sociales, y que su brío y energía degenerasen en ferocidad y violencia.

La Colonia crecía y prosperaba bajo la dirección de Balboa, cuando llegó al Darien Pedrarias Dávila, enviado de la Metrópoli para gobernar el Istmo. De todos los Españoles que pasaron los mares, fue éste el más infame y abominable. Sin ninguna de las dotes brillantes que hicieron ilustres a los descubridores, sin hacer bien alguno por la prosperidad de la Colonia, era avaro, cruel, envidioso, implacable, vengativo.[37] Juró eterno rencor a Balboa, no pudiendo sufrir el resplador de sus talentos y de sus empresas: empobrecióle con residencias, le privó varias veces de su libertad; y el domador del Istmo, y descubridor de las riquezas del Sur, se veía miserable y olvidado en aquella tierra, que él había conquistado con su valor, y gobernado con su prudencia.[38]

La Corte al fin conoció su yerro, y nombrando a Balboa Adelantado de todos los países que descubriese, dio orden a Dávila para que le auxiliase en sus empresas. Este triunfo de su rival acabó de encender aquel espíritu inícuo y vil. A costa de grandes fatigas se habían hecho ya los preparativos para la expedición del Perú; ya Balboa, seguido de los muchos voluntarios que su valor, su fama y su fortuna le atrajeron, se hallaba en la Isla mayor de las Perlas aguardando la sazón de salir al mar, y empezar la carrera de trabajos y de gloria que después holló Pizarro; cuando el sospechoso Dávila, abusando de su confianza, le envió a llamar, y luego que le tuvo en su poder, le hizo prender y condenar a muerte. En vano la Colonia entera, estremecida y llena de indignación, pedía la vida de un hombre de tantas esperanzas: todo lo atropelló la violencia de Pedrarias, y la sentencia se ejecutó en la plaza de Acla con llanto universal de cuantos la miraron. Sucedió este desastre en 1517, y con él se dio la señal a la ruina sangrienta que preparaba la suerte a los descubridores y conquistadores del Perú.[39]

D. GIL CARRILLO DE ALBORNOZ.

Gil Albornoz, digno de colocarse para gloria de España al lado de Trajano y de Teodosio, nació en Cuenca, Ciudad de Castilla la Nueva, por los años de 1299. Fueron sus padres García Alvarez de Albornoz, descendiente de Alfonso V de León, y de Doña Teresa de Luna, que lo era de D. Jaime de Aragón. Cuidaron de darle una educación correspondiente a su ilustre nacimiento, y advirtieron en él una disposición capaz de grandes progresos en las ciencias por los primeros ensayos a que le dedicaron, resolvieron enviarle a Tolosa de Francia, célebre Universidad de aquel tiempo, donde por su entendimiento claro y penetrante, y por su mucha aplicación se hizo luego admirar por uno de los profesores más adelantados, especialmente en el Derecho Canónico: recibió allí el grado de Doctor; y lleno de conocimientos útiles, y de una virtud sólida, se restituyó a España a casa de su tío D. Jimeno de Luna, Arzobispo de Toledo, que le confirió el Arcedianato de Calatrava, Dignidad de la misma Iglesia, en cuyo destino logró la confianza de Alfonso XI de Castilla, que le hizo su Capellán y Limosnero; y después, muerto el Arzobispo su tío, le eligió para que le sucediese en la Silla. Elevado a esta dignidad, al mismo tiempo que llenó todas las obligaciones de su ministerio con una vida ejemplar, cuidando del decoro de las Iglesias y aumento del culto, y celebrando dos Sínodos en Alcalá para arreglo de la Disciplina, el uno el año de 1345, y el otro en el de 47, hizo al Rey importantes servicios, dirigiéndole con acierto en medio de las circunstancias peligrosas de su reinado, desempeñando embajadas de la mayor consideración, y sacándole felizmente con sus consejos y valor de muchas guerras contra los Moros, y señaladamente de la memorable Tarifa contra Albohacén, en la que le libertó de la muerte arriesgando su propia vida.

Muerto D. Alfonso, entró a reinar D. Pedro; y Albornoz dejando la Corte, se retiró a su patria, desde donde pasó a Aviñón, residencia de la Silla Apostólica, o bien para ponerse a cubierto de las asechanzas del Rey contra su vida, o bien por ser importante su persona al lado de Clemente VI, que le creó Cardenal del Título de S.

Clemente en 1350, y le hizo su Legado a latere. Inocencia VI sucesor de Clemente le continuó el mismo honor de su Legado, le dio el Obispado de Santa Sabina en 1354; y convencido del valor, prudencia y virtud que había manifestado sirviendo al Rey D. Alfonso, se persuadió a que él solo podría desempeñar la grande empresa de la restauración de la Italia sublevada y apartada de la obediencia del Papa por Ludovico Duque de Baviera, competidor de Federico de Austria en el Imperio: guerra que aunque en su primer motivo no fuera bastante a justificar la opinión de aquellos tiempos, la hicieron precisa la rebeldía, el cisma, y los atentados del Duque. Dióle con efecto esta comisión, que aceptó Albornoz lleno de respeto, y el suceso acreditó lo acertado de su elección, porque armado de celo por la gloria de la Iglesia, no perdonó fatiga ni medio alguno para restituir a la Santa Sede sus legítimos derechos; de suerte que los Vicarios de Cristo, que desde Juan XXII se vieron precisados a desamparar su patrimonio, volvieron a esfuerzos de Albornoz a fijar su asiento en Roma.

Bolonia entretanto padecía la más dura opresión por parte de los Vizcondes de Milán. Los ciudadanos solicitaron el socorro del Cardenal estimulados de la fama de sus victorias, el cual condescendió a sus instancias, y después de haber tentado todos los arbitrios para evitar la guerra, obligado de la obstinación de los rebeldes, se empeñó en la más sangrienta; y en dos encuentros, en que perdió Albornoz los dos mejores Capitanes, uno de ellos García su sobrino, desbarató y dispersó el ejército enemigo, y Bolonia cobró su libertad. Esta Ciudad, cuya conquista le costó tan cara, mereció también sus mayores cuidados, y experimentó más que ninguna otra de sus beneficios: mejoró su policía, formando a este efecto un cuerpo de leyes llamadas de su nombre Egidianas, que aún están en observancia: aumentó el comercio, y establecío fábricas, franqueando utensilios y primeras materias para ellas, y sangrando a sus expensas el Reno, con que facilitó la construcción de molinos, máquinas, y el transporte de los géneros y manufacturas entre este pueblo y Ferrara; y finalmente mandó en su testamento edificar un Colegio, donde se enseñasen a jóvenes Españoles todas las ciencias, y en efecto una de las obras magníficas de la Europa.

En medio de estas ocupaciones de Conquistador no dejó de ser un Prelado devoto, desinteresado y humilde. Con motivo de los grandes progresos que hacía en

Nápoles la secta de los Fraticelos, pasó desde Aviñón a aquella Capital para acabar con gente tan impura. Además de haber sostenido a sus expensas la guerra de Arimino, renunció el opulento Arozobispado de Toledo luego que fue elevado a la Púrpura, o más bien a la Iglesia de Santa Sabina, diciendo, que no le era lícito retener una esposa a quien no podía servir. Y aunque se hubiera concurrido a la elección de sucesor de Inocencio VI, acaso habría recaído en él la Tiara, reconociéndose insuficiente para desempeñar tan grande cargo; renunció de buena gana las proporciones con que le brindaban sus amigos.

En fuerza de los trabajos que por espacio de quince años padeció en servicio de la Iglesia, empezó a decaer su salud, y llegó al término de su vida el día 23 de Agosto de 1367 en Viterbo. Su muerte causó un sentimiento general, e hizo tal impresión en el Papa Urbano V, que en dos días se negó al alimento y a toda comunicación y consuelo. Fue depositado su cuerpo en Asís en la capilla que en el Convento de S. Francisco había construído a este efecto, entretanto que se disponía trasladarle a Toledo, según su última voluntad: ceremonia que a pesar de la distancia se executó con la mayor diligencia, pompa y devoción, habiendo concedido el Pontífice las mismas indulgencias que se ganan en el Año Santo a todos los que llevasen cualquier corto espacio la litera que conducía el cadáver.

HERNANDO DE SOTO.

El único guerrero que entre los conquistadores de América supo unir la moderación a la fuerza, y la generosidad a la ambición, fue el Adelantado Hernando de Soto. Era natural de Villanueva de Barcarrota en Extremadura, y se había empezado a distinguir en Castilla del Oro y Nicaragua, cuando la ruidosa expedición del Perú le arrastró a servir en las banderas de Pizarro. Él y Belacázar fueron los que reforzaron el pequeño ejército con que aquel descubridor atacó el Imperio de los Incas. La prontitud e inteligencia con que ejecutaba Soto todas las facciones que se le encargaban, la osadía con que se arrojaba a los peligros, y la prudencia que manifestaba en todas sus acciones, le adquirieron la principal consideración entre aquellos aventureros, y ninguno contribuyó tanto como él al buen éxito de la conquista. Pero el carácter de humanidad que se dejaba ver en sus acciones no era a propósito para prosperar entre hombres tan violentos. Pizarro y Almagro le fueron ingratos: y descontento al fin, y conociendo por la alteración de los ánimos la tempestad de la guerra civil que iba a romper en aquellos países, abandonó la América, y se vino a España menos poderoso y rico que los otros, pero con una celebridad menos injuriosa.

La ambición de hacer descubrimientos no le dejó sosegar en su patria. Pidió y obtuvo la conquista de la Florida, con el gobierno de la isla de Cuba, que debía servir de plaza de armas, y punto de reunión para la empresa. La Florida, impenetrable hasta entonces a los Españoles, había sido descubierta en 1512, y atacada dos veces por Juan Ponce de León, el mismo que ejecutó la reducción de Puerto Rico. Pero ni él, ni Pánfilo de Narváez, que después intentó este descubrimiento, pudieron sostenerse contra la ferocidad indomable de la naturaleza. Ponce de León murió en Cuba de una herida que recibió en su segunda tentativa. Narváez, imprudente, temerario, sin talentos y sin fortuna, feneció ahogado en un río, después de haber sido su ejército derrotado y disperso.

La expedición de Soto tuvo su principio en Mayo de 1539. El General después

de haber hecho reconocer todas las calas, puerto y surgideros de la Florida, salió de la Habana, y desembarcó en la bahía del Espíritu Santo. Despidió los buques en que había venido el ejército, para quitarle, a ejemplo de Cortés, la esperanza de retirada, y se entró tierra adentro, ofreciendo a los Indios su amistad, y ganando a los caciques con su afabilidad y buen trato. Mas pocos se mostraron amigables a los Españoles: guerreros y feroces por carácter y costumbre, viendo venir sobre sí aquella nube de advenedizos, se armaron en su daño, y opusieron a los descubridores unas veces la fuerza abierta, otras el engaño y la astucia.

No es este lugar de contar uno por uno los innumerables combates que Soto tuvo con los Salvajes, las fatigas que sus soldados sufrieron, ni los peligros que los amenazaron. Si los Españoles no desmintieron jamás aquella osada impetuosidad y sufrimiento que los caracterizaron por todas las regiones del nuevo mundo,[40] los Salvajes de la Florida manifestaron igual tenacidad y constancia en rechazarlos de allí. Dos caciques principalmente: pusieron varias veces el ejército a punto de perderse por el artificio de sus emboscadas, por la violencia de sus ataques, y por la constancia implacable de su odio. Era tal en fin el furor de los Indios, que cada paso costaba a los nuestros una batalla. Todos sus bagajes estaban perdidos, sin armas, sin ropa, sin recursos, hundidos en aquella región inmensa y desconocida, cercados de naciones enemigas y robustas, no desmayaron en la empresa, ni perdieron un punto la confianza que tenían en su caudillo.

Cuatro años habían pasado desde que empezaron sus descubrimientos sin que Soto pudiese ejecutar el plan que meditaba; porque el ejército desabrido de no encontrar aquellas riquezas que con tanta ansia venía buscando, se prestaba poco a sus intenciones, y en vez de formar colonias, sólo aspiraba a enriquecerse y llenarse de oro.[41] Minas no las había: las perlas que había encontrado no satisfacían su codicia, y el sitio donde se hallaban no era a propósito para fijarse. Soto temió que si se acercaban a la marina sus tropas se desbandasen, y perder con ellas el fruto de todos sus gastos y fatigas. Metióse tierra adentro, y en medio de su viaje le sorprendió una enfermedad, de que falleció en pocos días el año de 1543 a los cuarenta y dos años de su edad. Despidióse de todos sus soldados antes de morir, y señaló por su sucesor a Moscoso, que era el oficial de mayor

capacidad. Conducidos por él los Españoles, fatigados de combates, y no vencidos, se vieron precisados a retroceder, y a arrojarse en el río Grande, por el cual salieron a mar abierto, y pudieron arribar a la costa de Panuco.

Tal fue el éxito de esta expedición tan prolija y memorable, de que los Españoles a pesar de sus victorias no sacaron ventaja ninguna. La pérdida de Soto fue llorada universalmente. Gran guerrero, gran general, gracioso en su figura y modales, exento de los excesos que se han imputado a sus compañeros, manifestó siempre un corazón noble y generoso, inaccesible a la ferocidad y a la codicia. El campo que se ofreció a sus talentos no fue tan fecundo ni tan importante como los que se abrieron a Pizarro y a Cortés; pero la posteridad debe dar a su carácter y virtudes la justa preferencia que se merece sobre ellos.

DIEGO GARCIA DE PAREDES.

Diego García de Paredes nació en Trujillo al año de 1468, y fue hijo de Sancho Jimén de Paredes, conocido por su valor y la moderación de sus costumbres en los revueltos tiempos de nuestro Enrique IV. No tuvo en su niñez otra educación ni otros juegos que el salto, la lucha, la carrera y los demás ejercicios de agilidad y de fuerza: llegado a la juventud, ansioso de guerra y de combates, abandonó su casa, y pasó a Italia, donde la necesidad le obligó a alistarse entre los guardias del Papa Alejandro VI.

Allí estaban entonces Juan de Urbina, Zamudio, el Capitán Pizarro y otros guerreros, todos Españoles, que se ilustraron sobre manera en el discurso de aquellas turbulencias. Paredes, su igual en corazón y ardimiento, descollaba sobre ellos por sus fuerzas personales, que en aquel tiempo tenían todavía mucha influencia en los sucesos de la guerra. Jugando un día a la barra fue insultado por un Romano; y a pesar del tropel que tomó la parte del ofensor, sin más armas que la barra, se hizo temblar de todos matando cinco, hiriendo a diez, y maltratando a muchos. Este lance llegado a noticia del Papa y de César Borja, dio a conocer a Paredes, y fue hecho Capitán de una compañía alistada entonces contra los Ursinos.[42]

En esta guerra él fue el primero que asaltó a Montediascón, rompió con sus manos las cerraduras de las puertas, dio entrada a sus gentes, y desbarató a los enemigos que se había hecho fuertes en la plaza. Diéronle tanta nombradía esta y otras proezas semejantes, que los Generales parece se disputaban las ventajas de tenerle en sus banderas. César Borja, Próspero Colona, Gonzalo de Córdoba, y Villalba el que arrojó a los Franceses de Navarra, debieron tal vez a él sólo sus victorias más decisivas. Hostia, Cefalonia, Fosara y Faenza le vieron en distintos tiempos ser el primero en el asalto de sus murallas, el más furioso en la refriega, y el más activo en su rendición.

Era entonces el tiempo de los desafíos. La Europa, apenas salida de la barbarie, daba la reputación de más bravo a quien salía más veces en semejantes combates. ¿Quién de ellos pudiera medirse con Paredes, a quien el arnés más pesado no agobiaba

más que una gala, y en cuyas manos era un juguete la maza más robusta? Así salió victorioso en casi todos sus duelos, que fueron muchísimos, sin tener jamás la afrenta de verse vencido.

Después de la batalla de Cirinola, en que se desplegaron con tanto brillo sus virtudes marciales, fue a rendir a Canosa, que los enemigos cedieron con condiciñon de que les dejasen retirarse a Melfi. En tanto que la capitulación venía firmada del Gran Capitán,[43] quiso tener el gusto de ver el castillo, fiándose de la lealtad y confianza de los Franceses; pero estos indignos de su nombre, luego que le vieron dormido asaltaron la puerta del cuarto en que reposaba con intención de asesinarle. En tal extremidad la indignación y la necesidad le dieron fuerzas para defenderse, hasta que sus soldados sospechando la traición asaltaron la fortaleza, y le libertaron. Victoria mucho más ilustre todavía con su moderación; puesto que autorizándole ya el derecho de la guerra a dar muerte a los traidores, él los dejó retirarse a Melfi, según les tenía ofrecido.

Ocupaban los Franceses la puente del Garellano, y la habían fortificado con una formidable bateria. El General Español intentaba forzarlo, y Paredes le ponía delante las dificultades de la empresa. Ya que no conocéis el miedo, le dijo Gonzalo, no le pongáis vos en mí. Paredes despechado se retira a su tienda, coge un montante, y se entra por el puente. Los enemigos no se cuidaron de emplear su artillería en aquel hombre solo, y él hizo señal de querer hablarles. Un considerable número de gente se adelantó a recibirle, y luego que le vió delante de la batería, sacando el montante empezó a lidiar con ellos: los suyos acudieron a sostenerle, y él pudo retirarse de la refriega sin daño alguno, después de una acción tan temeraria.

Redujo el Ducado de Sora, y tomó a Rosano. Por premio de tantos servicios le dieron a Coloneta, de que el Rey Católico le despojó después para contentara los Argevinos, sin darle indemnización ninguna. Entonces irritado dejó el servicio de la España: hízose corsario, e infestó los mares. Pero de allí a poco cansado de aquel ejercicio volvió a Italia, y asistió a la batalla de Rabena, donde sin poderse valer fue hecho prisionero. Llevábanle los vencedores por un puente, y él sacudiéndose de sus guardas arrojóse al río, y se salvó a nado. Sirvió al Emperador Maximiliano en la guerra contra Venecia, y vuelto a España militó también en la de Navarra, donde venció a los

Franceses. Su muerte acaeció en 1530 de resultas de una caída.

Este guerrero, que por sus fuerzas y sus hazañas renovaba la memoria de Hércules,[44] tenía también como el campeón de la fábula sus accesos de melancolía que le ponían intratable. Acontecíale en semejantes ocasiones apedrear hasta a su mismo hijo, y su mujer no pudiendo sufrir este humor atrabiliario, tuvo que separarse de él. En lo demás era humano y comedido, como puede serlo un soldado de su clase. Su generosidad con los infames de Canosa es digna de eterna alabanza; y fueron tales la estimación y respeto que conservó toda su vida por el Gran Capitán, en cuyos laureles había tenido tanta parte, que en medio del palacio, y a oídos del Rey Fernando, nada aficionado a Gonzalo, dio un alto testimonio de su integridad y sus virtudes, haciendo callar a sus envidiosos detractores.[45]

FRANCISO PIZARRO.[46]

Muerto Balboa, sus designios y sus planes para el descubrimiento de las costas del Sur puestos en ejecución por algunos aventureros incapaces, fueron olvidados al fin por falta de buen éxito. Pizarro, natural de Trujillo, hijo de aquel Coronel Pizarro, que se distinguió tanto en las guerras de Italia, se atrevió a proseguir y logró acabar la empresa comenzada. La reputación de Balboa, y la gloria que acababa de adquirirse Cortés en su singular expedición, eran poderosos aguijones que estimulaban a Pizarro a seguir sus huellas. Nada podía negarse a su osadía, nada abatir su infatigable constancia, y hermanando a esta fuerza de carácter una robustez y resistencia de cuerpo igual, o tal vez mayor, entró en la carrera que le presentaba la fortuna, y la importancia de sus conquistas eclipsó los descubrimientos anteriores.

Sin medios al principio para la ejecución de sus proyectos, se asoció con Diego de Almagro[47] y Fernando de Luque, más poderosos y ricos que él: los tres jurándose amistad y lealtad, pactaron ser iguales en la contribución de las fatigas y de los gastos, así como en la repartición de los despojos. Mas al principio la expedición fue infeliz: Pizarro con una embarcación miserable se dirige hacia el ecuador, reconoce varias partes incultas de tierra firme, y la hambre, la fatiga y los Indios le rechazaron de todas ellas: a estos obstáculos se añadió otro, que sin la constancia de Pizarro hubiera desacreditado y destruido enteramente sus proyectos. El Gobernador del Istmo teniendo por disparatada semejante empresa, envió una embarcación para que se volviese a Panamá. Pero él lejos de obedecer a unas órdenes tan opuestas a su osadía, y determinado a atropellar por todo, trazando en el suelo una raya con la espada, y vuelto a sus compañeros, el que quiera, les dijo, seguir la senda de los peligros y la fortuna, salve esta raya y quédese conmigo: los demás pueden volverse al Istmo. Trece solos se quedaron,[48] y con ellos pasó cinco meses en la desierta isla de Gorgona, terreno el más dañoso de toda la América, el más horrible y salvaje, y donde las fatigas y su resistencia combatieron a porfía. Allí les vino a socorrer un barco enviado por sus compañeros, con el cual descubrió la costa del Perú,

tomó tierra en Tumbez, y encontrándose con pocas fuerzas para proseguir la expedición, se retrajo al Istmo a hacer nuevos preparativos. Mas no hallando en Panamá disposiciones para ello, pasó a España, hizo autorizar su comisión por el Gobierno, y volvió a América; donde aunque provisto de títulos y ayudado de Luque y de Almagro, apenas pudo armar tres navichuelos montados de ciento y ochenta hombres, y en ellos arribó segunda vez a Tumbez.

Con tan flacas fuerzas se atrevió a atacar una nación grande,[49] en quien la civilización había ya hecho progresos considerables, y que tenía su religión, su gobierno, su agricultura y sus artes. La batalla de Casamalca, en que los Peruanos aturdidos y hechos pedazos abandonaron a su Inca en manos del enemigo, decidió del destino del Perú, y acabó con su imperio. Atahualpa, prisionero, fue juzgado a la manera de Europa, y condenado al último suplicio por los vencedores, que con su muerte se vieron dueños de aquella vasta región, y se derramaron por toda ella. Los Indios divididos y dispersos hicieron varias tentativas, todas inútiles, para arrojarlos. Cuzco y Quito tuvieron que rendirse al yugo extranjero, y Almagro, uno de los Jefes de la expedición, adelantó sus descubrimientos hasta Chile.

Entre tanto Pizarro cuidadoso de arreglar su colonia repartió la tierra entre los soldados, y echó los cimientos de Lima a seis millas de Callao en el año de 1535. Este establecimiento debía servir de capital del nuevo imperio, y por su situación excelente y diligencia de su fundador fue en poco tiempo una población respetable adornada de un palacio magnífico, y habitaciones muy cómodas. Pizarro es bastante conocido por descubridor y conquistador del Perú, pero el título sólo de fundador de Lima sería bastante para honrar y eternizar su memoria.

Había llegado ya el tiempo en que los Españoles debían emplear contra sí mismos sus armas victoriosas. Almagro volviendo de Chile ansioso de disfrutar el premio de sus trabajos y de sus combates no quería reconocer superior ninguno, ni Pizarro podía sufrir igual. La disensión entre esta clase de hombres se acaba siempre con la sangre. Declaráronse la guerra los dos partidos, y después de varias vicisitudes Almagro fue vencido y hecho prisionero por los Pizarros. Él había perdonado a Gonzalo y Fernando cuando estuvieron prisioneros en su poder; pero este último cuando tuvo en

su arbitrio la suerte de Almagro, manchó la victoria con la muerte de su rival, que olvidado de lo que debía a su valor, se abatió en vano a la humillación y a los ruegos.[50]

Sus compañeros y soldados le vengaron tres años después. Había dejado un hijo a quien Pizarro restituyó una parte de la herencia de su padre, y en cuya casa se formó la conspiración que había de asesinarle. En efecto, los conjurados saliendo de casa del joven Almagro en una siesta de Junio de 1541, y gritando por las calles de Lima viva el Rey, muera el tirano, atravesaron la plaza pública sin que nadie se moviese, forzaron el palacio en que vivía, y a pesar de la resistencia vigorosa que hizo, admirable en un viejo de su edad, y digna de sus mejores tiempos, le asesinaron, ahuyentando antes sus amigos y criados. Tenía entonces Pizarro cerca de ochenta años, y con su muerte quedó abierto el campo a la guerra civil que desoló por tantos años aquellas colonias. Desgraciado término de la vida de hombre tan famoso, que al paso que conquistó tantos estados y riquezas para España, se hizo objeto de la cruel envidia de sus contrarios.[51]

JOSEPH RIBERA.

Italia y España se han disputado la cuna de este excelente Pintor, como si la casualidad del nacimiento de un hombre grande pudiera dar verdadero lustre a país alguno, cuando ni con sus ejemplos ni con sus instituciones ha contribuído a la formación de sus talentos.[52] Es cierto sin disputa que Ribera nació en Játiva en el Reino de Valencia, y que los primeros elementos de la pintura los bebió en la escuela de Francisco de Rivalta:[53] mas era muy niño todavía, cuando el ansia de adelantar le condujo a Italia y a Roma, en cuya Academia se aventajó tanto, que viéndole tan muchacho y tan aplicado, le pusieron el Españoleto: nombre que su talento ha inmortalizado, y con el que la posteridad le conoce.

Sin auxilio, sin recomendación alguna el joven Ribera vivía en Roma sosteniendo apenas su mendiguez con los desperdicios que le daban los demás dibujantes de la Academia. Pero la aplicación y el estudio eran el sólo alimento de este espíritu totalmente embebecido con su arte.[54] Un Cardenal que le vio un día dibujar en la calle, prendado de su aplicación, y viéndole tan andrajoso, le llevó a su casa, le vistió y colmó de regalos. Al cabo de cierto tiempo el pintor abandona a su protector, y se vuelve a hundir en la miseria antigua. El Cardenal encontrándole después le motejó de ingrato; mas Ribera le hizo conocer que con sus agasajos su inclinación se viciaba, y su aplicación fallecía; y que él estimaba en más las ventajas de su carrera que las comodidades del bien estar. Con un espíritu de este temple era difícil que el Españoleto no arribase a la altura en que se halló después.[55]

Sale de Roma y marcha casi mendigando a Nápoles. Allí para sostenerse entra en un obrador público de pintura, y pide que le admitan a trabajar. El dueño para tantear su capacidad le mandó pintar una cabeza, ejecutada con tal manejo y valentía por Ribera, que el Napolitano admirado le muestra su casa y bienes, le lleva a su hija y se la ofrece por esposa. Túvolo a burla el Español, y se dio por sentido: mas el otro le replicó seriamente, que más quería por yerno a un hombre pobre y de habilidad, que a un rico

ignorante. La aventura parece de novela;[56] mas lo cierto es, que Ribera se halló de repente casado con la hija de aquel artista, y abundante en riqueza y comodidades. Éstas se aumentaron depsués en gran manera a fuerza de estudio y de trabajos. Él era el primer hombre de su profesión en Nápoles, y uno de los más célebres de Italia. Sus cuadros buscados a porfía por los Príncipes de Europa, se derramaron por toda ella haciendo al admiración y la delicia de los inteligentes: espectáculo bien agradable y bien honroso para el siglo y la nación en que se da, el del talento, que con sólas las alas de su mérito desde una humillación tan baja, se sabe elevar a altura tan sublime.

Habíase dedicado a imitar el estilo de Caravagio,[57] y con el estudio contínuo del natural consiguió aquella valiente manera de claro obscuro que caracteriza sus obras. Parece que este espíritu original quiso separarse del objeto que se proponen los demás pintores; y en vez de ganarse los ojos con las gradaciones, y conmover agradablemente el corazón con objetos bellos y dulces, tiraba a espantar con los contrastes más fuertes y con la imitación de cosas tristes y horrendas: su pincel terrible y severo prodiga las luces y las sombras, y busca casi siempre para emplearse el horror de los martirios, la austeridad de la penitencia,los accidentes de la vejez, las lóbregas sombras de la noche: entonces es cuando el relieve de las figuras manifiesta toda la valentía de su estilo. Sus Profetas, sus Mártires y sus Ancianos tienen impreso robustamente el carácter de su imaginación tétrica y elevada.[58]

Gran número de excelentes cuadros ejecutados por este Pintor se conservan en el Escorial, en Madrid y en Salamanca, sin contar la mayor y mejor parte de ellos, que se ve en Nápoles y en Roma. Él murió en la primera de estas ciudades lleno de reputación y de riqueza en el año de 1656 a los 67 de su edad. Dejó un discípulo en el célebre Lucas Jordán, que abandonó muy pronto la escuela de su maestro para seguir otro estilo más rico, más ameno y más fácil, y que por sus talentos, su abundancia y sus negligencias es considerado como el Ovidio de la pintura.

PABLO DE CESPEDES.

Este insigne profesor nació en la ciudad de Córdoba, de cuya Catedral fue Racionero. Es tan rara entre los artistas la riqueza de conocimientos, que Céspedes adornado de una erudición muy vasta, y cultivando felizmente todas las artes de imaginación, pasa fundadamente por un prodigio entre ellos. Así en su tiempo gozó de un crédito universal, y la amistad que tuvo con Arias Montano[59] y otros hombres sabios de entonces manifiesta el lugar que supo hacerse con su literatura y sus talentos.

Dos veces estuvo en Italia y en Roma, adonde iban a formarse en aquella época casi todos los cultivadores de las bellas artes. Allí pudo alcanzar a Miguel Angel, ingenio el más colosal que ellas han producido en los siglos modernos. Siguióle por modelo, y le profesó toda su vida una admiración tan profunda, como la manifiesta el elogio que insertó de él en su Poema de la pintura. En Roma Céspedes gozó de una reputación muy brillante: cuando restituyó de su mano la cabeza a la estatua estropeada del Cordobés Séneca, los Romanos admirados de la belleza de aquella obra, pusieron debajo de ella: viva el Español. Él pintó en la Trinidad del Monte al lado de los mejores profesores que entonces se conocían, sin que en el paralelo temiese quedar vencido. Uno de ellos fue el célebre Federico Zucaro, con quien tuvo amistad muy estrecha, y de quien es aquel dicho en ocasión de encargarle un cuadro para la Catedral de Córdoba. Viviendo allí Céspedes, ¿qué necesidad tienen de enviar por cuadros a Italia? Expresión hermosa, que fue después repetida por Bernini en Francia cuando vio la fachada del Louvre trazada por Perrault. Los hombres grandes no conocen la envidia.[60]

Las obras de pintura de Céspedes se conservan en Córdoba su patria, en Sevilla y otras ciudades de Andalucía. Palomino celebra mucho el cuadro de la Cena que hizo para la Catedral de Córdoba, y los que pintó para la sala del Cabildo de la Iglesia de Sevilla. Él reunía una infinidad de prendas características de los grandes profesores. Era exacto en el dibujo y en la anatomía, inteligente en el claro obscuro, gracioso en los semblantes, y buen colorista. Nadie hasta su tiempo había sabido en Andalucía hacer

buen uso de las tintas.

No quedan otras muestras de su talento poético, que los fragmentos conservados por Pacheco del Poema que había hecho o estaba haciendo sobre la pintura. Se notan ciertamente en estos rasgos los descuidos propios de las composiciones que no tienen más que la primera mano: violencias de sentido, obscuridades, tal cual hinchazón, y sobre todo, cierta desigualdad abandonada que detruye a veces el buen efecto. Pero hay en aquellos versos una manera tan valiente y tan fogosa, y la imaginación del poeta se manifiesta tan rica, que se hace perdonar fácilmente estos lunares. Si habla de la tinta, es para acordarse de las revoluciones del tiempo y de la duración del ingenio: prescribe la elegancia y la fuerza del diseño, e invoca a Miguel Angel, como su númen principal: pinta un caballo, y a la manera de Virgilio le hace atravesar denodado los torrentes, oír impávido la trompeta de la guerra, y arrojarse ardiendo a los combates.

Escribió Céspedes algunos tratados en prosa sobre antigüedades y sobre la pintura, no habiendo perdonado los tiempos sino los títulos de algunos. Murió en Córdoba el año de 1608, ya muy avanzado en edad, con sentimiento general de todos los que le conocían; porque su corazón era tan amable y tan virtuoso, como rico y dejado su talento. ¡Dichoso quien, como él, puede en la moderación y el retiro cultivar los buenos estudios, aventajarse en las artes, ser admirado y querido de su siglo, y dejar a la posteridad una memoria respetable![61]

D. DIEGO VELAZQUEZ.[62]

Sevilla fue la patria de este eminente Artista que nació por los años de 1594. Su primer Maestro fue Francisco de Herrera el Viejo, cuya condición impertinente no pudo sufrir, y se pasó a la escuela de Francisco Pacheco, hombre que poseía todos los conocimientos teóricos de la pintura sin la mayor destreza para practicarlos. Velázquez en su estudio se afirmó en el dibujo con la contínua observación del natural, y se dedicó desde luego a la imitación de escenas extravagantes y caprichosas, género en que no ha tenido igual alguno ya se considere la verdad de la representación, ya la valentía del pincel, ya la ingeniosidad de la composición. Decíanle que por qué no se ocupaba en objetos de mayor nobleza y hermosura a imitación de Rafael y de Ticiano; y él respondía, que más quería ser el primero en aquellas groserías, que el segundo en la delicadeza.

Este dicho manifestaba ya toda la ambición del joven Artista, que aspiraba al principado de la pintura. Incansable en el estudio, reuniendo a la práctica y a la imitación de los mejores artistas de su tiempo, principalmente de Tristán, la muchedumbre de conocimientos necesarios para la excelencia; cinco años estuvo cultivando sus talentos en silencio, para después desplegarlos en un teatro más grande y con toda la gloria que a su mérito se debía.[63]

El Conde-Duque valido de Felipe IV, y en cuyas manos estaban entonces las riendas de la Monarquía, extremadamente apasionado de las artes y de los artistas, le llama a la Corte y le da el encargo tan deseado por Velázquez de retratar al Rey. Poseía él con eminencia el arte de retratar: ninguno ha sabido apoderarse con más facilidad de la fisonomía y ademán de los semblantes; ninguno darles el aire nacional que los distingue. El retrato ecuestre de Felipe IV pasmó a la Corte y a los profesores que entonces la seguían. El Rey admirado mandó que se recogiesen todos sus demás retratos, quedando sólos los que ejecutase Velázquez, y le hizo su Pintor de Cámara. Carduchi, Nardi y Caxes, tres célebres pintores, reconocen en ésta y otras pbras su primacía, y él

queda con la reputación del mejor profesor de España.

Cuando Rubens vino de Embajador del Rey de Inglaterra, con ningún artista trató sino con Velázquez, a quien ya conocía por cartas. Juntos fueron al Escorial,[64] y juntos contemplaron las maravillas de las artes depositadas allí. Entonces fue cuando Velázquez, lleno de las obras de los grandes pintores italianos, se afirmó en el deseo de pasar a Italia y considerar en su fuente tantos y tan ricos mineros del talento.

Dos fueron las veces que estuvo en aquel país. La primera sólo por afición y con el objeto de estudiar: la segunda con una comisión del Rey cerca del Papa Inocencio X, y con el encargo de adquirir una colección abundante de modelos antiguos y modernos, que pudiesen servir de escuela a los artistas españoles. Velázquez atravesó la Italia colmado de honores debidos a su celebridad y a sus talentos, y estudiando por todas partes aquellas obras clásicas que con tanta ansia iba buscando. De allí volvió rico con los conocimientos que había adquirido, y con el precioso caudal de tantos monumentos envidiables, que fueron colocados en Palacio y después en gran parte devorados por el fuego.[65]

Sería superfluo señalar aquí los muchos honores y gracias que Velázquez recibió del Príncipe a quien servía, los muchos destinos en que fue empleado. La envidia[66] atenta siempre a degradar el mérito ya que no le pueda derribar, la envidia decía que toda su habilidad se reducía a saber pintar una cabeza. Dicho a que replicó Velázquez, que no conocía quien la supiese pintar. No hay vista más grosera ni más injusta que la de la envidia: ella en esta ocasión aparentando hacer justicia a los admirables retratos de Velázquez, se olvidaba de tantos y tan bellos cuadros historiados como salieron de su mano. ¿Tan limitado acaso era el ingenio del pintor que compuso el cuadro del fingido Baco coronando a sus secuaces; el de la Rendición de la plaza; el de las Hilanderas; el Crucifijo que se ve en San Plácido; y, por no mentar más, el de la Infanta Margarita, monumento admirable de ingenio y de verdad, que Jordán llamaba el dogma de la pintura?

Velázquez llegó en su carrera al alto punto a que aspiraba. Él es el primero de los pintores naturalistas, que no tanto se empeñan en mejorar sus tipos, como en representarlos fielmente.[67] Nadie le ha igualado en la inteligencia de la luz y de la

sombra, y de la perspectiva aérea, partes las más esenciales para presentar la verdad a los ojos. Nadie tampoco le ha superado en determinación y en manejo. El cuadro ya citado de las Hilanderas, decía Mengs que no estaba pintado con la mano, sino con la voluntad. De este modo Velázquez si en sus obras se elevó pocas veces hasta la belleza ideal, objeto que parece el primero de las artes de imaginación, goza la gloria singular de ser el más fiel imitador de la naturaleza.

Murió en Madrid el año de 1660 a los 66 años de su edad. Hombre verdaderamente grande por su habilidad, por su ingenio, y que hará época inmortal en la historia de las artes modernas. Habíase casado en su juventud con la hija de su Maestro Pacheco, el cual se gloriaba más de haber tenido por discípulo a Velázquez, que de todos sus conocimientos y trabajos.

ALONSO CANO.[68]

Este hombre, singular por su carácter, sus aventuras y sus talentos, nació en Granada en el último año del siglo XVI. Miguel Cano, su padre, que era un arquitecto de mérito, le dedicó desde niño a su profesión, en que hizo unos progresos muy rápidos; pero él se entregó después a la escultura y a la pintura, en cuyas artes sobresalió de tal suerte, que descollando sobre sus maestros Pacheco, Castillo y Herrera, igualó su nombre con el de los artistas eminentes que en su tiempo honraban a España.

Su genio indomable era incapaz de doctrina, ni podía sujetarse a otro maestro que a la impulsión de sí mismo. De resultas de un desafío que tuvo con Don Sebastián Valdés, en cuya casa había entrado a pintar, abandonó la Andalucía, donde hasta entonces había permanecido formándose; y agregado a la familia del Conde Duque pasó a Madrid, y obtuvo finalmente el título de Maestro mayor de las obras Reales. Son muchos los cuadros de que enriqueció los templos de la Corte, y en donde los profesores encuentran un gusto exquisito en el dibujo, en la simetría y en el colorido. Su reputación afianzada en el mérito de tantas y tan excelente producciones, se asentó sobre una base inalterable, y el Rey Felipe IV, en consideración a sus talentos y servicios, le hizo su Pintor de Cámara y maestro de dibujo del Príncipe Don Baltasar.

Hasta entonces le había halagado la fortuna; pero el horrible asesinato de su mujer acabó con su sosiego, y cortó el vuelo a su carrera. La voz pública imputó aquel atentado a un oficial italiano que albergaba en su casa, y que había desaparecido con mucha parte de las riquezas de ella: pero la Justicia después de algunas indagaciones, señaló por delincuente al mismo Cano y comenzó a perseguirle.[69]

El artista huyó de la pesquisa, echó fama de que se ausentaba a Portugal, y se escondió en Valencia. Allí trabajaba ocultamente, y su reputación le descubrió, por lo cual tuvo que retirarse al Monasterio de Porta-celi,[70] y como instigado de su mal destino regresó a Madrid, en donde al cabo la Justicia se apoderó de su persona. Estaba entonces en su mayor fuerza la práctica de arrancar al dolor la confesión de los delitos. Cano fue

aplicado a la tortura, pero con expresa orden del Rey para que no le ligasen el brazo derecho. El alma de Cano, más dura que sus verdugos, sufrió la prueba sin gemir, y la causa se quedó indecisa.

Libre de esta borrasca, volvió a la gracia del Rey y siguió con la enseñanza del Príncipe. Trató entonces de ordenarse, y le dieron una Ración en la Catedral de Granada: aquel Cabildo se negaba a conferirle la posesión de la prebenda pretextando su ignorancia; pero Felipe IV, constante en favorecerle, no sólo le salvó en aquella ocasión de la humillación que se le preparaba, sino que diez años después, concluido el término que el Cabildo le asignó para habilitarse, y tratando de dar por vacante su Ración, influyó para que el Nuncio del Papa le confiriese las órdenes Sacerdotales.

Estas circunstancias no merecerían nuestra atención si no manifestaran el alto aprecio a que había sabido elevarse este hombre extraordinario. Él llenó a Granada, a Málaga y a Sevilla de excelentes monumentos en las tres artes, pruebas preciosas de su destreza en ellas, y que llaman ahora la atención de todos los aficionados que visitan aquellas ciudades. Murió en Granada el año de 1676, sin dejar discípulos dignos de su nombre, porque ninguno de los que menciona Palomino pudo alcanzar a su celebridad. La naturaleza al parecer le había destinado para ser solo.

Terco, colérico y extravagante, su carácter se prestaba poco al trato humano.[71] Nunca perdonó ofensa que le hiciesen después que su Cabildo intentó desecharle porque no se habilitaba: jamás volvió a trabajar nada para aquella Iglesia. Un Oidor altercaba con él sobre el precio de una efigie que le había encargado, y sobre la diferencia de profesiones; Cano irritado le responde que los Oidores se pueden hacer del polvo; y da un empellón a la estatua y la hace pedazos: acción que en otro tiempo había costado la libertad y la vida al infeliz Torregiani. Y este mismo hombre tan implacable y tan duro, que probablemente hizo la atrocidad de asesinar a su mujer, tenía un corazón tan sensible a la miseria, que nunca vio necesidad que no socorriese.[72] Cuando los pobres le acometían en la calle y se le apuraba el dinero, les solía dar algún dibujillo que hacía de repente, lo cual de la estimación en que entonces tenían sus cosas era una limosna abundante.[73] Tales contradicciones encierra en sí el espíritu humano, y tales desvaríos suelen por su desgracia acompañar a veces a los talentos.

BARTOLOME DE MURILLO.[74]

Parece que en los progresos de las artes de imaginación lo último que se manifiesta son la gracia y la dulzura. Los artistas primeros después de redoblar sus esfuerzos para encontrar los verdaderos elementos de la imitación, tiran más a sorprender la vista y asombrar el espíritu con la elevación, la sublimidad y la fiereza, que a conmover agradablemente el corazón con los mágicos atractivos de la gracia. Así en la antigua Gracia Apeles vino después de Polignoto y de Parrasio; y Praxíteles fue posterior a Fidias: en la Italia moderna Corregio y Albani siguieron a Miguel Angel y a Rafael: y España en fin vio al suave y dulce Murillo cerrar el número de sus eminentes pintores.

Nació en Sevilla al año de 1617, y tuvo por maestro en la pintura a Juan del Castillo, profesor muy acreditado de aquel tiempo, y en cuya escuela se había formado también el Racionero Alonso Cano. Ejercitóse al principio en pintar de feria, género que entonces era muy seguido, y a cuyo gusto tuvo que sacrificar Murillo para adquirirse algunas conveniencias. Mas después que con sus trabajos pudo juntar lo necesario para no temer a la suerte, el ansia de perfeccionarse le condujo a Madrid, donde protegido del gran Velázquez y estudiando las obras de este Artista, los bellos monumentos antiguos y modernos que se conservaban en la Corte y en los Sitios, y sobre todo en el natural, fuente principal de la imitación, mejoró su estilo, y se preparó a la celebridad y reputación que después había de conseguir. Se ha disputado si cuando mozo estuvo o no en Italia, y se tiene por averiguado que no salió de España; mas esta disputa honrosa para Murillo, y nacida de la ambición de las naciones en querer apropiarse los hombres grandes, o por lo menos sus talentos, es a los ojos de la razón perfectamente ociosa. Si la Italia, como dice Palomino, estaba trasladada a España en sus estatuas, pinturas, estampas, y en las escuelas de los artistas célebres que de ella vinieron, ¿qué importa que Murillo fuese a estudiarlas allá, o las contemplase aquí?

Vuelto a Sevilla, las primeras obras que expuso al público llamaron la atención de los inteligentes hacia un profesor que hasta entonces era desconocido para ellos. En

aquel tiempo fue cuando ejecutó los cuadros que se conservan en el claustro del Convento de San Francisco de aquella ciudad, donde se advierten una fuerza de luces y de sombras, y un estilo bien diferente del que después escogió: porque abandonando de allí a poco tiempo aquella manera valiente y robusta, se abrió un camino nuevo dedicándose a la suavidad y dulzura del colorido, en lo cual no ha habido ninguno que le haya aventajado. Este estilo conservó toda su vida, y con él acabó tantas obras bellísimas que hay esparcidas no sólo por España, sino por toda Europa, donde son codiciadas a competencia de las de Vandik[75] y de Ticiano. Pero sus talentos brillan principalmente en los soberbios cuadros con que adornó la Iglesia de los Capuchinos y la de la Caridad de Sevilla. En ellos reconocieron los profesores de entonces la superioridad de Murillo, y en ellos dicen los de ahora que es preciso estudiar la magia y los secretos del rey, y la excelencia del pincel admirable que los ejecutó.

Y sin embargo era Murillo tan modesto, que no desdeñaba las correcciones de cualquiera: su desconfianza le retraía de pintar en público; y cuando la Corte de Carlos II quiso llamarle para Pintor de Cámara, él se excusó con su edad avanzada, que no le permitía ya ser útil. Murió en Sevilla en 1682, y mandó que le enterrasen al pie de un cuadro de Pedro de Campaña, que representa un Descendimiento, cuya excelencia no pudo apurar la admiración de Murillo, que le contempló toda su vida con una veneración exaltada.

El estilo y carácter que se presenta en las obras de este hombre insigne es el más a propósito para captarse el aplauso general de profesores aficionados, y aun de los mismos que nada entienden. Prescindiendo de la suavidad de las tintas, con lo cual sus cuadros se ganan al instante los ojos de quien los mira, la razón se contenta de su disposición sencilla y agradable, mientras que la dulce expresión de sus personajes cautiva sin resistencia el corazón. Sus Vírgenes, sus niños respiran por todas partes amor, suavidad, ternura; y hasta los mismos Santos manifiestan en sus fisonomías los deliquios de la devoción más bien que los rigores de la austeridad.[76]

Algunos echan de menos en sus obras la belleza comparada, y dicen que se contentó con representar solamente la individual; otros tachan la falta de decoro en ciertas figuras subalternas; defectos, que en parte son un resto del gusto natural[77] que

siguió en sus principios Murillo, y que en parte también se deben a la índole de los asuntos en que siempre estuvo empleado. Sin embargo sus cuadros admirados y buscados con ansia en todas partes son las delicias de los hombres de gusto. La grosera ignorancia que cubrió a la nación desde la época de su muerte hasta nuestros días, nos robó mucha parte de sus trabajos, dejándolos llevar de los extranjeros. Pero el Gobierno abrió los ojos sobre este mal, y los puertos de España se cerraron a la salida de las obras de nuestros célebres pintores.

JUAN DE HERRERA.

La arquitectura, como las demás bellas artes, estuvo sepultada en España entre el abandono y la negligencia a que la redujeron la incursión de los Bárbaros Septentrionales y las contínuas guerras para expeler a los Moros. La suntuosidad y osadía de algunos edificios góticos fueron los esfuerzos mayores del arte en aquellos tiempos; obras con todo muy distantes de la hermosa proporción y sublime elegancia de la arquitectura antigua. Pero a fines del siglo XV, al paso que la nación sacudía el yugo de los Sarracenos, sacudía también la rudeza y la ignorancia;[78] y las artes se abrigaron y crecieron a la sombra del laurel de la victoria. Desde entonces los edificios fueron adquiriendo regularidad y nobleza por los esfuerzos de los dos Berruguetes y otros buenos maestros, hasta que en la edad de Felipe II todos fueron eclipsados por el ilustre Juan de Herrera, natural de Movellán en Asturias.

Dedicóse en sus principios a la profesión de las armas: viajó por la Italia y por Flandes; y se dice que su mocedad fue disipada y licenciosa: mas el instinto, que guía al hombre de genio aún en medio de sus extravíos, no le deja perder todas las horas. Cuando volvió Herrera a España, su inclinación hacia el arte y sus talentos prometían tales esperanzas, que le hicieron conocer del Rey; el cual le dio una pensión para que acabase de formarse al lado y en la escuela de Juan Bautista de Toledo. Era éste un grande arquitecto, que unía otros muchos conocimientos al magisterio de su arte. De él aprendió a desterrar enteramente de sus edificios el gusto gótico, a seguir los grandes modelos de la antigüedad, y a trasladar a sus obras la unidad y simetría en la disposición, la grandiosidad en las proporciones y el gusto noble y sencillo en los adornos.

La época mejor de las artes españolas, y el campo más grande que se abrió jamás a los ingenios que las cultivaban fue la obra del Escorial. Toledo encargado de dirigir la fábrica, y que había hecho los diseños, murió muy a principios de ella. Herrera le sucedió, llenó completamente el vacío que dejaba, y casi obscureció su reputación. Él no sólo ejecutó superiormente, y aun mejoró en parte los planos de su maestro, sino que

trazó y dispuso por sí mismo otras cosas muy principales. Una de ellas es el templo, obra magnífica, acabada y que encierra en sí tantas preciosidades admirables.

La obra del Escorial, como todas las grandes producciones del talento humano, ha sido ponderada con entusiasmo, criticada con nimiedad, zaherida con envidia. Se ha dicho que el edificio tenía más fuerza que elegancia, y menos belleza que robustez: que el estilo de su arquitectura era tímido, y acaso pobre: que la cúpula podría tener más elevación y gallardía: que el coro usurpaba el despejo y claridad a la Iglesia: que el efecto del altar no era grandioso. Pero Toledo y Herrera hicieron un Monasterio, y no un palacio: pero la arquitectura es la menos libre de las bellas artes, y ellos tendrían en sus pensamientos que acomodarse tal vez a los caprichos, y siempre a la economía de quien les encargaba la obra: pero para apreciarla justamente y medir la fuerza de espíritu de sus arquitectos, es preciso trasladarse a aquella soledad; y contemplando la fábrica, admirar la acorde proporción que reina entre la muchedumbre inmensa de sus partes, la grandiosidad que respira todo el edificio, y verle como luchando en solidez y majestad con las altas sierras que le rodean.[79]

Otras muchas obras trazadas por Herrera se ven en diferentes pueblos de España, y en todas ellas luce la noble sencillez, y el gusto grandioso que caracterizan su estilo. Nosotros no citaremos más que la Lonja de Sevilla, que bella con su simplicidad y elegancia, causa a la vista el mismo efecto que la hermosura, más agradable siempre cuanto menos es el lujo que la recarga.

Herrera gozó de la estimación y honores debidos a su mérito. El célebre Jacobo Trezo grabó su retrato en una medalla que se conserva en el Escorial. Felipe II le estimó sobre manera, y le hizo Aposentador mayor de Palacio, y Trazador de las Reales fábricas. Murió en Madrid el año de 1597 con el nombre del mejor Arquitecto de España, y con la gloria de haber hollado la carrera de su arte sin competidor y sin igual.

EL MARQUES DE SANTILLANA.[80]

Don Iñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana, uno de los personajes que más se distinguieron en la edad de Juan el II, nació e Carrión de los Condes el año de 1398 de D. Diego Hurtado de Mendoza y Doña Leonor de la Vega.

Era en la guerra intrépido y osado, ostentando en las batallas más ardimiento que prudencia. Así se le vio en el campo de Araviana esperar con trescientos hombres las fuerzas de novecientos enemigos; y cuando dispersa la mayor parte de los suyos no le quedaba otro recurso que la fuga, hacerse fuerte con sólos cuarenta de ellos, y espantar con su resolución a los contrarios, que no osaron acometerle. La misma temeridad manifestó por defender a Alcalá, donde peleando con un enemigo excesivamente superior en el número de tropas, se le vio balancear esta desigualdad con su actividad y esfuerzo, y no retirarse del campo sino cuando se vio herido y totalmente desamparado de sus gentes. En la guerra que se hizo a los Moros tomó por asalto a Huelma después de cuatro días de combate, y aquejó y humilló a aquellos bárbaros más que ningún caudillo de su tiempo; y en la batalla de Olmedo fue uno de los que principalmente contribuyeron al logro de aquella victoria contra los turbulentos Infantes de Aragón.[81]

Pero en la situación en que las cosas estaban entonces ningún General podía desplegar sus talentos abiertamente. La guerra se hacía más bien por correrías que por expediciones importantes: y los Grandes de Castilla envueltos siempre en parcialidades, empleaban toda su actividad en formar o prevenir conjuraciones, y desgarraban el estado con sus agitaciones y querellas. Las débiles manos de Juan el II, incapaces de gobernar el timón de la Monarquía, convidaban con su nulidad a cualquier ambicioso que se quería apoderar de él. Todo su reinado fue una contínua borrasca soplada por el partido de los Infantes de Aragón, por el de D. Alvaro de Luna, y por el de los Grandes que inclinándose alternativamente ya a aquéllos, ya a éste, templaban con su influencia la arrogancia del que vencía. En unas circunstancias tan tristes, Santillana, sordo a la pasión y a la parcialidad, siguió siempre el partido que le señalaban el bien público: y cuando

después de la batalla de Olmedo, en que el bando de los Infantes fue destruído, D. Alvaro de Luna, orgulloso con la victoria, empezó a abusar despóticamente de ella, y a desconocer los consejos de los que se la hicieron ganar; entonces la facción de los Grandes, entre cuyos jefes estaba Santillana, irritada de su insolencia, le derribó de la privanza y le condujo a un suplicio.

Lo más extraordinario que hay en la historia de este hombre es que en medio de tanta agitación y turbulencias hallase lugar para cultivar incesantemente los estudios, cuyos principios le enseñaron en la niñez, y que amó apasionadamente toda su vida.[82] Después del título de buen ciudadano y hombre virtuoso no le hay más bello que el de hombre sabio. El Marqués que los reunió todos en su persona, y que tenía por máxima que la ciencia no embota el hierro de la lanza, ni hace floja la espada en la mano del caballero, se distinguió por su amor a las letras, por la protección que siempre dispensó a los sabios, y por las obras que escribió así en verso como en prosa. Su erudición era grande respecto de las circunstancias de un tiempo en que los libros eran tan raros: y su reputación en poesía igualaba a la del Cordobés Juan de Mena, el más sobresaliente talento de aquel siglo. Santillana, amigo de este Poeta, a quien después de muerto erigió un suntuoso sepulcro, no manifestó en sus versos un espíritu tan elevado y tan grandioso; pero tenía más naturalidad y más dulzura: y sus serranillas se leen aún con placer a pesar de la rudeza de su estilo. Él fue el primero de los que hicieron versos endecasílabos en langua castellana: novedad que nuestra poesía no adoptó hasta mucho tiempo después; que Boscán se adjudicó, y que debió todo su crédito no a este mal Poeta, sino a nuestras relaciones con la Italia.[83]

El Marqués de Santillana murió en Guadalajara el año de 1458; querido, estimado y respetado de todos sus contemporáneos, que le miraban como un modelo de virtud, de discreción y de sabiduría. Las alabanzas que le prodigan todos los monumentos de su tiempo no pueden ser sospechosas; porque al fin Santillana ni fue Ministros ni Rey: y cuando ellas se ven repetidas en los siglos siguientes, sin que nadie se haya levantado a desmentirlas, la posteridad no debe dudar ya del concepto que se merece el hombre ilustre a quien se tributaron.

JUAN GINES DE SEPULVEDA.[84]

Uno de los literatos célebres que produjo España en el siglo XVI fue Juan Ginés de Sepúlveda, nacido en Pozoblanco junto a Córdoba, el año de 1490. Después de haber estudiado las bellas letras de esta ciudad, y la Filosofía y Teología en Alcalá, pasó a Italia a vestir en el Colegio de Bolonia la beca para que había sido nombrado por el Arzobispo Cisneros; y en breve se dio a conocer por la variedad de su erudición, su manejo en la literatura griega y latina, y la actividad de sus trabajos.

El primero que allí hizo fue la relación latina de los hechos del Cardenal Gil de Albornoz, que bárbaramente compuesta y ordenada por otro escritor de entonces, no correspondía ni a las intenciones de los alumnos de aquel Colegio, ni a la grandeza de su fundador. En 1523 se retiró con el Conde Alberto Pío, hombre instruído y amigo de la compañía de los estudiosos, a cultivar silenciosamente las letras, y como a prepararse para las contiendas que había de tener: porque el genio de Sepúlveda, dígase los que se quiera de su modestia, fue siempre disputador y controversista. El primero a quien atacó fue Lutero, hombre que por la osadía y novedad de sus opiniones era entonces el blanco adonde se dirigían los tiros de todos los Teólogos católicos: y el segundo Erasmo, contra quien Sepúlveda escribió un tratado en defensa de su amigo Alberto Pío. Y bien que Erasmo fuese disputador, como lo eran casi todos los sabios de aquel siglo, tuvo entonces la prudencia de desechar el combate, escribiendo a Sepúlveda que nada se sacaba de altercaciones semejantes, y que era preciso emplear mejor el tiempo.

El ruido que habían hecho los trabajos literarios de nuestro escritor en Italia, le daba una reputación que pocos entonces podían alcanzar. Aunque por razón de su profesión y carrera parecía que debía limitarse a la teología y la crítica, de todo se ocupaba, y en todo entendía. La política, la moral, las matemáticas, las antigüedades y la historia fueron sucesivamente el objeto de su meditación y sus tareas. Carlos V creyó que a ninguna pluma podía fiar mejor la descripción de sus hechos, y le hizo su cronista, admitiéndole entre su familia. Pero Sepúlveda, entregándose al trabajo que pedía

semejante comisión, no juzgó a propósito seguir al Emperador en sus viajes y expediciones, y regresó a España en 1536.

Aquí le esperaban otras contiendas de más consecuencias y estrépito que las primeras. Entre los diversos tratados que hizo fue muy célebre su Demócrates segundo, donde examinó la cuestión famosa en aquel tiempo sobre la justicia con que se había conquistado la América: disputa ociosa y vana, cuando las armas de Cortés y Pizarro habían ya sujetado regiones inmensas. Sepúlveda defendió al justicia de aquellas guerras, sentando por principio, que es lícito subyugar con las armas de aquellos, cuya condición por naturaleza es tal, que necesariamente han de obedecer a otros. De aquí deducía, que siendo los Americanos naturalmente siervos, bárbaros, incultos e inhumanos; y rehusando como lo hacían el imperio de hombres más perfectos que ellos, era justo conquistarlos y sujetarlos, por la razón misma que la materia se sujeta a la forma, el cuerpo al alma, el apetito a la razón, lo peor a lo mejor.

Tales eran los principios en que Sepúlveda fundaba su extraño derecho de gentes.[85] Y aunque por desgracia sea harto común ver presidir a la fuerza en los negocios del mundo; es en extremo vergonzoso y feo, que un hombre ilustrado y dedicado a la profesión sagrada de escritor, se ocupase en amontonar los más preciosos sofismas, y se valiese de los halagos pérfidos de la elocuencia, para defender unas máximas dignas solamente de vándalos o tigres.[86]

El Demócrates escandalizó a los sabios, y disgustó al Goobierno, que prohibió severamente su publicación. Contra él escribieron Melchor Cano, un Obispo de Segovia, y por último el célebre Bartolomé de las Casas,[87] que ha dejado tras de sí una memoria tan respetable a los amigos de la humanidad. Este incansable defensor de los Indios, en uno de los muchos viajes que hizo a España para procurar el bien de aquellos infelices, se halló con la novedad de las opiniones que Sepúlveda esparcía, y armó todo su celo contra ellas.[88] El Gobierno, juzgando que la disputa era digna de su atención, mandó en 1550 que se formase en Valladolid una junta de sabios, los cuales después de oír a los dos adversarios decidiesen del sosiego de la América. Jamás delante del Tribunal ninguno se ventiló negocio tan importante. Sepúlveda y Casas defendieron sus opiniones con la fuerza y ahínco que prometían el genio escolástico del uno, y el celo exaltado del

otro; pero la cuestión, como es fácil de sospechar, se quedó por decidir.

Ésta fue la ocasión más famosa de la carrera de Sepúlveda; y es preciso confesar que no le hace honor ninguno. Sin esta desventurada controversia la reputación merecida por cincuenta años de trabajos útiles, hubiera pasado a la posteridad sin tacha ninguna. Sus diversos tratados filosóficos y políticos están hechos con un gusto y un método desconocidos a los escritores escolásticos de su siglo; y a las veces se hallan en ellos principios verdaderos, excelentes noticias, y verdades admirables. En la historia no fue tan feliz: seco y superficial en ella, sin conocimiento alguno del espíritu que dirigía lso hechos, sin expresión de la influencia que podían tener en las costumbres y civilización de las naciones; no puede considerársele con otro mérito en este género que el de la facilidad y pureza del estilo.[89]

Sepúlveda murió en el año de 1573 a los 83 de su edad.

FRANCISCO DE SALINAS.

Son tan escasas las noticias que de este hombre célebre nos han quedado, que la historia literaria tienen que limitarse cuando habla de él, a repetir los elogios que han hecho de su mérito y de sus talentos los Escritores señalados que le citan.

Sábese que fue natural de Burgos, y que perdió la vista a la edad de diez años. Este accidente, que condena a la mayor parte de los hombres a quienes sucede a una dolorosa y absoluta nulidad, en los ejercicios de actividad e inteligencia; tal vez contribuyó en Salinas para hacerle sobresalir, como sucedió con Dídimo Alexandrino entre los antiguos, y con el Inglés Saunderson entre los modernos. Buscó en el estudio un consuelo a la falta del sentido que había perdido, y dedicándose a las letras griegas y latinas, a las matemáticas y a la música, fue tan excelente en ellas, que hubo pocos en aquella época que le aventajasen en las primeras, y ninguno arribó al grado que él en el conocimiento teórico y práctico de la última.

La música y la poesía son las artes a que más se inclinan y que mejor cultivan los que privados de la facultad preciosa de ver, no tienen otro recurso para llenar aquel vacío, que la perfección y el goce de la de oír. Tres contados entre los más grandes poetas del mundo Homero, Osián y Milton fueron ciegos: y Salinas que lo fue también pasmó a sus contemporáneos con los efectos de su talento músico. Luis de León, después de describir ten una oda que le dirigió el deliquio celestial que producía la música sagrada de su amigo, concluye así:

¡Oh suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos!
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando a los demás adormecidos.

Y si los elogios de este poeta parecen exagerados, no deben parecerlo menos los de Ambrosio de Morales, que dice haber visto a Salinas dominar de tal modo a sus oyentes ya con los instrumentos, ya con la voz, que los violentaba al llanto, a la alegría y al terror; al modo que se cuenta de los primeros inventores de la armonía.

Pero si Salinas no hubiera tenido más gloria que la de un cantor o ejecutor singular hubiera perecido casi todo con él, y sólo hubiera quedado el eco de ella en estos testimonios vagos. Su erudito y excelente tratado de Música, escrito en latín y dividido en siete libros, es un monumento eterno de su saber y de sus talentos, y le coloca entre los pocos que han profundizado la teoría científica de esta agradable arte con inteligencia y acierto. Por esto el historiador De Thou, dice que era tan estimado su libro de los inteligentes, que se tenía por superior al esfuerzo de un hombre.

Salinas murió por los años de 1590, favorecido de muchos personajes de su tiempo, entre ellos del Papa Paulo IV, y el Duque de Alba Virrey de Nápoles. Allí obtuvo una rica dignidad, y esta circunstancia unida a lo poco que se sabe de su vida, manifiesta que él fue uno de los pocos hombres de verdadero talento, que han acabado su carrera sin persecución y sin miseria.[90]

FRAY BENITO JERONIMO FEIJOO.

Cuando se contempla con imparcialidad la época del reinado de Carlos II, no puede menos de gemirse sobre la degradación miserable en que la Nación se vio hundida. La fuerza y poderío que había manifestado en los dos siglos anteriores, y con que había agitado casi todo el universo, no duraban ya sino en la memoria, como en vergüenza de sus contínuas pérdidas y de sus desastres. Corrieron en tal mengua igual fortuna la ilustración y las letras; y el espíritu humano en vez de corresponder a las fatigas y loables tareas de los sabios que habían precedido, retrocedió lastimosamente, y se halló de repente envuelto con las tinieblas de los siglos bárbaros. Las escuelas enseñaban por filosofía y teología una serie de cuestiones vanas, llenas de sutilezas y cavilosidades, tan ajenas de la razón, como imposibles de entenderse: la erudición y la crítica estaban reducidas a un impertinente pedantismo, la belleza desconocida en las artes, la naturaleza ni aun soñada en las ciencias, y el pueblo sumido en supersticiones pueriles y risibles patrañas.[91]

Un Bendictino, nacido y educado en esta época, fue el que concibió el pensamiento de romper el denso velo de la ignorancia, y combatir los errores que tan extendidos estaban.[92] Éste fue D. Benito Jerónimo Feijoo, natural de la aldea de Casdemiro, situada en el obispado de Orense. Poco contento con la enseñanza que había recibido en las aulas se dedicó después a todo género de instrucción, y devoró toda clase de libros; porque la única pasión de su vida fue la del estudio. Una memoria feliz, una penetración de espíritu nada común, y un celo ardiente por los adelantamientos de su patria fueron los dotes que le acompañaron en su empresa y aseguraban la probabilidad del buen suceso.

El primer tomo de Teatro Crítico salió a luz en el año de 1726. Feijoo escribía como había leído: su obra compuesta de discursos enteramente inconexos entre sí picaba el gusto con su misma variedad: dedicada a toda clase de materias, fuesen populares o científicas, morales o halagüeñas, a todas personas convenía y a todas aprovechaba; y su

estilo sin ser delicado ni vehemente, era claro, vivo, y salpicado de alusiones y anécdotas interesantes. La España literaria miró con sorpresa un libro en que por la primera vez se atacaban no sólo las preocupaciones vulgares, sino los abusos de la sociedad y del trato, y los falsos principios que dominaban en la instrucción pública.

Pero el destino de los reformadores es siempre peligroso: si tal vez se libran de la persecución, no pueden jamás eximirse de la contienda. Feijoo tuvo que defenderse de un tropel de impugnadores, la mayor parte indignos de él, y que le embistieron con el acaloramiento que siempre se usa excusando males inveterados. Él replicó con una vivez igual: pero las críticas y las respuestas, útiles ciertamente entonces por la mayor luz que nació de su conflicto, se hallan ahora olvidadas enteramente, como ha sucedido y sucederá con todos los monumentos de las guerras literarias. Lo que hay de particular en las de Feijoo, es que el Ministerio tomase parte en ellas declarándose por el reformador, y dando orden al Consejo de Castilla para que no permitiera imprimir las obras en que se le impugnase. Ejemplo laudable en aquella ocasión, por la protección que dispensaba a un establecedor de novedades útiles.

Alentado con el favor y la aprobación de los sabios Feijoo conduzco su obra hasta el número de ocho tomos, y añadió después cinco de Cartas eruditas y curiosas en que prosiguió el mismo intento que en el Teatro. Él desterró de la opinión vulgar, donde malamente se albergaban, los duendes, las visiones, los saludadores, la magia, la alquimia, la divinación y otras mil vanidades: manifestó los vicios de que adolecían las doctrinas filosóficas que se enseñaban en las escuelas, llamando a sus profesores al camino de la observación y de la experiencia: ilustró una infinidad de puntos de historia y de crítica: corrigió en gran parte la charlatanería que acompañaba entonces a los Médicos: persiguió los abusos hasta en los templos y en los tribunales: en fin dio a conocer una muchedumbre de obras útiles ignoradas hasta él, y la senda de tratar en castellano sin pedantismo y sin bajeza los conocimientos aún más abstractos, y de extenderlos a toda clase de personas.

Tales son los servicios que Feijoo hizo a la nación y a su literatura: y si su libro inferior a las luces que se hallan extendidas no puede ya enseñar nada nuevo: éste es un efecto necesario de los progresos del espíritu, a que él tan gloriosamente contribuyó

atacando el primero el edificio del error cuando estaba en su mayor firmeza. Murió en Oviedo en 1764 querido y llorado de todos los que le trataban: porque el candor, la modestia y dulce jovialidad de su carácter le hacían tan amable, como digno de respeto su sabiduría y sus tareas.

GUZMAN EL BUENO.[93]

Don Alonso Pérez de Guzmán,[94] hijo de D. Pedro de Guzmán, Adelantado mayor de Andalucía, nació en León en 1256, cuatro años después de haber empezado a reinar el célebre Alfonso el Sabio. No empezó a distinguirsehasta el tiempo de la invasión que hicieron en Andalucía los Berberiscos, acaudillados por Abenjucef, Rey de Marruecos. Él se halló en las batallas al lado de D. Diego López de Haro, que fue entonces el escudo del Estado: él ajustó las treguas que se hicieron con el Rey bárbaro; y él fue en fin quien en los torneos, que se hicieron en Sevilla de resultas de esta negociación, se llevó la palma de la bizarría.[95]

Un hermano suyo, envidioso de su gloria, se atrevió un día a echarle en cara delante del Rey la falta de su nacimiento. la suerte había hecho a Guzmán hijo natural y no legítimo: sonrojado por el insulto replicó con viveza; y enojado al fin de que el Rey no le honrase en aquella ocasión como sus servicios merecían: Yo me iré, dijo, a buscar entre los extraños la honra que en mi patria se me niega: desde hoy me desnaturalizo; y no volveré a ella sino requerido y buscado por vos mismo.[96]

Quiso Alfonso reducirle, pero no pudo: y de allí a pocos días se pasó al Africa acompañado de otros caballeros; donde se ofreció a servir al Rey Abenjucef en todas las guerras que no fuesen contra Cristianos. El valimiento, el poderío y la gloria que se granjeó en aquel país con sus ilustres hechos, volaban por toda España; al mismo tiempo que Alfonso el Sabio, Príncipe a quien su siglo feroz no merecía, se vio desposeído de sus estados, y despojado de su autoridad por la facción de los Grandes, a cuya frente estaba su desconocido hijo, el ambicioso Sancho. En tal desastre acudió a Guzmán para que moviese en su socorro las fuerzas Africanas. ¿Dónde estaba entonces aquel cortesano que fiero con una ventaja que no era suya, se atrevía a tachar la bastardía del nacimiento de Guzmán? Éste voló genrosamente al socorro del Rey desvalido; trajo primeramente muchos tesoros para la guerra, y después un ejército de Moros mandado por el mismo Abenjucef: Y si tantos refuerzos no bastaron a restablecer a Alfonso,

sirvieron sin embargo a contener el fuego de la sedición, a asegurar aún las fuerzas que quedaban al Rey, y a establecer una especie de equilibrio entre los dos partidos.

Guzmán abandonó la Africa en el año 1291, en que descontento de los Berberiscos y llamado por el Rey de Castilla Sancho IV, se restituyó a España con los compañeros de sus trabajos.

Desde entonces el Estado no tuvo defensor más grande ni el Rey mejor vasallo. Los Moros incitados por el turbulento D. Juan, hermano de Sancho, amenazaban de invadir otra vez la Andalucía. Guzmán se encargó de quebrantar su ímpetu, defendiendo a Tarifa ganada poco antes de ellos. Encerróse en esta plaza, y los enemigos acaudillados por el Infante apuraron para rendirla cuantos medios enseñó la guerra y les dictó su animosidad. Mas viendo inútiles todos sus esfuerzos, apelaron a un arbitrio horrible, que aun leído hace estremecer. Tenía el Infante en poder suyo al hijo único de Guzmán. Llamó al padre, y presentándole el niño, le intimó que rindiese la plaza, amenazándole con la muerte de su hijo si no lo hacía. El asalto era terrible, pero Guzmán sin vacilar, la vida de un hijo, respondió, no es bastante a obligarme a que mancille mi virtud: si os falta cuchillo para ejecutar vuestra saña, allá va el mío. Dicho esto arrojó a los bárbaros su puñal, y se bajó del muro. Ello sacrificaron aquella víctima inocente a su venganza, y a pocos días levantaron el sitio sin más fruto que el de haber dado al mundo un ejemplo de ferocidad execrable, y ocasión a Guzmán para desplegar su admirable patriotismo.

La fama de este hecho llenó toda España, y llegó al Rey Sancho, que derramando sobre Guzmán privilegio y mercedes sinnúmero, se confesaba impotente a galardonar aquel servicio. Entonces fue cuando le puso el sobrenombre de Bueno; que su humanidad y virtudes sociales acabaron de consagrar; y que los siglos siguientes recordando en él su carácter casi divino, pronuncian siempre con una especie de religión.

Sancho cercano a morir, y viendo ya las tempestades que iban a romper contra su heredero que dejaba en la primera infancia; llamó a Guzmán y le dijo: Partid vos a Andalucía, y mirad por Sevilla: mantenedla por mi hijo, qur yo fío que lo haréis como bueno que sois. Con efecto, la franqueza, la capacidad y el valor del héroe, unidos a la prudencia singular de la célebre Reina Doña María, sostuvieron la corona en las sienes de Fernando IV contra las conspiraciones de adentro y las invasiones de afuera, que se

desataron a un tiempo en ruina del Estado creyéndole indefenso.

La muerte de Guzmán sucedió desgraciadamente en el año de 1309. Había conquistado a Gibraltar mientras que el Rey Fernando sitiaba a Algeciras: y entrándose después por las sierras de Gausín, pereció a manos de los Moros en un encuentro que tuvo con ellos.[97]

PEDRO NAVARRO.

La variedad con que se ha opinado en orden al territorio que ocupaba la Cantabria, pone en duda la patria de Pedro Navarro. Tenido generalmente por Cántabro, unos historiadores le suponen Vizcaíno, otros Guipuzcoano y otros hidaldo del Valle del Roncal, lo que se hace más probable por su apellido mismo, y por alguna otra circunstancia de su historia. Nació a mediados del siglo XV, y los primeros años de su vida los empleó de marinero en los mares de Vizcaya; pero mal contento con esta ocupación, dejó su patria, y se fue a Italia, en donde logró servir al Cardenal Juan de Aragón. Tampoco acomodó a Navarro este destino: un cierto impulso interior, anuncio de los sucesos a que la Providencia le encaminaba, le hizo dejar la casa de su amo, y alistarse en las banderas de Pedro Montano, Capitán General de Florencia.

Como si Navarro hubiese sido siempre soldado, y como si los ardides de la guerra le fuesen familiares, así se condujo en las primeras campañas que hizo. No sólo peleó con valor, sino que la toma de Sarzana, plaza fuerte, se debió a su maravilloso ingenio. Concluída esta guerra, llamada Lunegiana, y separado Navarro del General Florentín, se empleó en el corso contra los Berberiscos con tan buen éxito, que logró libertar a los mares de Italia de los piratas de que estaban inundados.

Aunque linsonjeaban mucho al genio de Navarro estas correrías, en que adquirió el nombre de el Salteador Roncal, noticioso de la guerra que se emprendía en Nápoles entre Franceses y Españoles, y estimulado del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba,[98] General del ejército de España, abandonó el corso por irse a incorporar con él, y trabajar en obsequio de su Rey y de su patria. Si bajo las banderas de Montano había manifestado Navarro su esfuerzo y pericia militar, alistado en las del Gran Capitán se acreditó de tal suerte, que sólo se hablaba de sus proezas. Competía su valor con su ingenio, y las plazas que no cedían al auxilio de su espada, se rendían al de sus invenciones y arte. El castillo del Vovó, Canosa, Taranto, la Torre de S. Vicente de Nápoles y Castilnovo, fortalezas de grande interés, todas se tomaron con la ayuda de

Navarro. Su invención de minas, desconocidas hasta entonces por más que se parecieran en algo a las ya usadas por otros Ingenieros, decidió de la suerte de estas plazas, y puso en manos de los Españoles muchas veces la victoria.

Lleno de laureles, y condecorado Navarro con el título de Conde de Olivito o Albero, se presentó en la Corte de España. Ni su natural carácter, ni sus principios podían hacer agradable a Navarro su mansión fuera de los horrores de la guerra; así que, impaciente por volver al teatro de su afición, pidió licencia al Rey Católico para agregarse al ejército que se levantaba contra Francia en Cataluña: obtenida, marchó al momento, organizó sus tropas, arregló los puntos de defensa, y a sus instancias y por su dirección se construyeron el castillo y fortaleza de Saloas.

Bien acreditado Navarro en estas expediciones, y no menos en el mando de la escuadra combinada de Españoles y Venecianos contra los Turcos, que fue a tomar desde Cataluña; pensó el Cardenal Jiménez de Cisneros,[99] Gobernador entonces de España, confiarle la dirección del ejército y armada,que en aquel año, que era el de 1509, estaba disponiendo para desembarazar las costas de Africa. No se engañó en la elección el Cardenal: encargado de esta difícil comisión Navarro, la desempeñó con tanto acierto, que después de haber destruido a los Moros y a sus auxiliares, tomó las plazas de Orán, Buxia, Trípoli y otras, cuyas conquistas hicieron terrible su nombre en toda Africa.

Algunas desavenencias con el Cardenal, y la desgraciada expedición que después de estas victorias hizo a la isla de Gelves, amancillaron algún tanto las glorias de Navarro; pero reconciliado con aquel generoso Ministro, fue empleado de nuevo en la guerra de Ravena contra los Franceses en el año de 1512. Esta sangrienta guerra fue el origen de sus infortunios. Perdida la batalla, herido y prisionero en ella Navarro, fue conducido a Loches, en donde estuvo más de dos años sin poder conseguir de modo alguno su rescate.

Cansado de sufrir Navarro la indolencia con que se miraba su libertad, se acogió a la protección del Rey de Francia, desnaturalizándose de su patria. Admitió Francisco I, que lo era entonces, las proposiciones de Navarro: facilitó su rescate, le hizo Coronel de los Gascones y Navarros, y le llevó consigo al cerco de Milán, cuya plaza y su Duque Maximiliano de Esforcia, se rindieron a vista de los estragos que hacían en ellas las

minas que dispuso Navarro. Tomada esta plaza, le pidieron los Venecianos al Rey para que les ayudase contra Bresa: fue a este sitio, y trabajó improbablemente; pero los Alemanes y Españoles que mandaba en Bresa D. Luis de Icart inutilizaron sus fatigas.

Burlado Navarro en esta empresa, intentó otras contra los Españoles, en que no le fue más favorable la fortuna. Por último, habiendo ido a socorrer a Génova, y llegado a mala ocasión, le prendieron los Españoles, y su General Marqués de Pescara le envió a Castilnovo, fortaleza que él en otro tiempo había rendido: fue canjeado después con D. Hugo de Moncada; pero hecho otra vez prisionero por los Españoles, caminando a Nápoles con el General Lautreche, le volvieron a Castilnovo, en donde murió el año de 1528, según unos, agarrotado en castigo de su infidelidad, y según otros, sofocado con la ropa de su cama por alguno que no quiso padeciese muerte afrentosa. El Príncipe de Sessa Gonzalo Fernández hizo sepultar su cuerpo en Santa María la Nueva de Nápoles, y poner en su sepulcro una inscripción honorífica.

Era Navarro ordinario en su traza, duro, codicioso de fortuna, y bastante obscuro en su trato: fue infiel a su patria y a su Rey; pero seguramente no lo hubiera sido si la envidia no hubiese estorbado su rescate.

D. BERNARDO DE BALBUENA.[100]

Las noticias que nos han quedado de este diestro y fecundo Poeta son tan escasas como las de todos los escritores, que no habiendo hecho papel en el teatro de la guerra o de la política, han prestado poca margen a sucesos memorables de fortuna. Se ha dicho muchas veces que la vida de los autores estaba toda en sus obras, pero las de Balbuena son tan raras que apenas se conocen sino de oídas; y la mayor parte de los estudiosos sólo pueden decir de él, que escribió una églogas que se estiman mucho, y un poema sobre la batalla de Roncesvalles.

Nació el año de 1568 en Valdepeñas de Gregorio Villanueva y su primera mujer Luisa de Balbuena. Se ignoran las relaciones que le llevaron a México en su primera juventud; pero se sabe, y él lo dice, que allí siguió sus estudios, y que fue Colegial de uno de sus Colegios. Comenzó a distinguirse muy presto por su aplicación incansable, su erudición inmensa, y por la expedición y amenidad de su ingenio. Florecía entonces en España la costumbre de estimular los talentos en todas las ocasiones de celebridad pública con aquella especie de concurrencias que se llamaban Justas poéticas: costumbre que nosotros hemos olvidado con otras de nuestros abuelos, dejando que los buenos ingenios se abandonen a la pereza y al descuido por falta de estímulos y de emulación. México dada entonces a toda clase de letras y de cultura repetía frecuentemente estas justas; y entre los infinitos concurrentes que aspiraban al laurel poético, Balbuena le ganó muchas veces, adestrando[101] así sus fuerzas para empresas mayores.

La obra primera que publicó fue la Grandeza Mexicana, impresa en aquella ciudad en 1604. Es una descripción en tercetos de las excelencias de México en todo lo que constituye rica, culta y populosa a una capital. Añadió por apéndice un discurso en alabanza de la poesía, donde a la manera de los eruditos de su tiempo amontonó cuanto sabía para defender y elogiar un arte, que nunca halla gracia delante de los espíritus feroces y groseros, y que para los que nacieron sensibles a la armonía no necesita de más recomendación que su mismo halago.

Pocos años después volvió a España, y dio a luz en Madrid El Siglo de oro, novela pastoral, donde insertó doce églogas, imitando en ellas a Teócrito, Virgilio y Sanazzaro. Si Jorge de Montemayor y Gil Polo en sus Dianas le exceden en invención, disposición e interés como noveladores, aunque a veces acompañados de una sencillez excesiva, que toca en rusticidad, son los mejores que se hicieron en España después de los de Garcilaso.

Esta obra salió a luz en 1608, y al año siguiente obtuvo Balbuena privilegio para la impresión del Bernardo, poema heroico, comenzado por él al salir de los estudios de humanidades; pero la ausencia que hizo entonces de España dilató su publicación, la cual no se verificó hasta en 1624. No sabemos qué sensación hizo entonces: uno de sus aprobantes, Mira de Mescua,[102] había dicho que los Españoles no tenían en su lengua poema como éste; pero ya en tiempo de D. Nicolás Antonio estaba entregado al olvido, y sólo conocido en las librerías de algunos curiosos. Quéjase de esto aquel insigne Bibliógrafo, como que en su dictamen Balbuena iguala en este poema a nuestros mejores poetas en majestad, invención, claridad y pureza de lenguaje, dejando a todos muy atrás en abundancia, en vivacidad y en doctrina.

Nada con efecto se desearía en esta obra, si el Poeta hubiera sabido sujetar su imaginación, y pulir más, y ennoblecer su estilo es difícil, quizá imposible, a las fuerzas de un escritor dar interés y corrección a un poema compuesto de cuarenta mil versos. Como quiera, en esta selva inmensa hay, a pesar de su irregularidad, muchísimos trozos que presentan bellezas poéticas de primer orden, y se encuentra en todas partes un raudal tal de versificación y de estilo, y un manejo de lengua tan magistral y atrevido, que cada vez se hace más lastimosa la obscuridad en que yace. Sin duda que hay para los escritos, como para los hombres, una fortuna independiente de su mérito individual: treinta libros nuestros se han impreso en estos últimos tiempos, que no han hecho otra cosa que recordar la nulidad y mal gusto de sus autores; y el Siglo de oro y el Bernardo, tesoros de lengua y de poesía castellana, se niegan a todas las diligencias de los curiosos, y apenas existen en algunas bibliotecas.

Balbuena fue Doctor en Teología, Abad mayor de la Jamaica, y después Obispo de Puerto Rico, a cuya Silla fue promovido en 1623, y donde falleció cuatro años

después de los cincuenta y nueve de su edad. Otras obras escribió que parece no se imprimieron, y tal vez se perderían en la invasión que los Holandeses hicieron en Puerto Rico cuando robaron la librería de nuestro Poeta: éstas eran una Cristíada, la Alteza de Laura, un Arte nuevo de Poesía y una Cosmografía universal.[103]

PEDRO DE RIVADENEIRA.

Este insigne escritor nació en Toledo en 1527, de padres nobles y ricos, cuyos abuelos habían sido Regidores de aquella ciudad, y servido a los Reyes Católicos en oficios honrosos de su palacio. A los doce años no sólo poseía las primeras letras, sino también la lengua latina y la retórica, que explicaba, cuando llegaba la ocasión, con singular maestría.[104] Prendado de su vivacidad y excelentes disposiciones el Cardenal Alejandro Farnesio, Legado apostólico entonces cerca de Carlos V, se le pidió a su madre para llevársele a Italia consigo, darle allí carrera y colocarle ventajosamente. Condescendió ella, y el joven Rivadeneira fue a Roma con el Cardenal. Pero como fuese muy travieso, y no por haber mudado de condición y de país mudase de genio y de conducta; un día en que distraído por alguna diversión no pudo recogerse a casa, no se atrevió a volver a ella temiendo el castigo, y se dio a andar por las calles de la ciudad como un vagamundo.[105] Acertó acaso a pasar por la casa en que se hallaba San Ignacio con sus compañeros, reunidos en Roma para solicitar la confirmación y aprobación de su instituto: entró allí, y halagado por la novedad y movido del afectuoso trato y exortaciones del fundador de la Compañía, pidió ser admitido en ella, y quedó recibido aquella misma noche, sin pasar por el prolijo examen que Ignacio solía hacer a sus discípulos.[106]

Tenía entonces catorce años: su capacidad y su penetración se adelantaban a su corta edad, y por eso el fundador a pocos meses de novicio le hizo secretario suyo, fiando de su discreción y prudencia los negocios de la orden, que como niña a la sazón, según decía Rivadeneira, no era extraño que tuviese a un niño por secretario. Sus estudios de filosofía y teología los hizo primero en París, después en Lovaina y últimamente en Padua. En 1549 fue enviado enviado a Palermo con el P. Diego Láinez a dar principio al Colegio que en aquella isla había de tener la Compañía, yendo él particularmente encargado de establecer los estudios de Latinidad y Retórica, cuya Cátedra se le confió con el título de Prefecto de ellos. Tres años permaneció allí, y

después fue llamado a Roma por el fundador para que leyese Retórica en el Colegio Germánico. Ordenóse sacerdote en 1553, dando desde entonces más austeridad a su vida, sin perder aquella facilidad y suavidad de trato que le hicieron siempre, según decía Mariana, caro a los suyos, grato a los Príncipes, cómodo a los extraños. Desde aquel tiempo fue uno de los primeros y más grandes propagadores de su instituto, y enviado a diferentes partes de Europa, siempre con importantes comisiones y gravísimos encargos. Dos viajes hizo a Flandes, uno a Inglaterra, y vuelto después a Roma, fue nombrado Visitador de todos los Colegios extramuros de aquella capital, Provincial de Toscana, Asistente de Italia en lugar del P. Salmerón, ausente entonces en Trento, y por último Comisario y Provincial de Sicilia. Tres años después, siendo ya General de la Compañía San Francisco de Borja, fue llamado otra vez a Italia y hecho sucesivamente Rector del Colegio romano, Superior de todas las casas de la Orden que había en la ciudad y Asistente de Portugal y España. Cuál fuese el desempeño que dio Rivadeneira a estos encargos diferentes, lo manifiestan su misma muchedumbre y gravedad, la confianza y alto aprecio que mereció a los tres Generales primeros de la Orden, la estimación que granjeó en tan diversas provincias al instinto que profesaba, las muchas casas que fundó, los discípulos sobresalientes que tuvo, la infinidad de almas que ganó para la virtud con sus consejos, y sobre todo con su ejemplo.

Pero su salud arruinada con tantas peregrinaciones y trabajos, no le permitía ya continuarlos, y se le dio licencia para restituirse a España en 1573, a los treinta y ocho años de haber salido de ella. Su deseo era retirarse enteramente de los negocios, y entregarse todo a la devoción y al estudio, para lo cual se vino al Colegio de Madrid, donde vivió el resto de su vida, empleándose en ejercicios músicos, y en escribir muchos libros eruditos y piadosos. Su largo catálogo puede verse en la Biblioteca de D. Nicolás Antonio;[107] pero los que sobresalen más, entre tantos escritos diferentes, son las Vidas de los tres primeros Generales Jesuitas S. Ignacio, Diego Láinez y S. Francisco de Borja, el tratado latino de los Escritores de la Compañía, la Cisma de Inglaterra, el Príncipe Cristiano y el Flos Sanctorum, o Vidas de los Santos del año, por las que es más generalmente conocido. La severidad de la crítica histórica podrá por ventura desear en ellas mayor circunspección en admitir algunos hechos y tradiciones, pero poco o nada

hay que echar de menos en interés de narración, en pureza de lenguaje, en oportunidad y atractivo de reflexiones piadosas. Su estilo era como su alma, terso, natural y cándido:[108] y el elocuente Granada, decía de la Vida de S. Ignacio, que en nuestra lengua no se había visto hasta entonces libro escrito con mayor prudencia, y mayor elocuencia, y mayor muestra de espíritu y doctrina.

El P. Rivadeneira murió en Madrid a principios de Octubre de 1611, teniendo 84 años de edad. Las alabanzas que a su carácter, costumbres y talento han dado los escritores de su religión, y aun los extraños, son infinitas; pero a todos se aventajan, por el seso con que están medidas, y por la elegancia con que están expresadas, las que comprende el bello epitafio latino, que le hizo el Padre Juan de Mariana, que por su extensión no ponemos aquí, pero que puede verse en Nieremberg y en Nicolás Antonio.

DON DIEGO DE ALAVA Y BEAUMONT.[109]

Son tan pocas las noticias que nos quedan de ese escritor militar, que casi todas se reducen a las que escasamente se rastrean en su libro del Perfecto Capitán, sóla obra que escribió, y con la cual se ha granjeado un nombre muy distinguido entre los militares científicos. Nació en 1557, y es probable que fuese en Vitoria, de donde era su padre D. Francisco de Alava, y donde se conserva todavía su familia. Don Nicolás Antonio[110] le califica de cántabro en su Biblioteca, para dar a entender que había nacido allí, o que pertenecía a aquellas provincias por su sangre. Don Francisco fue Capitán general de Artillería, del Consejo de Estado y Guerra, Presidente del de Ordenes, Embajador de Felipe II en Francia, y Comendador de Calatrava. Destinó al principio a su hijo a las letras, y se las hizo aprender en las mejores escuelas y con los maestros más hábiles: la lengua latina y la retórica en Alcalá, con Ambrosio de Morales, la erudición griega y romana en Salamanca con el Brocense, y el derecho canónico y civil con los catedráticos más señalados en aquella Universidad, entonces tan floreciente. En todo sobresalía por su vivo ingenio y ardiente aplicación: pero acostumbrado desde su más tiernos años a no oír en su casa más conversaciones que las de armas, de guerra y de artillería, su inclinación le llevaba con preferencia al estudio científico del arte militar. Y considerando a las Matemáticas como base principal de su propósito, dedicóse a ellas con el más laudable ahínco, bajo la dirección del insigne Valenciano Jerónimo Muñoz, que después de haber admirado a Italia como profesor de hebreo, enseñaba en Salamanca las ciencias exactas con el crédito y aceptación de un profundísimo geómetra. De él aprendió nuestro Alava, y tan ventajosamente las supo poseer y aprovechar, que antes de cumplir los treinta y tres años, ya tenía escrito y puesto para darse a luz aquel libro, tan lleno de erudición y de noticias, tan excelente en miras y consejos militares, y sobre todo tan nuevo en la parte relativa a la Artillería, que con razón podía llamarla nueva ciencia entre nosotros, puesto que ningún español hasta él la había elevado al grado de tal.

El Perfecto Capitán está dividido en seis libros: en los dos primeros trata el autor de las virtudes que deben adornar a un General, del modo de conducir un sitio, hacer una defensa, dar una batalla, emprender una retirada y otros puntos esenciales a la Táctica, ilustrándolos con ejemplos de la historia griega y romana, con las observaciones de los maestros del arte militar Xenofonte y César, y con los preceptos de Vegecio; todo en una dicción clara y pura, y con un estilo siempre noble y natural, a veces elegante y animado, dotes todas que hacen este libro digno precursor de los que después escribieron Folard, Santa Cruz y demás modernos autores militares.

Pero la parte más esmerada y sobresaliente de la obra son los cuatro libros destinados a la Artillería: en ellos se trata menudamente de las fundiciones de las piezas, de las municiones necesarias para su servicio, del planisferio y demás instrumentos matemáticos para dar alcance y seguridad a los tiros: se exponen, examinan y corrigen las doctrinas que sobre estos mismos objetos habían dado otros escritores anteriores, con especialidad las del célebre matemático Nicolás Tartaglia; todo con una claridad, una exactitud y un método, que se hacen estimar sobre manera de los inteligentes, aun ahora en que han llegado a tanta altura todos los conocimintos físico-matemáticos, que concurren a formar este ramo del arte militar.[111]

Eran sabidos del público los estudios de nuestro escritor y las materias en que se ejercitaba: y como no era soldado de profesión, ya la censura y la malevolencia le atacaban por esta parte, y le argüían de presunción y de ignorancia en un estudio ajeno de la carrera que había seguido. Llegaban a decir también que cuanto había en su obra respectivo a Artillería estaba sacado de los borradores que le había dejado su padre, y que por tanto el hijo no tenía mérito ninguno en ello, dado caso que hubiese alguno en su doctrina. Temía pues Alava, y no sin razón, que la publicación de su libro le iba a hacer la fábula del mundo, desacreditándole como estudiante, y no ganando reputación ninguna entre los militares. Pero al fin apoyado en su propia fuerza y en las exhortaciones de sus amigos, principalmente en las del Brocense, dio a luz su obra en Madrid en 1590, que fue recibida con el respeto y aplauso que a su mérito se debía, y desde entonces hasta ahora ha sido considerada como una de las joyas más estimables de nuestra biblioteca militar.

Don Diego de Alava fue Gentilhombre de Cámara de Felipe II: se ignora el año en que falleció, y sólo se sabe que está enterrado en la Iglesia de S. Benito el Real de Valladolid, donde se ve su sepulcro cubierto con una pizarra, en que están grabadas sus armas.

EL CONDE DE GONDOMAR.

Don Diego Sarmiento de Acuña, Conde primero de Gondomar, fue hijo de D. García Sarmiento y de Doña Juana de Acuña, ambos de las más ilustres y antiguas casas de Castilla. Nació en el último tercio del siglo XVI, y las felices disposiciones de ingenio y carácter que recibió de la naturaleza, fueron cultivadas por sus padres con la educación esmerada que le dieron, deseosos de que fuese útil al Estado en la carrera de empleos civiles a que le destinaban. Fue primeramente Corregidor en Toro y después en Valladolid, Ministro de la Contaduría mayor, Notario mayor del Reino de Toledo, Comendador de Monroy y Peñarroya en la orden de Santiago, Gobernador perpetuo de la plaza de Bayona en Galicia, y Consejero de Hacienda; cargos todos, que si bien honoríficos en sí mismos, y desempeñados con lucimiento, no eran más que los pasos preliminares de otra carrera más brillante, a que poderosamente le llamaban, no menos que el favor de la Corte, su inclinación, su ingenio y sus estudios.[112]

Tratábase en la corte de Felipe III de buscar algún alivio a los católicos ingleses, muy perseguidos entonces, manteniendo al mismo tiempo las disposiciones amistosas de Jacobo I hacia la España. Para este doble objeto político y piadoso fue elegido nuestro Sarmiento, y enviado a la Corte de Londres en 1613. Nuevo en la carrera, y ajeno de los hábitos y práctica que exigen estas delicadas comisiones, supo al instante sobreponerse a las dificultades de la suya, y granjearse en aquella corte y con aquel Rey una aceptación no conseguida de ninguno de sus predecesores y envidiada de sus émulos y rivales. La política de Gondomar, dice un grande historiador inglés, era tanto más profunda y peligrosa, cuanto más cubierta iba siempre con la máscara de la jovialidad y de la burla. Pero esta apariencia festiva, cuando la ocasión lo requería, sabía dar lugar a la entereza de hombre público, y el ministro español en cuantas contestaciones tuvo con los Embajadores de Francia y de Holanda, igualmente que en la expedición del Almirante Raleigh a la Guayana, sostuvo la preeminencia y los derechos del Monarca que representaba con un tesón y una altivez que parecían incompatibles con su humor

chistoso y cortesano.

En 1617, cuatro años después de su nombramiento a la embajada, fue hecho Conde de Gondomar, título con que la corte quiso premiar sus servicios, y estimularle a permanecer en el puesto que ocupaba. Pedía ya ser relevado de allí: el clima contrario a su complexión y la infinidad de negocios y cuidados que cargaban sobre él, tenían minada su salud, de modo que el año siguiente se creyó en Madrid que había muerto de una grave enfermedad, que le puso a las orillas del sepulcro. Esta novedad obligó en fin al Gobierno a concederle la licencia que volvió a pedir para retirarse; pero se le encargó que viniese por Flandes y por Francia para tratar en ambos países negocios reservados de la mayor gravedad, y sólo accesibles a su experiencia y destreza.

Un año escaso estuvo en Madrid; porque las mismas causas que le habían llevado a Inglaterra la primera vez, le llevaron allá la segunda con nuevos despachos que se le dieron en 7 de Febrero de 1619. Halló entonces en el Rey británico el mismo afecto y estimación que antes, y aún puede decirse que mayor, tanto que en la opinión de los cortesanos igualó tal vez su valimiento al del célebre Buckingham. Consultábale Jacobo en los negocios más arduos; y él fue quien inspiró al Rey el proyecto de casar al Príncipe de Gales con la Infanta Doña María, hija de Felipe III, dándole a entender que por este medio, demás del rico dote y otras ventajas que la Infanta llevaría consigo, podría conseguir por la mediación de España la restitución del Palatinado a su yerno Federico. Notorio es el calor con que el joven Príncipe se entregó a este pensamiento, y el viaje novelesco que él y el favorito Buchingham emprendieron después a Madrid. Gondomar estaba ya en España desde el año de 1622 hecho Consejero de Estado: él fue el primero a quien el Príncipe hizo avisar de su llegada; él quien se la dijo al Conde Duque, y él uno de los que principalmente intervinieron en aquel negocio arduo y espinoso. Su terminación a la verdad no fue conforme a su expectación; pero él no tiene la culpa de que las miras de la corte de Felipe IV no fuesen tan francas y grandes como las suyas.

Gondomar sobrevivió poco más de tres años a la venida del Príncipe de Gales. En 2 de Octubre de 1626 falleció en un lugar de la Rioja inmediato a Haro, llamado Casa de la Reina. Disfrutaba entonces de aquel descanso acompañado de dignidad, que dice tan bien a los hombres públicos, cuando por su edad o sus achaques no pueden

entregarse a la actividad de los negocios. Correspondíase con los hombres de letras de su tiempo, con quienes tenía conexiones íntimas y honoríficas, escribiéndoles a cada cual en su lengua, ya en francés, ya en inglés, ya en italiano, según sus países respectivos. Su biblioteca, en fin, uno de los más contínuos y principales cuidados de su vida, acopiada con la diligencia y curiosidad más exquisita, y colocada en Valladolid con una magnificencia y gusto poco usado entonces entre particulares, es citada todavía como un tesoro de conocimientos, tan útil a las letras españolas como honroso a su fundador.

EL CONDE DE FLORIDABLANCA.[113]

Don Josef Moñino, tan ilustre después con el título de Conde de Floridablanca, nació en Murcia en 21 de Octubre de 1728 de una familia antigua y noble, reducida por el transcurso del tiempo a una honesta medianía.[114] La reputación que supo granjearse como Abogado le elevó en 1766 a la plaza de Fiscal del Consejo de Castilla, donde fue compañero del célebre Campomanes, y la habilidad manifestada en los negocios eclesiásticos que despachó en aquel empleo, le proporcionó su nombramiento a la embajada de Roma hacia los años de 1770. Allí fue donde acabó de hacer muestra de su carácter conciliador y agradable, y de su destreza singular en el manejo de los asuntos difíciles y complicados. Él contribuyó muy eficazmente a la elección del Sumo Pontífice Pío VI, restableció la buena armonía de la Santa Sede con las Cortes de España y Francia, y terminó ventajosamente las negociaciones que pendían en Roma con los Príncipes de la casa de Borbón, y particularmente con el Rey de España. En premio de estos servicios fue hecho Conde de Floridablanca, y poco después, sin pensarlo ni preverlo, llamado a la Corte para encargarle la Secretaría de Estado por el retiro del Marqués de Grimaldi.

Sus primeras operaciones fueron dirigidas a conciliar para su Corte la amistad y respeto de aquellas Potencias que pudiesen en todos tiempos contribuir a la dignidad y mayor poder del Estado, y en caso necesario a su defensa y seguridad. Preveía ya el Conde la guerra que iba a estallar entre Francia e Inglaterra con motivo de la insurrección de las Colonias británicas en América, como con efecto se verificó en 1778, teniendo también la España que tomar parte en ella poco después. Duró cinco años con variedad de sucesos y de fortuna: los reveses de mar fueron compensados con los acontecimientos prósperos de tierra; y los descalabros padecidos en algunos encuentros navales, el incendio de las flotantes y el desabrimiento de no tomar a Gibraltar, pudieron equilibrarse a los ojos de la opinión pública y de la política con la toma de Menorca, con la conquista de Panzacola y una gran parte de la Florida, y con la captura del gran

convoy británico en las Azores. España por todo el discurso de la contienda recogió abundantes frutos de las negociaciones anticipadas por su Ministro. Las conexiones y garantías convenidas con Portugal nos aseguraron el sosiego de la América, y alguna vez la proporción de traer de allá nuestros tesoros: los tratados con el Emperador de Marruecos daban abrigo en las costas de Africa a nuestros cruceros marítimos y auxilios abundantes para el bloqueo de Gibraltar: las relaciones con Heider-Alí distraían las fuerzas del enemigo en la India, mientras que en Europa, por medio del famoso convtenio que se llamó la neutralidad armada, y se debió a las sugestiones del Gobierno español, se aseguraba la navegación y comercio de las Potencias neutrales contra las pretensiones exclusivas de los ingleses, y no se les dejaba un sólo aliado en esta parte del mundo.[115]

La paz fue ajustada en el año de 1783 con unas condiciones muy favorables para España; y siguiendo a este feliz suceso otras negociaciones no menos honoríficas y ventajosas, el Conde pudo entregarse con más quietud y seguridad a promover la prosperidad interior de la Monarquía. Él hizo progresar rápidamente la civilización española en el camino ya abierto por su antecesor Ensenada. No es de este lugar la relación menuda y completa de estas útiles mejoras: pero bastará recordar, entre otros muchos monumentos de su anhelo y diligencia, el libre comercio de India, el canal imperial de Aragón, las obras de riego en Lorca, la institución del Fondo pío beneficial, la erección del Museo de Ciencias, la del Jardín Botánico, y tantas obras de arquitectura, con que fueron decoradas la Corte y las Capitales de las Provincias, ejecutadas con la elegancia griega y con la solidez romana.

Muerto aquel Monarca en 1788, decayó sensiblemente el crédito y preponderancia del Conde en el gobierno. Reiteró ante el nuevo Rey la súplica, hecha antes a su augusto Padre, de que se le permitiese retirarse al sosiego de su casa, y no lo pudo conseguir. En 18 de Junio de 1790 un francés le acometió con un puñal en la mano, y pudo herirle, aunque ligeramente, en las espaldas. Restablecido de allí a pocos días, volvió al despacho como antes; pero en 28 de Febrero de 1792 fue separado repentinamente de su empleo, y desterrado al reino de Murcia, de donde pocos meses después se le llevó a la ciudadela de Pamplona y se le formó proceso, bajo el pretexto de

malversaciones y arbitrariedades en su ministerio. Aplacado después algún tanto el rigor de la Corte, y absuelto de los cargos que se le hacían, se le permitió volver a su retiro de Murcia, donde hasta el año de 1808 estuvo disfrutando de la quietud que su avanzada edad necesitaba, y de la dignidad y consideración debidas a sus antiguos destinos y servicios. Las novedades ocurridas con motivo de la invasión francesa le llamaron otra vez al teatro político: su nombre podía mucho todavía, y él no se negó al honroso llamamiento de su Patria. Presidente al principio de la Junta de Murcia, Diputado después en la Central y primer presidente de este Cuerpo, falleció en Sevilla en 30 de Diciembre del mismo año de 1808, con la satisfacción de verse al frente de la Nación en una crisis tan ardua y tan gloriosa.[116]

EL OBISPO DE ORENSE.[117]

Don Pedro de Quevedo y Quintana nació en Villanueva del Fresno, Diócesis de Badajoz, en 12 de Enero de 1736, de una familia no menos distinguida por su nobleza y bienes de fortuna, que por el generoso uso que hacía de sus riquezas. Destinado por sus padres y por inclinación propia a la carrera de las letras y de la Iglesia, estudió la Gramática Latina en el colegio de Jesuitas de Badajoz, la Filosofía y la Teología en el de S. Bartolomé y Santiago de Granada, bajo la dirección de los mismos Padres, y se graduó de Bachiller en ambas ciencias por aquella universidad. Su carrera, desde que se graduó de Licenciado en Avila hasta que fue promovido al Obispado de Orense, no se diferencia a primera vista de la de los demás eclesiásticos que siguen los mismos estudios, pasan por las mismas pruebas y ocupan los mismos cargos. Pero lo que eminentemente le distinguía entre los demás estudiantes y clérigos de su tiempo, y aun entre todos los hombres, era su genio pronto y vivo, su aplicación tenaz, su aprovechamiento extraordinario, a que se agregaba una piedad profunda, un recogimiento sin igual, una santidad de costumbres la más respetable, y una liberalidad y caridad sin límites, que rayaba en prodigalidad y abandono. Dar y socorrer eran la primera necesidad de su alma, así como adquirir es la del común de los hombres, y Quevedo era caritativo y generoso con el mismo ahínco y pasión con que otros son avaros. Frugal en su casa, mal traído en su persona, repartía a los pobres todos los productos de su prebenda, y sus padres tenían que mantenerle cuando canónigo, del mismo modo que cuando estudiante. En aquel objeto eran invertidas las ropas, las alhajas, los regalos que su familia le enviaba: aún se recuerda en Salamanca que dio a los pobres el dinero que le fue librado para recibirse Doctor, y que hubo de repetirse el envío por mano de tercero, para que no le diese igual destino.

Tantas virtudes, unidas al concepto que se tenía granjeado de capacidad y sabiduría, le elevaron a la silla de Orense en 1776. Cuál se mostrase en el Ministerio pastoral, lo dice la opinión pública, que desde entonces hasta su fallecimiento consideró

resucitados en él los Prelados de la Iglesia primitiva, haciendo resonar en España y fuera de ella con ecos de veneración y de aplauso el nombre del Obispo de Orense. Llegada la época de la invasión francesa, sus virtudes y su carácter recibieron nuevo lustre y se manifestaron con mayor actividad y energía. Negóse resueltamente a concurrir a la asamblea de Bayona; resistió reconocer a Josef Napoleón, dando para ello las razones tan sólidas como enérgicas que constan de la carta que con esta ocasión escribió al Consejo de Castilla en Julio del mismo año; fue Presidente de la Junta de Orense, después de la de Lobera, y asistió también algún tiempo a la Suprema de Galicia. Y cuando el Mariscal Soult le invitó desde Orense a que se restituyese a aquella capital, excitándole con toda suerte de honor y de respeto a que fuese a aquietar desde allí la agitación de la provincia, él, retirado entonces en Portugal, contestó con no menos urbanidad que firmeza, agradeciendo la honra y negándose a la propuesta.

En 1810 al trasladar la Junta Central el poder supremo que ejercía a la primera Regencia, nombró al Obispo Quevedo presidente del nuevo Gobierno, para darle más autoridad y respeto con un nombre tan reverenciado. Dudóse mucho que aceptase aquel cargo, pero se embarcó, y llegó a Cádiz en Mayo del mismo año, entrando a tomar la parte que le cabía en el gobierno supremo, y ejerciéndola con la misma integridad y entereza que todas las demás comisiones que había tenido en su vida. Él instaló, como Presidente de la Regencia, las Cortes extraordinarias: opuesto por carácter y por doctrina al principio político adoptado por aquella asamblea, como base de su autoridad y operaciones, el Obispo se negó a reconocerlo en el juramento que le fue exigido, y de aquí las contradicciones que tuvo, el proceso que se le formó, y después su resitencia a jurar la Constitución del año 1812, de que resultaron la ocupación de sus temporalidades y su expatriación. No insistiremos más en estos hechos, tan ciertos como notorios: el Obispo sin duda hizo en ellos prueba respetable de entereza y lealtad; pero siendo tan recientes, y viviendo aún tantos de los que allí se hallaron e intervinieron, él mismo nos aconsejaría esta prudente circunspección, y no permitiría que diésemos ocasión con su alabanza a comparaciones y recriminaciones odiosas.[118]

Cesaron estos tristes debates con la venida de S. M. en 1814.[119] El Obispo entró en Orense como en triunfo, y gozó desde entonces la tranquilidad y satisfacciones

debidas a su mérito y a sus servicios. Renunció el Arzobispado de Sevilla, negóse a venir a la Corte a que se le invitó diferentes veces, y como a la fuerza hubo de admitir las insignias de la Gran Cruz de Carlos III, y por último el Capelo, para el que sin noticia suya fue propuesto al Sumo Pontífice por S. M. Su modestia, o más bien indiferencia por estas satisfacciones mundanas, salía en sus palabras como reinaba en su corazón. En el regocijo y fiestas con que la ciudad de Orense solemnizó su investidura de Cardenal, se le oyó decir: toda esta bulla se reduce a que seré enterrado con ropa encarnada en vez de morada.

Su muerte, tan dulce como pronta, acaeció en 28 de Marzo de 1818: sus exequias fueron magníficas; pero el mayor lustre de su pompa eran las lágrimas de todos los menesterosos, que perdían en él su bienhechor y su amparo, y la veneración profunda y religiosa con que los concurrentes acompañaban los restos de aquel varón singular, dechado admirable de virtudes apostólicas.[120]

NOTAS

1. Retratos de los españoles más ilustres con un epítome de sus vidas, Madrid, Imprenta Real, 1791-1860. De los cuatro ejemplares que se conservan en el Servicio de Bellas Artes solamente dos tienen portada con fecha de 1791. Palau y Dulcet en su obra Manual del librero hispanoamericano hace constar que la obra se publicó en 18 entregas, pero no hay constancia de los años de publicación de cada entrega. Palau la describe como fol. mayor, IV-114 fols, 118 retratos grabados por artistas de la época. Entre los dibujantes figuran: Enguídanos, Carnicero, Ximénez, Estévez, Maza, Brandt y Selma.

2. Ver mi El alba... p. 375; pp. 376-77 y n. 1217.

3. La veleidosa Fortuna no era sino reflejo de esta inestabilidad política, con la muerte o defección del líder en cada momento.

4. En la correspondencia inédita de Quintana con Musso que publiqué en mi El alba... (p. 375), dice nuestro autor de los personajes de este cuaderno 19: "Figúrese cómo me habré visto yo con esta gente en que de los unos nada hay que decir y de los otros no se puede decir nada."

5. Cfr. mi El alba... pp. 374-75.

6. Epistolario inédito del poeta D. Manuel José Quintana. Observaciones preliminares por Eloy Díaz-Jiménez Molleda, Madrid, Victoriano Suárez, 1833.

7. Quintana aprecia la cultura de los hombres de todas las épocas, y la destaca como uno de los valores más significativos de cada personaje. Pero igualmente admira las virtudes humanas que se encuentran en el soldado arrojado y valeroso, o en el vitalismo apasionado del pintor bohemio, como veremos.

8. Idea filantrópica que Quintana hereda del siglo anterior, con un sentido rousseaniano que también poseía su amigo Cienfuegos.

9. Lugar y fecha de nacimiento son datos que Quintana estima de primera importancia en cada epítome, siempre que es posible dilucidarlos.

10. La visión que Quintana tiene de los Austrias no es nada positiva, pero en este caso adecúa su pluma a lo que se espera de él, máxime teniendo en cuenta el lugar y medio de edición de la colección de epítomes y la índole oficial de los mismos. Pero si se quiere tener un retrato de Felipe II según Quintana, véase El panteón de El Escorial, en Poesías completas, ed. A. Dérozier, Madrid, Castalia, 1969, pp. 284-94. Es sólo un ejemplo.

11. Sic, punto y coma en el original, que exigiría simplemente coma.

12. En la correspondencia que he publicado en mi El alba... (p. 374), se lee:

"Yo estoy dando vueltas a mi Duque de Alba, sin acabar de entrarle el diente. Es vida dura; y si no fuera porque es precisa para introducción o preliminar de la de D. Juan de Austria que absolutamente quiero escribir, prescindiría de ella, porque el tal cuchillón no es de mi gusto ni en sus cosas buenas ni en sus malas."

El texto es importante porque revela varias cosas: 1) Que Quintana tenía intención de escribir sobre Don Juan de Austria, lo que constituye la única alusión a este proyecto que no llegó a realizarse. 2) Que la vida del Duque de Alba, que aparecería póstuma e incompleta en Obras inéditas... pp. 113-65, y en la que se refiere a otras personas más que al citado Duque de Alba, no le satisfacía y la redactaba por imperativo superior; hacia 1800 Quintana tenía amistad con la Duquesa de Alba, a la que dedica varios poemas en sus Poesías completas (1969) -A la Duquesa de Alba (1800), p. 235-39; A una negrita protegida por la Duquesa de Alba (1800), pp. 239-43-, si bien como se demuestra por la correspondencia que he publicado, esta vida del Duque la está redactando en 1831 (la carta citada no lleva fecha pero es deducible)-. 3) Que Quintana tenía en proyecto continuar sus Vidas con otras muchas, entre las que se encontraba la de Don Juan de Austria.

13. La mayor parte de los epítomes creo responden a retazos sueltos de otras investigaciones. Quintana estudia en profundidad una parte de la Historia de España, y encuentra en un corte sincrónico una serie de personajes que le interesan y que constituyen un pequeño microcosmos que irá reflejando

sucesivamente, por ejemplo el entorno del Gran Capitán, y de los conquistadores etc. El recurso aparece también en las Vidas, que no versan sólo sobre el protagonista que da título al texto concreto, sino también sobre otros personajes adláteres, así por ejemplo en la de Pizarro se menciona frecuentemente a Almagro, y en la de Balboa a Pedrarias etc. Quintana posee una comprensión muy amplia de todo un nutrido grupo de personajes, que protagonizan el relato histórico real que sirve de base a sus Vidas y luego, como residuo de investigación, a los epítomes.

14. Nueva alusión positiva, y admirable por ello conociendo el pensamiento de Quintana, respecto a Felipe II.

15. Estos aspectos de difusión de la cultura, son los que parecen a Quintana más loables del carácter de Felipe II. Quizás cuando escribe estos epítomes nuestro autor ha refrenado, con la edad, sus ardientes referencias a los comuneros y a los tres siglos de opresión que había sufrido España, para lo que remito a lo que hemos estudiado a propósito de sus Obras inéditas... También cabe suponer que sus ideas políticas las templa teniendo en cuenta el lugar de edición de los epítomes y el público a que van dirigidos.

16. Notemos la técnica de Quintana en los epítomes, que va perfeccionando conforme avanza en la redacción de éstos, y que le revelan como un gran comuniador y divulgador de ideas. Parte de una anécdota, el baño de agua tibia de los pies de Felipe II, para interesar al lector. Es una anécdota significativa porque va acompañada enseguida de datos acerca de los conocimientos médicos del personaje, oscurecidos por este sencillo remedio. Quintana gusta mucho de las anécdotas, porque creo debía pensar reflejaban el carácter del personaje desde un punto de vista humano. Pero luego acompaña este aspecto dulce con el útil de la doctrina y su saber acerca de cada personaje, que queda retratado así desde un punto de vista objetivo y subjetivo a la vez.

17. Notemos cómo dibuja los cambios de carácter psicológico de cada personaje en los diversos avatares de su vida. Quintana retrata psicológicamente con gran acierto a cada protagonista, y sus epítomes poseen en este sentido una admirable variedad, si bien denotan una predilección mayor por unos biografiados que por otros, lo que es fácilmente comprensible por el carácter apasionado de nuestro autor.

18. Notemos una vez más que el retrato de cada personaje va acompañado de anécdotas que aportan en muchos casos datos intrahistóricos inapreciables, que van más allá de la mera constatación histórica.

19. Una constante de todos estos epítomes, lo que significa una auténtica lección humana, es la aparición de la envidia ante el hombre que triunfa, y que en muchos casos suele acabar con su persona. La veleidosa diosa Fortuna de la época no era otra cosa que reflejo simbolizado de la inestabilidad política que se vivía -lo he señalado antes- pero también del hervidero de intrigas de la corte, con el despliegue de toda su parafernalia aneja.

20. Algo de autobiográfico hay en estas líneas de Quintana, en lucha contra las acusaciones que le imputaron y que le condujeron a prisión.

21. Otra constante de todos estos epítomes reside en el respeto hacia la religión y el estado religioso que se respira en ellos, por parte de Quintana, anticlerical en otras ocasiones. De nuevo tenemos a nuestro autor adaptándose a las condiciones ideológicas de la empresa editorial, en este caso.

22. De vez en cuando Quintana exhibe las fuentes en que se ha documentado para redactar los epítomes, del mismo modo que al principio de cada Vida figuran en un apartado expreso. Ello nos habla de la seriedad de su trabajo, que intentaba ser informado y objetivo.

23. Quintana pasa del retrato de religiosos y hombres cultos, al de soldados, y hay quizás mayor pasión en los epítomes dedicados a estos últimos, como a los referentes a artistas y pintores.

24. Como puede observarse por sus Vidas y por diversas alusiones en estos epítomes, Quintana se había documentado abundantemente en la época del Gran Capitán y el microcosmos de personajes que giran alrededor de él.

25. Quintana refleja muy bien los motines, la rapiña, las peleas, y también el valor de los soldados, en un cuadro lleno de virilidad y fuerza en muchos de estos epítomes.

26. De nuevo el tema de la Fortuna, aquí explícitamente señalado por un Quintana que sabía muy bien de sus vaivenes.

27. Detalle populista y democrático de Quintana.

28. Quintana, que conoció la necesidad durante su exilio en Cabeza del Buey -remito a la correspondencia con Uguina comentada en este mismo libro-, gusta de retratar las dificultades por las que atraviesan los grandes hombres en determinados momentos de su vida.

29. Patriotismo constante de Quintana en todos sus epítomes, en sus Vidas, y en su actitutd vital. Pero la patria que quiere Quintana es una nación moderna y progresista, y no la reaccionaria de los nacionalistas ultramontanos negados a ese progreso en cuyas lecturas él se había formado desde joven.

30. Nuevamente aparecen rasgos autobiográficos o por lo menos de comprensión hacia dificultades semejantes en otros personajes, por parte de Quintana.

31. Modernidad de las ideas de Quintana, quien aúna aquí liberalismo y religiosidad entendida sin clericalismo sino de modo laicista.

32. Quintana elogia a los grandes hombres que se han ocupado de la cultura.

33. La anécdota reveladora del temperamento del personaje biografiado, que gusta a Quintana.

34. En estos epítomes Quintana acepta una visión más bondadosa de Felipe II, pero no de Carlos V.

35. A partir de aquí están los mejores epítomes de Quintana. El de Vasco Núñez de Balboa inicia su reiterada pasión por el tema americano, dignificando la actitud de los conquistadores españoles.

36. Es el retrato del líder romántico el que aquí aparece.

37. Respecto a Pedrarias, es mucho más tajante aquí en sus juicios Quintana que en la Vida de Balboa.

38. Nuevamente la envidia, que tan bien conocía Quintana desde su época en la Junta Central.

39. Si comparamos este epítome con la Vida de Balboa, vemos que se trata de un resumen de la misma, señalando los aspectos más fundamentales. El retrato del personaje que consigue en el epítome es de una gran brevedad, muy moderna, un perfil sucinto pero exacto. En la Vida, obviamente, se entretiene en relatar otras circunstancias, por ejemplo acerca de las costumbres de los indios, de las maniobras de Pedrarias etc. No me cabe duda de que los epítomes fueron redactados posteriormente a las Vidas, pues los que coinciden con éstas se refieren además a los tomos de 1807 y 1830, y la carta en la que certifica la autoría de los epítomes es de 1831.

40. Nuevo rasgo del nacionalismo de Quintana.

41. Quintana, al mismo tiempo que muestra la valentía y el arrojo de los conquistadores, luchando contra un enemigo mucho más numeroso, presenta el lado de la codicia. Es el claroscuro del temperamento del soldado: valiente y codicioso a la vez, al que nuestro autor se refiere con frecuencia en sus Vidas.

42. Quintana nos aporta un retrato descomunal de Paredes, con hazañas increíbles y casi sobrehumanas. Pero en todo el epítome se demuestra lo que antes he comentado: la admiración de nuestro autor hacia el valor del soldado.

43. Creo que muchos epítomes de Quintana tienen por objeto aprovechar la documentación más amplia que había acopiado para redactar sus Vidas, así por ejemplo la del Gran Capitán en relación al personaje que ahora nos ocupa.

44. Expresa mención del aspecto descomunal y sobrehumano que antes he señalado, en relación con García de Paredes.

45. La Vida del Gran Capitán, que completaría el universo político y guerrero que se dibuja en este epítome, es una de las más admirables que escribió Quintana. En ella nos ofrece un perfil psicológico perfecto del héroe cordobés.

46. Quintana redactó una Vida de Pizarro en el volumen segundo (1830) de sus Vidas.

47. Almagro es un personaje secundario de los textos de Quintana, pero que aparece con frecuencia, y es bien tratado por nuestro autor.

48. Como he dicho, Quintana pone de manifiesto los enormes valores humanos, de valentía, arrojo, capacidad de afrontar lo desconocido, que existe en la gesta española en América.

49. Remito a la nota anterior.

50. Este episodio aparece más ampliamente tratado en la Vida de Pizarro (1830, vol. II de Vidas...). Quintana no siente simpatía hacia el hermano del conquistador, y sí hacia éste y Almagro, que a pesar de ser enemigos, se comportan con nobleza de caballeros.

51. También más ampliamente tratado en Vidas... La Vida de Pizarro constituye un texto admirable, de interés novelesco.

52. Es muy razonable Quintana en esta afirmación, que concilia el nacionalismo españolista de que hace gala en todos sus escritos históricos, con el cosmopolitismo de ilustrados y liberales. Quintana deja claro que un país que no apoye a sus figuras de la cultura no merece ser considerado como patria del genio.

53. Sic por Ribalta.

54. Es el retrato, espléndido, del artista bohemio el que aquí se hace, pero también del hombre con orgullo de sí mismo y de la posesión de sus propios talentos que le definen como artista y como hombre.

55. Es bellísimo este epítome, que representa la autenticidad del artista en lucha contra el entorno, prefiriendo la honradez vital en la pobreza a la opulencia fácil del mantenido.

56. Quintana es consciente de que las anécdotas, muy sabrosas y de hondo contenido, que relata son casi novelescas.

57. Sic por Caravaggio.

58. Quintana era un gran aficionado a la pintura. En la correspondencia con Uguina publicada por Molleda y en la que yo mismo he publicado en El alba... con Musso, que continúa a aquélla en fechas, se pone de manifiesto que incluso, dentro de los límites de su nivel económico nunca muy floreciente, nuestro autor poseía una colección de cuadros y grabados de cierto interés. Algunos de ellos tuvo que venderlos para sobrevivir, como se demuestra en las cartas a Uguina, y otros grabados se los pide a Musso.

59. Hay frecuentes referencias indirectas a Arias Montano en estos epítomes. Este personaje era apreciado también por Lista, quien en los años de la ocupación francesa le dedicó una noticia necrológica en la Gaceta de Sevilla, nº 56, 28 junio 1811, pp. 448-56. Ver mi Ideología y literatura... p. 251. Era figura muy apreciada Arias Montano porque simbolizaba el ideal de intelectual retirado en la dorada medianía del estudio y en la tranquilidad de la vida provinciana.

60. Quintana entiende que la envidia es propia de temperamentos mezquinos, y él retrata precisamente las grandes virtudes humanas de los grandes hombres, que es lo que le interesa de ellos.

61. Interesante expresión de proyecto de vida que refleja el sentir y la aspiración personal de Quintana, más allá del mero tópico del ideal de vida retirada a la manera clásica y renacentista.

62. Quintana se atreve aquí con el retrato del más genial pintor de la época precedente, y lo hace dejando sentir su admiración y sus conocimientos al respecto.

63. Interesante tema: el artista que crece hacia adentro antes de expresar la genialidad de su obra labrada con el esfuerzo y el trabajo bien hecho. Todo un programa de vida.

64. Las referencias a El Escorial son también frecuentes en estos epítomes de Quintana.

65. Quintana tiene alma de artista, y comprende por tanto el proceso que se da en el espíritu del creador, cómo va educándose a sí mismo en la senda de un camino interior que conduce a la obra perfecta, si alguna hay.

66. Nuevamente este tema.

67. Nótese la temprana referencia, en términos muy modernos, al concepto de naturalismo como luego sería divulgado por la novela de la segunda mitad del XIX, si bien dentro de un contexto cutlyral bien distinto. Remito a "El naturalismo de La Regenta" en mis Estudios de literatura española (Barcelona, Anthropos, 1987, pp. 91-144).

68. Quintana se interesa por las figuras históricas y, en este período de su vida, por los artistas plásticos. Obviamente están también sus textos sobre autores como Cervantes y Meléndez Valdés, y sus recopilaciones o antologías divulgativas de escritores españoles. Quintana es ante todo un divulgador, un comunicador, una persona que pone sus conocimientos al servicio de un pueblo al que quería culturizar y -así- despertar a los ideales de libertad.

69. Una auténtica novela policíaca.

70. Sic.

71. Quintana no sólo relata los sucesos externos de la historia de cada personjae, y las anécdotas significativas de su carácter, sino que realiza un auténtico retrato psicológico de ellos, por lo menos de los que más le atraen desde el punto de vista intelectual y cultural.

72. Los personajes de Quintana poseen esta claroscuro: a la par que miserias humanas, sus grandes virtudes. Grandeza para el pecado y para la virtud de estos personajes, y comprensión por parte de nuestro autor para sus defectos, caracterizan estos epítomes que se debieron a su pluma.

73. Es una bellísima anécdota que nos aporta la dimensión intrahistórica del personaje.

74. Puede verse que Quintana aborda toda una serie de pintores de seguido, en estos epítomes.

75. Sic.

76. Quintana posee un concepto liberal de la religión.

77. Otra alusión, en subrayado por Quintana, al verismo realista, naturalista le llama en otro momento, como vimos. En realidad ello deriva de la estética neoclásica, el principio de imitación de la naturaleza de Horacio y Luzán.

78. Esta visión de la Historia concuerda con aspectos de la historiografía y literatura romántica. Pese a lo que se ha dicho el pretendido exotismo oriental de los románticos al tocar temas arábigos, no encerraba generalmente una aquiescencia con los sistemas de vida y de mando de estos pueblos. Quintana, con una visión nacionalista -de una nacionalismo atractivo, liberal, que ostenta el orgullo del propio país y la propia cultura que tan bien conocía- prefiere incidir, como ocurrirá en el drama histórico de finales del XVIII y primer tercio del XIX, en las raíces góticas y castellanistas de nuestra cultura española.

79. Cotéjese estas referencias al monasterio de El Escorial con las terribles invectivas en contra del absolutismo de los Austrias, y especialmente de Felipe II, en El panteón del Escorial (1805) (cfr. Manuel José Quintana, Poesías completas, ed. Albert Dérozier, (Madrid, Castalia, 1969) pp. 284-93), que para mí es otro claro reflejo del protorromanticismo de este autor -cuyo mejor exponente es el poema Al mar (1798)-. El final del poema El panteón del Escorial contiene versos de temple romántico, también en la escenografía tormentosa, y en la pasión política que respira. Azorín ya lo vio claro en Leyendo a los poetas (1945).

80. Con este epítome Quintana se ocupa al fin de los temas literarios. También es fruto de sus investigaciones precedentes en las Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestro días. Ed. Manuel Josef Quintana, Madrid,, Gómez Fuentenebro y Compañía, 1807, 3 vols. Reeditadas en 1817 y 1830. En ellas se refería a Santillana, ver tb. Introducción histórica a una colección de poesías castellanas en Obras completas (BAE, XIX) pp. 130-31. Los epítomes me siguen pareciendo fruto de recopilación documental de textos anteriores. Si bien la alusión a Santillana en la citada Introducción... es muy breve.

81. Es interesante este aspecto guerrero que destaca Quintana en Santillana, y que los historiadores de la literatura olvidan a veces.

82. También aquí Quintana me parece se considera biográficamente identificado con el personaje de que trata. Efectivamente en su caso hubo una serie de sucesos bélicos y políticos que le impidieron una dedicación más rigurosa a la creación literaria. Quintana se siente un poco soldado -como político revolucionario siempre en brecha- a la vez que escritor, por eso los admira tanto.

83. Sobre Mena y Boscán ver la Introducción... citada supra, (BAE, XIX) pp. 129-32.

84. Ahora le toca a la serie de epítomes literarios, después de los históricos y de los artísticos.

85. Ya me he referido a las ideas de Quintana acerca de la descolonización, que eran muy progresistas. Remito a las páginas anteriores. Incluso en estos epítomes, de carácter clásico y conservador, manifiesta su inconformismo acerca de la mentalidad de la explotación colonial.

86. Este epítome es claro exponente del pensamiento liberal y tolerante de Quintana, tanto como de su constante interés por el tema de las colonias -patente en sus Vidas de españoles célebres y en su poesía-. Nótese como en el epítome que recojo ahora, Quintana ubicúa muy bien ideológicamente el pensamiento de Sepúlveda, verdaderamente reaccionario.

87. Sobre las Casas véase el espléndido retrato que hace Quintana en Vidas de españoles célebres, Obras completas (BAE, XIX), pp. 433-77 y 504-31.

88. Me parece muy interesante este epítome. En realidad el auténtico portagonista y héroe del mismo es Las Casas, y Sepúlveda el contraste reaccionario.

89. Quintana califica a Sepúlveda de escolástico, aunque suaviza su afirmación, y luego denigra su labor histórica. Quintana manifiesta un concepto moderno de la Historia, con "la influencia de las costumbres y la civilización en las naciones", una visión casi sociológica de la misma.

90. La historia de la vida de Salinas es la de un luchador, como bien pone de manifiesto Quintana, quien no hace alusión a las referencias de Fray Luis de León a este músico.

91. Nótese cómo sitúa Quintana el tema literaria en relación a la Historia y la ideología de la época, en su marco adecuado de comprensión, con una perspectiva muy moderna. La misma que le llevó a compatibilizar la dedicación a la política y a la literatura, a la Historia y a la poesía.

92. Quintana aporta con brevedad y exactitud las bases para una comprensión moderna de las aportaciones de Feijoo al ámbito de la cultura de la época.

93. Es tema de la tragedia histórica de finales del XVIII y principios del XIX. Recuérdese Guzmán el Bueno (1777) de Nicolás Fernández de Moratín. Véase mi El alba...

94. Quintana redactó un poema A Guzmán el Bueno (Poesías completas ed. Dérozier, pp.248-53) en 1800, y en 1807 una de las Vidas, en el primer volumen de las mismas. La evolución del tratamiento del tema de Guzmán el Bueno, desde el drama histórico neoclásico al protorromanticismo de Quintana me parece de sumo interés. Poco a poco, conforme se avanza en la recepción de la estética romántica, iniciada ya en los cantos osiánicos que tan ampliamente se difundieron en España, va ganando fuerza el personaje que se considera como un héroe descomunal, capaz de superponer el interés de la nación al personal y afectivo, algo semejante a lo que hicieron todos los bravos héroes minúsculos y olvidados de nuestra gesta de la Independencia, entre ellos Quintana.

95. Quintana posee una gran admiración hacia determinados soldados caracterizados por su valor y sus cualidades humanas, que hacen de ellos, en los retratos que les dedica en estos epítomes y en las Vidas..., auténticos héroes románticos. Si atendemos a los contenidos, es necesario aceptar que el romanticismo, al menos en una primera forma, comienza mucho antes de los que se ha considerado generalmente. De este modo se llenaría la franja de tierra de nadie que se extiende entre el último tercio del XVIII y 1834.

96. El tema del hombre hecho a sí mismo es leitmotiv romántico.

97. La Vida de Guzmán el Bueno (1807) es muy breve. En el volumen de Obras completas (BAE, XIX) ocupa pp. 211-19. Pero hay cierta diferencia entre el epítome y la Vida, siendo ésta lógicamente más prolija. Este epítome es una muestra del arte que al respecto había alcanzado Quintana en la redacción de textos breves, y también en su capacidad de retratar al héroe romántico.

98. Nuevamente el microcosmos de personajes asociados al Gran Capitán, cuya figura había estudiado tanto Quintana.

99. Un tejido de personajes que se relacionan entre sí, ver epítome de Cisneros.

100. Balbuena gozó de una gran reputación en el tiempo de Quintana, véanse las referencias de Lista en sus Lecciones de literatura española y otros textos críticos.

101. Sic, por adiestrando.

102. Lista también cita a Mira de Amescua de este modo, como Mescua.

103. Son muy interesantes estas noticias de textos inéditos de Balbuena.

104. El mismo sistema en todos los epítomes: se sitúa al autor cronológica y geográficamente, luego se da una idea de su posición social por origen

familiar, y más tarde su formación cultural o aprendizaje militar. Después alguna anécdota que refleje su personalidad. Se recorren los aspectos más significativos de su vida, y se valora su aportación a la Historia y cultura de España, hasta llegar a su muerte, acontecimiento que igualmente se detalla.

105. Sic. Es la forma por la que cita el Diccionario de Autoridades, indicando seguidamente que es igual que vagabundo.

106. Nuevo ejemplo de personaje hecho a sí mismo. De vagabundo a prohombre.

107. Se debe referir Quintana al erudito barroco Nicolás Antonio (1617-1684), autor de la Biblioteca Hispana Vetus (1696) y de la Bibliotheca Hispana Nova (1672), la primera abarca desde la época de Augusto al año 1500, y la segunda hasta 1670. Todo esto es un índice interesante de los conocimiento eruditos de Quintana, y de su seriedad como intelectual.

108. Valoración literaria muy bella, a partir de adjetivos.

109. Este personaje fue antepasado del famoso General Alava del siglo XIX, de quien se conserva estatua en la puerta de la Diputación de Vitoria.

110. Como puede verse por las frecuentes referencias, este erudito le merece mucha confianza a Quintana.

111. Los liberales españoles se tomaron mucho interés por las tácticas militares para defenderse del ejército napoleónico, lo que se demuestra en estas anotaciones de Quintana.

112. Como señalé antes en nota, remitiendo a palabras de Quintana en su correspondencia a Musso, es evidente que hay algunos epítomes que realiza por obligación. Pero otros son muy vibrantes, y contienen noticias de interés.

113. Sobre el conde de Floridablanca véanse en las Obras inéditas la Memoria de 1814, p. 186, n.2, 1º: "Que el Conde de Floridablanca, prototipo y modelo de todos los diplomáticos, fue uno de los que conocieron su necesidad y contribuyó esencialmente a su creación (de la Secretaría General) y establecimiento, verificado durante su presidencia."

En Dérozier (ed.), Escritores políticos... p. 21, n. 6: "Floridablanca (José Moñino, conde de...) ha jugado un papel importante en el reinado de Carlos III. Buen monárquico, participó activamente en la expulsión de los jesuitas. También economista de talento, realizó un trabajo positivo. Fue él quien alentó los primeros pasos del liberalismo español como dirigente de la Junta Central Suprema del Reino en 1808, año de su muerte. Este hecho muestra la continuidad existente entre los dos sistemas." Más tarde (p. 50) señala que con Aranda, el conde de Montijo y Campomanes, a partir de 1759 tuvo un papel importante en la influencia de la francmasonería y por tanto en el triunfo posterior del liberalismo en 1823 con Riego. Muchas de las tertulias de época en el XVIII eran en realidad reuniones masónicas.

114. En la correspondencia inédita de Quintana que publiqué en mi El alba del romanticismo español, (pp. 373-74) se contienen cartas de éste a su amigo José Musso y Valiente en la que le solicita copia de la fe de bautismo de Floridablanca, lo que indica la seriedad y el rigor de nuestro autor en la redacción de sus textos históricos, aunque tengan el carácter breve de estos epítomes. Quintana dudaba si Floridablanca nació en Murcia o en Hellín, y los datos con que le contesta Musso le aclaran la cuestión.

115. Quiero destacar la penetrante sagacidad de Quintana para los asuntos políticos, que aporta noticias y consideraciones de interés para los historiadores actuales, por la inmediatez de los sucesos a que se refiere en este caso.

116. Recordemos que Jovellanos encargó al joven Alberto Lista un Elogio en honor de Floridablanca, que le fue pagado. Cfr. Cueto, Poetas líricos del siglo XVIII, Madrid, Atlas, BAE LIX, pp. 516-27. Los liberales moderados de época tenían interés en ensalzar la figura de este político, como ejemplo a seguir para una transición pacífica hacia la modernidad. En el Archivo Histórico Nacional se encuentra la documentación de puño y letra de Jovellanos respecto al encargo de Lista, como estudié en mi libro.

117. Ya he indicado antes, refiriéndome a las palabras de Quintana en la correspondencia con Musso que he publicado, que el obispo en cuestión, como otros personajes de este último cuadernillo de epítomes en que colaboró, no le interesaba demasiado: poco se podía decir de unos, y de otros no se podía decir lo que se quisiera, viene a decir.

El Obispo de Orense, como estudiamos a propósito del libro de Dérozier sobre Quintana, se negó a jurar la Constitución cuando ésta se promulgó, protagonizando un incidente muy sonado, por lo que a Quintana no debía simpatizarle mucho.

En sus Obras inéditas, en la Memoria de 1814, p. 201 se lee:

"Bien pronto la cuestión metafísica de la soberanía fue el pretexto, no la causa de la oposición, y la señal a que se reunieron todos los enemigos de la

libertad pública. Los incidentes del Obispo de Orense y del marqués del Palacio les dieron consistencia; las congratulaciones ambiguas y solapadas de los tribunales las fomentaban, y la contrariedad indirecta y disimulada de los principales agentes del Gobierno les prestaba los medios del descrédito. Así se fue desde entonces preparando la mina que tres años después reventó con tanto estrago."

Hacía falta el valor de Quintana para realizar estas afirmaciones y otras muchas semejantes en su situación de preso político en 1817, sobre los sucesos de 1814.

Por otra parte Dérozier, en Escritores políticos españoles p. 39, nota 10 dice sobre Pedro Quevedo, Obispo de Orense:

"(1736-1818). No fue diputado, pero sí presidente del Consejo de Regencia. Chocó abiertamente con las Cortes, rehusando reconocer su soberanía en los primeros días de octubre de 1810. Debió ceder -en apariencia-, pero manifestó de nuevo su oposición en el acto de prestar juramento a la Constitución. Su proceso en 1812 fue muy sonado: destierro y exilio. Su oposición no era un acto aislado: al contrario, estaba ligada con las conspiraciones del regente Lardizábal y de algunos otros altos funcionarios del Consejo de Castilla. Sabemos que los nuevos regentes (Agar, Císcar, Blake) ofrecieron más garantías a las Cortes. La tentativa del obispo es una de las más oficiales del absolutismo tradicional. La responsabilidad directa del rey en ella quedó casi a la luz del día. Pero era una tentativa prematura y torpe en la medida en que las Cortes estaban en el apogeo de su popularidad."

118. Aunque como señalé en nota en la introducción, Quintana no estaba muy por la labor de realizar los epítomes de estos personajes del volumen 19º de los Retratos..., este texto dedicado al Obispo de Orense por ejemplo contiene datos de interés no sólo político sino diría que intrahistórico.

Por otro lado en este epítome la magnanimidad de Quintana muestra su comprensión y respeto hacia posturas políticas que no coincidían con las suyas, y suponen una voluntad política integradora, típica de la tolerancia de los liberales -que precisamente fue la que condujo al fracaso de éstos en 1814 y en 1823-.

119. Discreción de Quintana aquí, respecto a los siniestros sucesos de este año de 1814. Notemos la elegancia con que se refiere al tema, y la dignididad con que salva la figura del Obispo de Orense, centrándose en sus valores de cristiano caritativo.

120. De todos modos sospecho que este epítome sobre el Obispo de Orense hay que situarlo en su contexto, y se redactó durante el período de la ominosa década, reinando aún Fernando VII, lo que explicaría la cautela de Quintana ante tema tan peliagudo.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA.

A.D. "Don Manuel José Quintana", en El Semanario Pintoresco Español, 24 septiembre 1854, pp. 305-6.

ALCALA GALIANO, Antonio, "Contestación al Juicio crítico de Quintana como poeta lírico de Leopoldo Augusto de Cueto", en Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española, 14 de marzo de 1858.

ALONSO CORTES, Narciso, "Poesías juveniles de Quintana", en Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, marzo-mayo de 1933, pp. 211-40.

ALONSO, María Rosa, "El tema del mar en la lírica española", Arbor, t. XXIII, septiembre-octubre de 1952, pp. 41-72.

ANONIMO, "MJQ" en El Espectador, 7 enero 1823, nº 633

ANONIMO, "MJQ", El Eco del Comercio, 28 enero 1836, nº 638

ANONIMO, "El Excmo. Sr. D. MJQ", en La América, t. XVI, 1873, nº 12.

ARCE, Joaquín, "Scienza e lirica illuministica dall'inoculazione al vaccino in Italia e in Spagna", en Letteratura e scienza nella storia della cultura italiana: Atti del IX Congresso dell'Associazione Internazionale per gli Studi di Lingua e Letteratura Italiana, 1976, Palermo, Manfredi, 1978.

ARCE, Joaquín, La poesía del siglo ilustrado, Madrid, Alhambra, 1981, pp. 97-104, pp. 310-11.

AZORIN, Leyendo a los poetas (1945), en Obras completas, ed. de A. Cruz Rueda, vol. VII, Madrid, Aguilar, 1948, pp. 736-37.

BLANCO GARCIA, Fray Francisco, La literatura española en el siglo XIX, Madrid, Aguado, 1891, 3 tomos.

BLANCO SANCHEZ, R., Q. Sus ideas pedagógicas, su política y su significación filosófica, Madrid, 1910.

BONO SERRANO, Gaspar, "Cristiana muerte de Q.", en Miscelánea religiosa, política y literaria, Madrid, 1870

CALVO ASENSIO, Gonzalo, "Vindicación de Q.", en La América, tomo XII, 28 enero 1868, nº 2

CANALEJAS, Francisco de Paula, Del estado actual de la poesía lírica en España,

Madrid, Imprenta Central.

CAZZANIGA, A. , Vita e opere di don MJQ, Milán, 1835

Coronación poética dedicada al Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana, con motivo de su coronación, por los redactores de "La España musical y literaria", Ed. José Marco. Madrid, Impr. de José Rodríguez, 1855.

Coronación del eminente poeta D. Manuel José Quintana, celebrada en Madrid, a 25 de marzo de 1855, Madrid, Rivadeneyra, 1855.

CUETO, Leopoldo Augusto de, "Juicio crítico de Q. como poeta lírico", en Discursos leídos..., 14 de marzo de 1858.

CUETO, Leopoldo Augusto, Poetas líricos españoles, Madrid, 1953, vol. III (BAE, LXVII), pp. 184-205. (Contiene una Noticia biográfica de Nemesio Fernández Cuesta (1857); Carta de D. Bartolomé José Gallardo (1846), Apunte autógrafo de Gallardo de Quintana, Juicios críticos de Don MJQ, texto sobre La Mogigata de Inarco Celenio, y Poesías).

DEROZIER, Albert, "Les étapes de la vie officielle de MJQ", Bulletin Hispanique, LXVI, 1964, pp. 363-90.

DEROZIER, Albert, "Polémiques sur un passage de Q. (un "Anti-¡Ay del Alcázar...!" en 1814), Langues Néo-Latines, 1964, nº 168, pp. 31-45

DEROZIER, Albert, Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne, París, Annales Littéraires de l'Université de Besançon vol. 95, Les Belles Lettres, 1968, 2 vols. (El segundo volumen, Appéndices, París, ibíd., 1970, con textos de Quintana y documentos, no ha sido traducido.)

DEROZIER, Albert, Quintana y el nacimiento del liberalismo en España, Madrid, Turner, 1978.

DIAZ-JIMENEZ Y MOLLEDA, Eloy, Epistolario inédito del poeta D. MJQ, Madrid, 1933; y BRAE, tomo XXIII, septiembre, 1936, pp. 419-85. (Dérozier, op. cit. ed. esp. p. 53, advierte contiene errores cronológicos y es poco interesante.)

FERNANDEZ CUESTA, Nemesio, "Noticia biográfica de D. Manuel José Quintana", en Poetas líricos del siglo XVIII, Madrid, Rivadeneyra, 1953, t. III, pp. 185-87 (BAE, t. LXVII). (Se publicó inicialmente en El Museo Universal, 1857).

FERRER DEL RIO, Antonio, "Don Manuel José Quintana", en Galería de la literatura española, Madrid, Mellado, 1846, pp. 1-12.

FERRER DEL RIO, Antonio, "Necrología. Don MJQ", en La América, t. I, 24 marzo 1857, nº 2

FERRER DEL RIO, Antonio, "Don MJQ", en La América, XII, 28 marzo 1868, nº 6.

FONTANELLA, Lee, "Pelayo and Padilla in Reformist and Revolutionary Spain", en Silvia MOLLOY, Luis FERNANDEZ CIFUENTES, James E. MARANISS (eds.), Essays on Hispanic Literature in Honor of Edmund L. King, London, Tamesis, 1983, pp. 61-72.

HEREDIA, Antonio, "Proyecto filosófico del primer liberalismo español (1808-1814)", en Los ensayistas: Georgia Series on Hispanic Thought, Marzo, 1983, vol. 14-15, pp. 21-30.

IZQUIERDO, René Cristóbal, "Anacaona" de Salomé Urena de Henríquez, poema épico sobre la conquista de América: Un análisis estilístico y temático, tesis doctoral en la City University of New York, 1991.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, Obras completas, ed. de José Csao González, Oviedo, Centro Estudios Siglo XVIII/Ayuntamiento de Gijón, 1984-1988, 4 vols. publicados hasta ahora, en curso de publicación.

KENNEDY, James, Modern Poets and Poetry of Spain, London, Brown, Green and Longmans, 1852

LUIS, L. de, "La oda 'Al panteón del Escorial'", en Revista de Occidente, 1972, nº 117, pp. 363-77.

LUIS, L. de, "La 'Oda a la imprenta' de Q.", Poesía Española, 1972, nº 232, pp. 27-31.

MARTINEZ TORRON, Diego, Los liberales románticos españoles ante la descolonización americana (1808-1834), Madrid, Fundación Mapfre, 1992.

MARTINEZ TORRON, Diego, Ideología y literatura en Alberto Lista, Sevilla, Alfar, 1993 (Alfar Universidad, 78).

MARTINEZ TORRON, Diego, El alba del romanticismo español. Con inéditos recopilados de Lista, Quintana y Gallego, Sevilla, Alfar/Univ. Córdoba, 1993 (Alfar Universidad, 79).

MARTINEZ LUMBRERAS, Francisco, "El pensamiento y la acción tradicionalista en España durante el siglo XIX", Boletín de la Universidad de Granada, vol. X, 1938, nº 47, pp. 29-58; y nº 50, pp. 373-402.

MARTINEZ QUINTEIRO, M. A., Q., revolucionario, Madrid, Narcea, 1972. (Selección de textos comentados, conteniendo la Memoria... (1814))

MENDEZ BEJARANO, Mario, La literatura española en el siglo XIX, Madrid, Gráfica Universal, 1921.

MENENDEZ Y PELAYO, M., Historia de los heterodoxos españoles, Madrid, Maroto e

Hijos, 3 vol., 1881, en tomo III cap. 3, 7º libro.

MENENDEZ Y PELAYO, M., Historia de las ideas estéticas en España, tomo III, vol. 2º, Siglo XVIII, Madrid, Imprenta Pérez Dubrull, 1886, cap. III, pp. 204-24 ("Q. considerado como crítico") y pp. 267-68 ("Polémica de Blanco con Q.")

MENENDEZ Y PELAYO, M., "Don MJQ. La poesía lírica al principiar el siglo XIX". En Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, Santander, Aldus, 1942, vol. IV, pp. 229-63. En edición nacional de Obras Completas de MMP, Santander, CSIC, 1942, vol. IX. (Conferencia impartida en 1885-87, editada orginalmente en La España del siglo XIX. Colección de conferencias históricas celebradas durante los cursos 1885-1886 y 1886-1887, Madrid, Libr. de Antonio San Martín, 1886-1887, conferencia 33, tomo III, pp. 249-87))

MERIMEE, Ernest, "Les poésies lyriques de Q.", Bulletin Hispanique, 1902, pp. 119-53

MILA Y FONTANALS, M., "Obras literarias de MJQ", en sus Obras completas, IV, 1892, pp. 340-46. (Publ. inic. em Diario de Barcelona, 1834)

MONGUIO, Luis, "Don MJQ y su oda: 'A la Expedición Española para propagar la vacuna en América'", Boletín del Instituto Riva Agüero, nº 3, 1956-57, pp. 175-84. Reimpr. en Estudios sobre literatura hispanoamericana y española, Méjico, 1958, pp. 131-41.

OCHOA, E. de, "Don MJQ", en El Artista, II, 1836, pp. 37-38. Y en Apuntes para una biblioteca de escritos españoles y contemporáneos en prosa y verso, Madrid, 1836

PAGEAUX, Daniel-Henri, "La genèse de l'oeuvre poétique de MJQ", Revue de Littérature Comparée, XXXVII, 1963, pp. 227-67

PEREZ DE GUZMAN, Juan, "Las mocedades de D. Manuel Josef Quintana", en La España Moderna, t. CLXXXV, mayo 1904, pp. 116-39.

PEREZ DE GUZMAN, Juan, "Documentación para la bibliografía de MJQ", Boletín de la Real Academia de la Historia, t. LVII, noviembre de 1910, pp. 376-81.

PIÑEYRO, Enrique, Manuel Josef Quintana (1772-1857). Ensayo crítico y biográfico, Chartres, 1892. (En Simón Díaz figura como: París, Briquet, 1892)

PIRALA, Antonio, Discurso sobre Quintana, y ANTONIO SANCHEZ MOGUEL, Contestación... en Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, 19 junio 1892

QUEVEDO Y QUINTANA, Pedro de, Manifiesto del obispo de Orense a la nación española, La Coruña, 1813.

QUINTANA, Manuel José, Poesías, Madrid, Benito Cano, 1788

QUINTANA, Manuel José, prólogos a los tomos XIV (1795), XVI (1796) y XVIII

(1797), de la Colección de poetas españoles de Pedro Estala (ed.) (Ramón Fernández). (Se encuentran en el Appéndice (1970) de Dérozier)

QUINTANA, Manuel José, Poesías, Madrid, Imprenta Real, 1802

QUINTANA, Manuel José, Poesías patrióticas, Madrid, Imprenta Real, 1808

QUINTANA, Manuel José (ed.), Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días, Madrid, Gómez Fuentenebro y Cía, 1807, 3 vols; reed en 1817 y 1830 en 4 vols; reed. aum. en 1833.

QUINTANA, Manuel José, Poesías selectas castellanas: segunda parte. Musa épica o colección de los trozos mejores de nuestros poemas heroicos, recogidos y ordenados por Manuel José Quintana, 2 vols., Madrid, 1813. (Hay otra edición en 1832. Narciso Alonso Cortes (op. cit. p. XV, n. 1) la confunde con las Poesías selectas... de 1807.

QUINTANA, Manuel José, España libre. Oda, Madrid, 1808.

QUINTANA, Manuel José, Poesías, nueva ed. aum. y corr., Madrid, Imprenta Nacional, 1813

QUINTANA, Manuel José, Discurso... (1814), en Memorias de la Real Academia Española, tomo II, 1870.

QUINTANA, Manuel José, Poesías, 3ª ed. aum. y corr., Madrid, Imprenta Nacional, 1821, 2 vols. (El segundo con las dos tragedias)

QUINTANA, Manuel José, Obras completas de..., prólogo de Antonio Ferrer del Río, Madrid, Rivadeneyra, 1852 (BAE, XIX). Nueva ed. Madrid, Atlas, 1946 (BAE, XIX).

QUINTANA, Manuel José, Obras inéditas de..., prólogo de Manuel Cañete, Madrid, Medina y Navarro, 1872.

QUINTANA, Manuel José, Obras completas de..., Madrid, Administración, 1897-1898, 3 vols.

QUINTANA, Manuel José, Poesías, ed. Narciso Alonso Cortés, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 4ª ed. (Clásicos Castellanos, 78), 1ª ed. 1927.

QUINTANA, Manuel José, Poesías completas, ed. de Albert Dérozier, Madrid, Castalia, 1969 (Clásicos Castalia, 16).

QUINTANA, Manuel José, Selección poética, ed. de Rogelio Reyes Cano, Madrid, Editora Nacional, 1978 (H, 33) (Biblioteca de la Literatura y el Pensamiento Hispánicos)

REAL, César, "La escuela salmantina del siglo XVIII", Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, octubre-diciembre de 1948, nº 4, pp. 321-64.

RODRIGUEZ MOÑINO, Antonio, Curiosidades bibliográficas. Rebusca de libros viejos y papeles traspapelados, Madrid, Langa y Compañía, 1946

RODRIGUEZ MOÑINO, Antonio, Correspondencia de D. Bartolomé José Gallardo, Badajoz, 1960. Carta a Calama en Madrid, diciembre de 1834, y comentarios de Gallardo en pp. 43-44, rúbrica XI.

SANCHEZ MOGUEL, Antonio, "Contestación al Discurso sobre Q. de Antonio Pirala", en Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, 19 junio 1892

SEBOLD, R. P., "'Siempre en formas en grande moldeadas': sobre la visión poética de Q.", en El rapto de la mente, Madrid, PrensaEspañola, 1970, pp. 221-33. (Inicialmente en Homenaje a Rodríguez-Moñino: Estudios de erudición que le ofrecen sus amigos o discípulos hispanistas norteamericanos, Madrid, Castalia, 1966, tomo II, pp. 177-84)

SERRANO Y SANZ, M., "Canción en alabanza de Guzmán el Bueno. ¿De Don MJQ?", Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, V, 1901, pp. 796-97.

TEJADO, Gabino, "La poesía lírica", en El Laberinto, t. II, nº 24, 28 julio de 1845

TOME, E., "MJQ. Ensayo crítico", BFM, VIII, 1959, pp. 59-106; IX, 1962, pp. 57-127.

TORPES RIOSECO, Arturo, "La huella de Q. en la literatura hispanoamericana", Revista Iberoamericana, XXII, 1957, pp. 261-72

VALERA, Juan, Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX, Madrid, Fernando Fe, 1902, 5 vols. En vol. I y V, e "Introducción" p. 24.

VALERA, Juan, Crítica literaria. Nota biográficas y críticas, en Obras completas, vol. II, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 1258-59.

VILA SELMA, José, Ideario de MJQ, Madrid, CSIC, 1961 (Anejo 19 de Revista de Literatura).